

EL JUEGO DE LA HORCA



GINA PERAL

Me llamo Di; soy era una chica de lo más normal, una friki del cine con una vida monótona y aburrida. Mi curiosidad por saber si una antigua leyenda sobre una princesa persa era cierta me llevó a aceptar la aventura que mi hermana Bianca me regaló por mi cumpleaños, pero nunca imaginé que la expedición arqueológica pudiera salir tan mal.

Acusada de asesinato, mi única compañía es una libreta en la que he volcado todo lo sucedido durante los últimos días, en los que encontrar a Bianca fue todo mi mundo. Mientras la buscaba tuve que huir, esconderme, robar, defenderme y disparar. Encontré el amor, pero acabé encerrada, esperando ir a la horca mientras relato mi historia con la esperanza de que, entre sus páginas, tú puedas descubrir qué pasó.

*«Una princesa persa olvidada y un brazalete con supuestos poderes mágicos que todo el mundo quiere poseer. Un arqueólogo sexy, un misterioso protector y un traficante peligroso. Un asesinato y un amor imposible. Peligro, persecuciones, robos y la mayor traición de todos los tiempos te esperan en **El juego de la horca**. ¿Te animas a jugar?».*

EL JUEGO DE LA HORCA

GINA PERAL

© Derechos de edición reservados.

© Gina Peral, 2019

Corrección: Dana Roberts

Diseño de portada: Nerea Pérez Imagina Designs

Diseño logo: Jorge Fornes

Maquetación y diseño de interiores: Gina Peral

ISBN: 9781071423035

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

DI

1

Despedida

Me llamo Di, Diana, Diana Moreno, y voy a morir... ¡Joder! ¡Morir! Qué fuerte...

...

Vale, he necesitado unos minutos para procesar eso, para intentar hacerme a la idea, a pesar de que es lo único que hago desde que me encerraron en esta cárcel Dios sabe cuándo... Antes de seguir con las que posiblemente sean mis últimas palabras, que quizás y seguramente nadie lea jamás, debo advertir que yo no creo en Dios. Bueno, solo en uno... Es rubio y tiene los ojos de un profundo azul; no sonríe mucho, pero cuando lo hace consigue que mojes las bragas. Es rudo, imponente y está más bueno que comer con las manos, y sí, es Thor, el mismo que está casado con Elsa Pataky. ¿Sabes cómo lo consiguió? Yo tengo una teoría: hizo un pacto con el diablo. No hay otra explicación para cazar a semejante hombre para ti sola. Ojalá uno de ellos estuviera aquí conmigo, encerrados en esta oscura, húmeda y fría habitación de 3x2.

Si el elegido fuera él, puedes imaginarte: me cargaría entre sus enormes, fibrados y excitantes brazos como si tuviera el peso del mismísimo Maestro Yoda (que mucho no puede pesar el más poderoso de los Maestros Jedi, no mide ni un metro), haría girar a Mjolnir y saldríamos de aquí volando. Yo rodearía sus hercúleos hombros y solo miraría sus preciosos ojos para no sucumbir a mi miedo a las alturas. Me sacaría de esta pesadilla y me preguntaría: «¿Estás bien, preciosa?» todavía en el aire, volando, libres. Yo respondería con una tímida sonrisa, mientras mis ojos azules, más grandes que los suyos, se lo comerían con la mirada hasta que ambos aterrizáramos sobre una llanura en la que, con sumo cuidado, dejaría que mis pies tocaran el suelo. Rodearía mi rostro entre sus manos grandes, comprobando mi bienestar, para acercar su rostro al mío, pidiéndome en silencio permiso para besarme y, claro, me pondría de puntillas y yo misma lo haría.

Si fuera Pataky la que se pudre conmigo, no creas que la historia cambiaría

mucho. Le pediría que llamara al diablo al que vendió su alma para cazar al hombre más sexy y macizo del mundo. ¡Estamos hablando de Thor! Sí... Voy a morir y estoy babeando ante mi carta de despedida por un actor, pero es que es Thor, joder... A lo que iba, que me disperso. Le vendería mi alma a ese diablo para que Thor viniera, Mjolnir en mano, y me rescatara. Lo siento por ella, pero la dejaría en tierra, en mi fantasía no hay sitio para otra mujer.

Sin embargo, estoy sola, muy sola, más sola que nunca, jodidamente sola sin mi mitad, dejada de la mano de ese Dios en el que no creo...

Es jodido saber que estás a punto de morir; sí, lo sé, ya lo he dicho, me estoy repitiendo, pero es algo que no te planteas cada día y, desde luego, aunque sepas que va a pasar, que es inevitable, que todos vamos a morir hayamos sido mejores o peores personas, ricos o pobres, afortunados o unos desgraciados, no es algo que te plantees con treinta años recién cumplidos, cuando estás sana y llevas una vida tranquila y saludable, aunque haya quien no comparta esta última afirmación. Saber que va a pasar ya es muy jodido, pero la espera es otra forma de morir... Quiero que acabe, pero no quiero morir, no estoy preparada; me quedan mil cosas por hacer, mucho por decir, besar, abrazar y quizás también golpear; aunque no soy de golpear, ahora mismo lo haría hasta dejarme los puños, o a lo *Kill Bill*.

Estoy en su sitio desconocido, no tengo ni idea de dónde, pero no me entienden y no sé hacerme entender. Pero hay idiomas universales y, aunque *Drax el Destructor* no sepa lo que es pasar un dedo por el cuello, de izquierda a derecha, yo no soy tan literal como lo son en el planeta del *Guardián de la Galaxia*.

Cuando me trajeron aquí estaba sedada; pude venir en avión, en barco, a caballo o arrastrándome por las llanuras áridas y yermas. No me enteré de nada. Me despertó un agua helada golpeando mi rostro mientras una tela se pegaba a él, dificultándome respirar y sin dejarme ver nada. Intenté retirar la tela de mi cara con desesperación, pero me encontré maniatada, sentada sobre lo que parecía una silla con las manos a la espalda. Al segundo deduje que eran esposas, ya que su acero laceraba la fina piel de mis muñecas mientras me removía como una loca sin conseguir nada. En ese momento pensé que moriría, que no había marcha atrás; el aire no llegaba a mis pulmones, me asfixiaba, el estómago se me contraía dolorosamente y no sabía si era por la asfixia, el miedo o una combinación de ambas.

Alguien me quitó la capucha negra, cogí una enorme bocanada de aquel aire seco y traté de tranquilizarme; creí que iba a vomitar el corazón de un momento a otro, que latía frenético. Los ojos tardaron en adaptarse a la jodida luz, tanto como mi respiración en dejar de jadear. Con dificultad, advertí que me encontraba en medio de un patio, rodeada de edificios bajos, color tierra, como el suelo bajo la silla en la que estaba sentada. Todo era seco, hasta el aire que entraba en mis pulmones y, al alzar la cabeza, por la posición del sol, deduje que era mediodía; pero de cuándo es un misterio, como la forma en la que llegué. Esa fue toda la información que pude obtener en ese momento.

Ladeé la cabeza buscando a la persona que me había liberado de la capucha, la silla se movió y me dieron la vuelta. Frente a mí quedaron tres hombres; parecían árabes, sus ropas eran oscuras, sus barbas pobladas y su piel morena, gruesa, machacada por el sol. Busqué en sus ojos qué estaba pasando, aterrada, incapaz de pronunciar palabra, y empezaron a hablar entre ellos sin que pudiera pillar una sola palabra de lo que decían.

Entonces la vi: una estructura, tras ellos, de madera. Tres vigas de madera clara, robustas en apariencia, dos clavadas en el suelo y la tercera por encima de ambas, trabada entre ellas. La soga en medio, colgando sobre una plataforma de madera a medio metro del suelo. Y aunque no pude verla, he visto *Robin Hood: príncipe de los ladrones* unas cien veces y sé que, bajo la soga, está la trampilla. Tiemblo entera al recordar esa estructura, esa cuerda diabólica colgando, meciéndose ligeramente, esperándome. Puedo verme allí, con la soga al cuello, abren la trampilla y quedo suspendida en el aire, balanceándome, intentando sin remedio no asfixiarme y deseo que se me rompa el cuello.

—¿Por qué estoy aquí? —pregunté mirándolos desesperada. Entonces no sabía si me entendían o no, pero sí que obtuve su atención—. Yo no lo he hecho, nunca le haría daño —aseguré sincera, aterrada—. ¿Qué van a hacer conmigo? —demandé desesperada.

Esperé una respuesta, ellos se miraron y siguieron hablando entre sí, ninguno me contestó. Parecía que discutían algo, pero no les entendía y me desesperé.

—*Moi non* —traté de decirles en francés que yo no lo había hecho, pero en cuanto a idiomas estoy muy limitada y, después de esas dos palabras, siguieron con su discusión—. *Please* —lo intenté en inglés—, soy inocente, necesito

hablar con alguien de mi país —supliqué, pero a ellos les dio igual, agaché la cabeza y lloré.

Uno de ellos me dio una bofetada que no me esperaba y me cruzó la cara, haciéndola arder. Alcé la mirada impresionada, había sido el de en medio. El de su derecha señaló el patíbulo, pasó un dedo a lo ancho del cuello diciéndome sin palabras, en un idioma que ambos entendíamos a la perfección, que me iban a ejecutar, que me iban a ahorcar.

Yo lloraba y el que me dio la bofetada empezó a gritarme, seguramente que me callara, supongo, en realidad no tengo ni idea, solo sé que repetía la misma frase. Hipando, con la voz tomada por el llanto, repetí en todos los idiomas que conozco que no lo entendía, que siendo justa, tampoco eran muchos: inglés, algo parecido o un intento de francés e italiano, y castellano, con y sin tacos, porque el verbo joder sale de mi boca con una facilidad asombrosa. Pensé que aquel era mi final.

No lo fue. Se acercaron y me rodearon; los hombres de mis flancos estiraron un brazo cada uno y me pusieron de pie. El recuerdo del terror que me invadió me golpea de nuevo, tiemblo al recordarlo. Estaba segura de que me llevaban a la horca, sin un juicio, sin darme el más mínimo derecho a defenderme. Y aunque parezca extraño, que no me dieran esa oportunidad no me pareció tan raro en un sitio donde aún se ahorca a la gente.

Me movieron, después del pánico inicial saqué fuerzas no sé de dónde y me removí sin causar el mínimo efecto. El que me abofeteó lideraba la comitiva. Me llevaron a un lateral del patio y el «jefecillo» se detuvo; los otros me empujaron hasta dejarme frente a él y, de nuevo, fui presa del pánico al averiguar cuáles eran sus intenciones.

Me desnudó, no sin esfuerzo; luché tanto como pude por liberarme, por no permitirlo, pero todos mis esfuerzos fueron inútiles. Me dejó en ropa interior y lloré; con la mayor desesperación e inseguridad que mis huesos hayan experimentado grité, sintiendo cómo me rompía por dentro, temiendo cómo sería que me rompieran también por fuera, incapaz de concebir un abuso mayor que el que estaba a punto de vivir.

Mis temores no se cumplieron, ni siquiera me tocó más de lo preciso para desnudarme, que para mí fue demasiado. Se alejó y volvió con un cubo de agua con jabón que me tiró encima; puedo verme a mí misma boqueando como

un pez. Después llegó el manguerazo y, sin darme tiempo a reaccionar, la oscuridad de la capucha.

Fue entonces cuando liberaron mis manos de las esposas y pusieron contra mi pecho una tela, una bata, la última ropa que seguramente llevaré. Me la coloqué y, antes de que la prenda cayera por mi cuerpo intenté escapar, pero fue en vano. Me cogieron por ambos lados y empezamos un nuevo recorrido. Pude sentir la humedad del lugar en el cuerpo a medida que entrábamos en él y deduje que estaba bajo tierra. En aquel momento pensé que era una buena señal, pero después de tanto tiempo aquí encerrada, dudo.

Me soltaron y empujaron; caí al suelo de rodillas, raspándomelas, y puedo asegurarte que en contados momentos he tenido tanto miedo como cuando me empujaron a esta habitación. Me quité la capucha y me giré; la puerta ya se estaba cerrando, sumiéndome en una oscuridad absoluta a la que los ojos poco pueden hacer para acostumbrarse.

No hay ventanas aquí, no hay rayo de esperanza. Golpeé la puerta entre lágrimas imposibles de borrar de mi cara; no dejaban de salir y rodar por mis mejillas, como si nunca fueran a agotarse. Rogué por salir durante horas, grité y me dejé la garganta sin obtener respuesta alguna. Al final me dejé caer al suelo, junto a la puerta, me hice un ovillo e intenté tapar mi cuerpo tanto como pude con la andrajosa tela de la bata que cubría mi piel, intentando protegerme del frío cemento sobre el que me encontraba.

Calculo que han pasado tres días desde entonces, aunque bien podría ser uno o una semana, no tengo ni idea en realidad. He hecho ese cálculo por las veces que me han dado de comer, y mejor no te cuento en qué ha consistido mi dieta. Es posible que muera de hambre antes de que me cuelguen de esa horca que vi en el patio el día que llegué aquí.

Es por la rendija por la que meten la comida por donde llegó hasta mí esta libreta en blanco donde ahora escribo. Desde donde me llega la única luz de la que dispongo y gracias a la que he descubierto lo que hay a mi alrededor. Una habitación cerrada, sin ventanas como ya he dicho, de cemento, fría y húmeda, en la que las paredes se estrechan, me oprimen, intentando tocarse entre sí y robándome el aliento a cada rato; es asfixiante y, aunque sé que no es real, que ese efecto es solo producto de mi jodida ansiedad, a ratos me falta el aliento. A un paso de donde está la puerta y la rendija por la que entra esta luz

artificial, (de fluorescente, que siempre está encendida haciéndome imposible calcular el tiempo) hay una pica, en el lado derecho, con un grifo del que unas veces sale agua y otras no. Dos pasos más al fondo un agujero en el suelo, donde debo hacer mis necesidades, que huele... Bueno, mejor no te cuento cómo huele, pero ambienta toda la estancia. Y en el lado contrario, sobre el frío suelo de cemento, tengo un colchón blando y maloliente en el que creo que no anido yo sola. No sé si mis compañeros de catre serán chinches, piojos, pulgas o un popurrí de todos ellos deseando chupar mi sangre, pero, aunque no pueda verlos, sé que están ahí, deseando que sea su huésped y su sustento.

Debería dedicar estas líneas a despedirme, a decirles a los míos lo que ya no podré decirles en persona, lo que siento, que los extraño, de lo que me arrepiento, incluso disculparme... Con el último cartucho cargado y listo para dejar este mundo, te das cuenta de la importancia de las cosas, de lo poco que cuesta disculparse, de lo fácil que es admitir la culpa o que te equivocaste. Todos tenemos de qué arrepentirnos, y no es que quiera un perdón divino, como puedes imaginar, pero cuando puedes ver el final necesitas irte en paz con los tuyos. Con aquellos que quieres y te quieren, los que te han visto crecer, físicamente y como persona, los que han aportado inconscientemente con las vivencias compartidas para que hoy seas la persona que has llegado a ser, independientemente de que puedas ser mejor o peor. ¡Hay tantas cosas que habría hecho de forma diferente!

A mi cabeza viene un violonchelo, pronto lo acompaña un violín, una melodía triste, melancólica y preciosa. La banda sonara de una película que me hizo reflexionar mucho, una a la que he dedicado varios programas, «*La llegada*», de Denise Villeneuve. Es una música preciosa, perfecta como punto y final a mi vida. Puedo oírla nítida, fuerte, apreciar sus contrastes, su delicadeza y fuerza; golpea mi corazón con los recuerdos que vienen a mi mente, formando un tráiler de mi vida. Un abrazo de mi madre, casi puedo sentir su característico olor. Los arrumacos que se dedicaban mis abuelos cuando creían que nadie los miraba. Mi padre, enseñándome a montar en bici, a cepillar a Nuca, nuestra primera mascota. Mi quinto cumpleaños, fue la primera vez que fui al cine, puedo verme a mí misma girarme hacia mi padre, sentada en la butaca después de ver *Hook*, mirarlo y sentenciar: «no quiero volver al colegio; a partir de ahora no me lleves, tráeme aquí». Ahora supongo que es una recreación, después de tanto escuchar esa anécdota de los labios de

mi padre mientras se le dibujaba una sonrisa llena de cariño y amor por esa niña que no volveré a ser, satisfecho de que heredaré su amor por el cine. Él, que es mi más ferviente seguidor en esta locura tan mía. La enfermedad, recuerdo a mi madre abrazando a su hermana, llorando un mar de lágrimas incontables. La muerte de mis abuelos, que casi se fueron juntos. Mi primer beso y el último, qué diferentes han sido uno del otro. Y sobre todas las cosas y personas, la recuerdo a ella, a Bi, la mitad de mí. Ella está en todos esos recuerdos, excepto el último. Puedo vernos de niñas con una nitidez que me eriza el vello. Ella rodeando mis hombros, cogiendo mi mano, protegiéndome mientras ambas crecemos y dejamos de ser niñas. Nuestras noches de historias, de risas, de llantos y chocolate, de locura. Nuestros viajes. En su rostro puedo ver el amor verdadero, sincero, de ese que ni te censura, ni te juzga por mucho que la estés jodiendo, y yo soy una especialista en eso.

Estoy básicamente jodida, pero dispuesta a enfrentarme a la sogá; a ratos aquí tampoco puedo respirar. Me parece un buen momento para despedirme, los ojos cada vez me pesan más, el sueño me vence, alejándome, y solo se me ocurre despedirme con una frase de película, una de mis favoritas y es esta: *«No os diré no lloréis, porque no todas las lágrimas son amargas»*. Añadiría de mi propia cosecha: *«Me marcho a donde debo estar y es con Bi, pronto volveremos a estar juntas y solo entonces estaremos completas y en paz»*.

Aunque no sepa quién eres, aunque no te conozca, necesito que lo sepas: yo no lo hice. Yo no la maté y, aunque no recuerde aquella noche y no tenga ni idea de lo que pasó, sé que yo no lo hice. Me dan igual las pruebas, los indicios y su jodida puta madre: YO NO LO HICE, punto. Y ese es un secreto que no estoy dispuesta a llevarme a la tumba.

Me voy llena de amor y solo puedo darte las gracias por leer mi despedida y decirte que, por eso, te quiero.

2

Bi

Acabo de despertar, no tengo ni idea de cuánto he dormido, pero he soñado con Bi. El viento marino acariciaba su corto cabello pelirrojo (no un pelirrojo natural, más bien un rojo llama que le quedaba de muerte con sus ojos turquesa). Estaba seria, lo cual era raro, muy raro en ella, pensativa, mirando al océano infinito. Cuando me acerqué me sonrió, una de esas sonrisas que siempre me han hecho sentir en casa, a salvo de todo, y he despertado sin poder decirle que lo siento, más de lo que nunca haya podido lamentar algo. Que la quiero y que siempre será mi mitad, sin ella no puedo estar completa y pronto nos reuniremos.

Bi, la aventurera loca de mi prima Bianca, mi hermana, mejor amiga y la mitad de mí.

Deja que te hable de Bi, no puedo explicar quién soy sin hablar de ella. Bi es generosa y fiel, una líder, mi defensora toda la vida, y ya no está... Se me inundan los ojos al pensar que ha muerto, que no volverá a ayudar a nadie, que no volverá a aconsejarme, guiarme, consolarme, echarme bronca o pellizcarme cuando la enfado...

Aunque Bi sea mi prima nos consideramos hermanas, y pobre del que ponga eso en duda. Su madre y la mía sí eran hermanas, de esa clase que pueden pelearse, decirse las cosas más feas y después ser incapaces de estar dos jodidos días sin hablarse, por muy fuerte que sea lo que han dicho o hecho. Cuando yo aún era una niña, pero Bi ya era una adolescente, mi madre solía decir que les recordábamos a ella y a tía Berta. Mi tía murió cuando yo tenía cinco años y Bi nueve, la verdad es que solo tengo un par de recuerdos de ella.

Fue triste, mi madre tardó años en dejarla marchar y pasar página. Bi también, pero de forma muy diferente. Bi no es de las que se abren y muestran sus sentimientos a la ligera, a diferencia de mí. Siempre ha sido bastante reservada, incluso hermética, excepto conmigo, claro, no hay secretos entre nosotras. Y aunque yo también lamentaba lo de mi tía, era una niña y enseguida

me di cuenta de que, con su partida, había ganado una hermana, y me gustaba que Bi viniera a vivir a casa de forma permanente.

Su padre ni apareció, ni se le esperaba por lo que sé. Estaba en paradero desconocido, como lo ha estado a lo largo de toda su vida, así que vino a vivir con nosotros. Creo que la ausencia de ese padre la empujó a salir con chicos mayores, que pronto serían hombres, aunque ella no era más que una chica, aunque madura, con carácter y valentía, segura de sí misma en apariencia, pero que en mi opinión buscaba esa figura paterna que nunca había tenido. Mi padre podría haber sido esa figura que nunca tuvo, pero no lo fue, ambos sabían cuál era su rol y nunca se extralimitaron del trato tío-sobrino. Nunca entendí por qué, mi padre siempre ha sido un tipo enrollado, a diferencia de mi madre, que es una pesada.

La habitación de la plancha y los trastos pasó a ser mi habitación y la mía la de Bi. Ni siquiera me molestó que mi madre le cediera mi habitación en un intento de hacerle sentir cómoda, de darle lo mejor para que se sintiera bien. Lo único que me importaba era que Bi siempre estaba en casa y, cada noche, después de que mi madre me metiera en la cama, podía cruzar el pasillo e irme a dormir a su cama, con ella. Entonces, en la oscuridad de la noche, me contaba qué niño le gustaba, con quién se había peleado aquel día (porque siempre ha sido una peleona de cuidado, nunca rehúye un conflicto) o qué amiga la había decepcionado. Cuando hacía la raya tardaba en perdonarte, pero como te hiciera la cruz, estabas perdida, nunca más volvería a confiar en ti y podía ser muy hija de puta, a mala leche no la ganaba nadie, sabiendo dónde atacar y causar el mayor efecto.

Dos años más tarde hubo reformas en casa y por fin pude dejar de hacer escapismos nocturnos. Bi y yo compartimos habitación. Recuerdo esa etapa con muchísima añoranza, creo que fue la mejor época para mí. Siempre teníamos algo que decirnos o contarnos y, cuando se nos acababan las historias que nos sucedían, las inventábamos. Ella solía contarme historias de miedo que me insensibilizaron y yo le contaba historias de amores imposibles que siempre acababan bien, aunque muchas veces ella se quedaba dormida antes de que acabaran; igualmente, yo no detenía mis palabras hasta el punto y final.

Bi no fue una adolescente fácil, de eso me di cuenta más tarde; ella y mi madre discutían mucho, constantemente. Mi padre siempre se mantenía al margen, si podía me cogía de la mano y me llevaba al cine para que no

estuviera presente. Siempre me ponía del lado de mi prima y buscaba la forma de defenderla, y aunque sus actitudes, escapadas nocturnas y mentiras a veces eran indefendibles, yo siempre encontraba la forma de darle la razón a ella y quitársela a mi madre, algo que le molestaba y acabó haciéndole mucho daño.

Creo que mi afición y casi obsesión por el cine viene de ahí, de todas las tardes que mi padre y yo acudíamos a ver alguna película mientras ellas discutían por lo que fuera que Bi hubiese hecho. El cine era de las pocas cosas capaces de separarme de Bi. Siempre iba con mi padre, mi madre siempre estaba pendiente de mi prima, y eso hizo que la relación con mi padre se estrechara y, con los años, me sienta más cerca de él que de ella. También ayudó que Bi se hizo mayor antes que yo, obviamente, nos llevamos cuatro años y medio. Cuando empezó a salir de noche yo me iba al cine con mi padre, mientras mi madre se quedaba más ancha que larga, sola en casa, sin peleas ni malas miradas.

Mi adolescencia también llegó; Bi y yo compartimos tres años de instituto y ser su hermana me dio cierta reputación y respeto, así que no puedo quejarme; una vez más, ella me ayudó en eso. Mis notas cayeron en picado, eso sí, y mi madre le dio tregua a ella, que estaba más centrada, a pesar de que repitió primero de bachillerato, para venir a por mí, que no aprobaba ni educación física. Repetí 4º de la ESO, aprobé por los pelos y ahí acabaron mis estudios, me puse a trabajar. Entonces Bi ya estaba en la universidad, estudiaba turismo, lo que era muy lógico, le encantaba viajar y los idiomas siempre se le dieron muy bien. Solo nos veíamos un rato por la noche, a veces ni eso. Cada día se desplazaba a Madrid, hizo amigos nuevos, algún novio y empezó nuestro «distanciamiento»; no fue un distanciamiento propiamente dicho, solo que no estábamos todo el día pegadas la una a la otra, llevábamos ritmos de vida distintos. Y yo supongo que ya estaba un poco perdida, como me siento ahora, casi media vida después. Empecé a salir por las noches, a beber, a ir con gente algo desaconsejable, a excederme, a enamorarme y desenamorarme... Una de mis mayores virtudes, me enamoro muy rápido, pero se me suele pasar a la misma velocidad. Pero, aunque ya no estuviéramos todo el día juntas, nuestros ratos no tenían precio. Había momentos de risa, de llanto, de carcajadas, de confesiones y cotilleos.

Todo cambió cuando su padre murió. Ese padre ausente, incapaz tan siquiera de ir al entierro de su madre, de hacerle una visita, ni siquiera de levantar el

teléfono y llamarla por su cumpleaños para ver si estaba bien, si era feliz, si necesitaba algo. Debo decir a su favor que, aunque nunca hubo relación, sí le pasó una pensión muy generosa a su madre y después a los míos, que subió cada año. A partir de los 15 años, además, añadió una «paga mensual» para ella, a su disposición, que solíamos gastarnos juntas; ella en maquillaje que no necesitaba porque era guapísima y yo en ampliar mi colección de DVD. A los dieciocho le envió dinero para el carnet de conducir y un coche, se hizo cargo de la universidad, además de seguir pasándole la manutención y otro extra. Cuando ese hombre que nunca conocí murió, para sorpresa de todos, se lo legó todo a Bi, y ella pasó de ser una huérfana que vivía en casa de sus tíos y compartía habitación con su prima, a millonaria. Así, de la noche a la mañana, aunque después de un papeleo de locos, eso sí.

Puede que aquello le quedara grande a otra persona, pero no a Bi. El mundo se ponía a sus pies, a diferencia de mí, que por aquella época se me caía encima. Por suerte la tuve a ella a mi lado para sacarme del pozo en el que yo solita me había metido, empujada por mi mala cabeza y mis malas decisiones. Después de aquello sabía que tenía que poner el freno de mano, consciente de que el camino que estaba siguiendo acabaría mal. Bi me aconsejó poner tierra de por medio para distanciarme de ciertas compañías y nos marchamos de vacaciones, unas sin fecha de retorno.

Ella dejó la universidad, algo que le he reprochado todos estos años. Empezamos por Estados Unidos, mi tierra soñada. No puedes imaginar lo que fue para mí recorrer el país, movida por todas esas películas que tanto me gustan. Desde Los Ángeles, de tantísimas cintas y sus estudios de grabación, hasta la ciudad de Nueva York de *Big*, de *Los Cazafantasmas* y de tantas otras, pasando por la Washington de tres de mis pelis favoritas de Roland Emmerich, el Nueva Orleans moderno de *Entrevista con el vampiro*, el área 51 por supuesto, y tantas ciudades que podría aburrirte o abrumarte con referencias cinematográficas y no es necesario. También estuvimos en Puerto Rico, México, Chile, Argentina. Hasta me llevó a la isla de Oahu en Hawái, donde se grabó *Perdidos*, mi serie preferida después de *Buffy Cazavampiros* y *Juego de tronos*, no tengo un programa friki en la radio por mi cara bonita. Viajamos durante tres meses, vimos todo lo que hay que ver antes de morir, las siete maravillas del mundo, del antiguo (lo que queda todavía) y del moderno, que nos llevaron por Asia, Europa y África. Fueron tres meses intensos, de

locura, llenos de experiencias inolvidables, de charlas, confesiones, de cosas místicas y extrañas, aventuras, idas de olla de esas tan nuestras.

Bi y yo siempre fuimos una mezcla perfecta y a la vez peligrosa. Su liderazgo, energía y extravagancia encajaba a la perfección con mi imprevisibilidad, locura e imaginación. Juntas y con dinero infinito éramos un peligro andante; sin embargo, después de tantas noches de hotel y horas de vuelo, empecé a extrañar mi casa, la gastronomía de mi tierra, a mis padres y alguna otra persona que había dejado atrás huyendo de otros. Y Bi debía tomar las riendas de su nueva vida como dueña de una multinacional como la que su padre le había legado; tenía cientos o miles de responsabilidades que atender. Así fue como decidió mudarse a Estados Unidos y empezar una nueva carrera: empresariales.

Yo volví a España con mis padres, sola, sintiendo que con ella se iba una parte de mí misma y que nada volvería a ser igual sin esa parte de mí que era y siempre sería de Bi. Dos años después de acabar la carrera y demostrar que era mucho más que una chica guapa de piernas largas y mirada fría y astuta, después de cerrar todas las bocas que dijeron que llevaría el imperio de su padre a la mierda si se ponía al mando, no solo lo mantuvo, además lo hizo crecer y modernizarse en muchos aspectos. Cuando estaba en lo más alto, contra todo pronóstico y por sorpresa, a Bi se le fue la olla y se casó en las Vegas al más puro estilo americano pelicularo que tanto me gusta. ¡Qué bien lo pasamos! El afortunado fue un cantante británico que le sacaba quince años, con una hija tres años menor que Bi. Duraron cuatro meses de noviazgo y cuatro años de matrimonio, que debieron ser dos. Todo fue muy rápido. Bi quería tener hijos y él también, así que en cuanto se casaron fueron a por el primero, pero la cosa no salió bien y lo volvieron a intentar años más tarde. No quiero entrar en detalles, solo diré que el resultado fue el mismo. Aquello los frustró a ambos y, lo que debió unirlos, los distanció sin remedio. La pasión que los había movido se apagó tan deprisa como se encendió al conocerse. Ella se centró en el trabajo y él en su carrera. Se divorciaron de mutuo acuerdo, sin dramas ni discusiones, sin reproches, y siguieron con sus vidas prometiendo seguir siendo amigos.

Bi volvió a ser un espíritu libre, volvió a ser la mujer enérgica y vital que se había ido apagando sin que se diera cuenta y cambió el chip. Volvió a viajar, a experimentar otras culturas en sus carnes, a mezclarse con los más

desafortunados, a ayudar a los más desfavorecidos; no con cheques como había hecho los últimos años, sino trasladándose a esos lugares, ayudando con sus propias manos, intentando concienciar a otros de lo importante que era que los que podían, ayudaran. Así fue como se creó DiBi, su organización benéfica, con nuestros apodos.

Cuando me contaba los sitios que visitaba, los lugares en los que había estado, los conflictos que había visto y cómo se encontraba aquella gente, cómo ella intentaba ayudar, me recordaba a la Princesa Diana. Por ella me llamo Diana, Bi debió llevar su nombre, yo nunca he estado a la altura de él, pero Bi sí.

Bi me pidió en muchas ocasiones que me fuera con ella, que volviéramos a vivir juntas. Me ofreció trabajar en su organización benéfica, dirigirla, de hecho, pero aquello me quedaba grande, allí se hacía una gran labor para que llegara yo y la jodiera. Entonces me prometió un trabajo a mi medida, dispuesta a mover cielo y tierra para que pudiera ser quien quisiera ser, pero por muy tentada que estuviera, y lo estaba muchísimo, siempre decliné su oferta, queriendo forjar mi camino por mí misma, por más que la extrañara.

Mientras Bi hacía carrera, llevando los negocios de su padre más allá de donde él los dejó y se convertía en un icono por sus labores humanitarias y sociales, yo me mudé a un tranquilo pueblecito llamado Musaraña, en la comunidad de Madrid, a veinte minutos de casa de mis padres y a dos horas de Madrid capital.

Ahí es donde vivía hasta que Bi me arrastró con su locura a una «aventura» que se ha convertido en mi peor pesadilla. Cien veces peor que las historias que me contaba de niña en la soledad de nuestra habitación, iluminada por una lamparita a la que le poníamos una tela morada para crear un efecto más tétrico. Hasta que un día prendió y mi madre nos sacudió a las dos y nos castigó un mes entero sin salir de casa. Y cuando digo sin salir, quiero decir que ni pisamos la acera de enfrente, no salimos ni para ir a comprar el pan. Todo el mes de julio del año..., no sé qué año fue, pero hace unos cuantos veranos. Se dice pronto, y aunque debió ser muy duro, si no fuera porque nos teníamos la una a la otra no sé cómo habríamos terminado; aunque a las dos nos gustaba salir, en el fondo con estar juntas era suficiente.

Coincidir se volvió difícil, pero siempre que podía venía a vernos; cuando

viajaba, si iba a Europa o cerca, siempre se presentaba por sorpresa y aprovechaba para pasar un rato conmigo, aunque solo fueran unas horas si no podía quedarse unos días, como siempre intentaba organizar. Hablábamos mucho, nos veíamos por *FaceTime*, pero a veces necesitábamos el abrazo de la otra, ese calor, esa seguridad que solo una hermana puede aportarte.

Cuando yo tenía vacaciones, Bi siempre se las apañaba para organizarse; a pesar de su apretada agenda, siempre encontraba la forma de que estuviéramos juntas, ya fuera visitándola o haciendo algún viaje. Y, por supuesto, los cumpleaños eran sagrados. Cada año, a principios de noviembre, recibo mi billete de avión para visitarla a final de mes por su cumpleaños. Nunca hemos pasado nuestros cumpleaños separadas, jamás. Ni siquiera cuando yo estuve perdida o cuando ella lo pasó tan mal, los cumpleaños son cita obligada.

El año pasado no recibí ese billete de avión, ni volveré a recibirlo, claro. Ya te lo he dicho, estoy jodida, voy a morir en esta prisión y Bi está esperándome.

Parece que lo estoy asimilando..., ¿no crees?

Por mucho que me empeñe en pensar que sigue con vida no es cierto, está muerta, y te aseguro que la última semana la duda de que pudiera no ser real su muerte es lo único que me ha mantenido en pie, cuerda; ahora ya no lo estoy, ni una cosa ni la otra. No puedo seguir luchando contra la verdad. Bi ya no está, es una certeza que me perfora el alma y me corta la respiración porque, si siguiera con vida, habría venido a rescatarme, ya me habría sacado de aquí. Bi era capaz de todo y mi único consuelo en este momento, aunque no sea religiosa, es pensar que después hay algo y volveremos a estar juntas; me da igual el lugar, lo único que espero es que ella sepa que yo no lo hice, que no la maté.

3

Mi vida pasada

Recuerdo la semana de su cumpleaños, hace menos de medio año. Como ya te he contado, Bi no me envió el billete de avión y no comentó nada al respecto o qué pensaba hacer por su cumple. Yo estaba bastante apática; no ese día, llevaba así una temporada, así que después de asegurarme de que todo iba bien en su vida, ni siquiera le pregunté por qué no pasábamos el cumpleaños juntas, como siempre.

Era lunes, salía del trabajo cabreada, me subía por las paredes por una discusión con mi encargada a causa de un cliente maleducado. ¡Odio mi trabajo! O, al menos, lo odiaba... Pero era el que pagaba las facturas, algo que ya dependía solo de mí y, con aquel horario, me permitía tener mi programa de radio, así que no tenía intención de que nada cambiara, aunque no fuera feliz. Solo quería llegar a mi destartalada casa, trabajar en el contenido de aquella semana para mi programa de radio y evadirme del mundo. Aquel fin de semana había visto *La liga de la justicia* y estaba muy emocionada después del chasco que me llevé con *Batman vs Superman*. Fui a verla con mucho miedo, pero no pude salir de la sala de cine más satisfecha, a pesar de algunos vacíos argumentales y algo de CGI (*abreviatura de Computer Generated Imagery o lo que es lo mismo Imágenes Generadas por Ordenador*) chirriante. Pensaba dedicar toda la semana al universo DC y para ello debía recabar muchos datos de producción y taquilla, además de indagar dentro del universo cómic, el cual salía de mis límites de *frikismo*.

De camino a casa paré a comprar algo para comer; cogí una de esas ensaladas que ya vienen hechas, con pollo que haría en la sartén vuelta y vuelta, algo rápido y fácil. Mientras paseaba por los pasillos del supermercado buscando algo para cenar e intentando recordar qué era lo que tanta falta me hacía comprar y no recordaba, pensaba en que un día lo tenía que dedicar a la trilogía de Nolan que, en mi opinión, y así pensaba dejarlo claro en el programa, había llevado el cine de superhéroes a otra categoría.

El miércoles era mi último día en el trabajo antes de las vacaciones que había pedido a principios de año pensando en el cumpleaños de Bi. Y después de la discusión con mi encargada, esa semana y media de distancia con la

cafetería me iba a venir muy bien. Al llegar a casa me sorprendió encontrar unas maletas en la puerta. Sabía lo que significaban y di saltitos de ardilla emocionada. Apresurada, busqué las llaves en el bolso, segura de que Bi estaría dentro, esperándome.

—Di —la escuché antes de verla—, tienes que arreglar esa ventana, cualquiera se te puede colar —me advirtió.

Se levantaba del sofá para venir a saludarme. Vestía un pantalón de cuero negro que se ceñía sobre sus larguísimas piernas de modelo, un jersey ancho blanco que no le quedaba especialmente bien y un maquillaje perfecto, digno de un maquillador profesional.

—¡Bi! —grité emocionada y feliz de poder verla. Corrí a su lado y nos fundimos en un abrazo largo cargado de añoranza y necesidad— ¿Por qué no me has dicho que ibas a venir? —dije entre sus brazos, estrechando su cinturita—. Me las habría arreglado para ir a buscarte al aeropuerto —aseguré separándome de ella para poder mirarla.

Era mucho más alta que yo, me hacía sentir un Hobbit de la Comarca, y más con esos taconazos de aguja de al menos doce centímetros que estaba segura de que valían como mínimo el doble de lo que yo pagaba por el alquiler de aquella vieja casa al mes.

Estaba muy guapa; bueno, Bi era muy guapa, no solía pasar desapercibida. Tenía una silueta alta y delgada, mientras que yo tengo una estatura normal; siempre he pensado que un par de kilos no le harían ningún daño, justo el par que me sobran a mí, pero ese era su metabolismo. No es que no comiera o hiciera dieta, era de esa escasa raza de mujer envidiada a la que nada le engorda. Aun así, ella llevaba una dieta sana y equilibrada, se notaba solo con mirarla a la cara, por el aspecto de su piel suave y cuidada. Sus ojos eran claros, de un extraño turquesa muy claro que destacaban muchísimo; los míos, más azules, también lo hacen, pero son más grandes, mientras que los suyos eran más rasgados. Aunque teníamos cierto parecido, éramos muy diferentes; ella era el canon de belleza que se estila por estos tiempos, muy flaca; yo soy normal, puede que me sobren un par de kilos, pero los tengo bien repartidos, sobre todo en la delantera, soy bastante pechugona, algo que Bi envidió mucho tiempo, mientras yo me quejaba porque no dejaban de crecer.

—¿Separadas en mi cumpleaños? —demandó con una sonrisa—. Eso nunca.

Quería darte una sorpresa —contestó apartándome el pelo de la cara y poniéndolo detrás de mis orejas.

—¿Cómo te he echado de menos, Bi! —aseguré abrazándola de nuevo.

Metimos las maletas dentro de casa, entre las dos las subimos a la habitación de invitados, aunque ambas sabíamos que acabaría durmiendo conmigo. Comimos en la cocina, hablando de una cosa y de otra, despreocupadas, como si todo siguiera como siempre, como si nos hubiésemos visto el día anterior.

—¿Cómo te va con el pellejos?

Solté una carcajada al oírla llamar así a Sergio, mi exnovio. En otro tiempo quizás lo hubiera defendido, aunque seguramente no. Bi podía decir lo que le diera la gana, se había ganado aquel derecho aguantando mis desvaríos nocturnos media vida. Además, el apodo, aunque no lo hubiera reconocido mientras estaba con él, siempre me pareció muy bueno y acertado. El pobre tenía una piel blanco nuclear que, a la que le daba un poco el sol sin protector, se quemaba y al día siguiente ya se estaba despellejando como una iguana.

—Ya no estamos juntos —contesté sin muchas ganas de hablar del tema; no porque me doliera, qué va, si no Bi lo sabría; más bien porque todo en él me aburría—. Y esta vez es de verdad, no hay marcha atrás; la semana pasada por fin se llevó sus cosas.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo? —me reprochó cariñosamente. Ella troceaba fruta en la mesa de la cocina sobre una tabla de madera, preparando una macedonia de postre. Me encogí de hombros fregando los platos—. ¿Qué ha pasado? —se interesó Bi—. ¿Por fin ha venido a buscarlo ese platillo volante en el que llegó?

Tuve que reírme otra vez, ya te dije que a mala no la ganaba nadie y mi exnovio también era para darle de comer aparte, un blanco muy fácil para una bruja como ella.

—Lo mismo de siempre —contesté sin ganas—. ¡Pero esta vez, me dejó él! —exclamé sorprendida.

—¿En serio? —su voz sonó tan preocupada que tuve que girarme para mirarla—. ¿De verdad has permitido que un personaje como ese te dejara? ¿Por qué no le dejaste tú como siempre haces con todos los tíos con los que sales?

Me encogí de hombros, quién hubiera dejado a quién era lo de menos, lo importante era que ya no estábamos juntos y no parecía que ninguno extrañara al otro, yo al menos no.

Permíteme un momento para ponerte en antecedentes: Sergio era un loco de la ufología; su pasión por eso que a mí me interesaban en cierto grado, pero en lo que no había indagado, fue lo que hizo saltar la chispa. Al principio salíamos mucho, hacíamos excursiones en busca de ovnis, visitábamos sitios donde había habido avistamientos, era divertido perdernos; pero cuando empezamos a vivir juntos me di cuenta de lo desastre que era y la chispa se apagó. Debí dejarlo ahí, pero se había marchado de casa de sus padres e intenté darle una oportunidad. Para variar, intenté apostar por la relación, pero no sirvió de nada, había rebasado la línea sentimental de no retorno y todo fue a peor.

Él me metió en la radio en la que trabajaba de lunes a viernes, aunque la noche del viernes el programa era grabado, porque tenía un tercer trabajo de fin de semana en un pub local desde hacía cosa de un mes por aquellas fechas.

Era un ferviente fan de Iker Jiménez; con esto no quiero desprestigiarlo, nada más lejos de la realidad. Me encanta *Cuarto milenio* y de vez en cuando, por la noche, cuando no puedo dormir, me pongo en *Ivoox* antiguos programas de *Milenio 3*, a pesar de que dejaron de emitir el programa hace más de dos años. Al menos eso hacía en mi antigua vida...

La cuestión es que Sergio era una copia mala y soporífera del gran comunicador que tanto admiraba y le recortaron el programa (programa por el que no cobraba, al igual que yo). Como yo había colaborado en alguna emisión hablando de pelis de ciencia ficción, nos ofrecieron compartir la hora de emisión. Él seguiría con su programa y yo tendría el mío propio para hablar de cine de ciencia ficción. Él se molestó, por supuesto, pero no era culpa mía y acepté con mis condiciones. Quería hablar de cine, en general, sin restricciones: estrenos, críticas, recomendaciones... Fue muy emocionante crear el programa, preparar el guión, decidir los contenidos. En pocas semanas mi programa se comió al suyo, y ese fue el principio de un fin que yo venía viendo hacía tiempo.

Puede que fuera egoísta, que no me preocupara lo suficiente, pero el fin de su programa era algo que también había visto venir. Era muy malo, copiaba los

contenidos y él no era un buen comunicador; no digo que yo lo sea, pero al menos soy original y desde luego mi programa es más dinámico. Pero imagino que, siendo como yo era su novia, puede que no le apoyara como merecía.

Supongo que nada de esto debe parecerle especialmente interesante, pero es importante para que entiendas la situación, y también porque *DiFrikiTertulia* (sí, así se llama mi programa) es lo único que he creado en mi vida. Aunque sea una emisión local, no me paguen por él, no tenga casi audiencia y las únicas llamadas que recibo sean para vejarme y meterse conmigo (como persona, ni siquiera por mis comentarios u opiniones) en lugar de hablar del contenido, es mi programa, lo único que me ilusionaba mínimamente.

—¿Acaso importa quién lo dejara?

—¡Por supuesto que importa, Di! —exclamó indignada. De Bi debes saber también que es muy exagerada, a veces incluso demasiado intensa, y cuando está en su salsa puede ser una auténtica *Drama Queen*—. Que un tío como ese te deje puede causarte secuelas irreversibles, como si estar con alguien así no fuera suficiente. ¿Qué pasó?

—Era un friki —me senté en la mesa frente a ella cogiendo un trozo de fresa.

—Dijo la friki —se rio de mí cortando un plátano, que aún hoy no tengo idea de dónde salió.

—Era un rarito friki —me defendí degustando la fruta.

—Eso ya te lo dije yo cuando lo trajiste en marzo por tu cumpleaños. ¡Qué obsesión con la puta área 51! ¡Qué tío más plasta! —se quejó por millonésima vez.

Abrimos una botella de vino *danger*, mi tolerancia al alcohol había bajado en picado. No tenía tiempo para salir a tomar algo, ni muchos amigos en la zona, y beber sola en casa me parecía de borracha, ¡tremenda idiota! Lo que daría ahora por una copa de vino...

Acabamos en el sofá, con una copa de vino en la mano y la botella vacía.

—Cuéntame qué pasó en realidad, Di —me pidió.

—Alguien dijo que el amor, cuando no mata, muere, y creo que es cierto.

—¿Pero qué gilipollez es esa? —se echó a reír de forma exagerada—. ¿Quién dice eso?

—Joaquín Sabina —alcé una ceja esperando que se comiera sus palabras.

—Me encanta Sabina —afirmó, como si por ser suya la frase ya no le pareciera una gilipollez. Punto para mí, la conozco como nadie.

—Lo sé —sonreí en un suspiro—. La cuestión es esta —empecé—: ¿recuerdas en *La Bella y la Bestia* cuando Bella se sacrifica por su padre? Dio su vida por la de él.

—¡Oh, por favor! —se quejó Bi llevándose la mano a la frente de esa forma tan teatral en la que a veces se movía—. Si vamos a empezar con las referencias frikis, y más si son de Disney, necesitaré otra botella de vino —me enseñó su copa casi vacía.

—Escúchame —le pedí—, solo daría la vida por ti; quizás por mis padres, pero ellos no me dejarían. —Bi alzo una ceja mirándome y yo tuve que reírme, achispada como estaba—. Quiero esa clase de amor —confesé sintiéndome vulnerable y ebria. Cuando estábamos solas no necesitábamos máscaras o armaduras, no había sitio para el miedo o la vergüenza; cuando compartíamos habitación, la aceptación llenaba la estancia y no dejaba cabida para nada más que eso y amor sincero. Permíteme la licencia de darte un consejo, uno de vida, quizás la sabiduría que me llevaré en esta vida: si todavía no tienes a alguien así en tu vida, búscalo antes de que sea tarde y, cuando lo encuentres, hazme caso, no lo dejes pasar—, la clase de amor desinteresado y sincero como el nuestro, por el que valga la pena dar la vida. Que a pesar del tiempo siga despertándome emociones con solo una mirada o un gesto cotidiano, que me acelere el corazón por siempre. Alguien que me quiera alocadamente como yo soy capaz de querer, que se entregue a mí de la misma forma loca, imprudente, sin remedio... Alguien por quien merezca la pena morir.

—Las relaciones evolucionan —me contestó ella—, cambian, y eso llega con el tiempo, Di —me riñó—; pero los novios no te duran más de seis meses... Tampoco te culpo —puso las manos en alto—, con esos novios que te buscas...

—¡Bah! —le quité importancia a lo que decía tirándole un cojín a la cara—. No me entiendes —aseguré poniéndome de pie para ir a buscar esa segunda botella de vino.

—¡Claro que te entiendo maldita zorra! —contestó ella tirándome el cojín a la espalda desde el sofá—. Pero lo que tú quieres no existe.

Me alejé sin querer creer que pensara eso; estaba claro que yo no era una experta, que lo que pedía no era fácil, pero si lo encontraba, sería realmente real, valga la redundancia.

—Ilumíname —le pedí al volver junto a ella. Le tendí la botella y el abridor—. ¿Cómo es el amor verdadero?

—Dices que yo soy muy intensa, pero tú eres la intensa en este tema —dijo abriendo la botella con demasiada soltura para lo tirada que estaba en el sofá—. Conoces a alguien, te vuelves loca por él y al final queda en nada; cuando empieza a ponerse serio, cuando realmente profundizas en la persona, te desenamoras con la misma rapidez con la que te enamoraste. —Descorchó la botella y chasqueó los dedos—. ¡Boom! Y se acabó.

—No quiero estar con alguien de quien no esté enamorada —le tendí la copa para que la llenara.

—Esa chispa del principio se disuelve Di —aseguró—, ese chispazo se diluye entre sentimientos que, aunque pueda parecer que no son tan fuertes, son mucho más profundos.

—El pellejos no era muy profundo.

Bi soltó una carcajada y dejó la botella sobre la mesita.

—Mucho te estaba durando... ¡Pero! Ya te dije que no llegabais a mi cumple.

—Brindemos por eso —alcé mi copa—, por las predicciones de mi hermana que me mantendrán soltera y saltando de capullo en capullo el resto de mi vida.

—Elige uno bueno y haré una predicción mejor —chocó su copa con la mía.

Bebimos y me abalancé sobre ella, el vino se escapó de una de las copas, no sé de cuál, manchándole el jersey blanco que seguro costaba una pasta, pero no dijo ni media palabra.

—Te he echado de menos —dije abrazada a ella.

—Lo sé —me estrechó—, yo a ti también, aunque solo tengas vino barato.

—Haberme invitado a tu casa y estaríamos bebiendo lo mejor de lo mejor —me separé.

Me miró de forma profunda y conozco cada mirada de Bi, quería decir algo,

pero no estaba segura de si decirlo o no; yo la miré con cara de «*suéltalo*», no hizo falta más.

—He venido porque estoy preocupada por ti, quería verte en tu elemento —confesó.

Me separé de ella, recuperando mi posición en el sofá.

—¿Preocupada? —pregunté extrañada y ella afirmó—. ¿Por mí? ¿Por qué?

—No sé, últimamente no te cuentas nada. Cuando hablamos siento tu alegría, la noto, pero tengo la impresión de que luego te apagas poco a poco. Cuando hablas de ti, lo único que te hace sonreír es el programa, y debería haber mil cosas que arrancaran tus sonrisas.

—Es lo único que me hace ilusión. Vivo en el culo del mundo —le recordé—, tengo dos trabajos de mierda, no es que mi vida sea muy interesante o emocionante.

—Eso puede cambiar cuando tú quieras —contestó—, estoy harta de decírtelo.

—¿Y qué iba a hacer yo en Estados Unidos aparte de molestarte?

—Pues trabajar en algo que te guste, para variar, y probar algo nuevo; darle patadas al idioma, eso es lo de siempre. Estaríamos juntas, cuidaríamos la una de la otra.

—Tú no necesitas que yo cuide de ti —dije con pesar—, y va siendo hora de que yo cuide de mí misma. Se llama madurar, eso dice mi madre —añadí con una sonrisa triste—. Me va bien aquí, Bi —mentí, y no es que le mintiera a ella, nos mentía a las dos.

4

El último cumple de Bi

El último cumpleaños de Bi no fue lo que ninguna esperaba; aquella semana discutimos como no lo habíamos hecho nunca. ¿Las razones? Diversas.

Aquel mismo lunes quiso acompañarme a la emisora, yo no quería. Aunque no le había mentido, sí había ocultado algunas cositas. Una, en realidad: que las llamadas que recibía era para mofarse de mí. Si algo teníamos en común era la cabezonería, y ganó la suya.

Los primeros cuarenta y cinco minutos de programa fueron genial. Bi estaba sentada frente a mí, en el pequeño estudio de grabación en el que yo misma me encargaba de los controles. Hablé de la trama, de sus personajes, de la película, de sus logros y carencias; sobre la marcha indagué datos de producción y taquilla, fue uno de los programas menos preparados que hice en mi efímera carrera de locutora, pero salió bastante bien.

Durante la última pausa le pedí que se marchara, alegué que nunca había llamadas y que aún estaba a tiempo de ir a comprar un vino decente para aquella noche. ¿Crees que se marchó? No, no lo hizo, y fue ahí, después de la pausa, cuando llegaron los problemas. Debía abrir el teléfono y sabía lo que sucedería, lo que pasaba cada noche, lo que le ocultaba a Bi y sabía que no lo encajaría bien, pero no esperaba que llegara a tanto.

—Estás en *DiFrikiTertulia* —solté el rollo de siempre cuando sonó el teléfono—, ¿qué quieres compartir con nosotros? —seguí como si nada—. ¿Has visto *La liga de la justicia*?

—Hola Di, me encanta tu programa —contestó al otro lado una voz de hombre, era agradable y por un momento pensé que la cosa podía ir bien, ¡jodida ilusa!

—Gracias, me alegro —contesté sonriendo, llena de esperanza de que aquella noche fuera diferente, mientras Bi se removía nerviosa y emocionada—. ¿Cómo te llamas?

—Soy Batman —dijo con voz rasgada.

—Imagino que el de Nolan por el tono —le seguí la coña—. ¿Te ha gustado

la peli?

—Sí, fui a verla con mi novia —afirmé; iba a preguntarle qué le había parecido a ella, pero él siguió hablando—. Tú seguro que fuiste sola al cine, porque no te aguanta nadie.

Vale, no era lo peor que me habían dicho, la verdad, estaba más que acostumbrada a aquella clase de comentarios en plan «seguro que eres un horco», «tu voz da dolor de cabeza», «eres patética, insufrible friki», «haces más gallos que Koki el rey del corral...». Lo peor que me han dicho nunca fue «muérete y libra a la gente del pueblo de tu parloteo insufrible».

—Bueno —lo corté, llevándome los dedos a los ojos para no ver la decepción en los de Bi—, esa es tu opinión, gracias por tu llamada. Pasamos a la siguiente, buenas noches.

—¿Esa es tu opinión? —escuché la voz de Bi. Suspiré y abrí los ojos. No solo había decepción en su mirada, había algo más que no supe reconocer, pero que ahora definiría como espanto—. ¿Por qué no te has defendido? ¿Estás tonta o qué te pasa? —me atacó.

La ignoré y seguí con el programa, sin ser capaz de mirarla. Entró otra llamada, en ese momento quise morirme, ya ves tú qué tontería... Descolgué y solté la retahíla.

—¡Hola! —tuvo la amabilidad de saludar, casi nunca lo hacían—. Mis colegas y yo estamos apostando. Yo apuesto a que tienes que hablar en la radio porque eres tan fea que, de no hacerlo así, nadie te escucharía, porque a la gente le repugna ver tu cara de orco.

Fui a contestar, pero no pude. Bi estaba de pie frente a mí y me quitó el micrófono.

—Y yo apuesto a que tienes la picha tan corta —me puse de pie en cuanto la oí decir eso, pero siguió— que cuando se la metes a tu madre ni la nota.

—Bianca —intenté quitarle el micrófono, pero me esquivó.

—¿Tú quién eres? —preguntó el capullo—. ¿Su patética novia?

—¿Qué sabrás tú, mojón con patas? —al oírla decir eso pensé que ya podía ir despidiéndome del programa, que aquello era el final de *DiFrikiTertulia*—. No le llegas a la suela de los zapatos. Para tu puta información, no solo es preciosa por fuera, que lo es, listillo de mierda, deberías buscarla en

Facebook.

Volví a saltar a por el micro, ya tenía bastante de mofas e insultos, no quería que aquellos desgraciados me buscaran por internet y me hicieran la vida imposible allí también. Bi me esquivó como pudo y el chaval aprovechó los segundos de silencio.

—Seguro que cuando aparezca su foto me salta el antivirus —soltó él.

—También es preciosa por dentro —ignoró Bi su comentario—, además de más inteligente de lo que tu cerebro de mosquito es capaz de concebir, niño de los cojones.

Me dejé caer en la silla, dejé de pelear por el micro y me llevé las manos a la cabeza.

—¿Puedes devolverme el micrófono? —le pedí con calma, realmente triste.

Ahora soy consciente de que debí sentirme orgullosa, agradecida de que me defendiera, pero solo veía que iba a quedarme sin programa y sentí mucha pena.

—¿Niño de los cojones? —dijo el oyente—. Debería ir para allí y demostrarte lo hombre que soy.

—¡Oh, por favor! —salió la *Drama Queen* exagerada de mi prima—. ¡Ven! —le pidió con ganas—. Dame la oportunidad de partirte esa cara de soplapollas.

—¿Quieres que vaya?

Antes de que Bi pudiera contestar colgué la llamada y me puse de pie.

—Dame el micrófono de una jodida vez —le tendí la mano más cabreada de lo que nunca he estado con ella. Se humedeció los labios enojada y me lo dio, airada, cogió el abrigo y me dejó sola. Pude verla marchar a cámara lenta, una escena dramática para una peliculera como yo y una exagerada como ella. La luz del teléfono parpadeó, indicando una llamada—. Lamento el final del programa —dije a los oyentes—, y pido disculpas por todo. Espero que podamos escucharnos pronto; hasta entonces, buenas noches.

Puse la sintonía del programa y los anuncios, ni siquiera saludé al *DJ* que venía después de mí. Recogí con pesar y me fui. Al salir, me encontré con Bi. Uno de sus zapatos de tacón de aguja se apoyaba contra la fachada del edificio, se mordía las uñas, estropeando su perfecta manicura. Aunque quería

pelea, no tenía pinta de camorrista.

—Vámonos —dije observando el parpadeo de los intermitentes del coche al abrirlo.

—De aquí no me muevo —contestó ella y pude oír la rabia que le consumía la voz.

Me giré y la miré a los ojos, ella hizo lo mismo y una brisa nocturna nos acarició en el silencio de la noche de invierno de la sierra.

—¿Qué quieres, Bi? —exclamé cabreada—. ¿Pelearte con unos chavales?

—¿Qué coño te pasa? —me atacó.

—¡No! —grité—. ¿Qué cojones te pasa a ti? ¡Van a quitarme el programa por tu culpa!

—Ya ves tú qué pena —dijo con desprecio.

Aquello me dolió como una bofetada, sabía lo que el programa significaba para mí.

—Para ti, súper empresaria —la atacé—, no significará nada, pero para mí lo es todo.

—Por favor, Di —se incorporó poniéndose frente a mí—, no tienes por qué aguantar eso —señaló hacia la puerta por la que acabábamos de salir—, no debes hacerlo.

Estaba preocupada por mí y hasta cierto punto lo entendí, pero había ido muy lejos.

—Me encanta lo que hago —discutí con ella.

—Pues hazlo bien, no para cuatro palurdos de mierda que ni te escuchan, ni les interesa lo que dices.

—¿Qué sabrás tú? —aparté la mirada.

—Sé que no te ha sorprendido lo más mínimo lo que han dicho —me alejé en dirección al coche, no quería escucharla, pero ella por supuesto me siguió—, que lo estabas esperando y por eso querías que me marchara, porque es algo que seguro pasa de forma habitual. Sé que no te has defendido —me alcanzó, me cogió del brazo y me obligó a darme la vuelta y mirarla—, que permites que la gente te pisotee. Esta no es la Di que yo conozco —te juro que me miró como si fuera una desconocida y eso me dolió más.

—¿Podemos dejarlo? —le pedí.

—¡No! —se puso frente a la puerta impidiéndome subir al coche—. No podemos dejarlo. ¿Qué estás haciendo con tu vida? —volvió a la carga—. Permites que alguien como Sergio te deje tirada, cuando nunca debiste salir con él. Te hacen bullying sin que ni siquiera intentes defenderte... Te dejas pisotear por cuatro putos incultos cortos de mollera. No entiendo nada —aparté la mirada, no quería seguir escuchándola—. Te dije que debías abrir un programa de *podcast* o un canal de *YouTube*, donde te escuchara la gente. Puedo promocionarte, te lo he dicho mil veces, pero no, tú aquí a desperdiciar tu talento.

—No es una cuestión de talento —la corté—. ¿Cómo ibas a saber si tengo talento si nunca me habías escuchado?

—Porque esta emisora de mierda —me interrumpió— es tan prehistórica que ni siquiera comparte los programas por internet, ¡en pleno año 2017! ¡Es de locos, Di!

—Pero tú ya sabías que tenía talento sin escuchar el programa.

—Sí —resoplé y negué con la cabeza, preguntándome qué iba a saber ella—, claro que lo sé, porque te conozco mejor que nadie y sabía que le pondrías toda la pasión y las ganas. Llevas toda la vida hablándome de cine y sabía que lo harías de lujo, demasiado para una emisora como esta, anticuada, que permite que pase lo que ha pasado esta noche.

—No, Bi, no te engañes, tú sabías que tenía talento porque para ti todo lo hago bien.

—Te equivocas, no todo lo haces bien, ahora mismo no puedes estar haciéndolo peor. Tienes dos trabajos que odias, pones todas tus ganas en un programa que no te aporta nada y, ¿te has fijado dónde estás viviendo? Vives en una casa que se cae a trozos, aquí, cuando podrías vivir en tu propia casa, en condiciones, donde tú quisieras.

—No, no podría ni comprarme un trastero, pero no importa, estás tú, me comprarías una casa claro, me montarías un programa de radio, una emisora si quiero, un sueldo *nescafé* para toda la vida y al final acabaría siendo un jodido parásito.

—¿Qué tiene de malo que te ayude cuando puedo y quiero hacerlo?

—¡Joder, Bi! Tengo que valerme por mí misma. ¿De verdad no lo entiendes? No puedes ser siempre mi salvadora, no me ayudas —le reproché—; no puedes ayudarme menos... Llevas toda la vida poniéndome las cosas fáciles, desde niñas, ayudándome incluso antes de que detecte que tengo un problema, y eso me ha hecho débil —la acusé.

—Tú no eres débil, Di —lo dijo con tanta pena que sentí lástima de mí misma—. Eres independiente, inteligente, tenaz, honesta y también imprevisible, cierto —intentó quitarle hierro al asunto, a pesar de lo dolida que estaba por lo que acababa de decirle; Bi, como siempre, fue generosa conmigo, intentando hacerme sonreír—, pero no eres débil.

—No quiero seguir discutiendo, se me está congelando el culo. ¿Podemos irnos?

—No, no podemos irnos —contestó—. Tienes que hacer algo, solo intento ayudarte, no arreglarte o gobernar tu vida, pero no puedes seguir así.

—Estoy cansada, Bi —me quejé—, mañana me levanto a las cinco de la mañana y ni siquiera hemos cenado.

Se apartó y rodeó el coche; me estaba colocando el cinturón de seguridad cuando subió en el lado del copiloto. Nos marchamos a mi ruinoso hogar, ninguna de las dos abrió la boca en todo el camino. Al llegar a casa, fui directa a la cama. No dormí mucho aquella noche, sus palabras no dejaban de darme vueltas en la cabeza. La verdad es que esperaba que viniera a mi habitación, se metiera en la cama conmigo y se disculpara por decir que mi vida era una jodida mierda, que me diera la oportunidad de disculparme a mí por haberla acusado de cosas que no eran ciertas, encima de que solo se preocupaba por mí e intentaba ayudarme; pero no vino y, al día siguiente, sin apenas dormir, la cosa empeoró.

Mi padre me llamó cuando salí del trabajo e iba de camino a la radio. Bi había ido a visitarlos mientras yo estaba currando y no fue precisamente amable con él. Lo culpó de lo que estaba pasando con *DiFrikiTertulia*, ¡a mi padre! No puedes imaginarte cómo me cabreeé con ella. Bi sabía que mi padre me escuchaba, que seguía el programa todas las noches; sabía lo que estaba pasando y no hizo nada. Bi necesitaba un culpable, además de mí, así que le tocó a él y me jodió mucho que consiguiera hacerle sentir culpable.

En la emisora tuve que aguantar la bronca más larga de mi vida. Al final no

me quitaron el programa, pero me aseguraron que, si se volvía a repetir la situación, sería mi final. La amenaza me hizo cierta gracia, no les debía nada, ni siquiera estaba cobrando por mi trabajo; además no se me valoraba o me habrían dejado eliminar la sección de llamadas, como había pedido tantas veces al principio. Esos capullos llamaban todas las noches, creo que al principio eran los mismos, sospechaba que era cosa de mi ex. No quería creerlo porque esas llamadas empezaron cuando aún estábamos juntos, cuando compartíamos la hora de emisión, antes de que le quitaran su lamentable programa. Después llegaron voces nuevas; creo que, para ellos, era como el entretenimiento de por allí, joder a la estúpida del programa nocturno y ver quién decía la mejor pulla o insulto.

Al llegar a casa, Bi me esperaba con la comida hecha, mi favorita, supongo que una tregua en nuestra guerra particular, pero ¿crees que la acepte? No, no lo hice. Estaba cabreadísima por lo que le había dicho a mi padre, por cómo le había hecho sentir, y seguimos discutiendo en lugar de disfrutar de aquella semana que teníamos para pasar juntas.

Cada vez que me marchaba y la dejaba sola en mi casa, temía que al volver no estuviera, que se hubiera largado a celebrar su cumpleaños con su pareja, a la que tuvo que dejar en Estados Unidos porque no pudo cogerse esa semana de vacaciones y acompañarla, en lugar de seguir perdiendo su preciado tiempo discutiendo y disgustándose conmigo. De haberlo hecho, creo que nunca se lo hubiera reprochado, no la hubiese culpado; con lo difícil que le resultaba buscar días libres en su apretada agenda, comprendería que no quisiera pasarlos de aquella forma. No lo hizo, se quedó.

Su cumpleaños no fue lo que se dice espectacular. Decidimos salir de fiesta, aunque el ambiente no estaba precisamente para meterle alcohol. Fuimos a Madrid capital. Bi reservó una súper suite en un hotel de lujo de esos que tanto le gustaban y la cosa empezó bien, pero acabó como el rosario de la Aurora que, por cierto, no tengo jodida idea de qué quiere decir eso, pero es parte de la herencia que mi madre ha dejado en mi vocabulario.

Aunque Bi vivía fuera, estaba mejor informada que yo del ambiente de Madrid. Cenamos en uno de esos restaurantes de alta cocina y, qué quieres que te diga, se come muy bien, es cierto, pero tanta monería para presentar los platos y después te quedas con hambre; nada que ver con los postres, cómo me puse de dulces... Con una botella de vino en el cuerpo y media de champán

francés, fuimos en taxi al pub de moda del momento; no había estado en mi vida, pero el local poco iluminado parecía salido de una revista de decoración, todo limpio y nuevo. La música invitaba a bailar y las dos rondas de chupitos que nos metimos nada más llegar ayudaron. Al llegar a la discoteca estaba muy tocada, no sabía qué hora era, pero estaba segura de que era más de medianoche: era el cumpleaños de Bi.

—¡Bi! —le grité por encima de la música—. ¡Te quiero! —la abracé—. Te quiero muchísimo —le dije al oído—, y no sé qué sería de mí sin ti. Feliz cumpleaños hermanita.

—No quiero que sigamos peleándonos, Di —contestó ella abrazándome con fuerza—. Yo también te quiero, más que a nadie —aseguró, y sé que lo dijo desde el corazón.

No tardamos en marcharnos, volvimos al hotel. En recepción, Bi pidió una botella de cava muy específico, qué pija y exquisita se había vuelto, con la de calimochos que había tomado cuando era joven. También pidió una pizza familiar que a saber quién se iba a comer, porque aunque me había quedado con hambre, estamos hablando de una familiar.

—He pensado mucho en tu regalo —me levanté de la cama con la panza llena.

Bi se había puesto su camisón de raso con tirantes finos, nada adecuado para mi casa-nevera, pero sí para un hotel de cinco estrellas con calefacción. Se había desmaquillado y sus mejillas estaban sonrojadas; sostenía la copa medio llena en la mano, mirándome. La recuerdo tan nítidamente que me duele el corazón no estar allí de nuevo, con ella. Tenía los ojos brillantes, supongo que por el alcohol, y había un punto de tristeza en su mirada que estaba segura pasaría desapercibida para cualquiera, pero no para mí.

—No esperaba menos de ti —contestó con una sonrisa.

—¿Qué le regalas a alguien que lo tiene todo? —pregunté de forma retórica yendo hacia mi pequeña maleta de mano, donde estaba su regalo.

—Que me dejaras ayudarte sería un genial regalo —dejó caer ella.

—Que no discutiéramos —la señalé con sarcasmo inclinada sobre la maleta.

—Vale —contestó cansina.

Cogí el sobre alargado y volví junto a ella; me subí a la cama de un salto.

—Feliz cumpleaños, Bi —le tendí un sobre de papel.

—Gracias —arrodillándose sobre la cama, cogió el sobre y me abrazó.

Ambas perdimos el equilibrio, cayendo sobre la cama, menos mal que su copa estaba casi vacía y no la mojamos mucho.

—Ni siquiera sabes qué es —contesté.

Se separó de mí, ambas nos incorporamos y abrió el sobre. En su interior había una tarjeta. En ella había dos fotos nuestras: una era de cuando ella cumplió los dieciséis y yo la miraba con admiración; la otra foto era de cuando yo cumplí la misma edad, ella me besaba la cabeza mientras yo sonreía a cámara. Entre ambas fotos había escrito con letras bonitas y un rotulador dorado con purpurina:

«Vale por una noche al pasado».

—En casa de mis padres, en nuestra antigua habitación, he dejado una caja con ropa de esa época que he rescatado, ¡vas a flipar! —me reí yo sola—. Películas en VHS, tu viejo kit de manicura donde he repuesto los pintauñas. Una botella de vino barato para hacer calimocho y vodka de ese malo, además de un par de canutos. Espero que mi madre no la abra, porque le da algo —las dos nos echamos a reír—. También habrá comida y chucherías que ya tengo pensadas, pero que como no sabía cuándo lo haríamos no he querido comprar aún. La idea es que volvamos a tener dieciséis años, solo por una noche.

—Me encanta Di —aseguró con lágrimas en los ojos.

—Es una tontería —le quité importancia—, en realidad este no era tu regalo, solo algo que me apetecía. Pero no sabía qué regalarte y esta semana está resultando un desastre, y he pensado que podría venirnos bien, dejar de discutir y despreocuparnos un poco.

Verla llorar me hizo abrazarla y llorar también. Llegó el momento de abrirse, de pedirnos esas disculpas que ambas llevábamos deseando pedirnos desde la primera discusión, pero que los reproches acumulados nos impedían dejar salir.

—Hagámoslo este fin de semana —dijo cuando ya íbamos a dormir, y así lo hicimos.

5

La princesa persa

He tenido que dejar de escribir; me han traído comida y, como no cambien de menú pronto, creo que no llegaré viva al patíbulo, antes moriré de hambre.

¿Por dónde iba? Ya... El cumpleaños de Bi. La cosa se calmó después de aquello, volvió a la normalidad. Me duele que pasara su último cumpleaños de aquella manera...

Llegaron las navidades y Bi vino a pasarlas a casa, aunque no vino sola. Para mis padres, sobre todo para mi madre, fue chocante. Sí, Bi había cambiado de acera, llevaba con Meg demasiado tiempo para que aquello fuera una fase que se le pasaría. Con lo mucho que le gustaban los hombres, al principio a mí también me sorprendió; como mi madre, también pensé que aquello no llegaría a nada, pero después de conocerla, de verlas juntas, confié en su amor, en que llegaría a donde quisieran. Se compenetraban a la perfección. Meg comprendía todas sus extravagancias, era capaz de calmar su intensidad como nunca he visto a nadie hacer. Era todo lo que Bi necesitaba y la hacía feliz, realmente feliz.

¡Joder! No había pensado en Megan hasta ahora, jodida egoísta de los cojones... Estaba locamente enamorada de mi hermana; lo que ellas compartían, después de dos años juntas, era la clase de amor del que yo le hablé a Bi aquel día en mi casa.

Me he tomado un momento para pensar, reflexionar y, durante ese tiempo, alguien ha metido la mano en la abertura a la altura del suelo y se ha llevado el plato sin tocar.

Te estarás preguntando cómo he acabado aquí; yo, desde luego, lo haría. Imagino que habrás comprendido que soy una chica normal; pues bien, así era. Seguro que mi vida no era tan diferente a la tuya en algún momento de la misma. No era perfecta, ¿pero la de quién lo es? Y no acaban en una jodida cárcel, en el culo del mundo, acusados de asesinar a la persona que más quieren y escribiendo su triste final, que nadie leerá, aunque tú lo estás haciendo ahora.

Todo empezó a principios de año. Recuerdo perfectamente la primera vez

que Bi me habló de Alexander Bonucci. Antes de que lleguemos al momento en que lo conocí, deja que te adelante un poco: italiano, rubio, fuerte, tatuado, arqueólogo con pinta de *empotrador*, peligrosamente sexy y atractivo como nunca he visto a otro, con unos andares de perdonavidas que te humedecen la ropa interior y te aceleran entera sin ni siquiera abrir la boca. Un tío digno de hacerle un buen traje de saliva, de esos de dos capas. Por supuesto, todo esto no lo averigüé en aquella llamada.

Volvía a casa después de ver una película, el año no empezaba especialmente bien en lo que a cine se refiere. Había ido a ver «*Amityville: El Despertar*» y, con todo lo que pudieron hacer, con la historia que tenía la casa más encantada y misteriosa de EE. UU., hicieron un bodrio. Fui a verla con un compañero de trabajo, llevábamos unas semanas tonteando. La verdad es que no se había encendido ninguna chispa, pero era mono y le gustaba el cine; era un poco joven para mí, que estaba a punto de dejar el dos para convertirme en una treintañera, pero me hacía reír a pesar de que su conversación casi nunca era muy profunda. Equivocadamente pensé que el que no encendiera esa chispa podía ser bueno, quizás pudiésemos tener una de esas relaciones basadas en la amistad. De la clase que se cuece a fuego lento, de la que no te desenamorabas con la misma rapidez con la que surge, pero qué va. Nuestro intento de «relación» acabó en el momento en el que me dijo que la película le había gustado. No puedo estar con alguien que no tiene gusto cinematográfico o a quien no le guste el cine; es esencial, puede que sea el único requisito que pongo, además de que tenga algo de materia gris en el cerebro, si no ¿cómo íbamos a comentar las películas?

—Hola Bi —descolgué el teléfono—. ¿Qué te cuentas?

—¿Cómo ha ido tu proyecto de novio nuevo?

—¡Fatal! —exclamé entrando en casa—. ¡Le ha gustado la película! —añadí indignada.

—¿Eso es malo? —me preguntó ella extrañada, lo noté por el tono de su voz.

—Sí cuando la peli es un bodrio infumable —contesté quitándome la bufanda.

—Cariño —gritó dejándome medio sorda—, me debes veinte dolores.

—¿En serio? —me pregunté en voz alta, quitándome el abrigo como pude, aunque el ambiente gélido de la casa no invitaba a quitarse mucha ropa—.

¿Habéis apostado?

—¿Qué tal lo demás? —cambió de tema—. Hace días que no hablamos.

—Bien —contesté de camino a la cocina, tratando de no cabrearme.

—Espera —me pidió—, pongo el *FaceTime* y veo tu cara amargada. —Observé la pantalla esperando que apareciera su imagen. Estaba en una de las terrazas de la mansión que se había comprado a final de año. En California todavía era de día y la cabrona vestía con ropa muy ligera, mientras a mí se me congelaba mi jodido culo en Madrid—. Estás guapa —dijo con una de sus sonrisas abiertas—, ¿te has aclarado el pelo?

Sí, me había hecho unos reflejos en mi melena castaña; casi nadie se había dado cuenta, pero a Bi no se le escapaba nada.

—Y me lo he cortado un poco —dije muy orgullosa—. ¿Te gusta? —le pregunté.

—Sí —contestó, pero por su cara supe que no era sincera; alcé ambas cejas esperando un pero que no se hizo de rogar—, pero deberías haberte hecho algo más radical.

Apoyé el móvil contra la tostadora y llené una taza de agua para calentar y hacerme una infusión. Tenía frío y la mezcla de Coca-Cola, palomitas y nervios no le había sentado muy bien a mi estómago. Sobra decir que los nervios no eran de tensión por la peli, sino del cabreo que fue creciendo a lo largo de la misma.

—¿Como el flequillo que te corté a dos días de las fotos de la comunión? —pregunté.

Las dos nos echamos a reír al recordarlo; deberías ver las fotos, no tienen desperdicio.

—Sería un cambio —dijo aún riéndose—, cosa que necesitas con extrema urgencia.

—Vale Bi —la corté dejando de sonreír, desde su cumple estaba muy pesada.

—¿Cómo va el programa? —volvió a cambiar de tema, pero el cambio no creo que fuera muy acertado, aquel era terreno pantanoso y ambas lo sabíamos.

—Bien —contesté metiendo la taza en el microondas—, como siempre.

—O bien o como siempre, Di —dijo en tono crítico—. Las dos cosas no pueden ser.

—Entonces como siempre —contesté sin necesidad de pensarlo mucho.

—Tienes que hacer algo al respecto.

—Vale Bi —volví a cortarla, no tenía ganas de volver a aquel debate que siempre acababa igual. Amaba lo que hacía y, si el precio era aguantar durante diez minutos gilipolleces, estaba dispuesta a pagarlo—. Cambiemos de tema —le pedí—. ¿Qué tal tú?

—La casa está quedando chulísima, tengo muchas ganas de que vengas a verla.

—Ya queda poco para mi cumpleaños —le recordé sonriéndole.

—Qué ganas tengo —dijo con emoción—. Megan estuvo el otro día con la diseñadora, tiene ideas muy guais para tu habitación; nada de habitaciones de invitados, te vamos a hacer una habitación tan tú que nos pedirás que te adoptemos, no querrás volver a España.

—Eso quisieras tú —me reí.

—Ya sabes que sí —afirmó sonriendo—, sería una buena forma de empezar los treinta.

—Bi... —le pedí que no siguiera por ahí una vez más.

—Pues el viernes por fin me reuní con Alexander Bonucci —cambió de tema.

—¿Debería saber quién es? —pregunté sin tener la menor idea de quién me hablaba.

—El arqueólogo —contestó.

—Oh, ya —recordé, llevaba unas semanas detrás de ella, me lo había comentado de pasada hacía varios días—. ¿Y cómo te fue con él? ¿Vas a financiar su excavación?

—¡Madre mía, Di! —exclamó tan exagerada como era—. ¡A ese bombón le financio yo lo que me pida! No veas cómo está el tío, la hostia —se rascó la frente.

—Menuda lesbiana estás tú hecha —me reí negando con la cabeza.

—Soy un espíritu libre, ni lesbiana, ni hetero, me enamoro de almas.

—Claro, y el alma del arqueólogo te puso a tono, pero solo su alma —ironicé.

—Si llega a mandarme una foto, no me habría hecho de rogar, ya estaría excavando —dijo bajando la voz, imagino que para que Meg no la escuchara—, donde él deseara, tú ya me entiendes —se echó a reír como la descarada que era—. Madre mía...

—Muy profesional —me burlé de ella. El microondas se puso a pitar y lo abrí—. ¿Qué es, una especie de Indiana Jones? —me interesé sacando la taza para meter la bolsita.

—En versión moderna, mazada e italiana —alzó las cejas varias veces, haciéndome reír—. Pero independientemente de lo bueno que él esté, que lo está mucho —apuntó—, el proyecto es interesante—añadió poniéndose seria—. Cree saber dónde está la tumba de una antigua princesa persa que se fugó llevando consigo un brazalete egipcio con poderes mágicos que le regaló su prometido.

—Muy Indiana Jones —afirmé sin creer que fuera a invertir dinero en eso—, y lo digo por lo fantástico de la historia.

—No seas incrédula —me pidió.

—¿Y qué clase de poderes mágicos tiene ese brazalete? —pregunté fingiendo creer lo que me estaba contando a la vez que movía la bolsita, sin creer una palabra.

—Dice la leyenda que podía invocar al Dios Anubis y él soltaba sus tropas inmortales para vencer a tus enemigos en una lucha en la que ningún rival mortal podía vencer.

—¿Y tú te crees todo eso? —demandé sin creer que fuera así.

—¡Claro que no! Pero es parte de la historia, y eso podría ayudar a la humanidad a saber más de esas culturas perdidas, debería investigarse y acabar en un museo.

—Eso mismo habría dicho Indi —señalé la pantalla del teléfono.

—Pensé que te gustaría —dijo disgustada. Saqué la bolsita del agua y la tiré a la basura—, estaba segura, pero te has vuelto una cínica, hermanita. ¡Ya te

vale!

No me considero una cínica y estaba segura de que solo quería pincharme; además, tenía que levantarme a las cinco de la mañana y quería irme a la cama.

—Bueno, para saber más de la historia de esas culturas está bien, pero poco más...

—Eso es porque no conoces la leyenda, te la enviaré por mail para que la leas —sentenció—. Es cortita y romántica, a ver si te gusta y encontramos un rayo de esperanza para que no te conviertas en la cínica en la que creo que ya te has convertido.

—Me parece perfecto —me reí. La reina del drama, te lo he dicho—, espero no decepcionarla —me incliné en una reverencia—. Si me lo permite su majestad, desearía irme a dormir, esta humilde camarera mortal se levanta a las cinco de la mañana.

—Puedes ir en paz, mi sierva —me siguió la broma—, pero léetela y me cuentas.

—Vale Bi —contesté soplando sobre la taza—, dale un beso a Meg. Te quiero, loca.

—Y yo a ti, incrédula. Buenas noches.

—*Good night* —me despedí antes de colgar diciéndole adiós con la mano.

Me preparé para ir a la cama; después de dejar todo listo para el día siguiente, al meterme en la cama, vi que tenía un mail de Bi, el asunto decía: ¿Por qué las leyendas no pueden ser reales?

Sonreí, dejé el móvil sobre la mesita de noche y cerré los ojos.

En la cafetería todo seguía igual; era un trabajo bastante tedioso, pero había hecho una amiga, una de verdad: María, de Almería. Era nueva en el pueblo, se había mudado con su novio, el cual no me gustaba nada... Conectamos al instante, fue increíble, desde el momento en el que tuvimos una conversación más allá del trabajo, supe que seríamos amigas para siempre; lástima que ese para siempre solo haya durado meses. Era muy divertido presentarla así, con rima, *ella es María de Almería*, decía. Estoy segura de que lo sucedido habrá salido también en las noticias de España, aunque no quiero pensar en lo que se estará contando, tampoco en mis padres. Ellos son mi única esperanza, que

vengan con un traductor y pueda tener un juicio, pero no tiene pinta y no me haré ilusiones. Preferiría que no supieran nada, la verdad, ojalá piensen que hui y empecé una nueva vida de exilio, pero libre y con vida.

Permíteme otro inciso ahora que he hecho referencia a *María de Almería*. Recuerdo que fue a principios de marzo, ahora me parece que eso fue hace media vida, pero no ha pasado ni un mes. Estaba en la plaza, esperándola para tomar algo cuando me llamó Bi. Ella y Megan discutían ante la posibilidad de colocar una fuente de unas dimensiones descomunales en la casa nueva. Bi creía que la apoyaría, pero me tuve que poner del lado de Meg, aquello era la vanidad hecha piedra. Entonces llegó María. Bi refunfuñaba porque no la apoyaba, mientras Meg seguía intentado hacerle entender que era demasiado.

—Ella es mi amiga María de Almería —les dije cambiando la cámara a la trasera.

Las dos la saludaron y después se escuchó preguntar a Megan con inocencia:

—¿Es nombre compuesto? Nunca lo había oído.

Mi prima y yo nos echamos a reír, mientras María negaba sonriendo. Dejaron de discutir, por fin, y colgué mientras Bi le explicaba que Almería era una ciudad española, haciendo referencia a las pipas Churruca. Pobre Megan, vaya cultura española estaba recibiendo de Bi... Pobre Bi... Y pobre de mí...

Me he tomado otro momento, sí, quizás creas que me estoy tomando muchos, pero no es fácil hablar de un tiempo pasado, no tan lejano, que no volverá. Uno en el que Bi está viva y en el que a mí no se me acusa de asesinarla sin darme opción a defenderme y que, aunque me la dieran, tampoco sabría cómo hacerlo. Me pregunto dónde estará él, si correrá mi misma suerte, si habrá recuperado la cordura o seguirá desvariando.

Vale, estoy divagando y adelantándome a los acontecimientos. Iba a contarte que al día siguiente de recibir el mail de Bi, en el descanso de veinte minutos que tenía en la cafetería para desayunar, me puse a leer la historia de la princesa persa. Me encantaría contártela, aunque sea para quitarle un poco de dramatismo a mi triste historia; al menos tendrías un final feliz, ya que mi historia, te aseguro, que no lo tendrá, de eso estoy convencida. Aunque saliera de esta situación con vida, que estoy segura de que eso no pasará, no hay un final feliz para mí sin Bi.

Entré en Gmail y allí me esperaba el mail de Bi, asunto: ¿Por qué las

leyendas no pueden ser reales? Negué con la cabeza dándole una dentada a mi bocadillo y lo abrí.

Darío I el Grande (aquel que apoyaba firmemente el Bien) fue el tercer rey de la dinastía aqueménida de Persia. Ascendió al trono persa en el 521 a. C. con 27 años. Lo hizo tras matar él mismo al anterior rey, Gaumata el Mago, a quien Darío consideraba un tirano. Bajo su gobierno el imperio persa se expandió desde el río Indo, en la actual Pakistán, hasta parte de Europa, pasando por el sureste de Asia y Egipto.

Gobernó durante 36 años y, además de un gran conquistador, también fue un excelente administrador y arquitecto. Construyó la hermosa ciudad de Susa, convirtiéndola en capital de Persia, además de los grandes palacios de Persépolis, cuya ciudadela es, desde 1979, Patrimonio de la Humanidad.

De su muerte se sabe que le sobrevino una enfermedad y murió mientras se preparaba para intervenir en una insurrección en Egipto. Fue inhumado en una tumba rupestre, que hizo construir en vida, en Naqsh-e Rostam.

Sin embargo, se han encontrado textos que, de ser ciertos, podrían demostrar que no fue una enfermedad la que acabó con su reinado, que llevó al posterior declive bajo el gobierno de su hijo Jerjes I a la cabeza del Imperio, sino el amor, o más bien el desamor de una mujer; y no una mujer cualquiera, su propia hija, la princesa Ziba (la más bella).

Nada se sabe de la existencia de dicha princesa, que sería la menor de todos sus hijos. Según los textos hallados, Jerjes I ordenó acabar con la vida de la princesa, como también eliminar todo rastro de su existencia.

Dice la leyenda que posteriormente se convertiría en mito, para acabar en un rumor que solo el viento se atreve a pronunciar, arrastrándolo sin que nadie pueda escucharlo; que la belleza de la recién nacida hizo arrodillar al emperador ante ella. Su amor en los primeros meses de vida de la bebé no hizo más que crecer, como también la gracia de ella, lo que llevó a Darío I a ocultar a la princesa, pues decía que su belleza era tan divina que los simples mortales no merecían contemplarla.

Encerrada en una torre creció la princesa Ziba, privada del contacto humano, exceptuando las visitas que le hacía su amado padre y los cuidados de sus tres doncellas ciegas. No fue hasta cumplir los quince años que Ziba empezó a revelarse contra su estimado padre por aquel cautiverio al que

había sido sometida toda su existencia. Años más tarde, convenció a sus doncellas, que le tenían alto aprecio, para que la dejaran salir, prometiendo volver antes del anochecer.

Fingiéndose ser una de las doncellas pudo escapar de su torre, de los múltiples guardas que la custodiaban y salir a palacio. No fue una única vez la que marchó, maravillada por cuanto la rodeaba; disfrutaba de la majestuosidad de ese hogar al que su padre le había negado el acceso. La princesa Ziba carecía de picardía; por su crianza, no era lo suficientemente astuta y uno de los guardas no tardó en darse cuenta del engaño. Sin embargo aquel guerrero, en lugar de explicarle al emperador lo que su hija hacía y ganarse así su favor, calló. Se dedicó a seguirla, a velar por ella en la distancia sin que lo descubriera, incapaz de ver su rostro por el velo que ella portaba.

Una tarde llegó el gobernador de la satrapía de Egipto; quiso el destino que se cruzara con la hermosa princesa Ziba mientras esperaba audiencia con el emperador. Convenció a la inocente joven para que se despojara de su velo. Al ver su precioso rostro se enamoró de ella y prometió volver para llevarla con él y convertirla en su consorte.

El guarda, espectador de todo, pidió audiencia raudo con Darío I. Esta le fue negada hasta que informó de que se trataba de su hija Ziba. Cuando el emperador supo de las intenciones del egipcio para con su hija, creyó volverse loco de cólera, pero mantuvo la calma y le pidió a Aram, el soldado, que fuera a buscar a su hija, la custodiara hasta la torre y no se separara de ella hasta su llegada.

Aram cumplió la orden del gobernante, informó a Feremdantes de que el emperador lo esperaba y acompañó a la preciosa joven a su torre, donde expulsó a sus doncellas. En la soledad de la torre Aram, prudente como su nombre indicaba, observó la belleza sin igual de la princesa sin abrir la boca. En una promesa silenciosa, juró que daría su vida por la de ella, que la protegería de todo mal y velaría cada una de sus noches para que ni las pesadillas pudieran lastimarla. «Tus ojos revelan lo que tus labios no pronuncian», le dijo la princesa. El sonido de su voz erizó todo el vello del fuerte guerrero, cuyo corazón ya era de ella antes incluso de ver su rostro u oír su voz.

Feremdantes por su parte informó al emperador de su intención de convertir a una de sus doncellas en esposa. Su sorpresa fue enorme al descubrir que esta no era otra que la hija menor del emperador, quien por supuesto se opuso a sus intenciones. El egipcio le prometió todas las riquezas del mundo conocido, pero Darío I, orgulloso, lo expulsó.

El emperador, agradecido por la intervención de Aram, lo nombró guarda principal de Ziba, ligando así sus destinos de una forma que lo llevaría a la muerte sin él saberlo.

Los días se convirtieron en meses mientras Ziba se sentía libre, conociendo el mundo a través de las palabras de su apuesto guarda, que día tras día hablaba más con ella, cautivando todos sus sentidos y ganándose un amor que la henchía con cada palabra que él pronunciaba pero que ocultaba, temerosa de qué le haría su padre a su protector si lo descubría. Feremdantes enviaba presentes al emperador, esperando hallar el tesoro por el cual Darío permitiera hacer suya a la princesa.

Fue año y medio después de su primer encuentro con la princesa, en octubre del 486 a. C. cuando Feremdantes se presentó ante Darío I con el mayor tesoro de su pueblo: el brazalete del Dios Anubis. La joya de oro macizo con piedras preciosas violetas y esmeraldas, tan verdes como los ojos de la bella princesa, decían que era capaz de hacer a su portador invencible, ya que tenía el poder de desplegar las tropas inmortales del señor de la necrópolis, huestes que ningún ejército mortal o inmortal podía vencer.

Aunque el emperador no quería entregarle su hija al egipcio, se estaba preparando para una nueva expedición contra Grecia que él mismo dirigiría y aquella joya podía ayudarlo en su cometido. Contra su voluntad cedió, envió a dos doncellas a la torre de Ziba con el brazalete como obsequio y la noticia de que iba a entregarla a Feremdantes.

Aquella noticia rompió el corazón de la princesa, quien esperó que su amado, Aram, se negara a que aquello sucediera. Sin embargo, su querido protector agachó la cabeza y, sin mediar palabra, salió de la habitación para abandonar la torre y dejarla a solas con las doncellas que la prepararían para el encuentro con el que sería su pareja de vida.

Entre lágrimas silenciosas se dejó bañar y vestir. Le pusieron una túnica

blanca que acompañaron con un cinto naranja. Para finalizar, le colocaron el brazaletes del Dios Anubis, que ya nunca volvería a separarse de ella.

Por fin pudo salir de la torre sin esconderse; pidió que sus doncellas de costumbre la acompañaran y, con ellas como testigos ciegos, se encontró con Feremdantes y una familia a la que no conocía, a excepción de su padre, al cual en aquel momento odiaba por separarla del hombre al que amaba para emparejarla de por vida con aquel egipcio.

Se acordó durante un banquete que el matrimonio se celebraría el mes siguiente, antes de que Darío I partiera a Grecia. Ziba, rota ante lo que ella creía era el rechazo de su amado, le dio su palabra a su padre de que así sería. No volvió a ver a Aram durante las siguientes semanas. Con total libertad para salir de la torre y moverse por palacio a su antojo, solo extrañaba la forma en que Aran le mostraba el mundo, y su único deseo era que él la acompañara, en su lugar solía hacerlo Feremdantes. Aunque intentaba gozar de su compañía, no le gustaba su forma de conversar o explicarle tantas cosas que ella desconocía, tampoco cómo la miraba y, en su corazón, lloraba la pérdida de Aram.

A pocos días de que los deseos de Feremdantes se cumplieran, cuando Ziba ya había perdido toda esperanza de volver a ver a su amado, por el que ni siquiera se atrevía a preguntar por miedo a revelar sus sentimientos y poner en riesgo su vida, él apareció en la habitación de su torre. «¿Revelan mis ojos lo que mis labios no pronuncian?», le preguntó el guerrero. Ziba observó la oscuridad de su mirada, brillaban como nunca lo habían hecho y, sin palabras, supo que había llegado su momento. Que su amor era correspondido, como siempre había sentido en su interior, y que se pertenecían.

A pesar de las advertencias de Aram, Ziba no podía dejar el palacio sin antes despedirse de su padre, la única familia que había conocido en su corta vida. Se reunió con él y le dijo que se marchaba con el hombre al que amaba, que nunca volverían a verse.

—Como padre, es mi obligación enseñar a mis hijos a cazar y a decir la verdad —dijo—. Mentir es una deshonra que no puedo permitir a ninguno de mis hijos. Le diste tu palabra a Feremdantes y debes cumplirla —le pidió con el corazón roto.

—Me has enseñado a ser justa y a ser sincera, padre. Primero, debo serlo conmigo; amo a otro hombre y no me quedaré para ser infeliz, quiero ser libre.

—¿Te he hecho infeliz, hija mía? —preguntó el emperador con la mano en el corazón.

—No por ello te quiero menos.

Ziba besó los labios de su padre como despedida y se marchó. Darío I el Grande (aquel que apoyaba firmemente el bien) no hizo nada por detenerla. Murió aquella noche, implorando el perdón de su hija.

Con la huida de la princesa Ziba, llegó la insurrección de Egipto con la ofensa de Feremdantes al haber perdido ambas joyas, el brazalete y a la princesa. Jerjes I, hijo y sucesor, culpó a su hermana menor de la desgracia que se cerniría sobre ellos.

De la princesa Ziba y su amado guerrero nunca más se supo; por mucho que su hermano los buscó, no logró encontrarlos y decidió borrar toda prueba de que existiera.

Bloquéé el móvil y miré a mi alrededor, como si volviera al mundo real, me pareció extraño. La historia me había encantado; me pregunté si podía ser cierto, si tal como afirmaba el arqueólogo podría descubrir que el brazalete existió y, por consiguiente, la princesa y su amor inmortal por su silencioso guarda. Aquello removió mi curiosidad de una forma tan intensa que me era casi desconocida. Mis ganas de saber me embargaron y pensé que, si yo fuera Bi y tuviera sus recursos, sin duda habría hecho lo mismo que ella.

Ahora, sabiendo cómo iba a acabar todo, está claro que no lo haría.

6

Mi regalo

He soñado con ella; en mi sueño era tan preciosa como debió serlo la princesa Ziba. Vestía una túnica blanca y resplandecía como un ángel. Estaba en mi celda; tras ella, la puerta estaba abierta como no la he visto todavía y un halo de luz la iluminaba. Me ha mirado desde arriba y sonreído con añoranza y pena en sus ojos turquesa.

—Debes comer —me ha advertido.

—Yo no lo hice —le he contestado con los ojos llenos de lágrimas.

—Eso ya lo sé, Di —ha vuelto a sonreírme—; queda poco, acaba lo que has empezado.

Después, se ha dado la vuelta y me ha dejado, la puerta se ha cerrado y creo que ha sido cuando he despertado. No estoy segura de qué es lo que Bi quiere que acabe, pero lo único que puedo hacer desde aquí y ahora es acabar de relatar lo sucedido, para nadie, para ti si estás leyendo, seas quien seas.

Supongo que es momento de meterme en el meollo y dejar de dar rodeos; por más que no quiera recordar cómo he acabado aquí, es lo que toca, para eso he empezado a escribir. Imagino que debería empezar por las vacaciones y mi regalo de cumpleaños. No es que lo que te he contado hasta ahora no sea relevante, pero he de entrar en materia.

Mi primer día de vacaciones desperté con un zarandeo nada amable y una voz que, al despertar tan de golpe, exaltada como me sentí de que alguien se hubiera colado en mi casa, ni siquiera era capaz de saber si era de hombre o de mujer, mucho menos de identificarla. Asustada, abrí los ojos y empecé a dar golpes a todas partes para defenderme.

—¡Di! —me gritó—. Soy yo, espera —me golpeó la mano cuando iba a atizarle.

—¿Bi? —dejé de mover los brazos, intentando verla a través de la luz que se filtraba por la puerta—. ¡Joder! —me dejé caer en la cama—. ¿Quieres que me dé un infarto?

—Te dije que cualquiera podía colarse —argumentó cruzándose de brazos.

Me incorporé en la cama apoyando los codos sobre ella, preguntándome qué hacía en mi casa. Teníamos un plan y, con lo organizada que ella era, no entendí nada. Se suponía que esa tarde yo cogía el vuelo para ir a su casa; allí pasaríamos tres días, tenía que cerrar un par de cosas y Meg estaba trabajando hasta entonces. De allí, viajaríamos a las Bahamas, aquel era mi regalo, una semana de desconexión, de playa, de naturaleza. Había alquilado una isla a no sé qué famoso y aseguraba que era uno de los rincones más apartados y bonitos del mundo. Pasar mi cumpleaños con mi hermana y su novia en un sitio que parecía tan romántico no era el sueño de mi vida, pero seamos sinceros, ¿quién le dice que no a eso, cuando además me moría de ganas de pasar tiempo con ella?

—¡Jodida loca! —exclamé, aún con el corazón a cien—. ¿Qué haces aquí?

—Nos vamos a Siria —sentenció frente a mí y mi cara debió parecer un poema.

—¿Perdona? —ladeé la cabeza, incapaz de creer que la hubiera escuchado bien.

—¡Alex ha encontrado la tumba! —contestó emocionada, incluso dio un par de saltitos. Eso hizo que me fijara en sus pies, llevaba deportivas... ¡Bi con deportivas! Supe que iba en serio—. Está seguro, van a abrirla mañana y quiero estar allí.

—En Siria —quise asegurarme. No podía creer que hablara en serio.

—Despierta —chasqueó los dedos frente mi cara y yo le aparté las manos de un manotazo—. De camino a España lo he preparado todo —consultó el reloj—; saldremos en jet privado en dos horas y media, así que ya puedes ir espabilando.

—¿Estás loca? —me levanté de la cama. Fuera hacía frío, pero ni siquiera me di cuenta, estaba flipando y no era para menos. Bi estaba allí, en mi casa, por sorpresa. No es como si viene a verte tu madre o una amiga. Bi vivía en California y estaba en Madrid, en mi casa, diciéndome que quería que nos fuéramos a Siria, un país en guerra. Era una locura, me lo pareció desde el principio—. ¿Sabes lo que está pasando allí? ¿Acaso Trump no permite que en los noticiarios se hable de lo que pasa fuera de su país?

—No me hables de ese cabrón —me pidió haciendo rodar los ojos.

—Desde luego... Lesbiana e inmigrante, te deportaría sin pensarlo.

—Olvidas que también soy rica, que mi multinacional, con sede central en su país, está entre las cincuenta más importantes del mundo y que soy una persona influyente.

Allí estaba la soberbia de mi hermana, y no es que pueda reprochársela. Había luchado muy duro, se lo había currado para estar donde había llegado y pobre del que diga lo contrario porque, aunque me siento exhausta me lo meriendo.

—¡Oh! Perdóneme usted, doña influencia —dije sarcástica, casi haciéndole una reverencia. No sé si te habrás dado cuenta, pero puedo ser muy sarcástica a veces; si aún no te habías percatado ya lo harás—. ¿Sabe usted lo que está pasando en Siria?

—Sé lo que está pasando allí, Di —aseguró—. Lo que me extraña es que lo sepas tú si no lo ponen en una sala de cine.

«*Punto para mi chica*», pensé y sí, por raro que le pareciera, sabía lo que estaba pasando.

—¡Están en guerra, Bi!

—Lo sé —contestó como si le estuviera diciendo algo obvio, que lo estaba haciendo, pero joder, ella quería ir allí. De verdad que no lo entendía, todavía ahora me cuesta comprender cómo me dejé arrastrar, cómo le permití a ella hacerlo—. ¿Podemos discutirlo mientras te duchas? —me pidió.

—¡No! —exclamé—. No vamos a ir a Siria —sentencié—. No se nos ha perdido nada allí.

—¿No me has escuchado? Alex, el arqueólogo —puntualizó—, cree haber encontrado la tumba de la princesa. Si el brazalete está allí, podrá demostrar su existencia; hay que ser rápidos.

Si eso era cierto, si encontraba la tumba, podría demostrar que ella existió; también el brazalete y su amor por el guarda. Si dijera que me dio igual mentiría. Aquella historia, leyenda, cuento o lo que fuera, había tocado algo dentro de mí. Supongo que era la clase de amor que yo estaba buscando, que todas las románticas empedernidas buscamos, y quería saber si era verdad, qué había sido de ellos, pero no había necesidad de viajar a un país en guerra para averiguarlo y, por supuesto, no había prisa, aunque yo quisiera saberlo de

inmediato y deseara que todo fuera verdad.

—¿Rápido? Es un descubrimiento arqueológico, lleva allí miles de años, no se moverá.

—Sí, un descubrimiento arqueológico del que muchos querrán adueñarse.

—¿Y qué? —volví a exclamar—. Pues manda un equipo de seguridad. Tienes más dinero del que puedes gastar en veinte vidas, ¿vas a poner en riesgo esta cuando puedes pagar a profesionales para que hagan lo que vete tú a saber quieras hacer allí?

—Un equipo de seguridad llama la atención; dos antropólogas, no.

—No, claro, mujeres, pasaremos totalmente desapercibidas —ironicé.

—Vamos, Di —me miró como si fuera la idiota más grande del mundo por no ver algo obvio—. ¡Es una aventura! —exclamó cogiéndome de los brazos, dándome una pequeña sacudida, como si intentara despertarme—. ¿No te gustaría mirar atrás y poder decirle a alguien: «¿Lo ves? Yo hice eso, fui imprudente, atrevida y salvaje. ¡Y lo hice, joder!».

Me la quedé mirando, claro que me gustaría ser atrevida, vivir una aventura, pero eso no fue lo que me llamó la atención, sino la frase, sus palabras. En el instante en el que salieron de su boca supe que no eran suyas, me sonaron demasiado.

—Eso no es tuyo —dije mientras buscaba de donde las había sacado en mi archivo friki mental—, lo dicen en una película.

—No por eso es menos cierto —me contestó con una enorme sonrisa—. Tú sacas frases peliculeras constantemente, no creas que no me doy cuenta.

Me quedé callada y encontré el momento, por supuesto, y la película. Pude ver la escena con total claridad. Quise ser valiente, osada, mis ganas de saber qué había de cierto en aquel relato, de saber si había ocurrido o no, me llevaron a tomar la peor decisión de mi vida. Y aunque viviera mil años, nunca tomaría una decisión peor que aquella.

Pensé que Bi tenía razón, sería una aventura, ella estaba decidida y supuse que yo también, que estaría bien. Imaginé que lo tenía bajo control, segura de que no pondría nuestras vidas en peligro. Aunque también era consciente del riesgo, no viajaríamos a un lugar tranquilo. Muchas cosas podían salir mal en un país en guerra; no solo era arriesgado, era temerario e imprudente, como

había dicho. Recuerdo que sentí cómo se me disparaba la adrenalina y, al sentirlo, supe que ya me había convencido. ¡Jodida idiota!

—Está bien, querida —le dije con una sonrisa, mientras en mi interior todo se removía con nerviosismo—, si quieres hacer de Boris y Doris, hagámoslo —cedí.

—¿De quién? —preguntó Bi sin entender.

—*Mentiras arriesgadas*, has sacado esa frase de ahí y, solo por eso, iré contigo.

—¡Esa es mi chica! —exclamó y me abrazó por fin.

Era una locura, lo sabía, una decisión estúpida, más típica de mí que de Bi. No entiendo cómo me convenció para ir a Siria, cómo ella pensó en algún momento que era una buena idea. Aun así, me metí en la ducha mientras Bi metía en mi maleta abierta, casi preparada para irme a California y después a la playa, ropa más adecuada para la ocasión.

En la puerta de mi casa nos esperaba un coche negro; el chófer cargó mi maleta y nos alejamos de mi casa, de Musaraña, para coger un vuelo privado internacional.

Recuerdo el viaje de avión. Estábamos de camino, el miedo no me daba tregua, las dudas no dejaban de atosigarme. Supongo que Bi debió darse cuenta, porque aunque debíamos aprovechar el camino para dormir y coger fuerzas, no lo hicimos.

Me habló de la historia de Ziba y su guerrero, explicándome cosas más allá de la leyenda, cosas que el arqueólogo, al que en aquel momento estaba deseando conocer, le había explicado. Cómo creía haber averiguado posibles ubicaciones de sus restos. Yo la escuchaba con atención, cada vez más emocionada con la historia, ante la idea de confirmar que era real, que había pasado, que podíamos destapar la verdad de uno de los complots mejor guardados de la historia antigua. Estaba emocionada y mis miedos se fueron disipando, calmando durante todo el trayecto.

El avión empezó a bajar, aunque todavía quedaba para aterrizar. Habíamos desayunado y yo meditaba sobre todo lo que Bi me había contado cuando me tendió un regalo.

—Sé que queda más de una semana para tu cumple, pero me muero por darte

tu regalo —me tendió la caja, que cabía en la palma de su mano, aunque era lo suficiente grande para no dejarme cerrar el puño—. Lo han hecho para ti y va muy con lo que vamos a hacer, así que: ¿qué mejor momento que ahora que estamos a punto de hacer historia?

—Bi —me quejé—, quedamos en que mi regalo eran las vacaciones —lo recordé.

—Y lo serán —me contestó—. Meg volará a Bahamas como habíamos acordado, el miércoles, y allí nos encontraremos con ella.

—Entonces no deberías haberme comprado nada más.

—¿Quieres cogerlo de una vez? —dijo cansina. Le sonreí y cogí la caja—. Sé cuánto te tocó la historia de Ziba y no sé... —añadió mientras rasgaba el papel; en aquel momento deseando saber qué ocultaba y, por el tamaño, sabía que un brazalete no era.

Abrí la cajita roja y me encontré con un precioso reloj plateado. Alrededor de la esfera tenía pequeñas piedras preciosas violetas y verdes, como el brazalete de la princesa, sin llegar a ser ostentoso o exagerado. Se notaba que lo había hecho para mí, era mi estilo.

—¡Me encanta! —exclamé—. Es precioso —salté en mi asiento para abrazarla.

—Pensé que te gustaría —dijo besándome.

Me separé y observé los detalles. En el centro de la esfera, bajo las agujas, estaba el Dios Anubis, pero no la imagen egipcia tradicional. Estaba de cara, con los brazos en cruz, era todo lo que se veía de su cuerpo; en una mano sostenía la llave de la vida y en la otra el cetro *uas*, que recuerdo por nuestro viaje a Egipto, y que simbolizaba dominio. Tenía fuerza.

—Pruébatelo —me pidió Bi y lo saqué de la caja. La correa era metálica con eslabones—, puedes meterlo en el agua —advirtió mientras lo ajustaba a mi muñeca, que como era de esperar, viniendo de Bianca, se ajustó perfectamente—, me he asegurado.

Es muy bonito, ojalá pudieras verlo. Cuando me desnudaron, dejándome en ropa interior para lavarme, estaba segura de que me lo robarían, aunque ahora esté roto. No me arrebataron ni el anillo que llevo en el dedo anular desde hace media vida, una baratija, ni el reloj, y eso que, con solo mirarlo, ves que

tiene valor. Puede que me lo quiten cuando cuelgue de la horca, pero ahora me alegro de que esté conmigo, puedo acariciarlo, sentir el relieve de sus piedras preciosas y pensar en Bi, en mis malas decisiones y errores, en los de ambas, y sentirme un poco menos sola.

Volviendo al avión, no tardamos en llegar a nuestro destino después de eso.

—Señoritas —informaron desde cabina por los altavoces—, vamos a aterrizar en el aeropuerto militar de Mezze, al oeste de Damasco, en pocos minutos —al escucharlo, lo primero que me pregunté fue por qué el destino era un aeropuerto militar, pero Bi no se inmutó, así que supuse que ese era el plan y no dije nada al respecto, aunque mis nervios despertaron—. La temperatura en la capital del país es de unos agradables dieciocho grados, el día está despejado y son las diez cuarenta y dos minutos hora local. Esperamos un descenso tranquilo; aun así, abróchense los cinturones y disfruten del aterrizaje.

—Qué formal —comenté por decir algo, empezaba a ponerme nerviosa.

—Vuelos privados —se encogió de hombros Bi.

Miré por la ventanilla, sintiendo el descenso del avión y cogí la mano de Bi, se la estrangulé, nerviosa, más por lo que vendría a continuación de tocar tierra que por el propio aterrizaje.

La «aventura» empieza

No pasamos ninguna aduana, no enseñamos el pasaporte, ni registramos nuestra entrada en Siria de ninguna manera. Un todoterreno negro, con pinta de estar recién salido de fábrica nos esperaba junto a la pista. Era lo suficientemente largo para ser una limusina pequeña, llevaba los tres pares de cristales traseros tintados de negro. En cuanto bajamos del avión dos hombres, vestidos con traje oscuro, se bajaron del vehículo y vinieron a nuestro encuentro.

Ambos eran occidentales, dos armarios, muy grandes, con gafas de sol y corte de pelo militar. Parecían salidos del servicio secreto de EE. UU.; me los podía imaginar perfectamente en la Casa Blanca, parecían dar la talla. Bi los saludó estrechándoles la mano y me presentó como su hermana Diana, como hacía siempre. El que masticaba chicle nos acompañó al vehículo, mientras el otro se encargaba de nuestro equipaje.

—¿Por qué ha dicho que el coche está blindado? —le pregunté a Bi mientras ella sacaba una botellita de agua de una nevera que había en el vehículo—. ¿Esperamos que nos disparen? —pregunté cada vez más nerviosa.

Bianca me miró y sonrió antes de contestarme, como para darle emoción al asunto cuando yo ya estaba cagada, le dio un trago al agua. Me ofreció la botella y decliné su oferta con un gesto de cabeza. Con toda la parsimonia del mundo, cerró la botella y la dejó sobre el asiento, se deshizo del fular que llevaba al cuello y por fin me contestó.

—No, no esperamos que nos disparen —aseguró sin alterarse lo más mínimo mientras yo ya me arrepentía y me preguntaba cómo había accedido a eso, qué hacíamos nosotras allí—, pero como has dicho, es un país en guerra y toda medida de precaución es poca.

—Si lo que querías era no llamar la atención, no creo que lo consigamos con los *Men in Black* y este cochazo —apunté, aunque no quería que se separaran de nosotras.

—Aún nos queda un largo trayecto —me informó—, y puede complicarse en un momento, es conveniente estar preparados.

—¿Esto es una buena idea Bi? —pregunté insegura—. Coches blindados, posibles ataques... El avión no se ha ido, podemos volver, reunirnos con Meg, me enseñas tu casa y nos vamos de retiro playero, como estaba previsto.

—¡Es una aventura, Di! —me recordó—. Una de verdad, nunca vamos a vernos en una como esta y no va a pasarnos nada —aseguró—. Nos queda un largo trayecto y no está de más disponer de medidas de seguridad apropiadas. Cuando estemos en el desierto, todo se calmará y ya podremos fingir ser antropólogas o lo que nos dé la gana, a nadie le importará. Vamos a una zona pacífica, fuera de conflictos bélicos, tranquila —me pidió.

Lo tenía todo estudiado, como era de esperar en Bi, pero qué equivocada estaba; aunque en aquel momento, a pesar de mis miedos, me convenció.

Nos alejamos; durante unas pocas horas nos movimos entre lugares de dudosa seguridad hasta llegar a zonas menos pobladas, desérticas, donde me tranquilicé. Los cruzamos en soledad, mientras el sol llegaba a lo más alto. Bi estaba relajada, con los ojos cerrados, tranquila, como si estuviéramos cruzando la A2. La imité y me dormí.

Si soñé, no lo recuerdo; al despertar ya habíamos llegado y creía que soñaba y estaba en Marte, en el planeta rojo de Matt Damon. Rodeadas de pequeñas colinas secas, áridas, yermas y desérticas, allí en medio de la nada, había unas esferas enormes. Seguí a Bi al interior de una de ellas; los *Men in Black* se quedaron en el coche. Llegamos a la recepción del hotel. Bi no parecía nada sorprendida, pero yo, por el contrario, miraba en todas direcciones, impresionada. El techo de la esfera era transparente y se podía ver el cielo, el espacio tenía un microclima agradable, estaba impresionada.

Bi saludó al recepcionista y se aseguró de que todo estuviera según las instrucciones de Maggie, su ayudante y mano derecha. Sobre el mostrador dejó los tápers y una mochila. Ni siquiera fuimos a la habitación, y me decepcioné, había visto las esferas más pequeñas que imaginaba eran las habitaciones, sentía mucha curiosidad. El recepcionista hizo una llamada solicitando que trajeran el coche de la señorita González y le tendió a Bi las llaves de ambas habitaciones, la nuestra y la de los *Men in Black*, que eran contiguas.

Los tres volvimos al exterior, donde un Jeep negro se acercaba levantando el polvo a su paso. Bi se acercó a los *Men in Black*, el del chicle se quedaba en tierra, y le dio las llaves de las habitaciones para que dejara las maletas y

esperara nuestro regreso. El otro viajaría con nosotros en el Jeep, mucho más discreto que el coche con el que habíamos llegado. Le dio la mochila y lo instó a cambiarse de ropa.

Nos esperaba hora y medio de camino. Bi se empeñó en conducir, pero el recepcionista se lo desaconsejó, explicándole todos los inconvenientes que podía encontrarse por el camino. Nos ofreció los servicios de un beduino de la zona. Bi no quería, no quería que nadie supiera a donde íbamos ni por qué. No quería que nadie conociera la ubicación del lugar, pero la convencimos, era lo más sensato y finalmente cedió contra su voluntad.

Personalmente aquel hombre del desierto no me gustó, era una mezcla entre entrañable por aquello de ser mayor y cascado y de tener muy mala leche, por la forma en la que discutía con el amable recepcionista, pero como no lo entendía, quizás no discutían, solo preguntaban cómo se encontraba la familia, vete tú a saber. Aunque te aseguro, que la primera vez que él fijó sus ojos en mí, estos me dijeron sin pronunciar palabra que no estaba para chorradas. Tenía una dentadura a la que le faltaban la mitad de las piezas y las que se mantenían en su sitio daban verdadera grima, la piel dura, maltratada por el sol, con su turbante a la cabeza, vestido con camisa de rayas verdes y pantalón holgado de algodón, toda su ropa gritaba por un poco de agua y jabón.

Arthur, el hombre de negro que no mascaba chicle volvió, nada satisfecho. Cuando Bi se acercó y le colocó un sombrero para coronar aquel look de turista que le obligó a ponerse, tuve que darme la vuelta para no soltar una carcajada en su cara. Ya no imponía.

Y así, sin más, emprendimos la aventura.

El viaje fue movidito e impresionante. Un laberinto de rocas monolíticas y espacios interminables sin vida que escondía paisajes increíbles. Seguimos las indicaciones del GPS, donde Bi había puesto las coordenadas que le había facilitado el arqueólogo. En la parte trasera, comimos hablando de Alexander Bonucci, arqueólogo de día, boxeador de noche y tío bueno siempre. Más de él que de su trabajo, la verdad, pero me parecía una combinación extraña que incrementaba mis ganas de conocerlo y verlo, tenía muchas ganas de encontrarme con él, porque Bi lo ponía por las nubes. Y mientras nosotras cotorreábamos tranquilamente en castellano, en la parte de delante del vehículo imperaba el silencio.

Aquel recorrido en coche me relajó; desde que llegamos al hotel me sentí más tranquila. Era un lugar único, bonito, no daba la impresión de haber ningún conflicto, de que una guerrilla fuera a atacarnos y aquel lugar yermo, solitario, me dio seguridad. Disfruté del viaje más de lo que cabía imaginar, de Bi, de su compañía.

Necesito otro momento...

Estoy de vuelta; para ti solo ha sido una frase, para mí han sido unos angustiosos momentos de lucha interior, de sentir cómo el corazón se encoje cortándome el aliento al pensar que Bi no volverá, que esas pequeñas cosas y momentos que la hacían tan especial se han ido para siempre. Lo bueno es que pronto estaré con ella; lo malo, que no quiero morir, estaba a punto de cumplir treinta o acabo de cumplirlos, es demasiado pronto.

Mejor dejo de compadecerme y me guardo esos pensamientos y sentimientos para mí, seguramente te haga la lectura menos repetitiva, aunque no te prometo nada; duele, duele mucho y escribirlo, compartirlo contigo, si estás leyendo esto, es lo único que me queda.

Llegamos al lugar; había unas vallas metálicas, de un par de metros de altura, que cubrían una buena parcela de terreno contra la ladera de una montaña. A ojo diría que unos ciento cincuenta o doscientos metros cuadrados, pero vete tú a saber. La valla estaba cubierta por una tela verde que no te dejaba ver lo que ocultaba. Observé la montaña, sabía muy bien lo que buscaba, pero no lo encontré. Aquello no detuvo mi entusiasmo, los nervios bailaron en mi estómago, inquieta, ansiosa por cruzar la verja y saber si era cierto, si habían encontrado su tumba, si podrían demostrar que la leyenda ocurrió, que ella y su amor existieron. Me preguntaba si aquella princesa que durante años vivió exiliada, apartada del mundo solo por nacer siendo bonita, encontraría un hueco entre los libros de historia.

Paramos junto a lo que se suponía era la entrada. Arthur nos pidió a Bi a mí que nos quedáramos en el coche y bajó para asegurarse no sé muy bien de qué, imagino que de que no hubiera problemas para nosotras, o sea, para que Bi estuviera a salvo de peligro.

¿Crees que ella le hizo caso? ¿Que se quedó esperando en el Jeep? Depende de lo que me hayas contestado, querrá decir que empiezas a conocerla o todavía no. De las dos yo soy la imprevisible, la que en ocasiones actúa sin

pensar, por impulsos, y hace cosas descabelladas, no siempre, debo decir, pero sí a veces. Bi era la valiente, la líder, y un líder no se queda en un coche esperando que le den permiso para hacer lo que quiere, actúa.

Bajé del coche detrás de ella, sin dudarlo, mis miedos se habían disipado. Estábamos en medio del desierto, al otro lado de la valla nos esperaba el arqueólogo e imaginaba que su equipo. En nuestro lado estaba el hombre que nos había guiado por el desierto y Arthur, el hombre de negro que parecía que se había dejado el respeto que imponía en el traje. Con aquellas pintas ridículas ya no intimidaba a nadie. No había nada que temer, nadie iba a bombardearnos o dispararnos, estábamos en medio de la nada y me sentía segura.

Los nervios se movieron por mi estómago mientras pisaba el suelo polvoriento con mis deportivas blancas. Habíamos llegado, aquel era el lugar y, mientras Bi y Arthur discutían, yo me preguntaba si ya habían encontrado su tumba, sus restos.

La valla se abrió lo justo para que alguien saliera por ella. Un hombre en bermudas lo hizo, nos observó. Bi dejó de discutir con su escolta y se acercó a él. Arthur se acompasó a sus movimientos y yo los seguía un paso por detrás, junto a Bi. Mientras nos acercábamos, tuve la impresión de que ese hombre nos medía con la mirada. Acertadamente, supuse que no debía ser el arqueólogo-italiano-boxeador porque no era nada atractivo.

Bi se presentó y enseguida nos invitó a entrar, abrió la verja y lo hicimos.

No estoy segura de qué pensaba encontrarme, pero desde luego no era aquello, así que me sorprendió, allí no parecía haber nada. Después de leer la historia que Bi me había enviado, intenté hacer mis averiguaciones. No había descubierto nada de la princesa, no encontré una sola referencia por internet, pero sí que me empapé de la cultura persa de la época. Sabía que una vez moría una persona, corrían por sacarla del hogar, ya que su cuerpo estaba contaminado por el espíritu del mal. No los enterraban o quemaban, ya que eso en su cultura implicaba contaminar la tierra o el fuego; tampoco los tiraban al río, porque sucedía lo mismo con el agua. Lo que hacían era depositar los cadáveres en torres de piedra, verdaderos cementerios donde eran devorados por las aves de rapiña. Deja que me guarde para mí lo que opino de esto. Los ritos funerarios de los reyes eran otra historia bien diferente; siendo Ziba una

princesa, esperaba que su cuerpo sin vida hubiera tenido aquel honor del que sus antepasados habían gozado. Ellos eran sepultados, tallaban enormes tumbas en la pared de una montaña, en forma de cruz, con relieves de columnas dentro de la misma y bajorrelieves enormes. En el centro de la misma cruz se abría una pequeña cámara, donde el rey yacía en un sarcófago.

Supongo que esperaba algo así, aunque siendo ella una proscrita, no algo tan majestuoso y enorme. La princesa Ziba estaba muy lejos de su hogar y su tumba, como su historia, había pasado desapercibida a lo largo de los siglos. Me imaginaba una especie de réplica de lo que eran las ahora apodadas *cruces persas*, pero de unos pocos metros de altura en lugar de cientos. Que su guerrero protector, o su descendencia, lo habrían hecho para ella, y la romántica que llevo dentro los imaginaba descansando juntos.

Frente a nosotras había una carpa verde, junto a la roca de la montaña, con una tela igual a la del toldo que cubría la montaña, pero sobre la carpa de menos de tres metros no veía que la montaña estuviera tallada. No había nada, al menos, yo no vi nada a aquella distancia, y me sentí decepcionada, además de sorprendida.

El hombre que nos había abierto, no recordaba su nombre a pesar de que me estrechó la mano cuando se presentó, abrió la verja para que el Jeep entrara. Nosotros tres avanzamos hacia la carpa que estaba junto a la roca de la montaña. Estaba atardeciendo ya, pero el sol causaba estragos y el calor todavía era sofocante y de pronto, ¡zas!

La excavación

¿Sabes en las películas cuando alguien se mueve a cámara lenta? Podría darte muchas referencias para que te hagas una idea, pero no creo que sea necesario. Así fue como apareció Alexander Bonucci de la nada; no había nadie y de pronto estaba él, bebiendo de una cantimplora, para a continuación tirarse un poco de agua sobre su pelo rubio y su cara, que descendió por su torso, desnudo y húmedo por el sudor. Todo a cámara *suuuuuper* lenta; tanto, que pude ver cómo su bíceps se hinchaba cuando su brazo se alzó para dejar caer el agua, que se sacudió al momento como un animal, mientras los mechones de su pelo iban de un lado a otro y los músculos de su cuerpo se moldeaban con sus movimientos. Un festival de la lujuria para los ojos de una infeliz como yo, que llevaba sin mojar más de lo que me gustaría admitir, y sí, he dicho llevaba, no llevo, pero eso es algo a lo que ya llegaremos a su debido tiempo, o puede que no tenga tanto tiempo... ¡A lo que iba! Su mano derecha se paseó por aquel torso definido y perfecto, con todo el brazo derecho tatuado. Aquel Miguel Ángel con tatuajes era el ser más sexy con el que yo haya tenido el placer de toparme a lo largo de treinta años. Me dejó sin palabras.

—Ten la decencia de cerrar la boca si vas a empezar a babear —me advirtió Bi.

Me ruboricé y aparté la mirada, ¡ya ves tú qué tontería! Ese hombre merecía ser mirado, observado, venerado. Merecía un trono para ser contemplado como un dios, porque aquella divinidad y portento de cuerpo que tenía era algo de otro mundo.

Dejó la cantimplora sobre la mesa y por fin reparó en nosotros.

—Bianca —saludó a mi prima a unos metros de distancia. Rodeó la mesa y cogió una camisa con la que se secó la cara, limpiándose con ella el exceso de agua. Lo hubiera hecho yo con la boca, como ya te dije una vez lo hubiera lamido enterito, sin dejarme ni un trocito de su anatomía hercúlea. Con unos andares de perdonavidas que subieron mi temperatura corporal, se acercó todo lo que la sombra que proyectaba el toldo le permitió, cubriendo su cuerpo con la prenda para mi total insatisfacción y desgracia—, no esperaba que llegaras

hasta mañana —añadió cuando ya lo alcanzábamos bajo el sol.

—Parecía que lo tenías claro y no queríamos perdérselo —contestó frente a él.

—Perdona, estoy sudado —se disculpó mientras le daba dos besos y yo trataba de recuperarme del conjunto que él significaba. No era sencillo tener a semejante hombre enfrente, cara a cara, tan cerca—, llevamos todo el día trabajando como burros.

—No importa —contestó Bi—, con ese cuerpo se te perdona todo —añadió sonriendo.

—Ya —dijo abrochándose la camisa de manga corta—, no te esperaba.

—Te presento a mi hermana —dijo señalándome—. Diana, él es Alexander —añadió como si no lo supiera. Habíamos cotilleado de él y Bi no había exagerado ni una pizca.

—Un placer conocerte, Diana —dijo aproximándose para darme dos besos.

Sí, estaba sudado, su cara húmeda, pero poco importaba. No olía a sudor, olía a hombre, a tierra, a lo que sea que desprenden los hombres para atraer a las mujeres, creo que son feromonas. Aquel hombre las generaba por centenas de millares.

—Es Diana —le corregí, pues lo había pronunciado en inglés.

Desde que Bi se mudó a EE. UU., me presentó a mucha gente del otro lado del charco y la mayoría lo pronunciaban igual, lo que cada vez me molestaba más, hasta que llegué a odiarlo.

—Diana —lo dijo correctamente capturando mi mano entre las suyas—, no lo olvidaré.

—Es un placer conocerte —dije todavía con el cerebro vapuleado por la sonrisa que me dedicó—, en cuanto Bi me habló de tu proyecto me pareció muy interesante.

—Era un secreto, Bianca —le dijo con un tono de regañina juguetona mientras me soltaba la mano. Mojé las bragas, literalmente, cuando le escuché decir aquello de aquella forma tan seductora y canalla, traviesa, y me derretí por él. Aquel hombre no era ni medio normal, de verdad—, se supone que no podías hablar con nadie de ello.

—No hay secretos entre nosotras, tampoco firmé un contrato de confidencialidad —se excusó nada impresionada—. Él es Arthur —señaló al hombre de negro que se había quedado en nada al lado del otro—, de mi equipo de seguridad personal.

—Alexander —se presentó estrechándole la mano.

—Bueno, Alexander —dio una palmada Bi que me sobresaltó por un momento, toda mi atención estaba sobre el arqueólogo—. ¿Cómo va? ¿La tienes?

—Sí; como te dije ayer, he encontrado la tumba —dijo con una sonrisa abierta de satisfacción—. Venid conmigo —nos pidió haciendo un gesto con la cabeza hacia la mesa.

—Puedes volver al Jeep, Arthur —le indicó Bi al hombre de negro, yo ya iba hacia la mesa, como los marineros que siguen los cantos de las sirenas, moviéndome al son de las palabras de aquel hombre—, estamos entre amigos —escuché que le aseguraba Bi al guardaespaldas cuando él iba claramente a replicar—, a veinte metros del coche.

—¿No es de tu confianza? —le preguntó el arqueólogo a Bi cuando el otro se alejó lo suficiente para no oírlo.

—No es de su interés —contestó ella, en un tono que me olió a chamusquina.

—Te dije que no trajeras a nadie aquí. Comprendo lo de ella —me señaló muy serio y, madre mía... Cabreado era como si su atractivo arrollador se disparara aturdiendo todos tus sentidos. Al menos los míos quedaron en jaque frente a la forma tan masculina y atractiva en la que su mandíbula se apretaba mientras le dedicaba una mirada ceñuda—, me parece bien que haya venido tu hermana, que quieras compartir el descubrimiento con ella, pero te pedí específicamente que no comentaras con nadie nada de este proyecto, mucho menos la ubicación —observó cómo el hombre de negro llegaba al Jeep y reparó en el otro—. ¿Hay alguien más en el coche? —demandó alzando el tono, cabreado.

—Estamos en medio de la nada —se puso Bi a la defensiva—, hemos cruzado el desierto y necesitábamos un guía.

—Te di las coordenadas, no necesitabas nada más —discutió el otro—. ¡Joder Bianca! ¿No entiendes lo delicado que es esto?

—Estás paranoico —sentenció mi prima y, por su tono, supe que quería dar la conversación por concluida.

Conmigo no le hubiera servido, pero Alexander, aunque no era exactamente su empleado, sí dependía de su apoyo económico. Lo miré esperando su reacción.

—No tienes ni idea —negó y agachó la cabeza, acariciando la mesa con los dedos.

—Ya está hecho, Alex —siguió ella en un tono más amistoso—. ¿Podemos avanzar?

—De acuerdo —contestó él, pero su actitud no volvió a ser la misma—. Con el equipo nuevo hemos podido hacer las tomografías terrestres, como te conté —le explicó y tuve la impresión de que lo explicaba más para mí que para ella, aunque era a Bi a quien miraba, yo era una simple espectadora—. Gracias a ellas hemos encontrado el vacío en la tierra. Será mejor que lo veáis, venid conmigo —nos pidió con un gesto de la cabeza.

Rodeamos la mesa y lo seguimos, sujetó la tela verde para nosotras. Bi pasó primero, yo la seguí observándolo a él, que me dedicó una pequeña sonrisa cuando pasé a su lado.

Miré al frente, intentando ignorar lo que ese hombre movía en mis entrañas. Y entonces lo vi todo, estábamos a tres metros de la montaña y pude ver la piedra tallada, la entrada a la cripta subterránea junto a las inscripciones. Recuerdo que la euforia me recorrió entera, de pies a cabeza, dejándome inmóvil, mientras las preguntas se agolpaban en mi cabeza, demasiado rápidas para poder expresarlas en voz alta.

Habíamos llegado y me sentí ansiosa por que nos contara qué habían descubierto, si la habían encontrado, si sabían con certeza que era la princesa Ziba, si estaba el brazaletes para demostrarlo, qué significaban las inscripciones, si hablaban de ella.

—Encontrar la entrada a la cripta nos ha costado más de lo esperado, pero antes dejadme que os hable de esto —nos adelantó en dirección a la roca de la montaña—. La forma más conocida y más extendida de la escultura aqueménida es el bajo relieve —nos explicó como quien da una clase para neófitos—. Este bajo relieve es claramente del periodo —nos señaló las marcas talladas en la roca—, estaba oculto por el polvo y la tierra de más de

dos milenios —explicó—. Es muy humilde, todavía más comparándolo con los trabajos de Naqsh-e Rostam, la necrópolis de Persépolis —se acercó al rectángulo hundido en la roca donde estaban los relieves—, o con el propio palacio, pero los detalles son magníficos —dijo observando la roca.

—¿Puedo tocarlo? —demandé sin atreverme ni siquiera a acercarme.

—Por supuesto —me sonrió—, llevan aquí más de dos milenios, no se van a romper.

Me acerqué y observé muy de cerca, me incliné, quedando a un palmo de la montaña tallada. No me atreví a tocar el bajorrelieve. No es que creyera que fuera a romperlo, pero perfilar los relieves con los dedos, como quería, me pareció una falta de respeto.

—¿Qué representan? —pregunté sin tocarlos.

—Compone dos escenas —me explicó señalándome los relieves con un pincel que sacó del bolsillo trasero de su pantalón beige—. En esta primera escena, tenemos al que podría ser Darío I, o eso supongo yo, la persona más influyente en la primera etapa de la vida de la princesa. ¿Ves que está representado sobre su caballo? —preguntó.

—Sí —respondí estudiando la pieza—, imagino que esta es ella —señalé a una mujer que había dándole la espalda al hombre sobre el caballo.

—Sí —contestó—, y parece que se aleja de él, como si huyera... —dijo pensativo—. Eso no es lo mejor, espera y verás —dijo mucho más animado. Se alejó mientras yo observaba los «dibujos», preguntándome quién era la mujer que estaba frente a la que suponíamos era la princesa—. Toma —volvió el arqueólogo tendiéndome una lupa—, observa el brazo de la figura central —me pidió.

Cogí la lupa, me arrodillé frente a la pieza y observé la figura detenidamente.

—¿Qué ves Di? —se interesó Bi detrás de mí.

No me llevó más de dos segundos ver lo que quería él que viera.

—¿Es el brazalete de Anubis? —demandé alzando el rostro para encontrarme con sus ojos verdes observándome.

Me miraba con las manos apoyadas en las caderas, con una sonrisa de suficiencia de esas de derretirse, de las del tipo *sé que estoy bueno y que te*

pongo, o eso me pareció.

—Yo diría que no hay duda de que lo es —afirmó con una sonrisa abierta.

—Déjame ver —me pidió Bi extendiendo la mano para que le pasara la lupa.

Me puse de pie y me aparté dándole dicho objeto. Aquel descubrimiento había sido en parte gracias a ella, a que Bi confió en el proyecto del italiano, y le estaba robando el momento. Aunque siendo tan generosa como ella siempre lo había sido, sabía que ni siquiera lo pensaría.

—Estas inscripciones demostrarán que ella existió —siguió él hablando mientras Bi se agachaba para observar los detalles con la lupa—, que Ziba no es un cuento —me miró directamente a los ojos—, que tuvo que huir tras la muerte de su padre para que su hermano no acabara con su vida. ¡Reescribirá la historia! —exclamó.

Había pasión en sus palabras y aquello me hizo ver más allá de su impresionante físico. Obviamente también era inteligente, culto, curioso y todas aquellas cualidades, sumadas a lo que mis ojos veían, logró intimidarme; la enamoradiza que llevo dentro se sacudió.

—¿Quién es la otra mujer? —me interesé por lo que había observado, tratando de dejar de analizarlo a él.

—En mi opinión es Anahita, también está representada en Naqsh-e Rostam.

—¿Quién era? —intervino mi prima antes de que yo pudiera preguntarlo.

—Era una divinidad adorada por los lidios, los armenios y los persas —nos explicó a ambas poniéndose serio, como si quisiera hacer patente su molestia con Bi—, asociada con la fertilidad, la virginidad, la sanación y la sabiduría. Aunque también está considerada como una diosa de la guerra.

—¿Qué hay de las inscripciones? —preguntó mi prima—. ¿Sabes traducirlas?

—No, pero conozco a alguien que sí y rezan el descanso de una princesa perdida.

—Entonces no hay duda —intervine ansiosa por descubrir si era cierto—, es ella, ¿no?

—No es tan sencillo —negó él guardándose las manos en los bolsillos—.

Los indicios que me han traído hasta aquí así lo indican, pero demostrar que la leyenda es cierta llevará tiempo, estudios, pruebas...

—Dijiste que con el brazalete sería suficiente —apuntó Bi.

—El brazalete es una vía para empezar, pero todavía no sabemos si está en la cripta.

—¿Por qué?

—¿Queréis bajar?

Temblé de emoción. Aquella tumba llevaba unos dos mil quinientos años oculta, y yo, Diana Moreno, hija de una ama de casa y un operario de fábrica, friki del cine y sin estudios, iba a tener el privilegio y honor de ser una de las primeras personas en pisarla desde que fue sellada. De observar lo que había permanecido oculto para el mundo hasta ese momento. Tú también estarías emocionado, reconócelo.

—Claro —contestó Bi por las dos, tan tranquila—, para eso hemos venido.

—Está bien —contestó—, será más fácil que os lo explique abajo. Cuidado con la cabeza —nos advirtió entrando por el agujero con forma rectangular que había en el suelo.

Lo seguimos, primero Bi y detrás de ella yo. Bajamos por una escalera de piedra; me sorprendió mucho lo ancha que era, recuerdo la claustrofobia que sentí cuando estuvimos en las pirámides de Giza, en Egipto, esperaba algo así. No bajamos mucho, pronto nos encontramos en una cámara que también era más amplia de lo que esperaba. Un lugar húmedo. Allí había tres hombres más, dos con rasgos occidentales y otro norafricano. Alex nos presentó, señalándonos nos dijo sus nombres y nos presentó como Bianca, la que había puesto la pasta y la única financiera de la excavación y su hermana Diana.

No presté mucha atención a las presentaciones, observaba a mi alrededor. No había inscripciones en las paredes, ni relieves, era una pared limpia, bajo tierra, y en medio de la cámara había un sarcófago. Me acerqué observándolo. Se elevaba un metro del suelo.

—Está hecho de madera y yeso —dijo uno de los hombres que Alex acababa de presentarnos—. Soy el restaurador —se quitó un guante y me tendió la mano.

—¿Lo habéis abierto? —demandé estrechándole la mano que me ofrecía.

Esperaba más del sarcófago; no es que me imaginara que fuera a ser de oro macizo, ella podía ser una princesa, pero era una princesa fugada, humilde. Esperaba que hubiera algo tallado, puede que unas inscripciones que explicaran qué fue de su vida después de su huida... Había mil preguntas y por lo visto ni una respuesta. Aquello fue lo que más me decepcionó, pero aún quedaba abrirlo.

—Todavía no —contestó Alex—. No podemos abrirlo sin antes estudiarlo, hay que asegurar su integridad... Es muy importante que no se dañe la tapa al sacarla.

—Lleva unas espigas trabadas —me explicó el restaurador— que, si las fuerzas, pueden romper una pieza de más de dos mil años de antigüedad.

—¿Cuándo creéis que podrá abrirse? —se interesó Bi observando el sarcófago.

—Mañana —contestó Alex.

—Alex —dijo su nombre como en una advertencia el de rasgos oscuros.

—Si se extiende el rumor de que el brazalete de Anubis está aquí, tendremos problemas —lo miró Alex—. Y de los gordos.

—Nadie sabe que estamos aquí —discutió el restaurador.

—No han venido solas —se giró hacia él—, vienen con un sherpa y alguien de seguridad que no es de su equipo principal, cualquiera de los dos puede ser un espía.

—¿Estás de coña? —demandó Bi metiéndose en la conversación.

Alcé la mirada del sarcófago observando a Alex; como Bi, yo tampoco daba crédito.

—Estás en un país en guerra, princesa —miré a Bi esperando su reacción, pero solo alzó una ceja y se cruzó de brazos a modo de defensa, la forma en que la había llamado a mí también me pareció un ataque—. El brazalete es mucho más antiguo que la leyenda de la propia princesa, está presente en muchos jeroglíficos del antiguo Egipto y es una de las joyas perdidas más buscadas de la historia. Por si eso fuera poco, que no lo es, además es un arma, lo que hoy se conoce como un arma de destrucción masiva.

—No puedes hablar en serio —se echó a reír Bi—, eso solo es una leyenda.

—Sí, seguramente, como la caja de pandora, el arco de Epiro o cómo el mundo conocido se acabaría en 2012 según dijo el calendario maya, y aun así cundió el pánico.

—Poco importa si es una leyenda o no —intervino el hombre que hasta el momento no había abierto la boca; era más rechoncho que el resto, también el más bajo de los cuatro—, si es real o no lo es. Lo único que importa es que es una de las joyas más buscadas de la historia egipcia y que, si está dentro del sarcófago y se sabe antes de ponerla a salvo y documentar su hallazgo, la gente matará por poseerla.

9

El arqueólogo

He estado durmiendo, y creo que he dormido mucho, me siento fatigada por la falta de alimento, pero saciada de horas de sueños pendientes, descansada, como si mi cuenta al fin estuviera a cero. Mientras me despertaba, en ese lugar entre el sueño y la vigilia, aquel en el que Campanilla siempre querría a Peter Pan, me he encontrado divagando, consciente de lo plácidamente que he dormido en este jodido lugar. Siento que mi cuerpo se acostumbra a este horrible y maloliente encierro y me da miedo, temo acostumbrarme.

Mis pensamientos me han llevado a casa, a mi amado cine, a la genial adaptación que hizo Peter Jackson de la obra de Tolkien, sobra decir que hablo de *El Señor de los Anillos*; he dicho «genial» adaptación, supongo que ya habrás supuesto que no hablaba del *Hobbit*. A una escena muy concreta, me sé los diálogos de memoria, como los de tantas películas. Uno de mis juegos favoritos es: adivina en qué película dicen esto. Siempre gano.

Aragorn: Sois hábil con la espada.

Éowyn: Las mujeres de esta tierra aprendieron hace tiempo. Las que no las empuñan mueren a su merced. No temo al dolor ni a la muerte.

Aragorn: ¿A qué teme entonces mi señora?

Éowyn: A una jaula. A empuñar sus barrotes hasta que la edad y la costumbre los acepte y toda opción al valor ceda al recuerdo y al deseo.

Un escalofrío me recorre al transcribirla, es casi como si al escribirla la hiciera mía, como si la pronunciara en voz alta, y así es. Después de haber dormido tan plácidamente en un jodido lugar como este, un nuevo temor crece en mi interior y quisiera tener valor, esperanza quizás, pero temo que ambos se hayan agotado, que solo sean un deseo. Soy lo único que me queda, yo y esta libreta, y me espanta que, al acabarla, todo lo que quede de mí sea lo que ahora estoy escribiendo, que la persona que soy haya muerto, como Bi, y que tenga que leer mis propias palabras para recordar quién fui, quiénes fuimos.

¿Tendré tiempo para acabar de contarte mi historia? ¿Alargarán mi cautiverio para que mis temores se hagan realidad y deba leerla para recordar

quién fui, qué me trajo aquí?

No quiero pensar en ello, he tenido claro que mi estancia sería corta, así que seguiré con lo único que me mantiene cuerda, que es pensar que tú, seas quien seas, sabrás que yo no lo hice. Ojalá averiguaras lo que realmente ocurrió; yo, muy a mi pesar, moriré sin saberlo.

Volviendo a lo ocurrido en la tumba de la princesa, te lo resumiré en que siguieron discutiendo entre sí. Yo me mantuve al margen en todo momento. Equivocadamente, no me importaban mucho las consecuencias de abrir el sarcófago, solo quería saber si ella estaba allí, si aquellos eran los restos de la princesa Ziba y si con ellos podría demostrarse su identidad y origen. Ella era lo único que me importaba en aquel momento.

Cuando salimos de la cripta ya era de noche; con el calor de los focos que iluminaban la tumba no nos habíamos dado cuenta de lo mucho que había refrescado.

Contra todo pronóstico, después de cómo había ido la tarde y para mi sorpresa, Bi invitó a Alex a cenar. La verdad es que no tenía muchas ganas de cena, estaba derrotada. Hubiera preferido darme una ducha y cenar en la habitación, comparando impresiones de lo que había ocurrido aquella tarde e ir a dormir pronto para coger fuerzas para el día siguiente. Aunque claro, a nadie le amarga un dulce y, cuando Bi lo invitó, solo esperé su respuesta.

Nos marchamos y por fin pude ver la habitación... Al pensar en ella he tenido un flash de cómo estaba la última vez que estuve allí, pero supongo que ya llegaremos a eso...

Como supuse, era una de las esferas; desde el interior podías ver el cielo estrellado, la cama era mullida, con sábanas de la mejor calidad, todo muy minimalista y sin esquinas. Bi me preparó un café al verme en la cama apalancada y después me mandó a la ducha. Mientras me duchaba, decidió hacerme un look, la moda siempre ha ido mucho más con ella que conmigo. Me arreglé más de lo debido para una cena informal, me pinté los labios de aquel rojo explosivo que decía le iba tan bien a mi piel clara y me maquillé. Recuerdo a la perfección mi reflejo en el espejo, fue la última vez que me miré con detenimiento y me reconocí. Tenía un aspecto normal, saludable, en mis grandes ojos azules no había pena, ni culpa carcomiéndome. Las ojeras se ocultaban bajo el maquillaje, mi pelo castaño caía en suaves ondas hasta el

escote del vestido azul medianoche, que era tan ceñido que ocultaba mi barriga, ligeramente redondeada, y dejaba ver mi portento de delantera. Estaba guapa aquella noche y, mientras me escrutaba, me pregunté si iba demasiado arreglada. Mis dudas se disiparon al volver a la suite y ver el modelito que Bi había cogido de mi maleta, ella llevaba solo cuatro trapos que cogió con prisas.

—Esa falda te queda cortísima —le advertí.

—Yo no tengo la culpa de que seas paticorta —contestó con simpatía.

—Ni yo de que parezcas Betty Spaghetty con esas piernas esmirriadas —le devolví el golpe con la misma simpatía.

—Me metería contigo, pero estás demasiado guapa, ¿quieres impresionar a Alex?

—¿Quieres impresionarlo tú?

—Estoy felizmente comprometida —contestó atusándose su media melena rojiza.

—He visto cómo lo mirabas, Bi —la reñí.

—Es que es muy guapo —se quejó—, y está muy bueno, pero te lo dejo para ti.

—Entonces me lo comeré enterito, hace mucho que no me como nada.

—A un tío así no te lo acabas, hermanita, acaba él contigo —me avisó.

—Pregúntame mañana —dije cogiendo una chaqueta de punto—. ¿Nos vamos?

Salimos de las esferas y recorrimos el polvoriento camino hasta la esfera-restaurant, una zona amplia con sillas verde pistacho. El maître nos informó de que Alex nos esperaba.

—Y encima puntual —dijo Bi, que valoraba mucho la puntualidad—, qué completito —dijo de camino a la mesa en castellano—. Pintas de macarra *empotrador*, con sus tatuajes y su corte de pelo. Boxeador por afición y arqueólogo como profesión, culto, apasionado... Parece que lo tiene todo, hasta con traje está cañón.

Iba a preguntarle por qué no dejaba de vendérmelo, ya lo había visto, era alguien que no se olvidaba, cuando vi que se levantaba para recibirnos.

Madre, cómo le quedaba el traje... Era de un azul muy parecido al de mi vestido, con camisa blanca sin acabar de abotonar. Seguro que era italiano y le sentaba..., no sé cómo describírtelo, pero menos mal que en aquel hotel no había esquinas, porque era mirarlo y subirme la temperatura.

—Qué *bellas* están esta noche, señoritas —afirmó levemente mirándonos.

Cogió mi mano y me la besó, me dejó muerta, de verdad, literalmente; perdí encanto cuando también se lo hizo a Bi, pero preferí pensar que era mera cortesía hacia ella.

Nos sentamos alrededor de la mesa redonda, como todo en aquel hotel. Bi pidió vino mientras revisamos la carta, en la que tuve que pedir ayuda a Bi para traducir algunas cosas. Alex contó una anécdota sobre dátiles que no tenía la menor gracia o interés, aún así me reí por cortesía; bueno, quizás fue más por otras cosas, como agradecerle...

Estábamos empezando a cenar cuando el iPhone de Bi empezó a sonar sobre la mesa.

—Disculpadme chicos —nos pidió—, es Maggie —nos mostró la pantalla. Por si lo has olvidado, Maggie era su ayudante y mano derecha, una tía con carácter, resolutiva y capaz con todo—; tiene que ser importante, debo contestar —se levantó, dejándonos solos.

La observé alejarse preguntándome si era cierto, si habría pasado algo o simplemente lo había urdido todo para que me quedara a solas con el arqueólogo, que además me había estado vendiendo mucho antes de emprender su dichosa aventura.

—¿Crees que ha pasado algo? —me sacó Alex de mis pensamientos.

—Nada que no pueda solucionar —contesté girándome para mirarlo de cara—, no hay nada que Bi no pueda remediar —asegué cogiendo mi copa de vino de la mesa.

—Hay cosas que no tienen remedio.

—Todo tiene remedio para Bi —discutí con una sonrisa, orgullosa de mi hermana—, es capaz de todo —asegué antes de darle un trago al exquisito tinto.

—La muerte no tiene remedio —expuso él.

Aquella contestación me pilló por sorpresa, todavía me sorprende. Ahora

además enciende mis sospechas, una sospecha entre otras que nunca podré resolver, que me ayudaría a responder la pregunta que más dolor me ha producido a lo largo de mi vida.

—¿No sabes que toda regla tiene una excepción? —fingí que su comentario no me perturbó, haciendo oídos sordos.

—¿Qué regla? —preguntó; yo creía en ese momento, y sigo apoyando mi idea, que se hizo el tonto, no tengo ni idea de con qué intención—. ¿Te gustan las reglas, Diana?

Me pregunté si estaba flirteando conmigo; entre tú y yo, la mayoría de los italianos tienen mucho peligro, al menos los que he conocido yo, que tampoco son muchos. Son galantes y caballerosos, saben piroppear y hacerte sentir la persona más especial.

—¿Te gustan a ti? —le devolví la pregunta.

Si él no estaba coqueteando, lo hice yo por los dos. Volví a coger la copa, moviendo mi cuerpo de forma bastante sugerente. No soy una depredadora sexual, ni una ligona, pero sé moverme, sé decir sin abrir la boca y estaba segura de que un hombre como aquel sabría leer las señales sin ninguna clase de indicación, solo debía esperar su respuesta.

—No has contestado a mi pregunta, pero te diré —hizo una pausa dramática que me robó una sonrisa abierta, una sincera, no como cuando contaba aquella tontería de anécdota como si se la hubiera aprendido de memoria y solo la recitara— que lo que me gusta de las reglas es saltármelas, no me importan mucho las consecuencias.

Volví a sonreír aprobando su descarada respuesta, creyendo leer entre líneas.

—Quizás deberías replanteártelo, hay consecuencias a tener en cuenta.

—Creo que tu hermana no va a volver —cambió de tema.

Fue como un jarro de agua fría. Estábamos coqueteando, ambos, y que pensara en Bi, mi preciosa «hermana» multimillonaria que estaba pagando su excavación, me dejaba a mí por los suelos. Fue una cortada de rollo, pensé que prefería estar con ella, y eso me molestó, pero se iba a comer una mierda y eso consiguió que no se me notara mi molestia.

—No me extrañaría —comenté enfriando mi actitud. Recuperé el bolso para sacar el móvil—. En efecto —le comenté leyendo el mensaje de Bi—, tiene

que solucionar un problema con un contrato y dice que cenemos nosotros.

—Supongo que debe ser complicado gestionar todo lo que ella hace.

—Supongo —contesté poco interesada, probando el plato que estaba frente a mí.

—¿Tú a qué te dedicas?

No me apetecía hablar de mis jodidos trabajos, los odiaba, sobre todo después de aquella última semana en la que odié a mi encargada y sus tonterías más que nunca, en la que me decía *déjale pasar esta y ni una más*, para después dejarle pasar otra y decirme lo mismo una y otra vez para no dar un portazo y no volver. Ahí seguí, por dinero, para poder mantener aquella independencia de la que tanto me sorprendió disfrutar cuando mi ex me dejó, y porque el horario me permitía tener mi programa de radio. Estaba muy quemada y, en ocasiones, sentía que no estaba haciendo nada con mi vida; ahora que está a punto de acabar, soy realmente consciente de cómo he tirado mi tiempo por la borda, de cómo lo he malgastado.

Es curioso la forma tan radical con que pueden cambiar las cosas. Tu mundo da un vuelco y eso que te parecía tan importante carece de significado o valor. Las discusiones con mi encargada me resultan tan lejanas ahora... He tenido que esforzarme para recordar su cara de zorra sabelotodo, como si lo hubiera vivido en otra vida que no es esta, una que ahora mismo se me antoja muy lejana, mientras en esta me siento una desconocida.

—Soy camarera, nada impresionante o del otro mundo, a diferencia de tu trabajo, el cual me parece súper interesante —dije sinceramente, coqueteos a parte—. Esta tarde —comenté removiendo mi comida, que no me estaba gustando nada—, cuando hablábamos sobre la importancia del brazalete, has comentado algo de un arco.

—¿El arco Epiro? —demandó llevándose un bocado a la boca.

—Exacto —le señalé con el tenedor—, no lo conozco.

—El arco Epiro fue fabricado por Ares, el dios de la guerra en la mitología griega —me explicó como un profesor *buenorro*. Y sí, es cierto, me sentía rechazada, pero con lo mala alumna que siempre fui, con él lo hubiera sido de matrícula. Empezaba a hablar y toda mi atención era suya—; según la leyenda, este arco podría liberar a los titanes.

—Eso es malo, supongo —deduje poco convencida, aunque suponía que debía ser así.

—Por supuesto —sonrió de una forma chulesca y a la vez coqueta que me noqueó.

—¿Por qué te hiciste arqueólogo? —demandé interesada—. ¿Estudiaste para ello?

—Sí, me he pasado media vida en una biblioteca —lo miré alzando las cejas, sin creerlo, y él sonrió en respuesta—. Aunque te cueste creerlo es así —apuntó por mi escepticismo mientras yo recuperaba la copa de vino—. Mi padre era muy severo, me machacó toda mi infancia, y mi madre, para intentar compensar ese maltrato constante, se pasaba el día dándome chucherías y chocolate —lo miré compadeciéndome de él. Lo cierto es que no había mucha emoción en su relato, pensé que quizás solo quería sacárselo de encima lo antes posible y cambiar de tema, pero estaba entrando en él porque quería, yo le había hecho una pregunta de lo más genérica—. Así que era un niño gordito —lo repasé todo lo que la mesa me permitió sin poder creerlo—, sí —sonrió de nuevo—, aquí donde me ves ahora. Era muy tímido y retraído, acomplejado —lo escuché con suma atención—. No quería estar en casa, no tenía buenos amigos, así que pasaba el tiempo en la biblioteca, y allí descubrí a Valerio Massimo Manfredi y me fascinó *Lo scudo di Talos*.

—¿Quién es? —demandé sin tener ni idea, me daba igual quedar como una inculta.

—Es un escritor y arqueólogo italiano —me explicó acabándose su plato mientras yo removía el mío—. Aquella primera novela, donde mezclaba la ficción con la historia del antiguo pueblo espartano durante las guerras médicas, abrió un nuevo mundo para mí.

—¿Cuáles son las guerras médicas?—demandé de nuevo sin tener ni idea.

—Pues son justo las guerras que se libraban en la época de la princesa Ziba, entre persas y griegos —respondió con el mismo entusiasmo: ninguno. Me pareció que era un chico bastante llano. Eso no cambiaba que me interesaran tanto lo que me estaba contando, como mucho más él—. Daba una visión de las raíces de nuestra civilización que me dejó con ganas de saber mucho más. Estudié historia, pero me di cuenta de que nunca era suficiente, siempre quería más, así que seguí la rama de la arqueología, consciente de que lo que

realmente anhelaba era poner mi granito de arena, hacer mis propias investigaciones, descubrimientos. Me formé tanto como pude, no perdí el tiempo en fiestas universitarias. Mientras los demás se iban por ahí, yo me iba a todas las excavaciones que aceptaran a estudiantes, empecé a moverme y no paré. Cuando acabé la carrera tenía tres ofertas de trabajo sobre la mesa, dos de ellas prometedoras y había perdido todo el peso que me sobraba. Y aquí me ves ahora, cenando con una chica preciosa, mientras degusto el mejor vino que haya probado en mi vida.

Adulador, por supuesto, al fin y al cabo, era italiano y cumplía con el estereotipo.

—Bi me comentó que también eres boxeador —ignoré su piropo.

—Bueno... —negó haciéndose el interesante— Durante unos años me fue bien trabajando para otros, aprendí mucho, pero sabía que aquello no era para mí. Quería ir por libre, así que me busqué la vida, desde entonces he tenido momentos mejores y peores, pero soy un buscavidas, un superviviente, lo he sido toda mi vida.

—Creo que tienes una vida muy interesante —comenté mientras nos retiraban los platos. Él se pidió un café y yo la carta de postres, estaba hambrienta—. Tener siempre todo tan claro, saber lo que quieres en la vida e ir a por ello, sin importar las consecuencias, es una pasada —comenté fascinada cuando volvimos a quedarnos solos.

—¿Qué quieres tú de la vida? —me preguntó.

Aquella era una buena pregunta, aunque no era nueva, desde luego. Yo misma me la he formulado centenares de veces, casi las mismas que Bi me la ha hecho, y la verdad era que solo tenía una respuesta, pero no era muy realista o madura que digamos.

—Me encanta el cine —sonreí.

—¿Actriz? —demandó y yo negué. Iba a contestar, pero él siguió hablando—. Tienes unos ojos muy bonitos, estoy seguro de que enamorarían en la gran pantalla.

Tengo unos ojos grandes, de un azul claro muy llamativo y eso hacen, llaman la atención, no pasan desapercibidos. No hay nada más en mi rostro que la llame; tengo la frente pequeña, la mandíbula demasiado marcada para lo que a

mí me parece femenino y los pómulos muy grandes. Aquí estoy segura de que perderé peso, puede que se suavicen, pero no creo que me den un espejo para admirar mi cara demacrada antes de ir a la horca. Tampoco es que me interese mucho mirarme, como estoy segura comprenderás.

—Seguro —le quité importancia—; no soy muy realista, pero tampoco una ilusa.

—¿Por qué ilusa? ¿Qué tiene de malo ser actriz? Yo conozco a un par.

—Ya —me reí, imaginando que serían ligues. El camarero se acercó con mis postres y su café—. ¿Cómo llegaste hasta Bi? —me interesé al pensar en sus ligues.

—Por vuestra fundación —contestó observándome, quedándonos solos de nuevo.

—DiBi es de Bi —lo corregí. La fundación realizaba una gran labor y era de Bi, antes incluso de Megan, que trabajaba allí, que mía; no merecía el más mínimo mérito respecto a ella—, yo no colaboro en ella, es su fundación, no la mía.

—Como la llamabas Bi y ella a ti Di, creí que estaba claro que eran vuestros nombres.

—Lo son —afirmé con la cabeza—, pero es cosa de mi hermana, solo de ella.

—Parece que he tocado un tema peliagudo —comentó con una sonrisa que supuse quería aligerar el ambiente.

Seguramente me puse a la defensiva, supongo que sí, ya que no intenté suavizarlo, no me preguntes por qué; seguramente debí hacerlo, pero no me salió, y suelo hacer lo que me nace, siempre y cuando eso no dañe a otros. De ahí que a veces pueda ser imprevisible.

—No es un tema peliagudo, es bastante simple —no suelo airear mis intimidades, menos las que tienen que ver con Bi, por eso de que es un personaje público y notorio. Pero él había sido sincero conmigo, me había contado intimidades y me parecía lo justo pagarle con la misma moneda. Simplemente por justicia, no porque me apeteciera mucho contarle mis cosas. Y sí, no soy idiota, sé que te las estoy contando a ti, pero a estas alturas de la película ya no importa mucho, ¿no crees?—. A Bi le encantaría que trabajara

allí, está segura de que tengo mucho que aportar, pero yo no opino como ella —dije seria.

—¿Por qué crees que no puedes aportar?

La respuesta era clara, *porque soy un desastre y la fundación de Bi es algo importante que no merece que yo lo estropee*. Obviamente no le dije eso, había sido lo suficientemente sincera para pagar mi deuda por su sinceridad respecto a su pasado.

—Porque yo no entiendo de esas cosas, ahora mismo hay gente mucho más apta y cualificada para hacer las funciones que la fundación requiere que yo estorbando.

—No creo que estorbaras.

—No me conoces —lo corté antes de que volviera a adularme gratuitamente. Tal y como salieron las palabras de mis labios me di cuenta de lo borde que había sonado o que había sido, pero no reculé—. Este postre está buenísimo —cambié de tema deliberadamente.

—Tiene buena pinta —opinó él más cortado de lo que lo había visto hasta el momento.

—¿Quieres probarlo? —cogí un trozo de coulant con la cuchara y se lo ofrecí.

Se inclinó sobre la mesa sin contestar, miró la cuchara y, mirándome a los ojos, se la llevó a la boca. No te voy a mentir, me puso a cien que comiera de mi mano.

Estaba serio, incluso fiero, llevándose aquel bocadito dulce a los labios mientras sus pequeños ojos verdes me miraban, derritiéndome más que el chocolate fundido de aquel postre francés. Me relamí observándolo, era mucho más atractivo cuando se ponía serio que cuando sonreía; fuera como fuese, el tío estaba para hacerle un traje de saliva, de doble capa, recuerda que ya te lo advertí.

10

Advertencia

Supongo que la pregunta es obvia: ¿me lo llevé a la cama? No, no lo hice. ¿Podría haberlo hecho? Puede, no estoy del todo segura. Me mandaba señales confusas y, seamos realistas, estaba más que dispuesta a confundirme por una noche con él, pero no a que me rechazara, al menos en aquel momento... La vida que conocía estaba a punto de llegar a su fin y a empezar la pesadilla.

Nos levantamos de la mesa y se empeñó en acompañarme a la habitación, con tanta insistencia, que de nuevo pensé que quería tema, y nadie en su sano juicio le diría que no a ese hombre. Mis puertas estaban abiertas; aunque hubiese sido borde en algunos momentos, lo compensé con mi coqueteo más descarado del inicio, estaba en sus manos.

—Tu hermana se ha equivocado al traer a esos dos hombres a nuestra excavación —comentó abriéndome la puerta de la esfera-restaurant para que saliera.

—¿De verdad crees que uno de ellos es un espía? —demandé en tono burlón.

Me parecía la mayor idiotez. Surrealista, de película, de esas malas y *palomiteras* que tanto me gustan. ¿Por qué íbamos a tener espías? Sí, Bi era una persona *muuuuy* influyente, tanto por su capital como por sus acciones humanitarias, incluso por su estilo, pero no tenía espías, era ridículo. ¿Rivales? Muchos, por su multinacional, pero ningún competidor de una gran compañía iba a enviar a nadie hasta Siria para averiguar qué hacía, al menos eso creía en ese momento; ahora mismo ya te lo he dicho, dudo de todo.

Salimos al exterior, nos saludó la noche silenciosa del desierto, una más fresca de lo que esperaba, en la que el aire no se movía pero que te helaba con tan poca ropa de abrigo.

—Te sorprendería la rapidez con la que estos rumores corren —contestó.

Caminamos en dirección a la zona de habitaciones, que estaban en un nivel más bajo que las instalaciones centrales. Bajamos una pendiente polvorienta con pasos tranquilos.

—Nadie va a quitarte tu hallazgo —le aseguré, intentando tranquilizarlo.

—No solo me preocupa que me quiten mi descubrimiento, sino que me roben la joya de Anubis —contestó y parecía que se enfadaba—. Tu hermana es una insensata.

—No, no lo es —aseguré cortante. Prefería echar un polvo con él que discutir, pero por Bi me partiría la cara—; si lo fuera no habría llegado donde está —añadí seca.

Me cogió del brazo y me detuvo, en medio de la nada que rodeaba aquel impresionante hotel en el desierto. De día era imponente, aquellas esferas, en el puro desierto rodeadas de arena roja, te daban la impresión de estar en Marte, pero de noche, la sensación de estar en otro mundo se incrementaba. Se giró y se puso frente a mí, acortando nuestro desnivel de altura. A pesar de la poca luz que los faros que indicaban el camino a las habitaciones a medio metro del suelo ofrecían, pude ver su rostro y facciones.

—Tu hermana no tiene ni idea —se puso aún más serio, y con esa pose era como más me ponía. Sí, estaba molesta con él, pero en serio, era impresionante, es que no te lo puedes imaginar—, eso me cabrea —reconoció con el cielo y las estrellas como únicos testigos mudos de nuestra discusión—. Yo entiendo que ella es una persona importante, que en lo que ella hace puede ser la mejor, no lo dudo. Más o menos conozco su trayectoria y soy consciente de lo que es capaz. Pero no tiene ni idea de cómo es este mundo —pateó el suelo y levantó el polvo a nuestro alrededor—. El brazalete de Anubis es una de las antigüedades más buscadas, mucha gente va tras ella —aseguró con más vehemencia de la que había mostrado en toda la cena, y aquello me gustó—. Hay quien cree en la leyenda de la princesa Ziba y quien no, a pocos les importa, la historia persa no es de mucho interés, a la vista está en que no se han empleado los mismos esfuerzos para averiguar su historia que la de otras culturas. Pero el caso del brazalete de Anubis es muy diferente —negó mirando al suelo para volver a clavar sus ojos en mí con una mirada fiera—; todos conocen la leyenda. Ya se lo he dicho a tu hermana, está presente en muchos jeroglíficos del antiguo Egipto y es una de las joyas más buscadas. Todos están en alerta y, al menor indicio de su hallazgo, vendrán a por él. Desde fanáticos que crean en su poder hasta traficantes del mercado negro que saben lo que los coleccionistas pagarían por una joya como esa, de esa antigüedad y con una leyenda tan potente como la que tiene, que ha sido tan

buscada y ha permanecido oculta milenios. No estoy seguro de quién puede ser más peligroso de todos ellos, pero el riesgo es muy grande y muy real.

—Nadie sabe lo que buscáis, ¿no? —negó con la cabeza mirándome—. Tampoco saben lo que habéis encontrado —le dije entendiendo su preocupación, aunque sus advertencias cayeran en saco roto, no me asustaron lo más mínimo—, ni siquiera vosotros lo sabéis, hasta que no abráis el sarcófago no lo sabremos ninguno.

—Está ahí —aseguró sin pestañear—, la joya lleva mucho tiempo desaparecida; la leyenda de Ziba es el último sitio verosímil en el que se habla del brazalete. Soy quien mejor conoce su historia, nunca nadie ha llegado tan lejos. Sé lo que voy a encontrar, estoy seguro.

—Supongo que lo averiguaremos mañana —sonreí intentando quitarle un poco de hierro al asunto.

Él estaba seguro de que la joya estaba allí, yo lo estaba de que nadie vendría a por ella. Uno de los dos se equivocó e imagino que puedes imaginar cuál.

—No imaginas cuánto lo deseo, cuántos años he trabajado e investigado para llegar donde estamos ahora.

—Me alegra formar parte —confesé—, es lo más emocionante que he hecho nunca. Estoy deseando saber que es cierto, que ella existió y ojalá podamos saber más de su vida.

—¿Hablarás con tu hermana?

—¿Sobre qué? —demandé sin tener idea de qué quería que hablara con Bi.

—De la importancia de mantenerse en un perfil bajo hasta que todo esté debidamente documentado, hasta que un historiador verifique la autenticidad de la joya y la pongamos a salvo de cualquier indeseable que quiera hacerse con mi descubrimiento.

—Hablaré con ella —aseguré—. La joya y la princesa deben estar en un museo.

Aunque comprendía su preocupación, me seguía pareciendo exagerada pero, ¿qué iba a saber yo de su mundo de traficantes de arte y tarados mentales que creían que un brazalete podía despertar a un ejército inmortal indestructible en plan *El retorno del rey* en un país en guerra? Nada, no sabía nada, y si se quedaba más tranquilo hablaría con Bi.

—Tienes la nariz roja —me advirtió. Pensé en lo bonita que debía estar en plan *Pennywise*, el payaso de *It*. En cuanto tengo frío, enrojece.

—Tengo un poco de frío —reconocí encantada de pasar a algo más ligero y también de que su atención estuviera tan puesta en mí como para que se diera cuenta en la oscuridad.

—Vamos —dijo rodeándome con el brazo, y emprendimos el camino.

Ya lo dijo Bi, lo tenía todo, era muy completito. Me sentí cómoda rodeada por su musculado brazo, con el perfume de su masculina y deliciosa colonia embriagándome y robándome parte de esa cordura que me obligaba a no lanzarme a su cuello y forzarlo a hacérmelo duro. Era lo que esperaba de un hombre así, nada de flores y corazoncitos, no parecía su estilo y estaría encantada de someterme a su rudeza por un rato de diversión.

De camino por el sendero que nos llevaría a mi habitación, me habló de la princesa. Supongo que se había dado cuenta de que, para mí, ella y su historia eran más interesantes que el dichoso brazalete. No fue un trayecto largo, pero fue estimulante y no podía dejar de mirarlo, emocionándome con aquella historia que de nuevo me contaba sin ninguna emoción. El chico estaba muy bueno, era atractivo hasta el extremo e intimidante de una forma extraña, como si esperaras que hiciera de ti un cromó, pero a ratos desapasionado, y eso era muy decepcionante, aunque no por ello le hubiese hecho un feo, la verdad.

Nos despedimos en la puerta de la parcela de nuestra suite, que constaba de tres esferas y una terraza a la que se accedía desde donde estaba. Me dio un beso en la mejilla que me supo a decepción, tan casto que me hizo inclinar una ceja y desearle buenas noches sin ni siquiera plantearme invitarlo a entrar, que no pensaba hacerlo, pero nunca se sabe.

Bi no estaba en la suite, y tampoco había mucho donde buscar; el lugar era una auténtica pasada, uno de los sitios más impresionantes y originales en los que me he alojado, y he viajado mucho, pero no era lo que se dice de muchos espacios. Tres esferas en las que encontrabas: la habitación, el baño y una tercera que era toda transparente con unas vistas impresionantes de las lejanas montañas y el cielo cubierto de estrellas como solo se puede apreciar en su descomunal belleza en lugares muy solitarios. Me pregunté dónde se había metido y entonces entró, cubierta con una manta y con el móvil en la mano.

—¿Dónde estabas? —le pregunté.

—Saluda a Megan —me pidió toqueteando el móvil, poniendo la cámara frontal.

—¡Hola Meg! —la saludé con la mano—. Deberías estar aquí —añadí acercándome para poder verla por *FaceTime*—. Esto es impresionante, te encantaría. —Bi cambió la cámara, dejándonos cara a cara. Meg estaba en la cocina de su recién estrenada casa.

—Me han dicho que el sitio no es lo único que te ha impresionado —comentó riéndose.

—Se lo he dejado hecho —contestó mi prima por mí, mirándome—, y ni siquiera le ha dado un beso como Dios manda de despedida.

—¿Nos estabas espiando? —dejé de mirar el móvil para mirarla a ella junto a mí.

—Estaba en la terraza y os hemos oído llegar —contestó—, quería darte un poco de intimidad, hace mucho que necesitas un buen revolcón y se te veía tan entregada.

Bufé y pensé en decirle a Megan cómo se había pasado la tarde babeando por él; quise devolvérsela, pero sabía muy bien los miedos que tenía la novia de Bi con su inesperado y sorprendente cambio de acera, no quise herir o preocupar a Megan, así que me lo callé.

—Al final no era para tanto —me hice la interesante alejándome a la zona de estar, donde encontrabas aquellas impresionantes vistas.

—Cuéntamelo Di —me pidió Megan cuando Bi se sentó junto a mí en el sofá.

Hablamos un rato con Meg. Por supuesto, salió a la luz que la llamada de Maggie estaba programada, como había sospechado. Bi quería dejarnos solos para que saltara la chispa. Pero para que una chispa salte, dos cuerpos deben frotarse entre sí, y Alex, aunque parecía interesado, su interés era intermitente, lo que provocaba que mi coqueteo también lo fuera, y así lo único que puede pasar es el tiempo. Aproveché para explicarles lo preocupado que estaba Alex por la seguridad de la excavación y nuestra integridad si se llegaba a saber lo que creía haber descubierto. La reacción de Meg fue de lo más extraña, la verdad; se hizo la preocupada, quiero decir que lo fingió, la conozco lo suficiente para saber que su reacción era falsa. Puede que por reírse de mí, no

lo sé, pero me apoyó y no nos costó mucho convencer a Bi de que iríamos solas a la excavación al día siguiente.

Nos fuimos a dormir; creí que no podría pegar ojo, que no sería capaz de apartar la mirada de aquella noche estrellada de la que podíamos disfrutar desde una reconfortante cama, calientes y cómodas. Pero el sueño me venció pronto, estaba muy cansada. Había sido un día tan largo como emocionante. Estaba segura de que el día siguiente lo sería mucho más, y lo fue, vaya si lo fue, de lo que no tenía la menor idea era que ese sería el último de nuestras vidas.

Podría lamentarme un poco, es lo que ahora mismo me nace hacer, desahogarme, pero me lo tragaré y seguiré relatándote mi historia por miedo a que no tenga tiempo de acabarla, o de aburrirte con mi tristeza y de que seas tú quien no la acabe. Quién sabe, puede que quizás nunca descubras qué fue lo que realmente pasó, como tampoco he llegado a descubrirlo yo, pero puede que entre mis palabras descubras la clave y, por ello, trato de ser lo más precisa posible, intento no dejarme ningún detalle; espero no estar aburriéndote, pero no te preocupes, la cosa está a punto de animarse, y de la peor forma...

Al despertar, empezaría el último día de nuestras vidas, el último día de Bi, el fin de mi vida tal y como la conocía.

¿Qué es Abasi?

A la mañana siguiente despertamos temprano, yo quejándome por madrugar en vacaciones; llevaba meses levantándome a las seis para ir trabajar. El día anterior apenas había dormido y, al abrir los ojos, vi que el cielo todavía estaba oscuro, ya no era de noche, pero tampoco de día, y se estaba tan bien en aquella cama... Cuando Bi me despertó, le di la espalda e intenté seguir durmiendo, pero ella, que era muy lista, me recordó que seguramente averiguaríamos si los restos eran de la princesa; no necesitó añadir más para que me despertara, la emoción y mis ganas de saber me hicieron saltar de la cama.

Como te he dicho, no tenía ni idea de que nada sería igual después de ese día, estaba a punto de perder a mi hermana, mejor amiga, confidente, aquel iba a ser el último día de su vida y, con su muerte, vendrá la mía, pero ajena a eso me levanté. Nos preparamos para salir de inmediato, me vestí con un short tejero y unas deportivas, una camiseta de baloncesto regalo de Bi y una sudadera con capucha.

Desayunamos a solas en el enorme salón, un desayuno copioso y cargado de calorías para aguantar el largo día que nos esperaba en el desierto. Bi pidió comida para llevar, que prepararon con diligencia mientras desayunábamos. Al acabar volvimos a la zona de habitaciones; ella se marchó a pedirle las llaves del Jeep a Arthur, el hombre de negro que sin el negro no intimidaba nada, y yo aproveché para lavarme los dientes, soy un poco maniática con mi higiene dental. Sorprendentemente en este lugar tengo un cepillo de dientes y dentífrico, el mismo que estaba en mi bolso el día que me trajeron aquí a rastras.

Si nunca has estado en el desierto, no puedes hacerte una idea de su belleza; el sol ascendía, haciendo que a nuestro paso el paisaje cambiara con cada pestañeo, con una belleza difícil de olvidar o pasar por alto. Puede que esté melancólica; no puede, lo estoy, y no es para menos... Recordar aquella mañana, el camino a la excavación junto a Bi, que iba al volante, me trae paz. La extraño, mucho más de lo que las palabras puedan expresar. También echo

de menos pasear por la calle con calma, mirando a mi alrededor por el simple hecho de ver cuanto me rodea, sin prisa, es un ejercicio maravilloso que nunca practicaba, siempre con prisas de un lado a otro, y ahora todo es tan diferente...

Al llegar a la excavación ya era casi media mañana; no había sido tan fácil llegar como esperábamos, pero llegamos sin problemas; moverse por tierras inhóspitas puede ser más difícil de lo que uno piensa y Bi me lo recordó durante la última media hora de camino, como también me recordó que podían secuestrarnos y pedir un rescate para armar a niños para sus guerras. Sí, la última media hora fue un coñazo, pero llegamos. Nos recibió uno de los compañeros de Alex, abrió la verja para nosotras y Bi aparcó junto a los otros dos coches. Nos bajamos dispuestas a comernos el mundo; yo me moría de hambre de ese mundo, de la historia que esperaba estuviera a punto de revelarse, de todo lo que descubrirían gracias al hallazgo de Alex, el arqueólogo macizo que parecía muy apasionado pero luego no encontrabas esa pasión por ninguna parte.

Nos recibió con una sonrisa y dos besos. Vestía de colores arena, para mi descontento; no le faltaba una sola pieza de ropa, y verlo sin camisa valía oro: el brazalete del dios Anubis a cambio de un jodido striptease de ese semental con tatuajes. Llevaba un sombrero que a cualquier otra persona le habría hecho parecer ridículo, pero no a él, por supuesto, a aquella deidad del atractivo no había nada que pudiera afearlo o quitarle encanto varonil.

Se mostró satisfecho de que llegáramos solas, nos peloteó un poco. Bi no parecía nada impresionada, a diferencia de mí, que respondí a sus halagos con satisfacción y entrega. Bajamos a la cámara mortuoria y pasamos lo que quedaba de mañana allí, procurando no molestar mucho y ayudar en lo que pudiéramos.

Aquel sitio en apariencia no tenía nada de especial; si le quitabas el sarcófago, no quedaba nada. Pero, de alguna manera, podía sentir que el lugar tenía una historia, una que todavía estaba por descubrir, que se revelaría en cuanto el sarcófago se abriera. Podía sentirla, queriéndome susurrar lo que había ocultado milenios. La verdad es que es difícil de explicar, era como si allí, con nosotros, hubiera algo más, una presencia que podía sentir, aunque no la viera, algo que era mucho más palpable o tangible que una impresión o sensación, algo más real, y quise pensar que era la historia llamando a mi

curiosidad, queriéndome contar los secretos que habían permanecido enterrados.

Me emocionaba estar allí, vivir aquella experiencia con Bi. Pensé que aquello sería algo que ninguna olvidaría nunca. Estaba agradecida de que me hubiera arrastrado a su aventura, feliz de estar en primera línea, sobrescribiendo la historia con aquellos hombres mientras me explicaban curiosidades y me instruían en aquellas artes. Lo que hacían era un verdadero arte, todo lo trataban con tanta delicadeza que rozaba la veneración.

Alex tenía muchas facetas; trataba el féretro con la misma delicadeza que el resto, supongo que era de esperar, pero me sorprendió, resultaba contradictorio con su aspecto. No quedaba nada del *empotrador* que había vislumbrado. En cuanto podía me tocaba sutilmente, con falsa inocencia; me explicaba cómo limpiar con la brocha que me habían dado, demasiado cerca, comiéndose mi espacio. Que conste que no me estoy quejando, ¿lo harías tú? No, no me quejo, me gustaba, pero me tenía loca, no le pillaba el punto por más que lo buscara, iba y venía, me mareaba y no sabía qué esperar de él. ¿Qué quieres que te diga? A esas alturas ya me tenía y, como el viento mueve una hoja, me dejaba llevar y arrastrar; tampoco me preocupaba mucho lo que quisiera, estaba dispuesta a todo.

Aunque era el jefe del pequeño equipo al que el día anterior no presté mucha atención, allí nadie daba órdenes más que a Bi y a mí, todos sabían cuál era su papel y lo cumplían. El restaurador que me habló del sarcófago se llamaba Giacomo y era muy tranquilo a la par que agradable; nuestra presencia no parecía molestarle en absoluto, tenía vocación de docente, se le notaba que disfrutaba instruyéndonos a Bi y a mí, dándonos datos e instrucciones. El hombre que nos abrió la verja la tarde anterior estaba allí con nosotros, un egipcio de nombre impronunciable para mí; fue el más reservado de todos, porque si los italianos eran conquistadores, los franceses tampoco se quedaban atrás, y en eso andaba uno de ellos, tratando de camelarse a Bi sin ningún éxito, entreteniéndola mientras Alex tonteaba de nuevo conmigo, como al principio de la cena. El bajito que había discutido con Bi era el que parecía menos contento con nuestra intromisión; entendí su posición, la verdad, y tampoco nos incomodó mucho. Estuvo casi toda la mañana en la superficie, vigilando, bajando a cada rato para ver cómo avanzábamos, bajándonos agua para contrarrestar el calor que se fue intensificando y cuidando de que no nos

faltara nada.

—Podemos empezar a abrirlo —comentó Giacomo, el restaurador, a Alex.

—Será mejor que primero comamos —contestó afirmando—, si no, no comeremos.

—Me muero de hambre —aseguró Bi.

—Entonces comamos —dijo el francés mirándola con anhelo.

Yo no tenía hambre, mi estómago estaba lleno, pero no de comida, estaba empachada de emociones, de curiosidad y expectación, de mariposas, de esas que hacen cosquillas, de las peligrosas, invocadas por Alex cada vez que me miraba de forma profunda para hablarme, cuando colocaba su mano en mi cintura desnuda después de arremangarme la camiseta, dándome igual enseñar mis lorzras españolas, mientras mi interior se revolvía por el tacto de sus manos y el aroma de su cuerpo, cuando se acercaba tanto para hablarme o hacerme alguna broma privada, al oído, intensificando el aleteo del *metamorfo* insecto.

Subimos a comer y lo hicimos bajo el toldo verde. Alex volvió a colocarse el sombrero absurdo y se sentó a mi lado, pudiendo elegir entre ponerse junto a mí o Bi. Me sorprendió, la verdad, aunque no debería, había estado más pendiente de mí que de ella.

El bajito que se había encargado de vigilar que todo estuviera tranquilo mientras los demás trabajaban abajo le dijo a Alex que habían tenido visitas. La policía había estado allí y, después de enseñarles todos los papeles con las autorizaciones pertinentes, se habían marchado satisfechos, por eso no había dicho nada. Alex afirmó tranquilo sin darle importancia. Phillippe hablaba con Giacomo y Bi, sentada a mi lado, los escuchaba dándome un poco la espalda. Así que seguí escuchando la conversación de Alex, más pendiente de mi comida que de ellos, por no parecer entrometida.

Alex se empezó a poner nervioso cuando supo que había habido más visitas; lo noté por el tono de su voz, no estaba relajado, en su salsa, como lo había estado toda la mañana. Lo miré, porque aquel era el rostro que más atractivo me parecía; cuando se enfadaba me hacía mojar las bragas, es un hecho y no me avergüenzo.

Su actitud cambió por completo, pero la cosa empeoró cuando el norafricano

nombró a alguien o algo llamado Abasi. El culo se deslizó al filo del asiento, pude ver la tensión en su cuello. Me incliné para poder mirarlo a la cara.

—¿Cómo no me has avisado?

—Se han ido —contestó el otro.

—¡Me da igual! —exclamó y todos callaron—. ¿Qué ha dicho? —preguntó enfadado.

El norafricano, del que no recuerdo el nombre, me miró a los ojos, después lo miró a él y le contestó; dijo muchas cosas, pero no entendí ni una sola. Le habló en otro idioma. ¿Cuál? No tengo ni idea, pero empezaron a discutir. Fuera el idioma que fuera, Alex lo dominaba porque hablaba deprisa, atropellado, cabreado, mientras yo también me ponía de mal humor por su poca educación. Lo único que pillaba era el nombre de Abasi, un nombre que no dejó de repetirse por ambos, a la vez que la discusión se acaloraba.

—¿De qué va esto? —escuché que preguntaba Bi y me giré hacia ella.

No me lo preguntaba a mí, por supuesto, se lo preguntaba a sus nuevos amigos.

—Es complicado —contestó Philippe agachando la mirada.

—Estoy segura de que podré seguirte —pidió Bi inclinando la cabeza hacia abajo.

Philippe alzó el rostro, estoy segura de que iba a contestar; si le iba a contar de qué iba aquello o no, nunca lo sabremos, porque Giacomo habló por él:

—Cuanto menos sepas mejor —le dijo a Bi con esa calma que le caracterizaba, ignorando el gallinero que se originaba entre los otros dos a medida que la conversación seguía acalorándose—, es lo mejor para las dos —aseguró mirándonos a ambas.

Aquella respuesta me indignó; quise intervenir, pero Bi se me adelantó:

—No somos unas niñas o unas damiselas a las que se deba proteger y tratar entre algodones —contestó Bi molesta—. Quiero saberlo —insistió seria.

—Y está en su jodido derecho —apunté yo, sacando mi carácter. Mi verbo favorito es «joder», te vas a hartar de leerlo si no lo has hecho ya, lo siento, pero me sale solo—. Ella está pagando todo esto —les recordé, seguramente más soberbia de lo que debería, pero era un hecho y no tenían derecho a

ocultarnos qué ocurría. Estábamos allí, con ellos, en la misma posición y, si había problemas, teníamos derecho a saber cuáles eran, a qué nos enfrentábamos—, le debéis saber qué está pasando, qué es Abasi.

—No es un qué —intervino Alex poniéndose de pie, ganándose la atención de todos los presentes con su presencia, a mí me tenía impresionada—, es un quién y nos va a complicar la vida —sentenció.

—¿Por qué? —preguntó Bi que parecía más inmune que yo a sus encantos.

Se quedó callado, pensándolo, imagino que decidiendo qué o cuánto quería contarnos.

—Eso no importa —contestó al fin—, lo que me preocupa es cómo se ha enterado. Hemos sido muy discretos y cuidadosos, sabemos tras lo que vamos y hemos tomado medidas. Tú has traído a mi campamento a personas de dudosa lealtad —acusó a Bi.

—¿Eso va por mí? —me sentí obligada a preguntar—. Porque estoy aquí —me señalé la cara haciendo un círculo con el dedo índice alrededor de ella— y no me gusta que hablen de mí como si no estuviera —me enfadé.

—¡Por supuesto que no va por ti! —exclamó Alex indignado—. ¿En qué piensas?

—Pienso que parece que estés insinuando que hemos sido nosotras —contesté.

—No lo está insinuando, Di —me dijo mi prima—, lo está diciendo —me corrigió.

Bi alzó el rostro hacia él, la imité y me encontré con la mirada de Alex, esperando para encontrarse con la mía y chocar. Apretó la mandíbula mientras parecía que sus ojos me preguntaban cómo podía pensar eso, cómo era tan idiota. A pesar del momento, yo soñaba con que me llevara aparte y verbalizara lo que sus ojos me transmitían, para castigarme con uno de esos besos que lo arrasan todo. Así de tonta me ponía.

—Tú no piensas eso, Diana —dijo severo y mi fantasía siguió desarrollándose.

Podía verlo empujándome contra la roca de la montaña, abrasándome con esos besos de película de los que había recibido tan pocos. Con ferocidad se deshacía de mi ropa, a la vez que yo le quitaba la suya con presteza y ganas de

sentirlo dentro de mí, marcándome, hiriéndome y castigando de la forma más caliente y arrolladora que haya.

—Ni se te ocurra decirle a mi hermana lo que tiene que pensar o no, puede pensar por sí misma y llegar a sus propias conclusiones.

Un hurra para Bi, pero qué equivocada estaba la pobre. Al verlo enfadado solo podía pensar contra qué podía empotrarme y descargar su enfado con estocadas profundas y certeras, de esas duras que te cortan el aliento, para a continuación desear más.

—A eso me refería —le contestó molesto—, a que es lo suficientemente inteligente para no pensar que lo digo por vosotras, pero si te vas a poner así, Bianca —siguió, asesinándola con su mirada verde—, déjame decirte que creo que esto es culpa tuya.

—¿Perdona?

—Cuando te di las coordenadas solo te pedí que vinieras sola, y ayer te presentaste aquí con dos hombres, uno de ellos un nativo del que no sabías ni el nombre —la miré de reojo, avergonzada. Bi le había tachado de paranoico y yo estuve de acuerdo, ahora teníamos problemas, todavía no sabía cuáles, pero estaba claro que los teníamos y era más que probable que nosotras los hubiéramos ocasionado al no tener en cuenta sus advertencias—, y ahora aparece Abasi, con sus hombres, no puede ser casualidad.

—¿Quién es Abasi, Alex? —intervine con tono conciliador.

Necesitábamos saber qué pasaba, a qué nos enfrentábamos y desviar la cuestión de quién había tenido la culpa. Era más que probable que fuera nuestra, pero buscar culpables no eliminaría que teníamos problemas y necesitaba saber cuáles eran.

—Es gente peligrosa, aunque dudo que sepan qué es lo que hemos encontrado; de ser así no se habrían marchado. Si antes había que actuar rápido, mucho más ahora sabiendo que él viene tras el brazalete; hay que abrir el sarcófago y sacarlo de aquí.

—Nosotros no actuamos como ellos —apuntó Giacomo, que como el resto nos había dejado discutir sin intervenir. Estaba segura de que apoyaban la opinión de él, y no porque fuera el jefe del equipo, sino porque aquello, cuanto más lo pensaba, más probable me parecía que fuera culpa nuestra—, haremos

las cosas bien.

—Haremos lo que haga falta para mantener a salvo nuestro descubrimiento y que siga siendo nuestro —contestó Alex con actitud desafiante.

—Alex —quiso discutir Giacomo.

—¡No! —lo cortó este.

—¿Por qué no dejáis de discutir y primero averiguamos qué hemos encontrado? —sugirió Phillippe.

Personalmente no pude estar más de acuerdo con él, quería saber a qué nos enfrentábamos, por supuesto, pero mi curiosidad más acuciante era averiguar si la princesa estaba dentro del sarcófago, saber qué encontraríamos en su interior, oculto.

—Tienes razón —estuvo de acuerdo Alex—, hay que darse prisa.

Pero no bajamos a la cripta, había otra cuestión que discutir, una en la que ni Bi ni yo entrábamos: quién se quedaba vigilando arriba. El egipcio sugirió que lo hiciéramos nosotras, seguro que sí... Alex se negó en redondo, mucho más sensato. Después de una larga discusión en la que nosotras, Alex y Giacomo quedábamos fuera de la ecuación, la cosa quedó entre el francés y el egipcio. Aunque el resultado era el esperado y en mi opinión el más justo, les costó más de lo normal llegar a él. Phillippe había estado en la cripta toda la mañana, así que se quedaría a vigilar y el egipcio, al que no parecíamos caerle muy bien ni Bi ni yo, bajaría con nosotros.

Para mi sorpresa, Bi decidió quedarse arriba con él, supuestamente acabando de comer. Eso fue lo que dijo, aunque yo sabía que lo que iba a hacer era averiguar quién era Abasi y por qué ponía tan nervioso a Alex. Me supo mal que se perdiera lo que estaba a punto de suceder, pero fue su decisión y marché con el resto bajo tierra, sin apenas mirar atrás, ansiosa porque abrieran el sarcófago de una jodida vez por todas.

12

El brazalete

Me han traído otra comida, con agua embotellada que me he bebido casi de un trago. La comida era un trozo de pan duro, una especie de puré de patatas con cosas verdes que he imaginado sería perejil, que no he tocado y una tortilla francesa con perejil que, a pesar de estar fría e insípida, he devorado como si fuera mi plato favorito.

Me pregunto si en algún momento me dejarán salir, si me sacarán de esta habitación sin ventanas y me dejarán ir al patio o interactuar con alguien. No tiene pinta, y la verdad es que no sé si es lo que quiero. La zona donde estoy es de aislamiento, con una quietud solo interrumpida por el ruido del bolígrafo contra el folio sobre el que ahora escribo.

Viene la parte más difícil de contar y no estoy segura de poder recrearlo, no quiero vivirlo de nuevo, pero imagino que no cambiará mucho las cosas para mí. Aunque contarte mi historia me esté ayudando a centrarme en el camino y no en el final, este no deja de atosigarme en forma de flashes, algunos, fruto de mi imaginación, otros recuerdos.

El egipcio repartió mascarillas para evitar una posible contaminación durante la apertura del sarcófago. Como el resto, me la coloqué sin mediar palabra y me mantuve en un segundo plano, removiéndome nerviosa por lo que estaba a punto de suceder. Colocaron una lona blanca en el suelo, frente a mí, y Alex se acercó con una cámara.

—¿Eres buena haciendo fotos? —me preguntó.

—Bastante —respondí esperando que me diera la cámara.

—Espero que lo seas —por la forma en que sus ojos se achinaron levemente, intuí que sonreía—. Toma —me la tendió—, ayúdanos —me pidió mientras cogía la pesada cámara, segura de que valía un dineral— documentando el hallazgo.

Afirmé inquieta, emocionada con la situación, ilusionada de ayudar, de no ser una mera espectadora. Era muy consciente de que no pasaría a la historia como una de las descubridoras, pero sí como responsable de las fotos que realizara en aquel momento, y eso me puso aún más nerviosa, a la vez que se

me hacía un nudo en el estómago.

Cámara en mano me preparé para disparar; entre los tres alzaron la pesada tapa y la retiraron manteniéndola en el aire con sumo esfuerzo. No dejé de hacer fotos, tratando de cambiar de ángulo sin molestar para que pudieran elegir las mejores instantáneas. Con muchísimo cuidado la dejaron sobre la lona mientras yo hacía un par de fotos más ya con ella sobre la lona, para después estirar el cuello y buscar en el interior del sarcófago.

Lo siento, pero no creo que sea capaz de explicarte lo que sentí al ver lo que había dentro, es indescriptible... Estoy segura de que puedes hacerte una idea, me encantó su historia, sentí la necesidad de saber si era cierta, así que la busqué, indagué en la historia de su familia, de su cultura, buscándola sin encontrarla. No localizar una sola referencia a su persona me indignó y entristeció a partes iguales, ya estaba convencida de que era verdad, que su hermano había hecho lo imposible para borrarla del mapa y lo había conseguido. ¡Qué injusto me pareció! Por ella había accedido a trasladarme a un país en guerra, poniendo en riesgo mi vida y la de Bi, por saber la verdad y, al fin, aquella verdad que había estado buscando con tanto empeño estaba frente a mí.

Allí estaba, un esqueleto desnudo, sin momificar, como yo esperaba, de un color más marrón del que supuse, adornado con dos joyas. Un collar con una piedra en su interior de un rojo tan intenso como la sangre y en el brazo, en el brazo estaba el brazalete de Anubis, tal como la leyenda de la princesa lo describía: de oro con piedras preciosas violetas y esmeraldas.

La euforia se mezcló con la satisfacción más completa que haya experimentado nunca; me sentí humilde, mucho, y a la vez una afortunada al poder estar en presencia de una princesa, una que vivió en otro mundo, una cuya historia habían silenciado por el simple hecho de entregarse al amor. Y que ahora, gracias al equipo de Alex y al apoyo de Bi, iba a ver la luz y recuperar el lugar que le correspondía por legítimo derecho. El esqueleto estaba en perfecto estado, al igual que la joya que sorprendentemente brillaba como si fuera nueva en lugar de evidenciar los milenios de antigüedad que tenía, existiendo mucho antes que la princesa Ziba.

—¡Es ella! —exclamó Alex sacándome de mi burbuja—. ¡Míralo Giacomo —se acercó al restaurador y lo pinzó del cuello con el brazo—, es el brazalete

de Anubis! —le besó la calva, arrancándome una sonrisa.

Ahora, recordándolo, desearía haber hecho una foto, pero estaba demasiado centrada en lo que estaba pasando para recordar que mi única función era retratar e inmortalizar el momento.

—No te precipites, Alex —le pidió el otro apartándolo, empujándolo por el pecho.

—¿Que no me precipite? ¡Es el descubrimiento del siglo! —exclamó con una sonrisa y se giró hacia mí—. Diana, fotografialo todo —me pidió sin perder la sonrisa.

Afirmé medio anonadada y comencé a hacer fotos a lo loco. Empecé con planos generales, acercándome para hacer planos más cortos al interior del sarcófago. En minutos hice como mil fotos; bueno, quizás me he pasado, pero al menos sí un par de cientos.

—Para que sea el descubrimiento del siglo, primero habrá que autenticarlo —apuntó el restaurador estudiando la pieza, sin llegar a tocarla a pesar de llevar los guantes puestos.

—El esqueleto es de mujer —aseguró Alex para después girarse hacia el egipcio que más tarde descubrí era el antropólogo del equipo—, ¿me equivoco?

—No —contestó el aludido observando el esqueleto. A diferencia de los otros dos, parecían interesarle más los restos que la joya, o eso me pareció—, obviamente es de mujer. La pelvis es mucho más ancha y el hueco más profundo —apuntó rodeando el sarcófago con calma, observando—. Así, a simple vista, puedo decirte que fue madre, en más de una ocasión —comentó solo mirando el esqueleto. Dejé de fotografiar para escucharlo, con mucha atención, fascinada por su conocimiento, siendo consciente de verdad de cuánto íbamos a saber—. Habrá que estudiar el esqueleto para saber más pero, de entrada, estoy seguro de que en su muerte estaba en el décimo periodo.

Me pregunté qué quería decir eso y Alex contestó por mí:

—Más de cincuenta años —afirmó pensativo.

—¿Cómo sabes eso?—le pregunté al antropólogo.

Me miró y después centró su atención en el interior del sarcófago sin

contestarme.

—Por la degeneración de algunos huesos —contestó Alex por él.

Afirmé y seguí con mi trabajo, escuchándolos mientras lo hacía. No hablaron mucho de la princesa, se centraron más en la joya, hasta que empezaron a discutir entre sí.

—¿Qué posibilidades hay de que sea una réplica? —preguntó Alex molesto.

—Eres demasiado joven, muchacho —escuché que le decía el egipcio tan seco como se había mostrado en todo momento, no parecía capaz de emocionarse con nada.

Siguieron discutiendo mientras yo me acercaba al sarcófago para hacer fotos más detalladas, sintiéndome mal por cómo sus compañeros le estaban chafando el momento a Alex. Por un lado comprendía su posición, que había que ser precavidos con algo así, pero por otro me sentí tan emocionada como Alex por lo que habían encontrado. ¿Cómo tener sangre y no emocionarse? Ellos conocían la historia, la joya y la historia de esta mejor que yo, y yo tenía ganas de saltar de emoción, ¿por qué ellos no?

—Ven Diana —me pidió Giacomo, cogiéndome de la cintura para cederme su puesto frente al brazalete—, fotografíalo con tanto detalle como puedas.

Seguí haciendo fotografías, observando la joya a tan corta distancia, maravillándome con ella mientras discutían, extrañada de que no tuvieran un plan. Era como si no se creyeran que iban a encontrar lo que andaban buscando, o al menos esa fue mi impresión, desde luego. Como si no tuvieran un protocolo de actuación, lo que me parecía la cosa más absurda, ya que en todos los trabajos los hay. La discusión finalizó cuando Bi bajó, diciéndole a Alex que Philippe lo necesitaba de inmediato en el exterior, alguien quería hablar con él.

—Toma Bianca —le tendió una mascarilla Giacomo a mi prima—. ¿Quién ha venido? —le preguntó interesado mientras ella se la colocaba.

—No sé, pero Philippe se ha puesto muy nervioso, ni siquiera los ha dejado entrar.

—¿Más de una persona? —preguntó el egipcio esta vez.

—Eso parece, no he podido ver mucho —explicó sin mucho interés, observando los cambios que se habían producido mientras ella hacía guardia

en la superficie con el francés—. No es una momia —comentó contrariada.

Giacomo le explicó lo que habían descubierto en los minutos que llevaba abierto el sarcófago, le habló de muchas cosas de las que yo no tenía ni idea. Yo los escuché con atención sin olvidarme de mi labor como fotógrafa oficial del descubrimiento.

—¿Deberíamos subir? —le preguntó el restaurador al egipcio media hora después.

—Alex sabe lo que se hace —contestó el otro indiferente, tomando notas en un blog.

—Aquí está tu princesa —dijo Bi rodeando mi cuello con el brazo mientras hablaban.

—Probablemente —contesté, aunque en mi fuero interno estaba segura de que era ella, al fin. Sonreí emocionada mirando sus ojos, lo único visible de su rostro con la mascarilla y su flequillo por encima de las cejas—, pero por lo visto es pronto para saberlo.

—A mí me lo parece —se rio y me hizo sonreír—. El brazalete es impresionante.

—Lo es —estuve de acuerdo.

—¿Cuál es el plan ahora? —me preguntó Bi.

—Me parece que no lo tienen muy claro —le comenté entre dientes—; raro, ¿verdad?

Me preguntó por qué decía eso; quise explicárselo, pero hablar entre susurros me parecía de mala educación y, a pesar de que siempre ande jodiendo con el verbo joder, tengo educación, así que le contesté que luego le contaba.

En ese momento Alex, seguido de Philippe, bajó la escalera como un vendaval y, como estos, parecía dispuesto a arrasarlo con todo lo que se pusiera en su camino.

—Abasi nos va a tocar las pelotas, nos lo vamos a llevar.

—¿Era él? —demandó el restaurador quitándose las gafas con lupas con las que observaba la joya, muy del estilo Johnny Deep en *Sleepy hollow*, aunque más modernas.

—¿Quién si no? —demandó Alex alterado, cabreado, como más me ponía.

—Te dije que no debías darle nuestras coordenadas a nadie —apuntó el egipcio.

No lo dijo, puede que en realidad no se refiriera a nosotras, pero me sentí aludida. Es más, tuve claro que lo decía por nosotras, las forasteras, las que no aportábamos.

—Buscar culpables no va a servir de nada ahora —dijo el francés intentando conciliar al grupo—. Lo único que importa es qué vamos a hacer ahora.

—Está claro lo que vamos a hacer —dijo Alex de una forma tan fiera que yo no me habría atrevido a replicarle, ni siquiera para que me castigara de cara a la pared con el culo en pompa—, me llevo el brazalete.

—¿Qué dices?—demandó el restaurador cortándole el paso.

Todo me parecía muy fuerte. En primer lugar, las pretensiones de Alex; yo no tenía ni idea del reglamento para aquella situación, pero estaba segura de que coger una joya de milenios de antigüedad y llevársela como quien coge un libro prestado en la biblioteca, no era lo adecuado. También las agallas del restaurador, capaz de enfrentarse a un tipo como Alex, que le sacaba una cabeza y era todo músculo definido y apretadito.

—Haré lo que sea necesario para poner a salvo mi descubrimiento —apuntó Alex cabreado, parado frente a él—. ¿Te apartas?

A esa frase le faltó un: «¿o te aparto yo?» de coletilla, pero se cortó en su amenaza, aunque esta estuviera flotando en el aire. Mientras los presentes miraban a uno y a otro, yo observaba a todos, intentando averiguar quién se pondría de parte de quién, sin estar segura de qué bando era el correcto, había razón en las dos partes.

—El descubrimiento no te pertenece —dijo el egipcio, posicionándose el primero—, es de todos, y no es así como se actúa. Eres demasiado joven y estás alterado, relájate.

—Estoy hasta los cojones de que te metas con mi modo de hacer las cosas o mi edad —estalló el rubio—. ¿Qué has descubierto tú en esa larga trayectoria de la que tanto te gusta presumir? —lo atacó, parado frente al restaurador, que tampoco se movía—. Estás aquí por mí, parece que se te haya olvidado —le reprochó—, todos estáis aquí por mí.

No soy muy fan de la soberbia, ¿quién sí? Y aunque su actitud no me convencía podía entenderla. Sí, la comprendía a pesar de la falta de datos. Sabía cuánto le había costado llegar allí a Alex, aunque me faltaban piezas del puzle por encajar, como quién era Abasi, qué pasado le unía a Alex, qué le había hecho para que lo alterara tanto, pero confié en él, en su criterio; a pesar de su arrogancia, pensé que razón no le faltaba. Estábamos allí por él, había investigado la historia de la princesa, había buscado su localización y se las había apañado para encontrar los fondos suficientes para aquella misión arqueológica.

—Relájate, Alex —le pidió Philippe, y supuse que estaba de su parte.

—¿Cómo que relájate? —intervino el egipcio—. ¿Has escuchado lo que ha dicho?

—Vamos —dijo el restaurador apartándose de Alex, dando dos pasos atrás—. ¿Por qué no nos relajamos todos un poco? —intentó ser conciliador mirando a su alrededor, a todos, incluso a Bi y a mí, que nos manteníamos en silencio, para volver a Alex—. Hemos pedido todos los permisos, están a tu nombre, tenemos el descubrimiento fotografiado.

—¿Crees que eso detendrá a alguien como Abasi? —demandó—. Parece que no sabes con quién estás tratando. Es una rata, un ladrón de la peor calaña, un cazatesoros que no se hará con el mío... ¡Por encima de mi cadáver!

—No digas eso muy alto —apuntó Phillippe.

Tal como yo vi las cosas, había dos bandos igualados; por un lado estaba Alex y el francés, que no sé qué función tenía en la expedición. En contra estaban el restaurador y el antropólogo, que eran más maduros y seguramente más curtidos en aquellas situaciones. Bi se posicionó de inmediato, seguramente en ese momento ya lo había hecho, pero yo todavía desconocía que el bando que había elegido era contrario al mío.

—Me llevo el brazalete de Anubis —sentenció Alex acercándose el paso que le quedaba para llegar a él.

—¿Qué haces? —intentó cogerlo del brazo Giacomo, pero Alex se zafó con facilidad.

—Hay que sacarlo de aquí, ahora mismo —sentenció.

—¿Pero qué dices? —intentó impedirselo de nuevo y Alex lo empujó del

pecho.

—Es mi descubrimiento, es mi logro, y no me lo va a quitar, esta vez no.

Anonadada, creo que como el resto, observé cómo Alex cogió el brazo de hueso. Giacomo, que volvía a la carga recuperado del empujón, para pararlo detuvo sus pasos, imagino que por miedo a que su enfrentamiento dañara el fósil de la princesa.

—Así no se hacen las cosas —le dijo el restaurador, observando la joya en las manos desnudas de Alex—, no puedes tratar de esa forma una antigüedad de ese valor.

—¿A dónde piensas llevarlo? —preguntó el egipcio resignado.

—Conozco a un tío que puede confirmar su autenticidad.

—¿Quién? —demandó el antropólogo sin darle tregua.

—Lukman, él puede hacerlo, y no está lejos.

—¡Joder Alex! —exclamó el restaurador—. ¿Te fías de él? —demandó apartándose.

—Es el mejor historiador de la zona —contestó Alex siguiéndolo—, conoce todo lo que hay que saber del brazalete de Anubis y aquí es nuestra mejor opción.

—No es la única —discutió el egipcio.

—No —se giró Alex para mirarlo—, pero es la mejor.

—Pues hazlo venir —sugirió Philippe, que por un momento temí que cambiara de bando.

—A estas horas no va a venir hasta aquí —negó.

—Lo hará si le dices lo que hemos encontrado —apuntó Phillippe.

—No me fio tanto de él —contestó Alex entregándole el brazalete al restaurador.

—Yo tampoco creo que sea buena idea traerlo aquí, que sepa lo que hemos descubierto y dónde está —dijo Giacomo envolviendo la joya con una tela blanca—. Has separado la llave de la cerradura, el mal ya está hecho —sentenció mientras cubría el brazalete—. Debemos aprovechar la situación, tenemos el brazalete en un lado y el descubrimiento en otro. No busquemos alternativas cuando solo nos queda ir hacia adelante.

—¿Qué propones? —demandó Philippe.

—Hay que autenticar que sea el brazalete de Anubis —dijo guardando la joya envuelta en una caja—, eso es lo primero. Lukman es uno de los mejores historiadores, estoy de acuerdo con Alex, es la mejor opción por aquí, pero es cierto que no es la única.

—Sacar el brazalete a la calle no es seguro —opinó el egipcio—. ¿Crees que Abasi no estará fuera? ¿Esperando descubrir qué es lo que hemos encontrado? ¿Qué crees que hará cuando sepa que es el brazalete más antiguo y buscado de la historia egipcia?

—No lo descubrirá y, si lo hace, será tarde, le habrá perdido el rastro.

—¿Cómo? —quiso saber Alex.

—Un señuelo —sentenció Giacomo, que se estaba convirtiendo en el estrategia del grupo—. Dos coches; tú saldrás en el primero —le dijo a Alex—, él te seguirá, te conoce, y sabe que no te separarás de lo que hayas descubierto, por eso el brazalete no irá contigo.

—Tiene hombres suficientes para seguir a dos objetivos —discutió Alex.

—Nosotras lo llevaremos —intervino Bi y yo me giré para mirarla con la boca abierta.

—Será mejor que haya varios señuelos. Tres coches —siguió Giacomo como si no hubiera escuchado a mi prima, lo que me provocó sentimientos encontrados: enfado porque la había ignorado y gratitud porque estaba claro que eso sí sería peligroso—. Tú saldrás primero, solo, un rato después saldrán dos coches a la vez. Yo iré en uno, solo también, los demás protegerán el campamento. En el otro coche, irán las personas en quien menos se esperan que confiemos el hallazgo —dijo mirándonos a nosotras.

—No —discutió Alex—, ni sueñes que voy a depositar el brazalete de Anubis en sus manos —negó—. No os ofendáis chicas, pero esto no tiene nada que ver con vosotras.

—Sé que no quieres hacerlo, y por eso, son nuestra mejor baza, nadie las va a seguir.

El plan de Giacomo

—No es una buena idea —dijo Alex quitándole de las manos a Bi la caja donde iba el brazaletes que le había dado Giacomo—, yo lo llevaré.

—Aunque no sé muy bien cómo hacerlo —apunté yo en una referencia friki, esperando quitarle un poco de tensión al ambiente. Una broma privada que esperé que Bi entendiera, pero por su forma de mirarme, calcada a la de los demás, preguntándose si estaba loca, supe que no lo había pillado, ¡lástima!—, no he dicho nada —añadí avergonzada.

No te voy a engañar, siguieron discutiendo un rato eterno e incómodo. Bi entró al trapo, ¡lo que le gusta un conflicto a mi hermana, por Dios! Pero mejor me lo voy a ahorrar y voy a ir directa al lío: seguimos el plan de Giacomo al pie de la letra. No porque así se decidiera, sino porque Alex, que al final era el único que se negaba a aquel plan, se enganchó con mi prima y se largó como alma que lleva el diablo, derrapando y levantando polvo. Estaba muy cabreado por no salirse con la suya, y cuánto deseé ir en aquel coche. No es que sea una rarita, pero aquel Alexander cabreado era mi favorito.

Giacomo, negando, se dirigió a nuestro coche. No hizo un solo comentario de la actitud del arqueólogo; los otros dos, en cambio, estuvieron criticándolo, pero él era más comedido que el resto. Fui detrás de él, se había sentado en el asiento del conductor.

—Sobra decir que es fundamental que no le dejéis la joya a Lukman —dijo cogiendo la caja del asiento del copiloto y tendiéndomela. La cogí, sintiéndome una privilegiada por aquel honor, por aquella confianza depositada en nosotras por ese hombre que apenas nos conocía, hasta el punto de convencer al grupo de algo que se morirían antes de hacer, pero el brazaletes y asegurar su hallazgo estaba por encima de todo—. Serás cuidadosa, ¿verdad? —me preguntó mientras me sentaba junto a él en el coche.

—Por supuesto —afirmé con énfasis, cogiendo la caja con fuerza.

—Os diga lo que os diga —siguió introduciendo la dirección en el GPS—, llevaos la joya; diga que es verdadera o no, no salgáis de su oficina sin ella.

—Claro —dije conforme y nos quedamos en silencio mientras ponía la

dirección.

—Si alguien sigue a Alex, los conducirá a otro historiador; lo mismo pasará conmigo. No debéis volver aquí hasta mañana, debemos confiar en que nadie os seguirá, así que estará a salvo con vosotras. Cuando os diga si es verdadera u otra réplica digna de estar en un museo, mandad un mensaje y esperad indicaciones, pero diga lo que diga Alex o cualquier otro, incluso yo, no volváis con la joya aquí esta noche, ¿lo entiendes?

—Sí —dije contrariada—, lo entiendo, pero eso no es lo que hemos acordado con Alex —le recordé.

—Eso no importa, yo hablaré con él, es imperativo que no volváis.

—Lo entiendo, ellos no nos conocen, no saben quiénes somos o dónde dormimos.

—Exacto, no podrán localizaros. Si es verdadera, mañana informaremos del hallazgo y, para cuando volváis con ella, estaremos blindados. Si no lo es... Ya lo pensaremos.

—Es el brazalete —aseguré observando la rapidez con la que se entristecía su mirada.

—Mucha suerte, Diana —añadió acariciándome el hombro con cariño; solo pude afirmar y desearle lo mismo en silencio—; ahora le digo a Bianca que venga, es la hora.

Recuerdo mis nervios vívidamente. Bi tomó la posición del restaurador, yo la estaba esperando con el cinturón puesto, mi puerta cerrada por dentro, la caja con la reliquia dentro, sobre mis piernas desnudas y mis manos rodeándola, atrapándola como si tuviera vida propia y quisiera escapar de mi regazo de un momento a otro.

Todavía tardamos unos minutos en salir, minutos en que Bi mantuvo el motor en marcha. Nadie habló en el interior del coche, apenas era capaz de oír el cd de Bi de *Maroon 5* metida en mis pensamientos como me encontraba, con la cabeza gacha.

—¿Estás preparada, hermanita? —me sacó Bi de mis pensamientos.

Alcé la mirada de la caja. En el exterior, Phillippe abría la verja; por mi vista periférica, pude ver cómo Bi metía primera en el cambio de marcha y la miré a la cara.

—Lo estoy —aseguré cuando giró la cabeza y sus ojos turquesas se encontraron con los míos—. Giacomo quiere que nos quedemos la joya hasta mañana —le dije.

Bi afirmó, pero no me contestó. Miró al frente, preparada para arrancar; solo le faltó acelerar calentando el motor como lo hacen en las carreras. Miraba al frente, concentrada, apretando el volante con una mano y con la otra en el cambio, esperando que la luz se volviera verde para salir corriendo, o eso me pareció. Giacomo salió al exterior, nosotras no nos movimos. Sorprendida, me giré para mirarla, preguntándome a qué esperaba.

Inició la marcha de una forma tranquila, relajada, como si tuviera todo el tiempo del mundo para llegar a su destino. Saludó a Phillippe cuando pasamos junto a él en la verja.

Estábamos en el exterior, giró a la izquierda, en la dirección opuesta a la que había seguido Giacomo. Metió segunda y nos movimos despacio, cogiendo velocidad poco a poco, como el que no tiene prisa, como el que no tiene de que huir, lo que no era nuestro caso. No la increpé, me mantuve en silencio, mirando al frente y apretando la caja.

—Si nos confirman que es el brazalete de Anubis, tendrá que venir Tiago —declaró en cuanto cogimos un poco de velocidad, alejándonos del campamento.

—¿Quién es Tiago? —le pregunté sin tener ni idea de quién me estaba hablando.

Me giré para mirar si nos seguía alguien por las llanuras de aquella explanada árida; los cristales tintados no me dejaron ver mucho del exterior, pero pude adivinar que nadie venía tras nosotras, o eso me pareció. Seguía buscando en mi mente quién podría ser ese Tiago, de quién me estaba hablando. Pero no se me ocurría una sola persona y debería sonarme, ella lo había dicho como si debiera saber a quién se refería y yo no tenía ni idea.

—Un amigo —contestó de forma enigmática observando ambos retrovisores.

—¿Un amigo? —demandé—. Nunca me has hablado de él —dije aún dubitativa, observando el extenso páramo despoblado que se extendía frente a nosotras—, ¿o sí? —pregunté aún pensando de quién me hablaba.

—No, no lo he hecho —me miró de reojo—, nunca te he hablado de él.

—¿Por qué? ¿Quién es? —quise saber, comprender a qué venía aquello.

—Tiago es... —se quedó callada, pensándolo mientras mis dudas se volvían sospechas, aunque no sabía de qué sospechaba, pero algo me olía realmente mal.

—Suéltalo de una jodida vez —exigí—, me estás poniendo nerviosa —me quejé.

—Tiago es un salvavidas —sentenció.

Me giré para mirarla, preguntándome de qué estaba hablando.

—Supongo que en sentido figurado —deduje observando su perfil.

—En todos los aspectos —resolvió—. Tiago es un experto en tratar situaciones... —volvió a dudar e inclinó una ceja— complicadas —sentenció—, o de peligro —finalizó la frase dejándome flipando—. Él nos mantendrá a salvo.

La miré frunciendo el ceño, no me gustaba la idea de que viniera ese tal Tiago del que nunca me había hablado, y ahora, en un momento como aquel, decidía que él podía arreglar todos los problemas del mundo, cuando no había ningún problema.

Giacomo aseguró que no encontraríamos problemas hasta las oficinas de Lukman. Todos éramos conscientes de que estábamos en un país en guerra. Alex había prometido protegernos y, con solo mirarlo, sabías que era capaz. No había razón para involucrar a nadie más, y menos a otro segurata, ya teníamos a dos abandonados, ¿para qué otro?

—No sabía que estábamos en peligro —me crucé de brazos molesta.

—No hay que esperar a estar en peligro para pedir ayuda, entonces puede ser tarde.

—Ya oíste a Alex —le recordé—, es de vital importancia no involucrar a nadie.

—Sí, he oído a Alex pero, ¿qué quieres que te diga, Di? —me miró de reojo—. Pondría mi vida y la tuya en las manos de Tiago, en las del arqueólogo ni me lo plantearía.

—¿Por qué tienes que poner nuestras vidas en las manos de nadie? —demandé.

—Solo es un seguro.

—¿Un seguro? ¿Un seguro contra qué? ¿Ahora no te fías de Alex? —pregunté, y reconozco que fue una pregunta bastante beligerante, me estaba cabreando.

Me estaba hablando con medias verdades, no me lo contaba todo y me estaba enojando.

—No quería que nos lleváramos el brazalete.

—¿Y eso te extraña? —demandé en el mismo tono crítico—. Es su descubrimiento, es una joya histórica muy importante —le recordé—. Me parece lo más sensato no querer dejar esa joya histórica en las manos de una niña rica con ínfulas y su hermana tonta.

—¿Por qué tonta? —preguntó con curiosidad, con una sonrisa abierta.

Yo no sonreía, entendía las preocupaciones de Alex y estaba de acuerdo con él, no con Bi; por más que siempre buscara la manera de darle la vuelta a la tortilla para darle la razón, en esta ocasión no iba a encontrar mi apoyo, lo que decía no tenía sentido.

—Porque cada vez que está cerca parezco idiota.

—No, no lo pareces —contestó indiferente—. He visto lo que esa clase de hombres hacen, el efecto que generan, lo he sentido y vivido. Aunque sé que te derrites por él, no lo has demostrado, me has apoyado cuando discutía con él, y lo has puesto en su sitio.

—Que lo haya hecho no quiere decir que crea que tengas razón.

—Sí, eso lo sé, pero no importa; de lo que estamos hablando es de que no le has bailado el agua, creía tenernos en sus manos, como a todas, y le hemos demostrado que no.

—No entiendo por qué te has enfrentado a él —reconocí—, por qué quieres llevarle la contraria. Quiere llevar el brazalete para verificar su autenticidad y te niegas, te pide que no involucres a nadie y lo primero que haces, después de alejarte del campamento unos metros, es decirme que vas a llamar a un desconocido para que nos mantenga a salvo. A salvo además no sé de qué —me exasperé.

—Tiago no es un desconocido —aseguró resoplando, como si le molestara.

—¡No lo es para ti! —exclamé—. A mí nunca me has hablado de él, y alguien de quien no me has hablado, no creo que tenga tu confianza.

—Te equivocas —declaró—, la tiene y sabrá qué debemos hacer, por eso acudiré a él.

—Alex te está diciendo qué debemos hacer —discutí, queriendo entenderla.

—Lo que ha hecho Alex no es normal, Di —dijo apretando el volante.

—¿A qué te refieres?

—¿En serio? —me miró a los ojos un segundo para devolver la mirada al frente—. Un hallazgo arqueológico no se trata como lo ha hecho él, ya has oído a sus compañeros.

Sí, era cierto, había oído a sus compañeros y comprendía ambas posturas.

—Bueno, es una situación delicada —lo defendí—, ya te dije cuáles eran sus preocupaciones, y que de repente se presente esa gente..., entiendo por qué actúa así y tú deberías entenderlo también. Tú has financiado la excavación, es tu dinero.

—Ya sabes cuánto me importa.

Exhalé el aire con ganas.

—Eso es porque no lo necesitas.

—Tú tampoco lo necesitas —me miró y aparté la mirada, me giré hacia la ventanilla. Aquel era un debate que me aburría—. Podrías hacer lo que quisieras Di, donde quisieras.

—Claro, podría pasarme la vida siendo un parásito de la tuya y dependiendo de ti para todo, es lo que he soñado desde niña.

—Guárdate tu sarcasmo para quien lo quiera —me pidió seca.

—Es ironía, no sarcasmo —discutí con desgana sin cambiar de posición.

—¡Joder, Di! —se quejó—. Ayudo a un montón de gente con mi dinero, no creo que te hagas una idea de lo que me fastidia no poder ayudar a la persona que más me importa.

—Vale, Bi —la corté—, no sé cómo siempre acabamos aquí. Esta conversación es un bucle cerrado del que por lo visto no vamos a salir nunca, así que déjalo —le pedí.

Estaba cabreada, había tirado por tierra aquel momento tan emocionante, lo había estropeado con sus desconfianzas y su *monotema*. Se suponía que yo era imprevisible, no ella, me tocaba a mí hacer las cosas absurdas, tomar las malas decisiones era mi tarea. Enfadada, pensé que como volviera a discutir con Alex, me pondría de parte de él, que era quien creía tenía razón, aunque se la hubiera quitado por dársela injustamente a ella.

No volvimos a hablar hasta un buen rato después, y cuando digo un buen rato me refiero a que ya estábamos viendo la civilización por aquí y por allá, acentuándose a medida que llegábamos a nuestro destino, guiadas por el GPS del coche.

—No estoy segura de que sea buena idea hacer lo que Alex nos ha pedido, haremos lo que ha dicho Giacomo —sentenció—, nos quedaremos con el brazalete en el hotel.

—¡No te entiendo, Bi! —exclamé—. Ayer, Alex era un pozo sin fondo de virtudes —le recordé—, me lo vendiste como si fuera el último hombre sobre la faz de la Tierra con el que procrear y la extinción de la especie dependiera de mí, y ahora esto. ¿Qué me he perdido? Dímelo —le pedí mirándola—, ayúdame a entenderlo, porque no me entero.

—No sé —se encogió de hombros—, supongo que no es como yo creía; no solo me ha decepcionado, ahora es un desconocido del que no sé qué esperar y eso me hace ser desconfiada. Creía que sería más profesional; antes de financiarlo, lo investigaron.

—¿Ahora espías a las personas? —la interrumpí—. ¡Qué maravilla! ¿Eres la Gestapo?

—No —ignoró mi sarcasmo—, soy la dueña de un imperio que no debe verse involucrado en escándalos de ningún tipo; tengo asesores y me dejo guiar, para eso están.

—Muy bonito, deberían poner eso en tu lápida: era una persona generosa y entregada, siempre y cuando sus asesores le dieran permiso.

Joder, cómo me arrepiento de haberle dicho aquello, cómo me arrepiento de tantas cosas... Pero eso estuvo fuera de lugar, no puedo creer que dijera aquello, pero sí, lo hice y me quedé más ancha que larga, al igual que ella, la verdad, tampoco me voy a fustigar, tengo otras cosas más importantes por las que hacerlo que por un comentario.

—En la tuya pondrá: podría haber sido lo que quisiera, pero era demasiado orgullosa.

—¡Qué cosas más bonitas me dices! No sé cómo te aguanto...

—Lo que tú digas, pero no estoy segura de que Alex sea trigo limpio.

—¿Pero por qué?! —grité exasperada segura de que me ocultaba algo, irritada porque no fuera sincera conmigo, porque no quisiera compartir conmigo como había hecho siempre—. ¿Phillippe te ha dicho algo mientras hacíais la guardia? —se me ocurrió.

Me miró y volvió a mirar a la carretera; supe que así era, estuve segura.

—Es un cúmulo de todo, Di —aseguró mientras yo la escuchaba sin creerla—. Es la forma en que se ha enfrentado a todos —expuso—, intentando imponer su opinión. Tratando a los demás como si fueran meros espectadores y el descubrimiento fuera solo suyo, cuando se supone que es del equipo, no solo de él. Cómo ha tratado el descubrimiento en sí, cogiendo la joya sin preocuparle dañar el esqueleto de la princesa... —negó y yo seguí mirándola, siendo consciente de la razón que tenía en todo cuanto decía—. Eso no lo hace alguien que ama la historia, que por encima de todo quiere protegerla como él me ha vendido en todo momento que quería hacer. Puede que me equivoque con él, pero en mi opinión, eso lo hace alguien a quien solo le importa el tesoro.

—¿Insinúas que solo le importa el brazaletes? ¿No la princesa o la historia?

—¿No lo ha demostrado? —se encogió de hombros—. ¿Por qué crees que Giacomo se ha apartado cuando ha visto que era imparable? —me miró de reojo—. Obviamente, porque sabía que como se enfrentara a él, dañarían los restos. ¿Sabes lo que significa para un arqueólogo descubrir un esqueleto entero? —negué—. Es casi como el Santo Grial.

—Esqueletos hay muchos, pero brazaletes de Anubis solo uno —le recordé.

No quise defender a Alex, de verdad. Bi tenía razón en lo que había expuesto, estaba de acuerdo con ella, pero eso no nos daba derecho a hacer juicios, se me ocurrían muchos motivos por los que el italiano había actuado como lo había hecho. Antes de sentenciar a alguien, debe haber un juicio y estaba dispuesta a debatir y hablar sobre ello, era necesario ver la situación desde diferentes puntos de vista y Bi y yo éramos buenas con eso.

Tiago en camino

No pudimos debatir mucho tiempo respecto a Alex o cuáles eran sus intenciones reales, si simplemente trataba de poner el descubrimiento a salvo, como yo quería pensar, o si era un cazatesoros, como Bi insinuaba.

Llegamos a la ciudad o pueblo al que nos dirigíamos, ni siquiera estoy segura de dónde estábamos. Hasta el momento solo habíamos visitado sitios poco frecuentados, casi aislados, y entrar allí fue una verdadera locura. No nos permitió seguir hablando.

Bi tenía sus cinco sentidos en la carretera, en los otros conductores que iban como locos, parecían no saber lo que eran los intermitentes, pero sí las bocinas, que sonaban a cada momento. Yo por mi parte procuraba avisarla de posibles peligros automovilísticos, procurando poner atención al GPS para no perdernos, mientras volvía a coger la caja con fuerza, esperando un impacto en cualquier momento al ver la forma alocada con que las personas conducían allí. Todas ellas, motos con tres personas sobre sus dos ruedas, furgonetas cargadas de gente, con personas incluso en el techo, bicicletas circulando por medio de las atestadas carreteras en las que no había líneas que delimitaran los carriles. Ni siquiera los semáforos respetaban, aquello era la jungla hecha carretera y temí que no llegáramos.

Me agobié, me agobié muchísimo. Pasamos de la tranquilidad y casi aislamiento a aquella locura y caos absoluto, lleno de gente, ruido y olores... Nos llevó más de una hora llegar a nuestro destino desde que entramos en la multitud de vehículos. El despacho del tal Lukman se encontraba en lo que supusimos era el centro de la ciudad, un lugar en el que era imposible aparcar; le sugerí a Bi dejar el coche aparcado de cualquier forma, así no destacaría en aquel caos, y aunque se mostró reacia, por miedo a encontrarnos sin vehículo al volver, accedió, incapaz de encontrar una plaza de aparcamiento.

Entramos en un enorme portal de portones de madera que se mantenían abiertos. Cruzamos un pasillo sombrío, solo iluminado por la luz natural de la tarde que entraba a través de un patio abierto que había en el interior. El patio me dejó impresionada, era lo más bello que había contemplado desde mi

llegada a aquellas tierras. Un patio árabe, cuidado y hermoso, cuadrado, con columnas en su interior, zócalos de azulejos que me recordaron a los patios andaluces. Alcé la mirada para divisar las balaustradas adornadas de los dos pisos superiores.

—Qué sitio más bonito —le dije a Bi.

—Lo es —estuvo de acuerdo conmigo—. Allí está la escalera —me la señaló.

La seguí hasta la escalera y subimos la primera planta. Tuvimos que rodear el patio desde el primer piso para acceder a la segunda planta, cuya escalera se encontraba al otro lado. Tal como nos dijo Giacomo, el despacho del historiador estaba junto a la escalera.

Bi llamó a la puerta con contundencia, tres golpes secos pero certeros. Agarré la caja, pensando que pasara lo que pasara a continuación, no podíamos irnos de allí sin ella.

El hombre que nos abrió era árabe, bajito, con una barriga pronunciada y un frondoso cabello oscuro. Sus ojos nos investigaron sin ningún disimulo y me atrevería a decir que lo que vio no le gustó. Nos habló en sirio, o vete tú a saber, yo no lo entendí.

—Venimos de parte Giacomo Livi —le dijo Bi en inglés—. Necesitamos que autentifique una joya para él.

—¿Por qué no ha venido él? —le contestó, entendiendo y hablando el idioma.

—Lo que le tenga que decirle a él, nos lo puede decir a nosotras.

—Lo siento —dijo cogiendo la puerta—, no puedo ayudarlas —dijo con intención de cerrarla en nuestra cara. Bi colocó la mano impidiéndole cerrar.

—Tenemos dinero que ofrecerle por sus servicios —soltó la puerta al ver que dejaba de presionar—. Dinero americano por sus servicios y tiempo. ¿Qué me dice?

—¿Cuánto dinero? —preguntó dándole una calada a un cigarrillo de esos de liar.

—¿Qué precio tiene su discreción respecto a nuestra visita? —preguntó Bi.

Allí estaba el tiburón empresarial de mi prima haciendo de las suyas, con

aquella seguridad que la caracterizaba, con un punto borde que desprendía seguridad en sí misma.

El hombre nos cedió la entrada después de volver a repasarnos con la mirada. No lo hizo de forma obscena o babosa, sino al contrario, como reprobándonos con ella.

Qué poco me gusta esa cultura, qué terrible me parecen algunas cosas, tantas que podría llenar esta libreta, pero ese no es mi propósito, así que me quedaré con lo que a mí me atañe. Como la forma en que la sociedad trata a las mujeres en general, me parece vomitivo y despreciable, pude sentirlo en los ojos de ese hombre, en su forma de mirarme, desaprobándome por llevar pantalón corto, dejando mis piernas al aire. Por suerte, algunas personas ya han evolucionado, pero tristemente queda mucho por hacer...

Entramos en su oficina, él se asomó al exterior y miró a ambos lados, imagino que asegurándose de que nuestra presencia hubiera pasado inadvertida. Supongo que así fue, porque no nos cruzamos con nadie en la quietud del patio, solo alterada por el ruido exterior que sonaba mucho más lejano de lo que realmente estaba.

—Acompañenme —nos pidió adelantándonos en la entrada.

Lo seguimos sin mediar palabra. No tengo ni idea de cómo de grande sería su oficina, porque nos llevó al que supuse sería su despacho. Una estancia luminosa, esquinera, con cuatro grandes ventanales que daban al exterior, por donde entraban los rayos de un sol de tarde perezoso de iluminar otro día.

—Pueden sentarse —indicó cediéndonos la entrada—, pero no toquen nada.

Bi y yo nos miramos un segundo, ella fue la primera en entrar en el despacho, yo la seguí un paso después, para encontrarme en una estancia polvorienta, sucia, descuidada. Todo tenía una estela de antiguo, pero no como en un museo, más bien como abandonado.

El historiador nos adelantó, sentándose tras un escritorio cubierto por un manto de papeles de aspecto antiguo y ajado; puede que no fuera así, pero esa fue mi impresión.

Bi sacó de la mochila que llevaba un rollo de billetes que dejó sobre la mesa; observé el tamaño impresionada, para después fijarme en el tipo, que lo miraba deseando cogerlo.

—Diez mil dólares americanos —dijo Bi—, son suyos —declaró señalándolos con la cabeza—. Por autenticar una joya y su discreción respecto a ella y nuestra visita.

El hombre cogió el fajo de billetes y les quitó el lazo que los mantenía prietos y seguros de perderse. Los observó y, conforme, afirmó con la cabeza; sonrió mirando a Bi.

—¿Qué quiere que autentifique? —demandó guardándolos en un cajón del escritorio.

—Dásela —dijo Bi mirándome, señalándolo a él con la cabeza.

Miré la caja, alcé la mirada y lo observé a él, que me miraba con una curiosidad que no me gustó un pelo, pero que era de lo más normal teniendo en cuenta la pasta que Bi acababa de darle solo por estudiar una pieza. Volví a mirar la caja sin querer separarme de ella, sin querer dejar en las manos de ese hombre la joya de la princesa Ziba.

Suspiré, haciéndome a la idea de que solo era un préstamo, que pronto me la devolvería y, al día siguiente, estaría a salvo de sanguijuelas; que pronto estaría expuesta en algún museo que triplicaría sus visitas, donde muchos irían a visitar aquella pieza que tanto habían estudiado, entusiasmados por el hallazgo, deseando que hubiera sido suyo.

Hice de tripas corazón y le tendí la caja.

—Es una pieza muy antigua —dije cuando cogió la caja, sin llegar a soltarla—, trátela debidamente y apague ese cigarro —le reprendí, soltando por fin la caja.

Dejó el paquete frente a él y le dio una larga y honda calada al cigarrillo, tirándome el humo a la cara después, mientras me miraba. Lo aparté en dos manotazos mientras él apagaba la colilla en un cenicero que después guardó en un cajón, el mismo donde había dejado el dinero de Bi; sacó unos guantes, que se colocó antes de abrir la caja.

Traté de ignorar el mal rollo que aquel hombre de mente cerrada y costumbres antiguas me transmitía y me centré en lo importante. A medida que abría la caja para después sacar la joya que había en su interior y que habían envuelto para asegurar su bienestar, iba poniéndome cada vez más nerviosa.

—¡No me lo puedo creer! —dijo mirando el brazalete—. ¿De dónde ha

salido?

—De una tumba antigua —contestó Bi—, posiblemente persa.

—¿La de la princesa Ziba? —demandó mirándonos un segundo.

—¿Conoce su historia? —demandé yo, ansiosa, deseando saber más.

—Claro —siguió observando el brazalete, emocionándose cada vez más mientras lo estudiaba—. Esta pieza es impresionante, sus grabados, su forja...

Sacó unas gafas de lupa, que personalmente me recordaron a las que usan en las ópticas para ver qué graduación necesitas. Encendió una lámpara de brazo articulado, que con fuerza iluminó toda la mesa. Bajó la luz hasta ponerla frente a él y empezó a estudiar la pieza. La miró desde todos los ángulos posibles, repitiendo ángulos una y otra vez.

—¡No puedo creerlo! Estos materiales... —dijo entre dientes, como si lo dijera para él. Supuso que no era así porque entonces lo habría dicho en su idioma, y no en inglés. Alzó la mirada y nos miró—. ¿Sabéis lo que es? —demandó devolviendo toda su atención al brazalete, escrutándolo con atención—. ¿Lo que representa esta joya?

—Es el brazalete del Dios Anubis —contestó Bi—, o al menos una réplica muy buena.

—Desapareció hace milenios; esto representa, para la historia egipcia, lo que para los cristianos el Santo Grial, solo que es mucho más antiguo, valioso y poderoso que un cáliz.

—¿Es auténtico? —demandé ansiosa, al filo del asiento, tratando de ver lo que veía él.

—Las gemas verdes son esmeraldas de la mejor calidad que yo haya podido ver nunca —contestó—. Las violetas, en mi opinión, son taaffeítas, a pesar de que no puedo comprobarlo y, por lo tanto, no debería asegurarlo, pero estoy casi seguro de que lo son.

—Nunca he oído hablar de la taaffeíta —comentó Bi.

—Le gema viene de un mineral muy poco común, hay poquísimas muestras todavía ahora. Su descubrimiento data de 1945, hasta entonces se habían identificado erróneamente como espinelas —nos explicó—. Es uno de los minerales de piedras preciosas más raras del mundo, imposibles de encontrar y difícil de identificar.

—¿Es auténtico? —pregunté otra vez yo.

—Sus materiales sin duda lo son. El oro con el que está hecho el brazalete es también de la mejor calidad, con un tratamiento óptimo; el diseño, los grabados, relieves... Todo hace pensar que es de la primera etapa del periodo del imperio antiguo.

—¿Y el brazalete? —pregunté.

—Necesitaré estudiarlo a fondo antes de darles una respuesta concluyente —apartó la lámpara y nos miró a una y a otra.

—Nuestro amigo común dijo que podría darnos una estimación —apuntó Bi.

En ese punto empecé a ponerme nerviosa; era el brazalete de Anubis, los tres lo sabíamos, como también sabíamos su valor histórico. Seguramente además, el hombre frente a nosotras, especializado en estos temas, también sabría su valor monetario. Con la facilidad que había cogido el dinero de Bi, sin ni siquiera replicar, dejó claro cuánto le gustaba el dinero, así que solo quería que nos lo devolviera y salir de allí de inmediato.

—Deben comprender que es una joya que lleva desaparecida milenios, hay que estudiarla en profundidad antes de poder autentificarla; si me la dejan unos días, podré darles una respuesta totalmente precisa y exacta.

Lo estaba esperando, ya te lo he dicho. Observé su mano de dedos gordos y cortos, planteándome si podría arrebatárselo en un descuido si la cosa se complicaba.

—Está bien —dijo Bi para mi sorpresa—, comprendo que necesita tiempo verificar que sea el brazalete perdido de Anubis. Pero si tuviera que apostar, ¿qué me diría?

—Le diría que no es así como funcionan las cosas en mi gremio.

—Tiene una respuesta —discutió Bi—, solo démela —le pidió—. No vamos a hacer público su descubrimiento por ahora —expuso—, y si ahora nos ayuda, podemos hacer que usted sea el encargado de autentificar el hallazgo, que forme parte del grupo cuya expedición ha hecho el descubrimiento. Podrá estudiar la pieza durante días, semanas, meses, antes de que nadie lo haga. Autentificarla será mérito suyo y de nadie más.

Las dos lo miramos esperando su respuesta; si Bi hablaba en serio o no, no lo sé, ni tampoco me importaba. Solo quería coger el brazalete y largarme de

allí. Dijera lo que dijera ese señor, yo tenía mi respuesta: los materiales eran reales, los grabados y la forma de trabajar el oro y sus piedras preciosas también. Era el brazalete del Dios Anubis. Punto.

—Antes se ha atrevido a hacer conjeturas sobre las piedras violeta del brazalete, hágalo también con el propio brazalete —lo apremié—. La oferta de mi hermana es más que generosa. No entiendo a qué espera para darnos la respuesta por la que hemos pagado.

—No puedo darles la respuesta que buscan —contestó a pesar de nuestros esfuerzos.

—¡Claro que sí! —exclamé indignada.

—Solo le pedimos su experta opinión —apuntó Bi a la vez que yo me enfadaba, tratando de mantener la calma—. Nada más. ¿Usted cree que es el auténtico?

—El brazalete de Anubis desapareció hace milenios; desde entonces, lo hemos podido ver representado y grabado en diferentes yacimientos egipcios. Un milenio más tarde de su supuesta desaparición, apareció en la historia persa de una princesa llamada Ziba.

—Lo hemos encontrado en la que creemos es su tumba —dije para darle más motivos para responder a la pregunta que le estábamos formulando—. Una princesa cuya existencia intentó ser silenciada. Usted podría formar parte de ello también si ahora nos da una respuesta, aunque solo sea un supuesto; sea afirmativa o negativa, será una persona más dentro del equipo. No le estamos pidiendo nada y se lo estamos dando todo.

No estoy del todo segura de que entendiera todo lo que le había dicho, porque mi inglés no es ni de lejos tan fluido como el de Bi, y las palabras más complejas o menos frecuentes en mi vocabulario creía estar inventándomelas, pero Bi no intervino como lo hacía cuando la cagaba, así que supuse que se había entendido lo que quise decir.

—Déjenme la pieza y mañana les daré una respuesta, aunque no sea definitiva.

—¡Ahora mismo! —exclamé—. ¿Quiere también un riñón? ¿O con la renuncia de que nosotras le hemos entregado la joya será suficiente para que haga una jodida suposición?

—No —negó Bi, mucho más serena que yo—, el descubrimiento no es solo nuestro. Le hemos ofrecido cuanto estaba en nuestra mano; si no quiere darnos esa respuesta, no nos haga perder más tiempo, devuélvanos el brazalete, iremos a ver a otro historiador.

—Soy el mejor de por aquí —dijo como si fuéramos a perder el tiempo.

—Eso nos han dicho —afirmó mi prima—, por eso hemos venido primero a verle —se marcó un farol de los buenos—, pero no es el único y tenemos un par de direcciones más.

—Guarde el brazalete y nos marchamos —intervine, observando cómo sus manos se aferraban a la joya, me estaba poniendo enferma—, si no quiere ser partícipe, otro querrá.

Bi se puso en pie, yo la imité, dispuesta a todo por recuperar el brazalete. Acto seguido también lo hizo él. Mi corazón latía con fuerza, preguntándome si pensaba atacarnos, si su intención era luchar por él, recordando a Alex diciendo que aquello nos venía grande.

Me pregunté si teníamos alguna posibilidad contra él mientras la adrenalina corría por todo mi cuerpo al sentirme amenazada junto a Bi, al pensar que estábamos en peligro.

—Voy a darles una respuesta —dijo para mi sorpresa y satisfacción. Aunque no creas que por eso me relajó, no logré relajarme hasta llegar al hotel. Todo el trayecto tuve la impresión de que nos seguían; creía que era pura paranoia, por la tensión que había vivido, por los nervios y la adrenalina; al día siguiente no estaría tan segura—, pero a cambio, harán lo que han dicho, quiero ser el primero en estudiar la pieza y autentificarla.

—Hecho —respondió Bi.

—Mi opinión es que sí es el brazalete de Anubis —dijo observándolo de nuevo—. Es una pieza de una belleza singular, única. Es igual que lo que hemos visto y estudiado en las representaciones que se hicieron de él. La forma en que está trabajado lo confirma, los materiales son de una materia sin edulcorar, son primos y de una calidad inmejorable —alzó el rostro y nos miró un momento a cada una para volver a observarlo—. Por todo ello mi apuesta es que lo es —recogió el envoltorio de la mesa y empezó a envolverlo de nuevo—, pero no podré asegurarlo hasta estudiarlo en profundidad.

—Gracias por su respuesta —dijo Bi cogiendo la caja en la que había llegado la joya.

Le tendió la caja para que lo depositara.

—¿Dónde está la excavación? —demandó sin entregar la joya.

—Nunca hemos ido solas —mintió Bi—, no tenemos las coordenadas, pero nuestro amigo común sí; mañana, cuando nos recoja, hablaremos con él sobre nuestro acuerdo y se las hará llegar, no se preocupe.

—¿Mañana?

—Así es —mover la caja frente a él—. ¿Puede devolvérselo por favor?

—Esto no es una baratija, ustedes ni siquiera tienen idea de lo que tienen entre manos.

—¡Venga ya hombre! —exclamé hastiada de tanta pantomima.

Inesperadamente y por sorpresa para todos, incluso para mí, si soy sincera, me incliné y le quité el brazalete de las manos. Prácticamente se lo arranqué, dispuesta a quitarle la mano también si no cedía.

—¿Pero qué hace? —se alteró.

—Ha agotado mi paciencia —aseguré poniendo la reliquia en la caja que Bi sujetaba.

—No es así como debe tratarse una joya histórica de ese valor.

—Haber *espabilado* —eso lo dije en castellano—, entonces. Venga, hasta mañana.

Cogí la caja que Bi seguía sosteniendo y me di la vuelta, dispuesta a largarme de allí de una jodida vez por todas. Bi me siguió. Bajé la escalera sin esperarla; tardó más de lo que creía, supongo que disculpándose y dándole las gracias y esas cosas que se hacen por educación y cortesía, pero que muchos no merecen. Al fin nos reunimos en el patio. Sin mediar palabra, salimos a la calle y nos subimos al coche que, por suerte, seguía allí.

Antes de arrancar, Bi sacó el teléfono satélite que tenía en el coche y marcó un número.

—Voy a llamar a Tiago —sentenció.

Ya ni me acordaba del tal Tiago, la verdad, aquella reunión se me había hecho eterna.

—¿Estás de coña? —la increpé—. Hazle caso a Alex y no involucres a nadie más.

—Hola, soy Bi —me giré sorprendida, mirándola. Solo su círculo más cercano la llamaba Bi, en lugar de Bianca o señorita González—, un teléfono satélite —contestó al enigmático Tiago—, estoy en Siria —lo informó—. Sí —sonrió—, parece que es real y la cosa se puede poner fea. ¿Cuándo puedes estar aquí? —él le contestó algo; a medida que hablaba, la cara de Bi iba pasando por todos los emoticonos del WhatsApp—. Te esperaremos antes de ir a la excavación, mañana por la mañana nos vemos en el hotel —la escuché flipando, no le dio mucha información, era como si él ya supiera en lo que andaba metida y de nuevo me pregunté quién era Tiago—. Exacto, apunta la dirección, te dejaré una llave en recepción, no iremos a ninguna parte hasta que llegues —aseguró.

Por fin nos marchamos; cuando conseguimos salir de aquel hervidero de coches por todas partes, salidos de la nada y bocinazos, ya era de noche. No le dije a Bi que tenía la impresión de que nos seguían, como te he dicho, creía que era paranoia mía, así que me lo guardé, pero me vio mirando atrás más de una vez y no dijo nada. No hablamos mucho que se diga de vuelta al hotel.

No fue hasta que llegamos a la habitación que me sentí tranquila.

—¿Te apetece que cenemos aquí? —me preguntó cuando me iba a meter en la ducha.

—Mejor, no creo que sea una buena idea dejar el brazalete aquí e irnos a cenar.

—Les pediré a los *Men in Black* que custodien nuestra habitación —contestó Bi.

—Como tú veas —contesté indiferente, pero me pareció muy buena idea.

Me tomé mi tiempo para ducharme, me sequé el pelo con deliberada calma, pensando en todo lo sucedido, elucubrando erróneamente qué pasaría a continuación.

Al salir del baño, Bi me esperaba en la burbuja sala de estar con un banquete, champán y una sonrisa; ella ya había empezado a beber.

—Te has tomado tu tiempo —dijo tendiéndome su copa—, no tardo nada —aseguró de camino al baño, mientras yo degustaba aquella delicatesen

espumosa.

No mintió, en diez minutos la tenía a mi lado, y puso música mientras cenábamos. Después llamamos a Meg por *FaceTime*. Yo ya estaba un poco achispada con las burbujas del champán, más relajada. Estuvimos hablando con ella, explicándole todo lo sucedido y una cosa llevó a la otra. El champán, revivir todo lo acontecido desde la distancia, sin la tensión del momento, quedándonos solo con lo importante, que era que iba a poderse demostrar la existencia de Ziba, que habíamos encontrado el brazalete de Anubis, y que estaba a salvo, en el hotel, con nosotras.

No sé muy bien cómo, a pesar de lo cansada que estaba al llegar y lo tensa, de lo largo que había sido el día, de lo que nos esperaba al día siguiente, empezando por un madrugón, acabamos celebrándolo. Bi subió la música a todo lo que daba, bailamos, brincamos, y bebiendo más de la cuenta, no solo champán, arrasamos con el minibar.

Después Bi llamó a recepción para que nos trajeran más bebida; no sé si llegaron a traerlo o no, creo recordar que sí, pero no puedo asegurarlo. Después de esa llamada todo se vuelve borroso, incierto, no sé qué es real y qué no lo es.

Recuerdo cuánto nos reímos, los ojos se me empañan de lágrimas al pensar en la sonrisa de Bi mientras saltaba sobre la cama, en sus carcajadas de cerdita que solo suelta cuando algo le hace verdadera gracia, es tan ridículo y tierno a la vez.

¡Joder cómo la extraño!

Gritando aseguró que éramos las nuevas Indianas Jones, que se haría una película de lo que estábamos viviendo, que ella la financiaría y yo ayudaría con la dirección, el guión, el casting... Ahora sonrío al pensar que hasta borracha le buscaba sentido a mi vida por mí, cuando yo aún ni me había dado cuenta de que no lo tenía, de que lo necesitaba.

Me oprime el corazón pensar que pudo tener más idas de olla como aquella y yo no las recuerdo, pensar en todo lo que no recuerdo de aquella noche, con lo bien que lo estábamos pasando, con lo loquísimas que nos pusimos las dos.

Puede que fuera una noche memorable, desde luego a eso apuntaba, no necesitábamos mucho más que estar juntas y en sintonía para que lo fuera. Pero yo no lo recuerdo y, al día siguiente, Bi ya no estaba para explicármelo.

Nos recuerdo bebiendo chupitos sin manos, cómo se notaba que era universitaria, tenía una destreza digna de admirar. Yo, por el contrario, me puse guapa, era una fuente escupe alcohol de lo más lamentable. Vuelvo a sonreír al recordar, todavía con las lágrimas acariciándome las mejillas; las dejo ir, con nostalgia, pensando en esos momentos, en lo que recuerdo de esa noche, la última que pasé con Bi. Yo no lo sabía, pero nada volvería a ser igual; estaba a punto de acabar la vida de Bi, la vida de mi hermana. A punto de empezar mi nueva vida sin ella, que será más bien efímera, o eso espero, por mi propio bien.

15

Despertar

Acabo de despertar. Después de lo último que te conté me he tumbado, necesitaba otro momento, uno largo para afrontar todo lo que me queda por contarte. La tristeza que por momentos me domina necesitaba salir, ser expresada y, embargada por ella, me he roto. Después de soltarlo todo, me he quedado tumbada, pensando, buscando las palabras para seguir adelante con mi historia, pero son esquivas y, mientras las buscaba, me he dormido.

Quisiera seguir sin más, explicarte lo que ocurrió a la mañana siguiente, cómo sucedió todo, acabar de contarte cómo fueron los días antes de mi «arresto», antes de acabar aquí, pero como decía Jake Sully en mi venerada *Avatar*: «las palabras son piedras en mi corazón». Ahora, después de sentirlo, la frase tiene todo el sentido para mí.

Es tan difícil de explicar lo que pasó a la mañana siguiente... A partir de entonces se volvió todo tan confuso e incierto, tan doloroso, tan cuesta arriba e inalcanzable... Durante los días posteriores a aquella noche me he hecho muchas preguntas, estas no han dejado de llegar, mientras las respuestas han sido huidizas o fugaces, y las conclusiones inaccesibles, como atrapar una estrella o sostener una nube con las manos. He sospechado y dudado de todo y de todos mientras la pregunta más importante de todas era contestada, se mostraba ante mí sin que yo quisiera verla, aferrándome a la posibilidad de que no era seguro, agarrándome a la esperanza como el único salvavidas que me mantuvo en pie aquellos días que ahora recuerdo como una larga etapa, aunque no fuera ni una semana.

Desperté con la peor resaca que pueda recordar y, por desgracia, en mi etapa más joven las he sufrido de muchas clases. Me costó despertar muchísimo; mi cerebro fue volviendo a este mundo, pero mi cuerpo no estaba por la labor. Pesaba, pesaba mucho mientras iba recobrando la consciencia, sobre todos los párpados, que mantenían mis ojos ocultos de la luz que entraba por el techo abovedado y transparente de la habitación, advirtiéndome que ya era de día; pero mantenerlos abiertos me llevó un rato que me parece incalculable.

Intentaba despertar, consciente de que debía ser media mañana por la luz que

entraba en la esfera, pero me dolía todo, sentía el cerebro machacado, el cuerpo pesado. Intenté llamar a Bi, despertarla, estaba segura de que estaba tan dormida y hecha polvo como yo, no había otra explicación para que no me despertara, pero de mi boca solo salieron gruñidos.

Conseguí abrir los ojos, mantenerlos abiertos y, sin darme un segundo, me incorporé, tan deprisa que sentí lo que yo llamo *tabardillo*, aunque la gente normal lo llama mareo. Bi no estaba en la cama conmigo. Levanté la sábana buscándola, como si fuera tan pequeña como para esconderse bajo ella y no notar su silueta, así de espesa estaba.

—¿Bi? —la llamé con la voz quebrada, como si hubiera estado gritando. No respondió.

Intenté recordar la noche anterior y me llevé las manos a la cara, apartando el pelo, tratando de despejarme y entonces lo noté. Algo en mis manos, una sensación extraña. Confundida las observé, estaban manchadas de sangre, espesa y reseca, resquebrajada.

El corazón me dio un vuelco; asustada y confusa me puse de pie, me toqué, buscando un punto de dolor del que hubiera surgido aquella sangre, pero todos los dolores que sentía eran internos, no físicos, en lo físico solo estaba agotada.

Volví a llamar a Bi; ignoré el mareo que volvió a azotar mi cerebro y salí a su encuentro. En la esfera de la sala de estar no estaba. Lo primero que vi fueron los restos de la fiesta, todo tirado de cualquier forma; quedaba comida que no recordaba haber pedido, botellas vacías, ropa por el suelo y me fijé en la moqueta del suelo, en la mancha rojiza. Más sangre, pensé que vomitaba, la idea de que Bi estuviera herida me hizo entrar en pánico.

Me sentía paralizada, pero no sé cómo seguí moviéndome. Mi cerebro no comprendía nada, pensaba muy deprisa intentando entender dónde estaba Bi, qué le había pasado, qué había ocurrido la noche anterior, pero era como chocar de frente contra un muro.

En el baño tampoco estaba. El grifo del lavamanos estaba abierto, eso fue lo primero que llamó mi atención; me acerqué a cerrarlo y en la pica había más restos de sangre. Fue como si mi cerebro se desconectara de una forma extraña y lejana como nunca he experimentado. Mi cuerpo empezó a funcionar por sí solo, cerré el grifo y, al alzar la mirada, vi mi reflejo en el espejo. No parecía

yo misma, estaba pálida, como si toda aquella sangre que me había ido encontrando fuera mía y la ausencia de ella en mi cuerpo la mostrara mi rostro cadavérico. Eso no fue lo más raro; llevaba una camiseta enorme que no sabía de quién era. Parecía de hombre y no era mía, y también estaba manchada.

En shock me quedé allí, quieta, como si el mundo se hubiera detenido, en *standby*. Puede que solo fueran segundos, pero para mí fue un tiempo muy largo en el que solo pude mirar mis ojos buscando respuestas, intentando recordar lo ocurrido, tratando de averiguar dónde estaba Bi, comprender de dónde había salido toda aquella jodida sangre.

Recordé la terraza, el único sitio que me quedaba para buscar a Bi, pero no podía moverme. Toda aquella sangre me había llevado a temer lo peor, y aquella conclusión en la que conscientemente no quería pensar, inconscientemente me había paralizado.

Como te digo no me moví, pero escuché unos golpes amortiguados, lejanos; no reaccioné, como si no fuera conmigo. En aquel momento no entendí lo que me pasaba; ahora, supongo que estaba tan espantada ante la posibilidad de que aquella sangre fuera de Bi que el miedo a encontrarla sin vida era lo que me paralizaba, lo que no me dejaba pensar.

—¿Bi? —escuché una voz lejana—. Bianca —se acercó la voz—, ¿dónde estás?

Algo se movió detrás de mí, el hombre que buscaba a mi prima. Pude verlo a través del espejo, pero él no reparó en mí en la oscuridad del cuarto de baño.

No tenía la menor idea de quién era, pero estaba segura de que no era uno de los *Men in black*; no era tan alto como Arthur y el hombre mascachicles. Me sentí amenazada y eso me hizo reaccionar; miré a mi alrededor, buscando con qué defenderme.

Recordándolo, me parece increíble cómo pasé de estar en shock, incapaz de moverme, a sentir que no podía quedarme quieta. Fue como si de pronto mi instinto de supervivencia quisiera recuperar el tiempo perdido y todo pasara a cámara rápida.

Mi primera opción fue coger la tapa de la cisterna del inodoro. Era de cerámica, si le golpeaba con ella y lo hacía bien podría con él; eso pensé, pero no había tapa, era una pieza entera. Pensando ahora en ello, no entiendo estos retretes modernos, ¿qué hacen si se les estropea la cisterna?, ¿dónde

esconden la pasta?, ¿y el arma del crimen? No me detuve en pensamientos como esos; rauda, busqué otra opción, pero no había muchas donde elegir y opté por el palo de la cortina de la ducha. Supe que no le haría mucho daño, pero si le daba bien podría aturdirlo, era largo, así que no permitiría que se acercara a mí, pues en un cuerpo a cuerpo no tenía nada que hacer. Lo golpearía e iría a buscar a Bi.

Desanclar el palo de la pared hizo más ruido del que había previsto; cuando la luz del baño se encendió, ya lo tenía en la mano, pero no había separado la cortina de él. Me di la vuelta alzándolo y arrasé con todo lo que había sobre la encimera del lavamanos, lo que imagino que le puso en guardia.

Supo reaccionar, sin duda; cuando el palo iba a golpearle la cabeza, se defendió con el antebrazo, paró el golpe y, con la misma mano, lo cogió sin dificultad. Lo intenté de nuevo, pero no soltó el palo, lo empuñó y tiró de él para atraerme. No había contado con eso, la verdad, y cuando me di cuenta estaba frente a él; solté el palo, pero ya era tarde, me tenía.

El desconocido también lo soltó, cayó al suelo y rebotó contra él. El sonido me hizo brincar. Rodeó mi rostro con sus manos. Me sentí atacada, la adrenalina corría veloz por mi cuerpo haciendo estragos en él, manteniéndome alerta, pero de nuevo me quedé paralizada. Me observó con preocupación, me tocó con demasiada confianza, me violentó, pero no fue tan desagradable como debería. Había sincera preocupación en sus ojos, fue muy extraño. En aquel momento no me di cuenta de ello, pero no sería la última vez que me tocara de aquel modo, con confianza y prudencia a la vez, respetándome.

—Di —dijo mirándome a la cara, recorriéndola con la mirada—. ¿Estás bien? —no contesté, no creí que quisiera hacerme daño, pero no tenía la menor idea de quién podía ser; no lo localizaba en mi mente, estaba segura que no lo conocía y eso me mantuvo alerta. Aprecié el contraste de la temperatura de su piel contra la mía, sus manos ardían contra mi cara, mientras sus ojos descendían por mi cuerpo—. ¿Estás herida? —volvió a mis ojos al ver la sangre de mi ropa. Aturdida, negué con la cabeza—. ¿Dónde está Bi?

No todo el mundo llamaba a Bi por su diminutivo; a decir verdad, muy pocos lo hacían. No recuerdo cuándo fue la primera vez que nos llamamos la una a la otra así, lo que sí puedo decirte es que nuestros apodosos se implantaron para siempre con *Gossip Girl* hace como diez años. Lo veíamos juntas, a casi diez

mil kilómetros de distancia, en inglés, con mi inglés de aquella época. Ahora lo entiendo perfectamente, lo hablo bien, con alguna patada de vez en cuando, pero hace diez años era un despropósito y Bi me obligaba a verlo en versión original para practicar y aprender vocabulario, sí, de *Gossip Girl*, cosas de Bi. En la serie, las protagonistas se llamaban por sus iniciales, Di y Bi, que suenan como en inglés la D y la B, así que esa es la historia de nuestros apodos. Cuando Bi empezó a salir con Meg, el cachondeo fue máximo, porque había pasado de hetero a «Bi».

Sé que me estoy yendo por las ramas, pero qué poco me apetece revivir casi todo lo que me queda por contarte. Hay partes que no, que solo pensar en ellas me traen calma, paz, una serenidad en el caos que solo él podía lograr... Intentaré ser más directa.

—¿Quién eres? —salió de mi boca observándolo.

Sé que has estado lo suficiente atento para saber quién era él, pero ponte en mi situación. No estaba en mi mejor momento: resacosa, llena de sangre, no sabía dónde estaba Bi, si estaba bien. Estaba aturdida, preocupada, asustada y nerviosa, todo a la vez.

—Soy Tiago —respondió observando mis ojos con mucho detenimiento—, soy amigo de tu prima —reconoció y le creí. No me quedó ninguna duda de que él y Bi eran amigos, porque Bi siempre me presentaba como su hermana y él sabía que en realidad no lo éramos, al menos no de sangre—. ¿Te encuentras bien? ¿Te has hecho daño? —preguntó.

Negué con la cabeza, ni estaba bien, ni me había hecho daño. Aquella sangre no era mía, así que solo podía ser de Bi. Bi estaba herida y no sabía dónde estaba.

—No sé dónde está Bi —negué confusa. Empezó a picarme la nariz, se me cerró la garganta y empecé a ver borroso, estaba a punto de empezar a llorar—. Cuando me he despertado no estaba, no recuerdo lo que pasó anoche y hay sangre por todas partes.

De mis ojos escaparon dos pares de lágrimas, las sentí pesadas caer por mis mejillas, rodar veloces hasta perderse. Sus dedos pulgares todavía en mi rostro limpiaron sus restos, sus dedos se movieron hasta mi nuca y creí que iba a abrazarme, pude ver cómo se compadecía de mí y sentí que quería hacerlo. Seguramente era yo la que quería que me abrazara, que me consolara, aunque

no lo conociera. Estaba a punto de romperme de preocupación y angustia al pensar que Bi no estaba bien, que aquella sangre era de ella.

—¿Dónde está el brazalete? —me preguntó.

Instintivamente di un paso atrás, me alejé de él, me aparté de sus manos. De pronto, sentí el peso del brazalete por primera vez, lo noté en mi brazo. Pesaba, no sé cómo no me había dado cuenta hasta ese momento de que lo llevaba puesto, pero sabía que el peso que de pronto sentía en el brazo era el brazalete de Anubis, no podía ser otra cosa.

—No sé dónde está —mentí desconfiada, aguantando las ganas de mirar mi brazo y comprobar si a través de la camiseta podía adivinarse su forma—, solo me importa Bi.

—¿Crees que puede haber ido a llevárselo al arqueólogo? —demandó.

—No lo sé —mentí, intentando recuperar la compostura, me alejé de él.

Salí del cuarto de baño, pero no supe a dónde ir o qué hacer. Debía salir a la terraza y ver si allí estaba Bi, pero me aterraba que así fuera, que estuviera herida o algo peor, porque allí donde miraba encontraba manchas de sangre, demasiadas para una persona.

—Diana —me siguió y dijo mi nombre correctamente. Me giré para mirarlo de frente, tratando de no pensar en Bi, en la posibilidad de que aquella sangre fuera suya—. Tienes las manos manchadas —me advirtió—, ¿de quién es la sangre? ¿Es tuya?

—No —negué—, no lo creo.

—Necesito que me ayudes —dijo.

—Creía que para eso venías tú —le reproché—, para ayudarnos. Bi te llamó, te habló del brazalete; ahora estás aquí, pero mi hermana no está y me preguntas por el brazalete —desconfiaba de él, era obvio y también lógico, no lo oculté—. ¿Cómo has entrado?

—¡Ja! —soltó con incredulidad y asombro. Aquí debo hacer un paréntesis, porque ese «ja» va a traer cola, y no estoy segura de que entiendas el tono, su significado. Era como un ruido de incredulidad o asombro, una onomatopeya que repetiría a lo largo de nuestro tiempo juntos y que, a medida que este se fuera sucediendo, me afectaría de forma muy diferente—. Por la puerta —contestó acercándose a mí. Di un paso atrás y él se detuvo, supongo que

consciente de que le tenía miedo—. Bi pidió a recepción que me dieran una llave —se metió la mano en el bolsillo trasero del tejano y sacó la tarjeta, me la mostró.

No sabía qué pensar, no podía confiar en él, aunque sabía que no mentía. Bi le había dicho delante de mí que dejaría una llave para él, pero ella no estaba, él sí y preguntaba por el brazalete. Decidí que, hasta no encontrar a Bi, no podía confiar en nadie.

—¿Y los *Men in Black*?

—¿Quién?

—Los seguratas de la puerta —contesté a la defensiva, fijándome en él.

No tenía un aspecto amenazador, no se le veía hostil, tampoco especialmente fuerte, aunque ni de lejos enclenque. Estaba muy proporcionado, no destacaba por su altura o músculos, pero imaginaba que debía tener alguna clase de instrucción o aptitud oculta. Detrás de aquella cara de treintañero amable había mucho más. Bi lo había descrito como un salvavidas, como alguien que nos mantendría a salvo, un experto en salir de situaciones conflictivas. Estaba segura de que no era lo que aparentaba, pero no tenía ni idea de qué era y necesitaba saberlo, averiguar si estaba con nosotras o contra nosotras, no había más.

—No había nadie en la puerta, Di —aseguró con voz pausada, dándome tiempo a asimilar su respuesta.

Bi les había pedido a los *Men in Black* que vigilaran la habitación, ellos debían saber dónde estaba, qué había pasado. Tenían que estar ahí fuera.

—¿Qué? —demandé con intención de salir. Se puso frente a mí, cortándome el paso—. ¿Qué haces? —pregunté intentando pasar junto a él, pero se movió conmigo.

—Ahí no hay nadie —volvió a decir, hablándome de nuevo en ese tono calmado—. ¿Por qué no te cambias de ropa, te tranquilizas y hablamos de lo ocurrido anoche?

—No necesito calmarme, necesito encontrar a mi hermana... ¡Seré gilipollas! —exclamé golpeándome la frente con la mano—. Jodida resaca —murmuré volviendo a la habitación y dejándolo allí plantado, observándome.

¿Cómo localiza una persona a otra en pleno siglo XXI? Fácil, llamándola al móvil.

El móvil no estaba en la habitación, pero sí en la sala de estar, donde con aprensión me obligué a mirar hacia el exterior. El desierto se extendía frente a nuestra suite como el primer día, pero antes de este, estaba la terraza con jacuzzi. Intranquila y temerosa tragué saliva, me convencí de que debía mirar, y lo hice, pero después de un par de intentos, como cuando te quitas la cera del bigote, que no te atreves y tienes que contar hasta tres un par de veces antes del tirón, porque sabes que dolerá. Así lo hice, me armé de valor y miré.

—¿Qué ocurre? —preguntó el tal Tiago en el quicio de la entrada a aquella esfera.

—Nada —contesté observando que todo en la terraza seguía igual, ni siquiera habíamos salido a comprobar la temperatura del jacuzzi y seguía como el día que llegamos—. Voy a llamar a Bi —dije con el móvil en la mano.

La verdad es que esperaba encontrar un mensaje suyo, pensé que quizás se había cortado con la borrachera y le había pedido a los *Men in Black* que la llevaran al hospital porque yo estaba muy pedo para hacerlo. Tampoco me cuadró, habría dejado al menos a uno conmigo, protegiéndome. No tenía un solo mensaje o llamada, ni de ella, ni de nadie.

—¿No se te ha ocurrido llamarla hasta ahora? —demandó incrédulo.

Le dediqué una mirada de esas que matan y él alzó las cejas mirándome.

—Acabo de despertarme, rodeada de sangre y con la peor resaca de mi jodida vida —exclamé molesta con él y conmigo misma por no tener una explicación para lo ocurrido.

—Vale, vale —alzó las manos—, llámala a ver dónde está la loca de tu hermana.

Mientras esperaba que diera tono, pensé que aquel comentario era otra prueba de que conocía bien a Bi. Me pregunté en qué circunstancias se habían conocido, y por qué ella nunca me había hablado de él, cuando parecía que la conocía tan bien.

—Joder —me quejé cuando no contestó y me saltó el buzón de voz.

—Llamaré al teléfono desde el que me llamó ayer —comentó él.

Sacó el móvil del bolsillo del tejano y lo hizo, negó con la cabeza.

—Voy a ir a la habitación de los de seguridad, tienen que saber algo.

—No —me cortó el paso cuando fui a pasar junto a él—, no irás a ninguna parte aún.

—¿Por qué? —di un paso atrás, aún más desconfiada, preocupada por lo autoritario que se había vuelto de golpe, preguntándome qué quería.

—Primero tienes que decirme todo lo que sepas para poder localizar a Bi —contestó en tono más sosegado—, tienes que lavarte y cambiarte de ropa, no puedes salir así.

Miré hacia abajo, llevaba la ropa manchada de sangre, ropa que por otro lado no tenía la menor idea de quién era, puede que de uno de los *Men in Black*; por el tamaño cuadraba, pero no fueron los únicos que me vinieron a la cabeza, también pensé en Alex.

¿Alex había estado allí? Mirando los ojos de aquel desconocido pensé en ello, te juro que me devané los jodidos sesos. A mi mente vinieron retazos, bailábamos, cantábamos, nos reíamos. Intenté ir más allá, recordar más, pero todo se volvía oscuro, no recordaba a nadie con nosotras, pero había comida, alguien la había traído y no lo recordaba, así que alguien podía haber pasado un rato con nosotras. De alguien era la camiseta que llevaba puesta y no era nuestra, eso seguro, era demasiado grande para Bi o para mí. Tampoco recordaba haber sacado el brazalete de la caja, y estaba segura de que lo llevaba puesto.

Alguien golpeó la puerta, dos toques certeros y espaciados. Pensé que sería Bi, así que me dirigí a ella. Me cogió de la cintura impidiéndome avanzar.

—No —dijo sin soltarme.

—¡Suéltame! —exigí intentando apartar su brazo de mi cintura—. Tiene que ser Bi.

—No —negó. Volvieron a golpear la puerta—, no es Bi —aseguró.

—¿Cómo lo sabes? —dejé de luchar con él.

—Ella tiene llave de la habitación, no llamaría —aseguró y tenía lógica, era improbable, pero necesitaba comprobarlo de todos modos. Intenté avanzar, pero el agarre de su mano se volvió más duro; lo miré tan de cerca—. Sé que aún no me lo he ganado —me dijo—, pero confía en mí, por favor —me pidió—. No dejes que nadie te vea así, cubierta de sangre que ni siquiera

sabemos de quién es. Ve al baño, lávate y cámbiate; si es tu prima, la dejaré entrar, pero si no es ella, sea quien sea, no quiero que te vea.

—Está bien —accedí y lo hice porque lo que me pedía tenía lógica.

—Gracias, Di —dijo mirándome a los ojos, entonces me soltó.

Lo adelanté, pude correr al pasillo que daba al mini túnel de entrada a las esferas, abrir aquella puerta y asegurarme de que no fuera Bi. Él me había permitido pasar primero, y tuve la sensación de que ambos estábamos midiendo al otro, tratando de forma precipitada de calcular cuánto podíamos confiar el uno en el otro. Giré y entré en la esfera de la habitación; al momento pasó detrás de mí y se encaminó a la zona de entrada de la suite.

De frente con la muerte

Quise hacer lo que me había pedido, además necesitaba quitarme toda la sangre seca que cubría mis manos. Necesitaba una ducha; pensé que quizás, si me relajaba, conseguiría recordar algo, un flash de lo sucedido, pero no hice nada.

Me quedé allí parada, intranquila, esperando escuchar la voz de Bi en cualquier momento, pero esta no llegó. En la puerta había al menos dos hombres, los escuché hablar, discutir con Tiago. Me senté en la cama y presté atención a lo que pasaba en la entrada.

Aquellos hombres increpaban a Tiago en árabe, la conversación parecía volverse hostil; el tono de Tiago se aseveró, por el timbre de su voz parecía alterado, pero era imposible estar segura, acababa de conocerlo. Escuché el nombre de Bianca González hasta en tres ocasiones y quise salir, saber qué estaba pasando, pero iba a conseguir lo mismo que Tiago, al parecer ninguno hablaba su idioma.

La puerta se cerró, me puse de pie y en dos pasos estaba fuera de la esfera-habitación, donde me encontré con él.

—¿Aún estás así? —demandó al verme—. ¿Qué has estado haciendo este rato?

—¿Quién era? —pregunté ignorando sus preguntas.

—Cámbiate de ropa —me ordenó—, voy a ir con ellos a recepción para que el recepcionista pueda hacer de traductor.

—¿Quiénes eran? —le pregunté de nuevo—. He oído que hablaban de Bi.

—Sí, lo han hecho, pero lo hacían en árabe y no los entendía —me mintió.

En aquel momento, por supuesto, no supe que me estaba mintiendo, pero más tarde me confesaría que, aunque no hablaba el idioma, comprendía algunas palabras. Y por mí misma comprobé que era capaz de hacerse entender con un vocabulario reducido y pobre.

—¿Quiénes eran? —pregunté otra vez, que le creyera no quería decir que me quedara conforme—. Puede que sean de la excavación —se quedó callado—.

¡Dímelo! —exigí.

—No me grites —me pidió— y relájate —negué sin creer que me pidiera aquello—. No eran de la excavación —aseguró—, averiguaré qué quieren y qué saben.

—Iré contigo —sentencié y le di la espalda de camino al baño—; espera, deja que me lave las manos y te acompaño.

—No —me giré para mirarlo en la entrada de la baño-esfera—. Bi me llamó para que os mantuviera a salvo y eso es lo que voy a hacer. Hasta que no la encontremos estamos solos, y para que pueda hacer mi trabajo, tienes que hacerme caso, confiar en mí —me quedé parada, mirándolo—. Sé lo que piensas —relajó el tono—, que no me conoces, que no tienes por qué confiar en mí, pero estoy de tu parte, Di —aseguró y quise creerle, porque no tenía ni idea de dónde estaba Bi, de dónde buscarla. Algo debía haberle pasado, ella nunca se habría marchado así, sin más—. Deja que haga mi trabajo —me quedé callada y él aprovechó para seguir mandándome—. Cámbiate, hablaré con ellos y después iremos a ver a esos que tú llamas *Men in Black*; repasaremos lo sucedido desde que llegasteis a Siria y veremos a dónde nos lleva todo. ¿Crees que puedes hacerlo?

—¿Me dejas elegir? —pregunté con acidez—. Porque llevas aquí media hora y lo único que has hecho es ordenar y mandar —le eché en cara, prefería estar enfadada que triste.

—Conmigo siempre podrás elegir, Di —aseguró. Se acercó, miró mis manos y pensé que iba a cogerme de ellas, pero no lo hizo—. No dudes ni por un segundo que todo lo que hago o haré será por tu bienestar y seguridad. No quiero imponerte nada, pero ahora mismo esta situación te supera; deja que yo, que tengo experiencia en circunstancias difíciles, tome el control, sin cuestionar cada cosa que te diga o que te pida que hagas.

Había una seguridad en sus palabras, en su forma de hablar que tenía un punto de solemnidad que me impresionó y le creí; puede que no debiera hacerlo, pero lo creía, porque sus ojos, de un azul tan oscuro como mis preocupaciones, me suplicaban que lo creyera, que confiara en él y, por el momento, decidí que era la única persona en la que podía hacerlo, aunque por supuesto, hasta que se ganara del todo mi confianza tendría mis reservas.

—No dejas de decir que tienes experiencia en estas situaciones —comenté

sin apartarme. Estaba siendo amable, me reconfortaba, mi angustia y preocupación pesaban en mi estómago pero él, de una forma extraña, me serenaba—, de pedirme que confíe en ti e intentaré hacerlo mientras crea que mereces esa confianza y no me mientas.

—Bien —afirmó creyendo que había acabado.

—Apelando a esa confianza que quieres que deposite en ti —seguí con el mismo tono calmado que usaba él, aunque me sentía a años luz de la calma—, debo preguntarte algo y, aunque no estoy segura de querer saber la verdad, necesito que seas sincero.

—Vale —afirmó, mirándome a los ojos, estudiando mi mirada con interés.

—¿Crees que Bi está bien?—pregunté.

—No lo sé —contestó.

—Pero debes de tener una opinión —apunté—. ¿Crees que —se me cortó el habla, no quería ni pensarlo, mucho menos decirlo en voz alta—, que la sangre —me miré las manos—, es de ella? —me obligué a acabar la frase, dejándola bailar entre nosotros.

Alcé la mirada y me encontré con sus ojos. Estábamos muy cerca el uno del otro, no tenía ni idea de quién había empezado a comerse el espacio personal del otro, pero lo compartíamos y por lo menos a mí no me molestaba estar tan cerca de él. Estaba tan triste, tan angustiada y preocupada que habría aceptado el consuelo de una piedra.

—Es posible —contestó y agaché la cabeza, consciente de que estaba a punto de echarme a llorar—. No te angusties —pidió, y con el dedo índice, sin apenas tocarme, me alzó el mentón; lo apartó cuando su mirada halló la mía—, averiguaremos qué ha pasado —aseguró, me limpié la cara—, juntos encontraremos a Bi. Déjame hacer mi trabajo.

Afirmé con la cabeza y entré en el baño, cerrando detrás de mí. Pensar en que Bi podría estar herida, que la podían haber secuestrado o algo peor me congelaba el alma. Abrí el grifo del agua caliente y dejé que corriera. Me quité la camiseta blanca mirándome en el espejo. El brazalete quedó expuesto ante mis ojos, rodeaba mi bíceps como si la pieza hubiera sido diseñada para una mujer, en lugar de para un guerrero.

La mancha de la camiseta había traspasado la tela, manchando mi abdomen.

Me llevé la prenda a la nariz e inspiré buscando al dueño, pero el único olor que aprecié fue el aroma del perfume favorito de Bi. Sentí que me derrumbaba. Quise dejarme caer y dejarme llevar, soltar la congoja que me estrangulaba, pero me mantuve a flote unos minutos más hasta desnudarme y estar dentro de la bañera, donde las lágrimas se mezclaron con el agua que la llenaba y ahí sí, me dejé llevar, me desahugué; la aflicción, la angustia y la preocupación colmaban cada lágrima que escapaba de mis ojos y se perdía en el agua.

Rodeé mis rodillas con los brazos y escondí la cabeza; traté de recordar todo lo olvidado de la noche anterior, pero aquel muro negro no me dejaba ver nada nuevo.

Apoyé la cabeza en el brazo izquierdo y observé el brazalete sujeto al derecho, segura de que aquella joya era la causa de la desaparición de Bi. Si alguien nos había atacado, había sido por el brazalete; no tenía ni idea de cómo había llegado hasta mí, pero por el momento tenía claro que aquella información no la compartiría con nadie. El tal Tiago tenía razón, no podía confiar en nadie, y en lo que a la joya se refería tampoco en él.

Al salir del baño me encontré a Tiago en la habitación, lo cual no me sorprendió, ya que lo había escuchado trastear tras la puerta. La maleta de Bi estaba abierta sobre la cama y él metía todas nuestras cosas a lo loco; me fijé en mi maleta cerrada junto a la entrada de la suite.

Me sentí incómoda, desnuda, solo vestida con una toalla. Había escondido el brazalete en el baño, consciente de que él estaba fuera y no debía verlo. Se giró y me miró, de arriba abajo, rápidamente, igual que apartó la mirada, como si no quisiera mirarme. Sinceramente se lo agradecí, no me hacía mucha gracia estar así frente a un desconocido.

—Tenemos que irnos ahora mismo —dijo dándome la espalda para mirar en los cajones de la mesita de noche—. Vístete —me pidió—, rápido —me apremió mientras yo me preguntaba qué estaba pasando—, ponte calzado cómodo, nada de tacones.

—¿Qué ha pasado? —demandé nerviosa—. ¿Qué decían de Bi? —me acerqué cogiendo la toalla, asegurando que se mantuviera en su sitio. No me contestó. Lo alcancé y, cogiéndolo del brazo, le hice darse la vuelta—. ¿Quiénes eran? —le miré a los ojos.

—No saben dónde está Bi —aseguró—. Vístete —me pidió con tono apremiante—, tenemos que largarnos de aquí ahora mismo.

—¿Por qué? —le pregunté—. ¿Qué querían? ¿Qué han dicho de Bi? ¿Saben algo?

—¿En qué habitación están los escoltas?

Me puso histérica que no contestara a mis preguntas. Necesitaba saber quiénes eran los que habían venido, qué sabían de Bi, necesitaba respuestas y él no me daba ninguna.

—En la parcela de al lado —contesté—. ¿Por qué? ¿Ellos tienen algo que ver?

—Eso voy a averiguar —contestó pasando junto a mí, saliendo de la habitación—. No pierdas el tiempo, vístete y acaba de recoger vuestras cosas —en la puerta de salida paró y se giró. Me enseñó la llave del todoterreno—. No tardaré mucho —aseguró—, pero no le abras a nadie, aunque lo conozcas, no hables con nadie, espera a que venga yo. Después nos iremos y te lo contaré todo, pero ahora no podemos perder el tiempo, date prisa.

Se marchó. Sin pensar mucho, llamé a Bi, no hubo respuesta, así que le dejé un mensaje.

—¿Dónde estás, Bi? —le pregunté—. Estoy súper preocupada —admití procurando mantenerme entera—, como esto sea una jodida bromita tuya, te juro que no vuelvo a hablarte en la vida, así que déjalo y llámame —le ordené, pero aquello no era una broma, aquella sangre estaba allí y era de alguien—. Por favor, llámame, dime que estás bien. Tu amigo Tiago está aquí, dejamos el hotel, ha venido gente preguntando por ti... Llámame.

Colgué la llamada y le hice caso a Tiago. Nerviosa, busqué en la maleta y me puse lo primero que pillé, ropa interior y unos shorts color tierra, busqué una camiseta ancha. De momento, el lugar más seguro para el brazalete de Anubis era mi brazo. Si aquello de alguna forma dañaba la joya, el daño ya estaba hecho, me daba igual, no pensaba separarme de él o perderlo de vista, lo llevaría encima. Opté por una camiseta negra de Bi que se ceñía a la cintura y la parte de arriba era amplia, con mangas tres cuartos lo suficientemente anchas. Estaba hecha de forma que un hombro quedaba al aire con la caída de la prenda y el otro ocultaría el tesoro de ojos curiosos como los de Tiago, sin ir más lejos.

Me puse las deportivas y revisé que no quedara nada, no me hacía gracia dejar la habitación, aquel era el lugar donde Bi esperaría encontrarme y yo ya no estaría. Me llevé las manos a la frente, no estaba nada segura de hacer lo correcto, de estar haciendo bien.

A pesar de mis dudas volví al baño, me coloqué el brazalete y recogí lo que quedaba. El cepillo de dientes de Bi estaba allí, era tan escrupulosa como yo con los dientes, por nada del mundo iría a ninguna parte sin él... No quise seguir esa línea de pensamiento, así que me puse manos a la obra y acabé lo que Tiago había empezado, terminé de recoger.

Con la maleta cerrada y junto a la otra en la entrada, volví a la habitación y miré a mi alrededor, observé la cama desecha y me acerqué al lado en el que Bi dormía. Aquel lado, como el mío, estaba abierto, lo había hecho yo buscándola al despertar. Estaba segura de que había dormido allí. Mi cerebro no colaboraba en recordar qué había sucedido, no me daba la menor pista. Tenía resaca, el dolor de cabeza no me daba tregua, y combinado con la preocupación y los nervios me hacía sentir que podía estallarme de un momento a otro.

Ya que mis recuerdos no iban a darme respuestas, decidí deducirlas, sí, con aquel dolor de cabeza *martilleante*, con aquel resacón. Volví a frotarme la cara y pensé en qué podría haber pasado, en quién podría haber venido a la habitación. Se me ocurrieron un par de hipótesis y no quería ni pensar en ello, porque en ambas, la sangre era de Bi y no quería ni pensarlo. Agobiada, decidí que ya había esperado demasiado, le había hecho caso a Tiago, pero no me había dado una sola respuesta y necesitaba alguna.

Guardé el móvil en el bolsillo trasero del pantalón y, con la tarjeta de la habitación en el otro bolsillo, salí al exterior. Fuera hacía calor, aunque no tanto como el día que llegamos. Como siempre allí no había gente, aquel era un hotel de muy pocas habitaciones, en medio de la nada, y aquello aportaba privacidad.

Junto al camino, estaba el coche que habíamos estado usando; deduje que Tiago estaba en la habitación de los *Men in Black*. Me encaminé hacia allí y entré en su parcela; encontré la primera puerta del pasillo a las esferas abierta pero ni me pareció extraño, ni me sorprendió. Avancé en silencio, procurando no hacer ruido, pasar desapercibida, no sé muy bien con qué intención,

preguntándome si ellos habían tenido algo que ver con la extraña desaparición de Bi. Debían estar vigilando la habitación, pero cuando Tiago había llegado esa mañana, no estaban. Si no tenían nada que ver, algo debían saber, como quién había estado en nuestra habitación, con quién se había marchado Bi. Ellos debían protegernos, ¿entonces por qué ni ellos ni Bi estaban donde debían?

Había muchas incógnitas a las que solo ellos podían dar respuesta. No pudieron darme ninguna, la puerta interior tenía el pomo roto; con manos temblorosas lo cogí, temiendo que, al abrir la puerta, pudiera encontrarme con el cuerpo de Bi, que se confirmara que la sangre era de ella. Antes de que pudiera empujar la puerta, esta tiró de mí, dejándome cara a cara con Tiago, que tenía su tupé castaño despeinado.

—¿Qué haces aquí? —demandó enfadado—. Te he pedido que me esperaras.

—Quería saber qué tenían que decir —contesté impresionada por su malhumor.

No lo conocía de nada, parecía cabreado, pensaba haberlo visto enfadado en la habitación y hasta entonces fue educado, había sido amable conmigo, pero en aquel instante me di cuenta de que no lo había visto realmente enfadado. No sabía cómo reaccionaría, de qué era capaz, qué había pasado ahí dentro.

—Tenemos que irnos ahora mismo —me apremió. Me cogió de la muñeca y tiró de mí por el pasillo de dos metros—. No puede verte nadie —aseguró.

En aquella habitación había respuestas y yo las necesitaba, era incapaz de dejarlas atrás sin más. A pesar de mis temores, actué por impulso, sin ni siquiera plantearme las consecuencias. Frené en seco, planté mis pies en el suelo impidiendo que siguiera tirando de mí y, con un gesto, me solté de su agarre. Paró frente a la puerta que daba al exterior.

—Di —me advirtió y sí, solo dijo mi nombre, pero aquello era una advertencia en toda regla, una que no iba a detenerme de encontrar lo que buscaba—, vamos.

Intentó volver a coger mi muñeca, pero lo aparté con reflejos y agilidad.

—¿Qué ha pasado? —demandé.

Suspiró y colocó las manos en sus caderas, miró al techo y, ¿qué hubieras hecho tú?, ¿quedarte esperando una respuesta, cuando no te estaba dando

ninguna, o averiguarlo por ti mismo? Exacto, aproveché la milésima de segundo en que no me miró y corrí la corta distancia de dos zancadas que me separaba de la esfera principal.

—¡No, Diana! —le escuche detrás de mí—. Joder, no lo hagas —me pidió cuando tuve el pomo en la mano.

Ni siquiera me di la vuelta para mirarlo, para ver si iba a intentar impedirme pasar; empujé la puerta y entré sin ni siquiera plantearme qué iba a encontrarme.

Lo que vi allí dentro me cortó el aliento; no quise mirar, pero mis ojos ya lo habían visto y lo registrarían en mi cerebro para lo que me quede de vida.

Me di la vuelta, no queriendo verlo. Tiago estaba en la puerta, frente a mí. Me escondí contra su pecho, con la cabeza agachada, cogiendo su polo azul marino en dos puños, atrayéndolo hacia mí. Deseé que me rodeara con los brazos, que me dijera que todo iba bien, que Bi estaba a salvo, que sabía dónde encontrarla, que nos reuniríamos con ella y nos marcharíamos de allí para siempre, que nunca volveríamos a pisar ese país.

—¿Qué ha pasado? —escuché mi voz y me sorprendió lo serena que sonaba.

Temblaba, sentía cómo mi cuerpo temblaba, impresionada y más asustada de lo que había estado antes en toda mi vida, aunque esa sensación volvería y mucho más intensa.

—No lo sé, pero lo que haya pasado ha sido hace horas —contestó Tiago.

—Tengo que buscarla —dije acongojada, agarrándolo para sentirme protegida.

—Bi no está aquí —aseguró—, no quería que lo vieras —dijo cogiéndome de los hombros y separándome de él para que lo mirara—. Escúchame, Di —me pidió y volvía a ser el tipo calmado y amable de antes—: no pueden vernos aquí, lo entiendes, ¿verdad?

—¿Estás seguro? —ladeó la cabeza observándome—. ¿Estás seguro de que Bi no está?

—Estoy seguro —afirmó—, no hay rastro de ella, solo dos cadáveres y, si nos ven aquí, pasaremos a ser los principales sospechosos, así que larguémonos ahora que podemos.

Lo hicimos, rodeó mis hombros con su brazo y me acompañó hasta la puerta

que daba al exterior. No salimos fuera, antes volvió sobre sus pasos, entró en la habitación y, en segundos, volvió a salir; con su polo limpió el pomo de la puerta y vi que en la mano llevaba el cartel de «no molestar» que colgó en la puerta exterior, la que no estaba rota.

En silencio me subí al coche, él cargó las maletas antes de hacerlo y, mientras lo hacía, llamé a Bi por tercera vez. No sabía lo que iba a decirle, y sinceramente tampoco me preocupaba, hice aquella llamada sin esperanzas de que esa vez descolgara y así fue.

Tiago entró en el coche conmigo, se puso el cinturón de seguridad y arrancó el motor, pero no nos movimos. Se giró para mirarme, observé que se aseguraba de que llevara el cinturón puesto y volvió a mirar mis ojos.

—¿Estás bien? —negué enérgicamente con la cabeza.

—¿Crees que la camiseta que llevaba manchada era de uno de ellos? —pregunté.

—Al menos uno de los dos no murió en esa habitación, alguien lo trasladó desde otra parte así que, por lo que sabemos, podría ser —afirmó.

—¿Por qué me pondría una camiseta manchada de sangre?

Yo misma debía haberme vestido, de otra forma, si me la hubiera puesto alguien, habría visto el brazaletes, y este, como Bi, habría desaparecido; y seguía en mi brazo...

¡Joder! Una mano ha entrado por la apertura a ras de suelo y ha dejado la comida. Me ha dado un susto de muerte, estaba súper metida en lo que vi aquella mañana. Y aunque me haya asustado, me alegra que me haya hecho volver a la realidad, aunque la realidad sea esta. Me pregunto cuánto llevaré aquí. Supongo que es irrelevante, estoy segura de que varios días, pero ¿cuántos? Quisiera saberlo, cuántos llevo y cuántos me quedan.

Nos separaron un domingo, me arrancaron de sus brazos y me trajeron aquí. Me pregunto si ya habrá pasado mi cumpleaños; no es que me importe mucho, la verdad, de todas las cosas que me mueven, saber si ya soy una treintañera no es una de ellas. Pero supongo que sí, tengo la impresión de llevar aquí más de tres días, pero sin luz solar y con el reloj de Bi roto después de que él se lo cargara, es imposible de saber...

Una trampa

En el coche reinó el silencio un buen rato, solo lo interrumpía el navegador para dar indicaciones que Tiago fue siguiendo. Salimos del desierto directos a la masificación de una ciudad, no tengo idea de cuál, pero el caos en la carretera era el mismo que el de la tarde anterior con Bi. Yo estaba perdida en mis pensamientos, Tiago no sé dónde estaba.

Los *Men in Black* estaban muertos, aquel pensamiento me acompañó en el silencio. La muerte, cuando te sobreviene de esa forma, cuando la vida se acaba a manos de otra persona y de aquella forma tan inesperada, es muy chocante y muy difícil de asimilar. No es algo a lo que puedas acostumbrarte, es muy fácil de ver en el cine, pero en la vida real es bien diferente. Me afligía lo poco que sabía de aquellos hombres, de uno de ellos no sabía ni el nombre, y no hay nada más básico... No tenía ni idea de si tenían una familia que les lloraría, amigos, sueños, esperanzas o ambiciones. Quiero pensar que todo el mundo tiene alguna de esas cosas, al menos una, puede que dos, mínimo. Lo que más me mortificaba era la duda, el pensar que podían haber muerto por el simple hecho de que Bi los contratara; desde luego, a eso apuntaba, y Bi, por supuesto, el no saber dónde estaba, cómo y con quién. Me atormentaba pensar que pudiera estar con el o los mismos que habían sido capaces de matar a dos hombres, pensar en qué podían hacerle a ella.

Si te dieran la oportunidad de matar a alguien y quedar impune, ¿crees que serías capaz? No respondas a la ligera, como habría hecho yo hasta ese momento. Muchas veces viendo las noticias he pensado: esta persona merece morir por lo que ha hecho. Si matas a alguien, mereces el mismo destino que tu víctima; si violas, maltratas, abusas también, pensaba, pero eso es hablar a la ligera. Piénsalo, siéntelo, ponte en situación, ¿podrías vivir con eso? Pudriéndote por dentro, oscureciendo tu alma, cambiándote hasta ser otra persona, vivir sabiendo que has privado a alguien de todo lo que tú tienes, de cuanto te rodea, que has privado a otros del amor que esa persona tenía por dar, por recibir, del dolor que puedes provocar en aquellos que lo amaban... ¿Cuánto odio necesita albergar un alma para matar a sangre fría? Menos del que yo creía en aquel momento. Entonces pensaba que yo sería incapaz de

acabar con la vida de otro, que por mucho que lo deseara no podría hacerlo, no podría vivir con ese cargo de conciencia, pero me equivocaba, en ambas cosas.

—¿A dónde vamos? —rompí el silencio.

—Te llevo a tu embajada —me giré para mirarlo.

—¿A mi embajada? —demandé confusa.

Se giró un segundo para que nuestras miradas chocaran. Me pregunté en qué habría estado pensando él mientras yo pensaba en que sería incapaz de matar a alguien, con tal de alejar a Bi de mi mente, cuando tenía la muerte ocupando cada pensamiento. Prefería pensar en eso que ahogarme en la preocupación e incertidumbre al hacerlo en Bi.

—Sí —contestó volviendo la vista a la carretera atascada de coches—, debes irte del país antes de que sea tarde —le miré sin poder creer que pensara que iba a irme de Siria sin Bi, ¡ni loca!—. Los hombres que han venido al hotel —me explicó—, eran policías.

—¿Qué? —exclamé saltando de mi asiento—. ¿Por qué no me lo has dicho hasta ahora? —le eché en cara—. ¿Han encontrado a Bi? —demandé, sintiendo cómo el corazón se me encogía dolorosamente, latiendo con fuerza—. ¿Está bien? ¿Está herida? ¿En un hospital?

Me derrumbaba, sentí que me rompía, toda yo. Si la policía había estado en el hotel, era porque le había pasado algo, estaba segura, ¿por qué si no? Después de ver el trágico final de los *Men in Black* no quería ni pensarlo, pero me temí lo peor. Creo que fue la primera vez que realmente pensé que Bi podía estar muerta; no solo lo pensé, a mi mente vino una imagen que me dio ganas de vomitar lo que quedaba de mi corazón empequeñecido: Bi muerta, con los ojos abiertos, no había vida en sus ojos turquesas, ni color en sus labios finos, ni rastro de calor en sus mejillas pálidas. Un charco de sangre rodeaba su largo y delgado cuerpo, inerte, en una posición antinatural.

—Están buscándola, por eso han venido.

—¿Qué? —demandé saliendo de aquella imagen mental, regresando al coche, asimilando lo que acababa de decir—. ¿Cómo? —demandé creyendo no estar entendiéndolo bien—. ¿Por qué la policía busca a Bi? —demandé sin comprender nada—. ¿Qué te han dicho? —quise saber—. ¿Por qué no me has

dejado hablar con ellos? —me enfadé.

—¿Por qué no te he dejado hablar con ellos? —se enfadó él también. A través de su poblada barba, aprecié cómo su mandíbula se apretaba y aflojaba—. ¿Imaginas lo que hubiera pasado si llego a dejarlos entrar y te ven manchada de sangre? No recuerdas nada de anoche, pero se suponía que la escolta debía estar fuera, vigilando la habitación. Así que habríais ido a la otra habitación, y ya sabes lo que habrían encontrado. Era una trampa.

Me asusté, fue la primera vez que temí por mí; hasta ese momento solo me había preocupado Bi pero, aunque estuviera actuando de espectadora, una que tenía la impresión de perderse partes de la película, era parte de ello, estaba metida hasta el fondo.

—¿Por qué crees que es una trampa?

—Van a por ti —contestó—, por eso te llevo a tu embajada, debo ponerte a salvo.

—¿Cómo? —no sabía si él se explicaba muy mal, si había perdido demasiadas neuronas la noche anterior o aquel dolor de cabeza no me dejaba pensar con claridad, pero nada de lo que me contaba me encajaba; no es que algo se me escapara, es que parecía no entender nada—. ¿Quién crees que va a por mí? —demandé—. ¿La policía?

—No —negó—, la policía solo es el medio —aseguró—. Alguien ha denunciado la desaparición de Bi. Tú eras la única que podía denunciar que había desaparecido. Está claro que es una trampa —volvió a mirarme—, una trampa de cazadores.

—¿Cazadores? No te entiendo, Tiago —reconocí al punto de la histeria—. ¿Qué sabían de Bianca?

—¿Sabes para qué sirven las trampas de cazadores?

—¿De qué jodida mierda me estás hablando? —dije con ganas de estrangularlo.

—Esa clase de trampas solo tiene un fin —hizo una pausa para mirarme. Abrí mucho los ojos, sin creer que se pusiera a hablar de caza; odio la caza y estábamos hablando de Bi—, cazar a la presa.

—¿Yo soy la presa? —demandé sin estar segura de comprenderlo.

—No, no lo creo.

—¿No entiendo nada! —reconocí—, ¿puedes explicármelo de una manera normal? —le pedí—. Sin enigmas ni cosas raras, solo dime qué está pasando antes de que me vuelva loca. Bi podría estar herida, en el hospital, quizás han venido por eso. ¿Qué te han dicho?

—¿Crees que si me hubieran dicho dónde está Bi, no estaríamos allí? Era una trampa.

—¿Una trampa para qué? —le grité.

—Sospecho que para usarte de cebo y atrapar a tu prima.

—¿Qué?

—Bi debe ser la presa —supuso—, sospecho que querían usarte de cebo para llegar hasta ella, y eso me lleva a pensar que Bianca tiene el brazalete de Anubis y está escondida —no iba muy bien encaminado, pensé frunciendo el ceño con culpabilidad—. Si te llegan a detener, Bi habría ido a buscarte sin importarle las consecuencias, habría salido de su escondite, que imagino es lo que esperaban que pasara, por eso no debía verte nadie.

—¿Detenerme a mí por qué? ¡Yo no he hecho nada!

—No, solo tenías la ropa y las manos llenas de sangre y en la habitación de al lado había dos cadáveres, nada raro por lo que puedan sospechar. ¡Piensa Diana! —me pidió, y lo intentaba, te juro que lo intentaba, pero me estaba costando horrores.

—Habrían sospechado de mí.

—No solo eso, te habrían detenido, seguro —afirmó—, y Bi habría ido a salvarte, lo que deja claro que quien ha tendido la trampa sabía eso. ¿Quién crees que podría haber sido? ¿Quién os conoce tanto para saber que Bi se la jugaría por ti?

—Nadie —aseguré—, nadie aquí nos conoce, solo Alex...

—¿Alex? —me miró de reojo—. ¿Alexander Bonucci? ¿El arqueólogo?

—Pero Alex no haría eso, no tiene sentido, el brazalete es suyo —le recordé.

—No, no lo es —negó él—, el brazalete es una joya histórica que no le pertenece por mucho que la haya encontrado él, lo único que le pertenece es el descubrimiento.

—Pero Alex es un buen tío —aseguré—, aunque...

Recordé cómo se puso la tarde anterior, solo él sabía dónde nos hospedábamos, y sabía lo que teníamos, la relación que nos unía; yo le hablé de ello durante la cena.

—¿Qué? —lo miré—. ¿Aunque qué, Diana? —me apremió.

Mi mirada hacia él cambió, se volvió suspicaz; lo estudié y me pregunté qué intenciones tenía. Sí, Bi confiaba en él, eso estaba claro, ella lo había asegurado con vehemencia, pero a pesar de la actitud de Alex de la tarde anterior, después de todo lo que me había contado y sabiendo lo que significaba para él aquel descubrimiento, el primero en el que él estaba a la cabeza, me parecía imposible que fuera cosa suya. Pensé que, sin embargo, Tiago había llegado minutos antes que la policía, por lo que yo sabía, pero para empezar podría haber llegado mucho antes, la noche anterior, yo no lo recordaría y podría haberlo orquestado todo, por eso sabría qué hacer en todo momento, ganándose así mi confianza. Además, él era mucho más conocedor que el arqueólogo de la relación que nos unía a Bi y a mí, de lo estrecha que era. Y había preguntado por la joya.

Lo miré detenidamente, preguntándome si aquel hombre de actitud tranquila sería capaz de asesinar a dos hombres a sangre fría. Si me estaba utilizando para llegar hasta Bi. Si era él el cazador que le estaba tendiendo una trampa a Bi, el que pensaba usarme como cebo para llegar hasta ella.

Me di cuenta de que no me había detenido a mirarlo; sí, lo había medido como una amenaza cuando de pronto llegó a la habitación, pero no como hombre, y era atractivo, no como Alex, claro, lo suyo era una cosa de otro planeta, un atractivo digno de admirar, en serio, no te imaginas. La apariencia de Tiago era mucho más discreta, su encanto no destacaba excesivamente, pero ahí estaba, lo tenía y era atractivo. Al darme cuenta me pregunté cómo había tardado tanto en hacerlo. Era un hombre atlético, no estaba ni de lejos tan cachas como Alex, ni falta que le hacía. Tenía buena planta y un rostro afable, de facciones equilibradas, ojos profundos, nariz estrecha, labios finos, medio ocultos tras una barba espesa aunque bien recortada y cuidada. Nunca me han gustado los tipos con barba, una de unos días, puede, es varonil, pero esas en las que se te caen migas de un bocadillo y se quedaban ahí, anidando, me daban y me dan *asquete*; seguramente si lo hubiera conocido sin todo ese pelo

en la cara, me habría fijado más en su aspecto.

Pero en aquel momento lo estaba haciendo, y sus oscuros ojos azules toparon con los míos claros. Los estudié también, buscando bondad en su mirada, buscando intenciones ocultas, intentando averiguar qué quería, qué intenciones tenía.

—Di —me sacó de mis pensamientos—, ¿qué estás pensando?

—No te conozco —contesté lo que pensaba—, a Alex sí.

—¡Ja! —soltó incrédulo—. No me lo puedo creer... ¿De qué lo conoces? ¿De dos días?

—Es más de lo que te conozco a ti —contesté de forma simple.

—Confías en Bi —me recordó—, y yo soy su amigo, Alex no; cuando se sintió amenazada me llamó a mí, no a él.

En eso debía darle la razón.

—Y ahora tú estás aquí, pero ella no —apunté, nada impresionada por su recordatorio.

—Tienes razón, ella no está aquí, y tú eres la mejor forma de sacarla de su escondite, si es que se está escondiendo como he supuesto. Si quisiera el brazalete, te utilizaría, no te llevaría a tu embajada para que te exportaran antes de que todo se desmadre.

—¿Por qué a la embajada? —demandé—. Si lo que quieres es ponerme a salvo, ¿por qué no me llevas al aeropuerto y me voy a casa?

—Porque no sé si han encontrado los cadáveres, porque temo que puedan sospechar de ti o de tu prima y no te dejen salir del país. Es la mejor manera de asegurar tu bienestar, que ahora mismo, aunque no lo creas, es lo principal para mí —respondió y le creí. Aquella respuesta me ganó, el chaval tenía labia, eso debía reconocérselo—. Te dejaré en la embajada, ellos se encargarán de llevarte a casa, pero antes debes contarme todo lo que ha pasado desde que llegasteis. Necesito saberlo todo: a quién habéis conocido, con quién habéis hablado, de qué. En qué sitios habéis estado, quién sabía lo del brazalete... Todo, Di. Necesito todos los trozos si quiero montar el puzle y encontrar a Bi.

De nuevo decidí apostar por él, confiar, aunque no pensaba decirle que yo tenía el brazalete, pero aquello no quería decir que, por confiar en él, debiera

sospechar de Alex.

—No pienso quedarme en la jodida embajada —aseguré.

Aquello no merecía una discusión, no pensaba hacerlo, punto. Me daba igual el peligro, los riesgos, poner mi vida en juego, que la situación me superara, sufrir. Nada de eso importaba, solo encontrar a Bi. Entonces nos largaríamos, pero no lo haría sin ella.

—Por supuesto que lo harás —afirmó—. Tu vida corre peligro.

—No más que la de Bi, por lo que sabemos.

—Ella sabe cuidarse.

—Yo también —aseguré, aunque era mentira.

—No me cabrees, ¿quieres? —me increpó observándome fijamente.

Me pregunté si era una amenaza, una que iba directa a un saco roto, me daba igual.

—No me importa que te cabrees —aseguré sincera, apartando la mirada, observando el denso tráfico que nos dificultaba llegar a ninguna parte—, me da igual a dónde me lleves, no me moveré de este país hasta que lo haga con Bi, y lo haré con o sin tu ayuda. —sentencié—. Te pongas como te pongas, es mi decisión. Si vas a buscar a Bi, lo haré contigo; si no me dejas, no te diré todo lo que quieres saber, y lo haré por mi cuenta.

—No tienes nada que hacer sin mí —aseguró arrogante.

—Ni tú sin mí —aseguré con la misma soberbia—, no tienes ni por dónde empezar.

—No te pases de lista —respondió severo y volví a mirarlo—, de momento tengo todos los sitios en los que habéis estado grabados en la memoria del navegador.

—¿Y a dónde crees que te llevarán?

—A la excavación, para empezar —ahí descubrí que también era astuto, más que yo al menos, que ni había pensado en eso—; puedo sacarle la verdad a tortas a tu amigo si no quieres contarme tú lo que ibas a decir —solté una carcajada—. ¿No me crees capaz?

—No has visto a Alex —le dije menospreciándolo.

—Ni tú me has visto a mí en acción.

No, no lo había visto, eso era cierto. Había decidido confiar en él, aunque no las tuviera todas conmigo, y lo que era obvio era que lo necesitaba. Era astuto, la situación no le iba a superar como ya me superaba a mí. Con él tenía más posibilidades que sin él, era un hecho, yo le necesitaba a él más que él a mí, y discutir no nos llevaría a encontrar a Bi.

—¿Qué te parece si dejamos de medírnoslas y buscamos a Bi?

—¿De medírnoslas? —demandó alzando una ceja, mirándome, curvando los labios escéptico.

—Es una forma de hablar —sonreí.

Me cuesta creer que sonriera en aquel momento, pero así es, y lo hice de forma sincera. Había algo en su forma de mirarme sin creer que aquello hubiera salido de mi boca que me hizo gracia. Puede que fuera esa ceja traviesa, la forma sutil en que sus labios se curvaron, ocultando una sonrisa que pude ver en sus ojos. O lo más probable, la esperanza que germinaba en mí, creyendo que con él tenía posibilidades de encontrar a Bi, de que Tiago sabía lo que se hacía.

Entonces, pensaba que Bi estaba a salvo, oculta por voluntad propia y no porque alguien la retuviera. Supongo que en ese momento no pensé que toda la teoría de Tiago hacía aguas por un hecho muy simple: Bi no estaba ocultando el brazalete, porque lo tenía yo. Pero él dedujo que ella se estaba escondiendo para ocultar el brazalete e, inconscientemente, me quedé solo con la primera parte.

Desandar lo andado para empezar

—¿Por qué no dejas que lo haga yo y te mantienes al margen?

—Eso no va a pasar —aseguré—, no iré a ninguna jodida parte sin Bi —sentencié.

Ya estábamos en la embajada, nada del otro mundo, un edificio más entre muchos, con una bandera española hondeando al seco calor del viento. Habíamos estado todo el camino «debatiendo». Debía ser mediodía y el dolor de cabeza se había ido incrementando a lo largo de nuestra discusión, llamemos a las cosas por su nombre. Durante la misma, nos conocimos un poco mejor, debo decir. Tiago descubrió la facilidad con la que el verbo joder salía de mi boca y mi tozudez, aunque aquello me temo que no era ninguna sorpresa para él. Yo, que él sabía cosas de mí, que me conocía mejor de lo que debería, lo que incrementaba la sensación de confianza; era obvio que Bi le había hablado de mí, lo que destacaba que eran amigos, buenos amigos, y no comprendo por qué sin embargo yo no sabía nada de él, por qué Bi nunca me habló de Tiago.

—Puede ser peligroso —me advirtió una vez más.

—No voy a entrar en ese edificio —aseguré—, te pongas como te pongas. Tú mismo, podemos buscarla juntos o cada uno por su lado, pero no me moveré de aquí sin ella.

—No puedo convencerte, ¿verdad?

—Obviamente no —me encogí de hombros.

Arrancó el motor del vehículo y me removí el pelo, satisfecha de haberlo convencido.

—Bueno —dijo—, será mejor que vayamos a comer algo, tienes mucho que contarme.

Así lo hicimos; aparcó el coche y nos perdimos por las calles buscando un lugar donde comer. No me gustó el olor del sitio en el que entramos, tampoco

el ambiente. Comimos en una pequeña mesa redonda con apenas sitio para los dos. Unos ventiladores de techo movían el aire caliente, haciendo más ruido que otra cosa. Tenía el estómago cerrado, así que me pedí una ensalada, más por meter algo en el cuerpo y poder tomarme algo para aquel terrible dolor de cabeza que por hambre. El agua fue otra cosa; en cuanto bebí un vaso, cayeron uno detrás de otro, estaba deshidratada por la resaca, pero había estado tan absorta en lo demás que no me había dado ni cuenta de mis necesidades más básicas.

Hablamos de forma tendida y más tranquila de lo que esperaba. Al principio no me resultó fácil explicarle a un desconocido todo lo que ya te he contado a ti, otro desconocido, pero a medida que iba hablando y respondiendo las cuestiones que él me lanzaba sin parar fui dejándome llevar, y cuando me di cuenta, ya lo había puesto al día.

—¿Qué sabes tú de Abasi?

—Que puso muy nervioso a todo el equipo —respondí antes de beber agua—, especialmente a Alex —seguí, dejando el vaso frente a mí—. Él no quería que nos lleváramos el brazalete por nada del mundo, pero cedió por ese hombre.

—¿Llegaste a verlo?

—No —contesté—, pero se supone que no estaba solo. Llevarnos el brazalete de la excavación fue una misión. Giacomo trazó un plan y lo ejecutamos, con señuelos y todo.

—No estabais transportando una baratija precisamente —afirmé recuperando el vaso de agua, me lo acabé de un trago largo escuchándolo—. ¿Quién sabía dónde dormíais?

—Solo Alex —contesté llenándome el vaso de nuevo—, pero no puede haber sido él.

—¿Por qué no?

—¡Pues porque es un arqueólogo, no un asesino! —exclamé.

—No alces la voz —me pidió inalterable, observando alrededor, vigilando que no llamáramos la atención—. Él es el único que sabía dónde estabais y qué teníais.

—No necesariamente —respondí—; al volver de ver al historiador, tuve la

impresión de que nos seguían —admití—. Pensé que era una paranoia, pero ahora... No sé...

Alzó la mano llamando al camarero y me recliné en la silla, pensando que había acabado el tercer grado, pero no fue así. Tiago pidió otra botella de agua y siguió formulando preguntas, que yo contesté con total sinceridad sin cuestionarme nada.

—¿Crees que Alex habrá ido al hotel? —pregunté.

—¿Por qué dices eso?

—Bi no coge el móvil, y no nos hemos presentado en la excavación a primera hora, como acordamos ayer. Pusieron en nuestras manos el brazalete y no hemos cumplido nuestra palabra. Yo lo habría hecho —admití—, habría ido a buscarlo, y por lo poco que conozco a Alex, pienso que es lo que habría hecho; sin embargo, no ha venido.

—¿Empiezas a dudar del arqueólogo?

—No —mentí. No tenía ni idea de en quién confiar, ni siquiera en él, aunque decidiera hacerlo—, solo me parece raro, puede que haya ido cuando ya nos habíamos marchado.

—¿Sabes qué es lo que no me encaja a mí? —negué con la cabeza, interesada—. Que Bi te dejara allí, sola, desprotegida...

—Ya —agaché la cabeza—, no es propio de ella... —reconocí.

Pedimos un par de cafés y nos los tomamos decidiendo qué hacer. Aunque Tiago se hizo todas las preguntas, además de darse las respuestas. Prefería ir primero a la excavación y seguir los mismos pasos que nos guiaron a Bi y a mí el día anterior, pero lo más inteligente y práctico era aprovechar que estábamos más cerca de la ciudad donde el historiador tenía su oficina que de la excavación. Eso fue lo que acabó decidiendo nuestro destino.

Llegar al despacho del historiador nos llevó casi una hora con aquel tráfico. Me pregunté si siempre era hora punta en aquel país, también donde estaban las guerrillas, los conflictos, la destrucción, los militares con metralletas, los americanos dando guerra para no perder costumbre, más aún bajo la locura de Trump. No es que quisiera ver nada de eso, pero todo parecía bastante calmado para lo que cabía esperar.

A diferencia de la tarde anterior, el patio interior no me sorprendió, pero me

maravilló de igual forma mientras lo cruzábamos hasta la escalera; observé mi entorno, extrañando a Bi, preguntándome dónde estaría ella, quién sería el causante de su desaparición. Procuré alejar esos pensamientos de mi cabeza o me volvería loca de preocupación.

Subimos a la segunda planta, donde estaba el despacho; le indiqué a Tiago cuál era. Él tocó la puerta con los nudillos, cuatro golpes fuertes que no obtuvieron respuesta.

Esperamos, puede que uno o dos minutos, no lo sé, pero se me hicieron muy largos. Nadie salió o respondió desde el interior. Tiago volvió a llamar, con más contundencia esta vez, con el puño. Me aparté de su lado, preguntándome qué quería decir eso.

A través de la puerta salieron sonidos y al instante se abrió

—¿Qué puedo hacer por usted? —le preguntó a Tiago. Después reparó en mí—. ¡Tú! —exclamó en un grito al verme, di un paso atrás—. ¿Dónde está el brazalete?

—¿Por qué le preocupa dónde esté la joya? —intervino Tiago antes de dejarme hablar.

—Alexander Bonucci me llamó esta mañana para saber qué pasó ayer —dijo mirándome—, dice que el descubrimiento es suyo —dio un paso, saliendo al descansillo.

—Lo es —afirmé, y no me dejó seguir hablando.

—Pero no sabía nada del acuerdo al que llegué con vosotras —se enfureció. Se acercó a mí con actitud poco amistosa— y dice que me olvide.

—No te acerques —intervino Tiago cogiéndolo de la pechera de la chilaba oscura.

Con una sola mano lo hizo retroceder, hasta que su espalda chocó contra la pared.

—¿Qué crees que estás haciendo? —demandó el hombre mirando a Tiago.

Observé la escena impresionada, la verdad. No había rastro de toda aquella amabilidad de la que Tiago había hecho gala conmigo. Aquel no era el Tiago sereno y agradable con el que yo había tratado, el que había conocido. Y me di cuenta de que hasta entonces no lo había visto realmente enfadado. Imponía, su pose era intimidante y el hombre frente a él se encogía con miedo, haciéndolo

parecer cada vez más grande en comparación.

—La próxima vez que te dirijas a ella —me señaló mirándome un segundo y volvió a mirarlo a él—, lo harás con respeto. No intentarás tocarla, si sabes lo que te conviene.

—No pensaba hacerle nada, pero ella hizo un trato conmigo y me engañó.

—Suéltalo, Tiago —le pedí, tratando de relajarme, de que el ambiente no fuera tan desagradable para todos—, podemos hablar de forma civilizada y adulta —aseguré.

Tiago volvió a mirarme, soltó al tipo y a continuación dio un paso atrás, apartándose lo justo para que él se recompusiera, pero demasiado cerca, sin dejar de amenazarlo con su cuerpo, dejando claro quién mandaba allí con su sola presencia, sin ni siquiera hablar.

—¿A qué viene esto? —demandó estirando la túnica que Tiago le había arrugado.

—Mejor hablamos dentro —dijo Tiago cuando iba a contestar—, ¿no le parece?

El hombre lo miró con enfado y volvió al interior del apartamento. Tiago y yo nos quedamos un segundo parados, mirándonos el uno al otro a los ojos.

—Te has pasado —susurré para que solo él me oyera.

—Ni un poquito —negó en el mismo tono susurrado.

Me cogió del brazo, del izquierdo, para que entrara con él en el apartamento. Lo hice, planteándome que llevar el brazalete puesto podía no ser la mejor opción; me aseguraba tenerlo cerca y que no se perdiera o me lo robaran, pero Tiago o cualquier otro podrían tocarme y notarlo, y eso me complicaría mucho la vida. Me pregunté cómo lo explicaría.

En el interior Tiago, que me había cogido con gentileza, me soltó el brazo y cerró la puerta tras nosotros. Lukman nos llevó hasta su oficina sin abrir la boca y nosotros lo seguimos con la misma actitud. Una vez allí se sentó tras su escritorio, supongo que procurando poner distancia entre el hombre que le había amenazado y él.

—Ayer mi hermana le pagó una más que generosa cantidad de dinero por su discreción —rompí el silencio tomando asiento donde lo hice el día anterior—. ¿Habló con alguien sobre la joya que le trajimos para que tasara?

Tiago se sentó junto a mí sin abrir la boca y la verdad es que, a pesar de que no me habían gustado sus formas, tampoco me habían gustado las de nuestro interlocutor la tarde anterior. Me tranquilizaba tenerlo allí de mi lado, estar con él, me hacía sentir más segura.

—Vinieron a preguntar, sí, mucho después de que se marcharan.

Pensé que podrían habernos seguido al hotel, como temí, saber dónde estábamos, volver a hablar con él de a qué habíamos ido y entonces volver al hotel a buscar la joya.

—¿Quién?

—No tienen la menor idea de lo grande que les queda esto —aseguró.

—¿Y eso por qué? —quise saber.

—Ustedes no me dan miedo —aseguró mirándonos; miré a Tiago, que se removía en su asiento. Coloqué una mano en su brazo para que se quedara quietecito—; sin embargo —sonrió al ver mi gesto—, ellos sí —dijo mirándome a mí.

—La señorita le ha hecho una pregunta —dijo Tiago—: ¿quiénes son ellos?

—Secuaces.

—¿Secuaces de quién? —volvió a intervenir Tiago con un tono más duro.

—Ustedes no son de por aquí, ni pertenecen a este gremio, no saben lo oscuro que puede volverse si te topas con la gente inadecuada, la misma que les sigue la pista.

—¿Qué les dijo? —ataqué—. ¿Les dijo lo que le habíamos traído?

—No, si lo hubiera hecho, ahora no estarían aquí.

—¡Ja! —soltó Tiago y me giré para mirarlo. Aquel sonidito que hacía tenía algo que me perturbaba, que me desconcentraba y llamaba mi atención sobre él—. No le creo —sentenció—. Si les tiene tanto miedo, no creo que se quedara callado.

—No lo hice, les dije lo que querían saber, pero no hicieron las preguntas correctas.

—¿A qué se refiere? —demandé yo, volviendo mi atención hacia él.

—Les dije lo que trajeron para que tasara, pero les dije lo mismo que a ti y

tu hermana, que necesitaba tiempo para estudiar la pieza y poder autentificarla.

—¿Nada más? —intervino Tiago.

—No me preguntaron cuál era mi opinión respecto a la joya y obviamente no se la di.

—¿Qué más le preguntaron? —siguió Tiago.

—Muchas cosas a las que en su mayoría no pude dar respuesta —aseguró.

—¿A qué cuestiones dio respuestas?

—A pocas, la verdad, ellas tampoco me dijeron mucho, si no pregúnteselo —me señaló con la cabeza—. Lo único que pude decirles es lo que habían traído y quién las había mandado aquí —contestó bajando la mirada—; entonces no sabía que Bonucci era el jefe de la expedición, pero después de decirles eso, no preguntaron más, se marcharon.

—¿Quiénes eran? —pregunté de nuevo—. ¿Para quién trabajan?

—Para alguien llamado Abasi —me miró—. No sé por qué diría que me equivocaba contigo —dijo con un punto de soberbia que me tocó los cojones—, que sabes de quién te estoy hablando —se apoyó sobre el escritorio y se inclinó hacia a mí a esa distancia que la mesa dejaba entre nosotros—. La pregunta es: ¿sabes de lo que son capaces?

Huir o plantar cara

Salimos del despacho una hora más tarde, no nos había dicho gran cosa. No sabía qué opinaba Tiago de nuestro primer intento de saber qué había pasado, pero yo me sentía francamente decepcionada. Aunque se abría una nueva posibilidad: que nos hubiesen seguido desde allí al hotel, hubieran vuelto para saber qué estábamos manejando y, al descubrir que podía ser el brazalete, hubieran vuelto al hotel.

Quedaba la excavación; si no nos habían seguido, solo Alex sabía dónde nos alojábamos, pero podría haberlo compartido con otros del equipo, aunque francamente lo dudaba, como también que alguno de aquellos hombres fuera capaz de hacer lo que les habían hecho a los *Men in Black*; cada vez que pensaba en ellos, se me giraba el estómago.

—¿Qué te ha parecido? —pregunté bajando la escalera a la primera planta.

—Un tramposo al que lo único que le preocupa es su propio beneficio. Has hecho bien al no contestar a sus preguntas sobre dónde estaba el brazalete y la desaparición de Bi —opinó.

—Puede que nos siguieran hasta aquí —opiné yo—, y desde aquí al hotel —me miró—. Esos hombres que le preguntaron por nosotras, puede que cuando supieron dónde nos alojábamos, volvieran —especulé—, para averiguar qué teníamos, y al descubrir que era probable que fuera el brazalete de Anubis, volvieran al hotel a buscarlo.

En mi interior, maldije otra vez por no recordar nada de la noche anterior.

—Es posible, o podría ser algo mucho más simple —lo miré, esperando su opinión—. Salisteis en tres coches, es improbable que siguieran el vuestro, dos desconocidas, en lugar de seguir al jefe de la expedición, que por lo que me has contado ya conocía al tal Abasi y sabía de lo que era capaz, o a un restaurador conocido en este mundillo. No creo que esperaran que dejaran algo tan importante en manos de dos simples mujeres.

—¿Perdona? —exclamé ofendida deteniendo mis pasos.

—No es mi opinión, Di —se detuvo él también en medio del pasillo—, solo

intento ponerme en la mente de esa gente. Por aquí no están tan avanzados como en occidente; aún se menosprecia demasiado a las mujeres, las hacen de menos por el simple hecho de no tener polla.

—¿Entonces tú no crees lo mismo? —quise dejar claro.

—¡Por supuesto que no! —exclamó ofendido—. ¿Por quién me tomas? —demandó—. Además, ¿crees que Bi sería amiga de alguien tan machista? —sonrió incrédulo.

—No, no lo creo —reconocí iniciando la marcha de nuevo.

—¿Crees que llegará un momento en el que dejes de contradecirme y evaluarme?

—Puede que cuando Bi nos presente formalmente —dije con tristeza.

—Lo hará —aseguró mientras bajábamos el último tramo de escaleras.

—Y hablando de evaluar —solté—, no te imaginaba de ese palo.

—¿Qué palo? —demandó con interés.

—De tipo duro por la vida —aclaré—, no creo que fuera necesario ser tan agresivo —le increpé—; nos habría dicho lo mismo sin necesidad de ser tan violento al principio.

—¡Ja! —otra vez esa exclamación burlesca escapó de sus labios, haciéndome alzar el rostro para observarlo—. Te aseguro que no he sido violento. No me ha gustado un pelo la forma en la que se ha dirigido a ti, cómo se ha acercado, y he reaccionado.

—Has sido agresivo cogiéndolo de esa forma y estampándolo contra la pared.

Sí, lo había hecho para defenderme y me había gustado que lo pusiera en su sitio, se lo merecía, por el rato que nos hizo pasar a Bi y a mí pero, aun así, había estado mal.

—Iba a tocarte y sus intenciones no eran buenas —dijo con rabia—. Lo mejor es dejar las cosas claras desde el principio, si no esta gente te vacila y a mí no me vacila nadie.

—Cuánta chulería —escupí en desacuerdo, cruzando el patio interior.

—No es chulería —volvió el tipo amable—, es marcar una línea para que no se pasen.

Llegamos al coche, que estaba aparcado de cualquier forma. Nos subimos y emprendimos la marcha; nuestro siguiente destino era la excavación, no teníamos muchos más lugares que visitar. Allí Alex nos hablaría de Abasi cuando se calmara después de descubrir que no teníamos el brazalete. Sospechaba que le importaría más la desaparición de este que la de mi hermana, y eso le hacía perder muchos puntos, esperaba equivocarme.

Me ponía nerviosa volver con las manos vacías, aunque lo cierto era que no lo estaban, pero no pensaba abrir la boca. Si algo tenía claro, era que no pensaba decirle a nadie que yo tenía el brazalete, que estaba sujeto en mi brazo derecho, oculto.

Era posible que Bi hubiera vuelto allí, pero más que improbable, casi imposible, así que no pensaba hacerme ilusiones y no me las hice. Por otro lado, después de ver cómo podía llegar a gastárselas Tiago y sabiendo cómo actuaba el arqueólogo, aquello podía ir muy mal, y eso también me ponía nerviosa.

—Antes has dicho que no creías que nos siguieran a nosotras —comenté mientras salíamos de la ciudad e intentábamos entrar en lo que imaginaba era una especie de autovía.

—Así es —dijo él observando el retrovisor—, no lo creo.

—¿Y cuál es tu teoría? ¿Cómo llegaron hasta Lukman si no nos siguieron?

—Simple, es el mejor historiador de por aquí, según has dicho—afirmé—, si no encontraron nada persiguiendo los otros coches, solo tenían que sumar dos más dos y el resultado era él, por eso llegaron mucho después de que vosotras os hubierais ido.

—Pero nadie sabía dónde estábamos alojadas —le recordé.

—Eso no es cierto Di —me contradijo mirando el retrovisor—, una persona lo sabía.

—Alex no lo haría —sentencié.

—Alex no trató el descubrimiento como debía, no siguió ningún protocolo, pretendía salir de la excavación con él bajo el brazo y a saber qué pensaba hacer después. Eso no importa ahora —negó cambiado de carril.

—¿Qué puede ser más importante que eso? —demandé incrédula.

—Nos están siguiendo desde que salimos de ver a Lukman —me sorprendió.

—¿Qué? —pregunté sin poder o quizás sin querer creerlo—. ¿Estás de coña? —exclamé.

Lo miré incrédula, preguntándome si estaba en lo cierto, y lo que más me preocupaba: quién nos seguía. Nerviosa, estudié sus gestos, sus rasgos, parecía tranquilo, si nos seguían no parecía preocupado, solo tenía un rictus muy serio, de enfado, no de preocupación.

—No —contestó cambiando de carril; observó el retrovisor más que la carretera frente a él, mientras yo, por mi parte, seguía pendiente de él—, ahí está —dijo—, tres coches detrás de nosotros, un Mercedes Clase C negro, estaba aparcado frente al despacho de Lukman.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque mi trabajo es fijarme en esa clase de cosas —respondió sin dejar de observar el retrovisor—, ha salido detrás de nosotros.

—Puede ser una coincidencia —discutí.

—Podría haberlo sido, pero no lo es. Si te lo digo ahora y no cuando hemos salido, es porque sé que nos sigue, no es que lo sospeche.

—¿Cómo? —demandé tensa—. ¿Cómo lo sabes?

—Ha sido cauteloso; he dejado una distancia más que prudente para no llamar nuestra atención. El denso tráfico le ayuda a mantener una gran distancia sin que escapemos de su mira. Pero no quiere perdernos y se ajusta a cada cambio de carril que hacemos, copia nuestros movimientos y nos sigue como el miércoles al martes.

Cambió de carril al de la izquierda, adelantó a un par de coches y, en una maniobra de lo más arriesgada con aquel denso tráfico, volvió a cambiar al otro lado de la carretera cruzando dos carriles, para acabar delante de un camión que nos dio un bocinazo con el claxon cuando Tiago frenó, haciendo que la distancia entre él y nosotros se redujera.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunté intranquila—. ¿Puedes perderlos?

—Es posible, aunque tanto tráfico no ayuda, pero no sé si quiero eso —siguió mirando el retrovisor—; ahí está —dijo satisfecho—, deja que te vea, vamos bonito —le pidió.

—¿No quieres perderlos? —demandé poniéndome aún más nerviosa—. ¿Por

qué?

—Me pregunto quién será, me gustaría conocerlos.

—¿Conocerlos? —demandé.

—Sí, si nos siguen es que algo saben y nosotros necesitamos saber más —sentenció.

—¿Quieres que hablemos con ellos? —demandé incrédula.

En las películas, cuando alguien te sigue, huyes, es de primero de peli de acción. Pero claro, no estaba viendo una peli de Tom Cruise o Bruce Willis, era el mundo real y, pensándolo bien, ahora, en la distancia, John McClane habría hecho lo mismo que Tiago.

—No —giró el rostro para mirarme un segundo y volvió a la carretera, para a continuación prestar atención al retrovisor de la izquierda—, tú no, yo hablaré con ellos, tú te quedaras en el coche, calladita, a salvo, preparada por si tenemos que salir corriendo.

No me gustaba la idea de salir corriendo, tampoco que se enfrentara a quien nos seguía. Podían ser las mismas personas que habían asesinado a los *Men in Black*, podía ser muy peligroso y la idea me oprimía el estómago. Pero, por otra parte, podían saber algo de Bi, podía estar con ellos y, si ese era el caso, les entregaría el brazalete sin pestañear o dudar.

—Ni siquiera sabemos si hablan nuestro idioma —dije acobardada. Aquello podía ser un gran problema—. ¿Qué pasa si no te entienden?

—No te preocupes por eso, sé hacerme entender.

—¿Crees que Bi puede estar con ellos? —me giré intentando ver algo.

—No creo; si tuvieran a Bi, tendrían el brazalete, ¿para qué seguirnos a nosotros?

Volví a colocarme en el asiento y lo miré con culpabilidad. No mentiré diciendo que quería decírselo, porque no era así, pero me sabía mal engañarle. Estaba dispuesto a enfrentarse a alguien por Bi, por mí, y yo no estaba siendo ni siquiera del todo sincera con él, pero en aquel momento tenía preocupaciones mucho más importantes que aquella.

Traté de tranquilizarme, pero no lo conseguí, en absoluto.

Tomó un desvío que nos sacó de la autovía y nos llevó a otra carretera

menos atestada.

—¿Siguen ahí? —demandé girándome, intentando ver algo.

Afirmó con la cabeza y yo me restregué las manos, frotando una contra otra; la pierna derecha se movía por voluntad propia arriba y abajo con total libertad y velocidad.

—Voy a buscar una zona tranquila en la que parar —me dijo y yo lo miré, agobiada y aterrada—. Dejaré el motor en marcha —me informó—; cuando esté abajo, cámbiate de asiento y prepárate para salir pitando. Si alguien que no sea yo se acerca al coche, te largas.

—¿Sin ti? —pregunté incrédula, sintiéndome incapaz de dejarlo atrás.

—Sin mí —afirmó—. No les dejaré acercarse, así que si lo hacen es que algo no va bien y te marcharás sin dudarlo —cogió el teléfono satélite que Bi había utilizado el día anterior para llamarlo—. No te alejes de este teléfono, si nos separamos te llamaré aquí —me tendió el teléfono y lo cogí con manos tembloras, creyéndome incapaz de marcharme y dejarlo atrás—. Estaré a la vista, así que observa por el retrovisor y, a la más mínima duda de peligro, vete, no me esperes. —Me miró, esperando una respuesta, pero yo fui incapaz de dársela. Me sentía paralizada, no podía creerme lo que estaba pasando. Tiago era un desconocido para mí, no lo conocía y estaba a punto de jugarse la vida por mí, cuando ya dos hombres habían muerto—. ¿Me has entendido? —volvió a mirarme. Era incapaz de creer que aquello fuera real, que estuviera pasando, de hacer lo que me pedía, de moverme siquiera, solo aquella pierna que iba por libre—. Diana —me llamó y yo seguí mirando sus ojos mientras estos iban de la carretera al encuentro de los míos—, necesito que me digas que lo has entendido, que harás lo que te he dicho.

Afirmé, fue lo único que pude hacer; él también lo hizo, conforme con mi respuesta.

No volvimos a hablar en lo que restó de trayecto, ni volvió a mirarme hasta que paró en un solar arenoso, abandonado.

—Cámbiate de asiento en cuanto me baje —observé sus ojos al punto de la histeria—; recuerda todo lo que te he dicho —me pidió—. No tengas miedo, Di, todo irá bien —aseguró.

No lo creí. Se bajó del coche y cerró la puerta, se alejó sin ni siquiera mirar

a través de la ventanilla. Extrañé que lo hiciera, que sus ojos me hablaran una última vez para decirme lo que ya habían pronunciado sus labios: que todo iría bien. Me sentí más sola de lo que me haya sentido antes, aterrada, indefensa y vulnerable, totalmente perdida.

Aunque pensé que no podría moverme, me obligué a hacerlo. Dejé el teléfono entre los asientos y, con esfuerzo, me cambié al asiento del conductor. Por el retrovisor pude verlo, de espaldas, alejándose, mientras un coche negro se acercaba a nosotros.

Una idea cruzó mi mente: podían ser del equipo de Alex, era posible que nos hubieran ido a buscar al hotel y, al no encontrarnos, hubieran ido a ver al historiador mientras Tiago y yo discutíamos en la puerta de la embajada sobre si iba a abandonar el país o no.

Con esperanza, observé el espejo izquierdo; duró bien poco, la esperanza, quiero decir. Del Mercedes bajaron tres hombres y, aunque estaban lejos, estaba segura de que ninguno era de la excavación, me aseguré de ello mientras Tiago se acercaba. Volví a quedarme paralizada y no podía permitirlo. Me di una patada mental y me obligué a reaccionar.

Me puse el cinturón de seguridad sin dejar de observar, nerviosa; coloqué el asiento hacia adelante, preparándome para hacer lo que Tiago me había pedido.

Hablaron, Tiago se encaró con uno de ellos, estaban hablando demasiado cerca el uno del otro e inquieta empecé a morderme las uñas. Observé cómo Tiago cogía de la pechera de la camisa al que estaba adelantado y al momento los otros dos fueron a por él.

Me giré intentando ver mejor qué pasaba; el tipo al que tenía cogido hizo una seña a los de detrás, y no sé qué pasó a continuación, pero Tiago lo tumbó de un puñetazo que me hizo dar un brinco en el asiento y volver a mirar al frente, observando por el retrovisor.

Debía irme, le había dicho a Tiago que si la cosa se ponía fea me marcharía, y así era. Los otros fueron a por él. Puse primera y aceleré, no sé cómo, el pedal del embrague se me escapó y lo solté de golpe; el coche se caló con una sacudida que llamó la atención de los tres, que miraron en mi dirección. Recuerdo perfectamente el temblor de mis manos al volver a arrancarlo, cómo caí en que además no había quitado el freno de mano. Lo quité. Todo parecía ir

de repente a cámara lenta. Volví a mirar por el retrovisor. Tiago seguía allí, de pie, mirando en mi dirección, distraído por mi culpa; uno de los que quedaban en pie miraba a Tiago, mientras el otro seguía mirando en mi dirección.

En mi mente, pude ver su rostro, esa parte tan afable que había utilizado conmigo, la preocupación de sus ojos cuando me miraba, la curva de sus labios tras la barba.

—¡Ja! —repetí aquella expresión que tanto decía él.

Supe que no podía dejarlo allí, así que cambié de marcha y aceleré sin pensar en lo que hacía, sin preocuparme por las consecuencias. El sonido que emitió el Jeep al ir marcha atrás me pareció más sonoro que el de ningún otro coche, pero no frené hasta oír el golpe.

Busqué a Tiago con la mirada, preocupada de haberlo atropellado, aunque era imposible. Lo vi levantarse del suelo y pensé que era un exagerado, los otros dos también habían hecho un *cuerpo a tierra*.

—¿Qué estás haciendo? —se acercó a mi ventanilla, intentando abrir la puerta.

—¿Tú qué crees? —demandé desbloqueándola—. Pasaba por aquí, ¡no te jode! —exclamé, preocupada, aquel par se levantaría enseguida o los había atropellado, no estaba segura, pero me daba lo mismo—. Vamos —lo apremié—, sube al coche.

—Deja que conduzca yo antes de que mates a alguien —contestó.

Me quité el cinturón; temía que, en cualquier momento, apareciera uno de los hombres por detrás de Tiago y lo cogiera, que lo ahogara, golpeará, apuñalara o le disparara, tengo una imaginación despierta y mi cerebro parecía querer recuperar el tiempo perdido.

Lo último que quería era bajarme del coche, y no lo hice, como pude me pasé al asiento del copiloto. No estoy segura de cómo, pero fue mucho más rápido que cuando me cambié minutos atrás, porque aquella «conversación-pelea» había durado eso, minutos.

Se subió al coche y, tras cerrar la puerta, salimos a tope de allí. Nos alejamos del lugar colocándonos los cinturones de seguridad.

—¿Por qué has hecho eso? —me recriminó—. ¿No te había dicho que te largaras?

—Dos tíos venían a por ti —le recordé, girada, mirando hacia atrás—, deberías darme las gracias —le miré de reojo.

—Tenía la situación totalmente controlada —aseguró; ahí sí me giré para mirarlo, de todas maneras, había girado y ya no podía ver qué hacían aquellos hombres—. Si has visto que la cosa se complicaba, deberías haberte ido, tal como habíamos quedado.

—¡Encima no me echas bronca! —exclamé enfadada—. Quería salvarte —le recordé.

—Es que tú no tienes que salvarme —dijo indignado—, mi trabajo es cuidar de ti, no que me atropelles haciendo cosas sin sentido.

—Así que lo que he hecho no tiene sentido, ¿no? —demandé molesta.

—No, no lo tiene cuando tenemos un plan —contestó sin aligerar el tono—. Ahora tendremos que perder tiempo en despistarlos —me echó en cara.

—Ni siquiera nos siguen —miré atrás, buscándolos, no había rastro de ellos.

—Debemos buscar una compañía de coches de alquiler, porque si este coche ya era fácilmente reconocible, ahora con la abolladura que le has hecho más.

—De nada —dije cruzándome de brazos—, capullo —añadí murmurando.

Se giró para mirarme, obviamente me había oído, pero no dijo nada. Quería saber qué le habían dicho, pero estaba molesta, así que no le dije nada y dejé que condujera como un loco, cruzando varios pueblos, entrando en las autovías más concurridas y saliendo de ellas, hasta que paró junto a una gasolinera y buscó en el GPS alquileres de coches. A algunos kilómetros de distancia había dos, pero no fuimos allí, nos alejamos más.

Cambiamos el Jeep por un utilitario discreto; cargó las maletas en el maletero mientras yo seguía resoplando molesta, pero ya en el interior del coche.

—¿Piensas decirme lo que te han dicho? —le pregunté cuando se subió al coche junto a mí—. ¿O directamente lo has noqueado y no le has dejado ni hablar?

—Era gente de Abasi —fue lo único que me dijo al respecto, colocándose el cinturón—. Es tarde para ir a la excavación —añadió arrancado el motor—. Buscaremos un sitio en el que dormir y diseñaremos una estrategia para mañana —decidió.

—¡No! —exclamé indignada—. No sabemos dónde está Bi, podría estar con esa gente. —Me revolví el pelo, arrepentida. Él tenía razón, lo que había hecho no tenía sentido, ellos podrían habernos llevado hasta Bi, darnos respuestas, pero no teníamos nada porque yo me había acojonado y decidido que él estaba en peligro, cuando era capaz de noquear a alguien de un golpe y podía estar controlando la situación como aseguraba—. Vale —reconocí agachando la cabeza, avergonzada—, tienes razón —aquello no era fácil de decir—, la he cagado —reconocí—, estaba nerviosa y la he cagado.

—No es cuestión de buscar culpables.

Alcé la cabeza y lo observé, agradecida de su generosidad.

—Supongo que no... —por mí era perfecto—. Es momento de buscar respuestas, no podemos perder el tiempo en estrategias o dormir. ¿Te han dicho algo de ella?

—Ambas cosas son necesarias —contestó—, y no, no me han dicho nada. Pronto se hará de noche y no es conveniente que vayamos a la excavación en esas circunstancias. La gente de Abasi vigilaba el despacho del historiador y me juego lo que quieras a que también la excavación —apuntó—; no iremos de noche, cuando si hay algún peligro no podremos verlo, iremos mañana —sentenció—, yendo ahora no vamos a conseguir nada.

—Pero Bi... —discutí.

—Bi no está con ellos, si fuera así no nos seguirían, tendrían el brazalete —me recordó.

Cada vez que nombraba el brazalete, sentía que este pesaba más en mi brazo.

¿En quién confiar?

Llegamos a un hotel, nada de los lujos a los que Bi me tenía malacostumbrada. Era un lugar oscuro y antiguo que no me gustó en absoluto, en el que me sentí incómoda nada más entrar. A pesar de que el recepcionista no hablaba inglés, Tiago supo defenderse, mientras yo lo miraba impresionada y cabreadísima, consciente de que me había mentido.

—Vamos —dijo cuando le dieron la llave de la habitación.

—¡Hablas su jodido idioma! —exclamé indignada—. Me has mentido —le acusé.

—No, no lo hablo —aseguró cogiéndome del brazo, del izquierdo, por suerte. Me obligó a caminar, alejándonos de la recepción—. ¿Sabes lo que es pasar desapercibida?

—¡Suéltame! —exclamé indignada haciendo un movimiento con el brazo.

No me soltó, al contrario, paró conmigo y, tirando de mi brazo, me acercó, dejando una distancia de centímetros entre ambos. Alcé el rostro para mirarlo.

—No te pongas así —me ordenó—, no hablo su idioma, lo entiendo un poco y sé decir las cosas más básicas, pero no puedo mantener una conversación más allá de eso.

—Pero me dijiste que no lo entendías —le recordé con el ceño fruncido.

—Y no lo entiendo —discutió conmigo—, ¿no lo has visto? —señaló hacia atrás.

—¿Por qué no has cogido dos jodidas habitaciones como te he dicho?

—Porque vas a lo tuyo y eres imprevisible, no quiero que a la primera de cambio te largues a buscar a Bi y te hagan daño —contestó. Bueno, algo de razón tenía, me había pasado todo el camino pensando cómo hacerme con las llaves del coche y largarme en cuanto nos separáramos, así que tan imprevisible no era—. Si pegarme a ti es lo que debo hacer para mantenerte a salvo de ti misma, eso es lo que haré. No te perderé de vista —aseguró y supe que estaba jodida—, no me fio de ti.

—Yo tampoco me fio de ti —le escupí cabreada.

—Enhorabuena —respondió dando un paso atrás—, ya parecemos un matrimonio.

Tiró de mi brazo en dirección a las escaleras, arrastrando mi maleta, sobre la que descansaba todo su equipaje: una bolsa de deporte. Nuestra habitación estaba en la segunda planta de aquel hotel de cuatro pisos sin ascensor, que debía tener al menos cincuenta años y en el que no parecían haber hecho muchas reformas.

Al entrar en la habitación me di cuenta de que tenía tan mal aspecto como el resto del hotel. Había dos camas pequeñas, no eran ni de noventa, separadas por una mesita baja.

—Muy acogedor —comenté observando a mi alrededor.

—Suficiente para descansar y hacer planes —cerró la puerta Tiago detrás de mí.

Se adelantó y entró en lo que imaginé debía ser el baño; salió en menos de dos minutos con la cara húmeda, secándose las manos con una toalla con pinta de necesitar jubilarse.

—¿Ya estás más calmada? —le dediqué una mirada de lo más elocuente, que creo pudo darle la respuesta a su pregunta—. No te he mentado, Di —aseguró sentándose en la otra cama, frente a mí—, omití que era capaz de comprender algunas cosas porque no era el momento. Estamos en el mismo bando y lo mejor que podemos hacer es apoyarnos.

Él tenía razón, yo la había cagado y no me lo había echado en cara, así que opté por dejarlo estar, aunque estar cabreada con él era mejor que estar preocupada por Bi.

Cogí mi maleta y me la llevé al baño, así, entera. La apoyé contra la puerta para que no entrara; no es que creyera que fuera a hacerlo, pero por muy amigo de Bi que fuera, era un desconocido. Observé la ducha con una mueca de asco y llamé a Bi, no contestó...

Acaban de dejarme otra bandeja, esta vez me han traído una botella de agua mucho más grande, cosa que agradezco. El menú de hoy constaba de huevos duros, espárragos verdes, sin aliño ni nada, y una gelatina de fresa insípida. Y sí, me lo he comido todo.

¿Por dónde iba? Ya, la noche del hotel; no tengo mucho que contarte de esa noche, así que no ahondaré mucho en ello. Cenamos en el hotel. Tiago hizo planes para el día siguiente, aunque sinceramente mi primera intención había sido esperar a que se durmiera, robarle las llaves del coche y hacer la mía. Necesitaba hablar con Alex, descubrir si sabía algo de Bi, que me hablara de Abasi, que me ayudara a encontrar a Bi. Tiago estaba tan perdido como yo.

Nada de aquello sucedió, nos metimos en las camas y apagamos las luces; estaba segura de que la preocupación y los nervios me impedirían dormir. No fue así, dudo que llegara a tocar la almohada con la cabeza antes de dormirme. Después de cenar empecé a sentirme cansada, pesada, el estrés de aquel larguísimo día hizo mella en mí y me dormí.

Cuando desperté al día siguiente lo hice poco a poco, había tanta luz que pensé que seguía en la esfera. Busqué a Bi en la cama, esperando que todo hubiera sido una horrible y vívida pesadilla, pero la cama se acabó pronto, era enana y, por supuesto, Bi no estaba.

Abrí los ojos, estaba en aquel hotel de mala muerte, la luz entraba de frente por la ventana y al lado podía oír a Tiago. Estaba en el baño, con la puerta medio abierta, lavándose los dientes de espaldas a mí solo vestido con una toalla a la cintura, si es que a eso se le puede llamar vestirse. Lo repasé con la mirada desde sus piernas tonificadas y atléticas subiendo por la toalla para ir a parar al bajo de su espalda, donde se marcaban dos hoyuelos de lo más sexys. Lo que me dejó con la boca abierta fue el tatuaje que tenía, lo suficientemente grande para que, a pesar de la distancia, pudiera ver qué era con total seguridad, y francamente, no pudo fliparme más; por dos motivos: estaba muy bien hecho, era muy realista y era de Star Wars. Me sorprendió muchísimo, no me lo esperaba.

—Buenos días —alcé la mirada y me encontré con la suya en el espejo; me sentí avergonzada de que me hubiera pillado mirándolo descaradamente. Aparté la mirada, abochornada y medio dormida—, he intentado despertarte, pero estabas como muerta.

—Tenía horas de sueño pendientes —aparté el pelo de la cara y me restregué la cara intentado despertarme, borrar mi careto de recién levantada que debía ser un poema.

—Me imagino que sí —pude oír en su tono que se reía—, no veas cómo

roncabas.

—Yo no ronco —discutí girando la cabeza para encararlo.

Se había dado la vuelta y afirmaba con la cabeza observándome apoyado en la pila; aunque intenté no hacerlo, lo repasé, sí, lo hice, era inevitable, el ser humano es curioso.

Y bueno... Joder... Estaba para que lo repasaran un par de veces; no es que quisiera hacerle un par de trajes de saliva como a Alex, pero tampoco le haría un asco, nada más lejos. Estaba delgado, no esmirriado, sino definido y atlético, con unos oblicuos de esos que cortan la respiración, un abdomen cuidado y marcado sin ser exagerado como el de Alex y un pectoral firme, sin bello por ninguna parte. En el brazo llevaba otro tatuaje.

—¡Claro que roncas! —exclamó, obligándome a mirarle a la cara.

—No —aparté la mirada avergonzada por ser tan descarada—, yo no ronco.

—Lo que tú digas, Di —salió del baño así, tan ligerito. Aquello era una provocación, él era la provocación hecha hombre y mi mirada lo seguía queriendo repasarlo más—. ¿Qué te parece si me visto y voy a por algo para desayunar mientras te preparas?

—Sí —contesté dándole la espalda—, mejor vístete —añadí levantándome.

Me encerré en el baño, no quería seguir mirándolo como una idiota salida. No pienses mal de mí, no estaba salida, es que él estaba de muy buen ver. Me di una ducha que me ayudó a despertar, a caer de bruces en el mundo real. Busqué en la maleta qué ponerme para que no se viera el brazalete; no había nada parecido a la camiseta de Bi, así que opté por una camiseta de manga corta y tuve que ponerme una chaquetita de punto encima.

Cuando estaba lista, salí a la habitación. Tiago había vuelto y sobre la mesita que había entre la puerta y la ventana había café y bollería industrial

—Es bastante tarde —comentó bebiéndose su café—, deberíamos salir ya.

—Estoy de acuerdo —contesté más tranquila ahora que estaba vestido, ocultando su anatomía bajo una camisa de cuadros y un tejano azul marino—, no perdamos el tiempo.

Dejamos todas nuestras cosas en la habitación. Con un café en una mano, un bollo en la otra y el bolso colgando de mi hombro nos marchamos. En cuanto acabé de desayunar en el coche, volví a llamar a Bi. El móvil seguía

encendido, pero no obtuve respuesta y, a esas alturas, debo decir que ya ni lo esperaba, mis esperanzas caían en picado, pero intentaba ser positiva, necesitaba serlo o sentía que me volvería loca.

Íbamos a ver a Alex y él tenía que saber algo. Bi podría haber acudido a él, o puede que a Philippe, con el que había hecho muy buenas migas; a alguien tenía que haber pedido ayuda, así que procuré mantenerme arriba, aunque era una tarea que requería esfuerzo.

Fuimos al lugar donde dejamos el Jeep y cambiamos de coche; en opinión de Tiago era mejor que nos vieran con el Jeep y no supiera nadie que teníamos otro, por si necesitábamos pasar desapercibidos. El navegador nos llevó hasta el desierto y, tras casi dos horas de viaje en las que hablamos de la mítica saga galáctica que a Tiago le encantaba y a mí en parte también, llegamos. Recuerdo cuánto me relajó aquella conversación banal, lo bien que me sentó volver a ser aquella chica normal que hablaba de cine en lugar de limpiarse las manos de sangre o que huía de la policía o de cadáveres, que solo hablaba de su prima. No solo yo pude ser yo misma, también Tiago me dejó al fin ver algo de él mismo, aunque tampoco es que yo me hubiera preocupado mucho en conocerlo, solo podía pensar en Bi.

El ambiente distendido del que disfruté se esfumó en cuanto vi la valla verde.

—Es ahí —advertí a Tiago poniéndome nerviosa.

Busqué el peligro, a la gente de Abasi que supuestamente vigilaba el campamento. Frente a la excavación había una montaña y supuse que era allí donde se escondían.

Tiago paró frente a la verja, hizo el amago de bajarse y le cogí del brazo.

—Deja que vaya yo —negó con la cabeza—, a mí me conocen, a ti no, es mejor así.

—No irás a ninguna parte sin mí —aseguró—, eso no es parte del plan.

—Claro, como tenemos un plan que no puede fallar y que nos llevará hasta Bi...

—No hace falta que seas tan sarcástica.

—Ni tú tan protector —contesté soltándolo—, ellos me conocen —discutí.

Ninguno de los dos se bajó del coche; la verja se abrió, ambos dejamos de

mirarnos y enfocamos la mirada en su dirección. Enseguida reconocí a Giacomo, él también a mí o al coche, no estoy segura, pero abrió la verja del todo para que el coche pudiera entrar y lo hicimos.

Nos bajamos del coche y miré a mi alrededor, buscando a Bi. Por allí no parecían haber cambiado mucho las cosas en un día, sin embargo, en aquel momento todo tenía otro color para mí. No había rastro de Bi, pero al que sí vi fue a Alex correr hacia nosotros.

—¡Diana! —me llamó a la carrera—. ¿Dónde está el brazalete?

Esperé que se pusiera frente a mí y temí su reacción. No es que pensara que fuera a hacerme algo, eso ni lo pensé, pero tenía claro el efecto que tendría mi respuesta.

—No lo sé—contesté cuando estaba frente a nosotros.

—¿Cómo que no lo sabes? —me increpó interrumpiéndome—. ¿Y tu hermana?

Mis esperanzas cayeron; no es que tuviera muchas de que Bi pudiera estar allí, pero era el único sitio al que se me ocurría que pudiera haber ido, solo los conocía a ellos.

—También ha desaparecido —me humedecí los labios, no quería llorar, pero no tenía ni idea de dónde buscar a Bi—, tenía la esperanza de que hubiera venido aquí.

Se llevó las manos a la cabeza, cabreado, y me miró de forma fiera.

—¿Qué quiere decir que ha desaparecido? ¿Se ha largado con el brazalete? —me cogió del brazo, del izquierdo, como Tiago, y gracias a eso no pudo notar qué rodeaba mi brazo.

—Suéltala —escuché la voz de Tiago—, ahora mismo —dio un paso adelante, colocándose a mí lado.

—¿Tú quién eres? —demandó Alex, creo que midiéndolo con la mirada.

—El que te va a partir la cara como no la sueltes en este preciso instante —contestó.

—Vale, vale, vale —hice un gesto para que Alex me soltara.

—¿Tú a mí vas a hacerme qué? —demandó Alex cuadrándose—. Creo que no has dicho lo que me ha parecido entender.

—Alex —le advertí—, no es momento para esto —corté la pelea de gallos, que tampoco era ninguna sorpresa—. ¿Bi no ha estado aquí? —le pregunté a Alex.

—Ayer fui a buscaros al hotel y no estabais. ¿Dónde está mi brazalete?

—El brazalete no es tuyo —intervino Tiago.

—Tiago —le advertí a él.

—¿Quién es este tío? —volvió a preguntarme Alex.

—Es amigo de mi hermana, estamos buscándola.

—Diana —se acercó Giacomo—, ¿estás bien?

—Sí —contesté agradecida por su preocupación—. Hay mucho de lo que hablar, ¿podemos ir a la carpa? —la temperatura de media mañana en el desierto y la chaqueta de punto eran una mala combinación, sentía que me estaba cociendo.

—Sí, tienes mucho que contarnos —afirmó Alex—, pero él se queda en el coche.

—Ni sueñes que voy a separarme de Di —contestó Tiago.

—Ahora voy —le dije a Alex y me giré hacia Tiago—, ven conmigo —le ordené, cogiéndolo de la camisa para que dejara de vacilar a Alex con la mirada y me hiciera caso—. ¿Qué estás haciendo? —lo increpé en cuanto estuvimos solos, junto al coche.

—¿Crees que voy a permitir que ese soplapollas te grite o me vacile?

—Estás complicando la situación, no hagas las cosas más difíciles cuando ya lo son suficiente —le pedí—; si eres incapaz de comportarte, tendrás que quedarte en el coche.

—¡Ja! —soltó—. ¿Tú te crees que soy tu mascota? —me miró sin poder creerlo.

—Te quedas en el coche —sentencié y me di la vuelta.

Me pescó de la cintura antes de que pudiera dar un paso lejos de él.

—Ese tío no es de fiar, Di —me advirtió pegado a mi oreja.

—¿Y tú sí? —me giré para mirarlo.

—Más que él —contestó soltándome—. No puedes olvidar dos cosas

cruciales: él sabía que teníais el brazalete y dónde dormíais, es el único sospechoso que tengo.

—También está Abasi —le recordé.

—Es improbable.

—Sí, ya lo dijiste, pero no imposible. Nos han estado siguiendo, ellos sabían lo que teníamos y, tal y como nos siguieron a nosotros, pudieron seguirnos a Bi y a mí hasta el hotel.

—Es que ese tío me da mala espina —contestó—, no me fío de él.

—Puede ayudarnos a encontrar a Di, ya lo hablamos; sabe quién es Abasi y seguro que también dónde encontrarlo. Por favor —lo cogí de la camisa—, Tiago, no calientes más la situación, me da igual el brazalete, Alex y todo, lo único que quiero y por lo que me preocupo es por Bi. Ayúdame y quédate aquí.

—Te quiero a la vista —cedió—. Si quieres hablar con él y que me quede aquí, habla con él, pero quiero tenerte a la vista en todo momento o iré a buscarte.

Lo miré preguntándome cómo era tan protector y cómo a mí me gustaba tanto que fuera así con lo independiente que era. Ahora, supongo que sentía que era el único al que le preocupaba, y era gratificante que se comportara de la forma que lo hacía conmigo.

—¿No crees que te estás pasando un poco? —le pregunté.

—Para nada —contestó poniéndome un mechón de pelo tras la oreja.

Me acarició la mejilla mientras lo hacía, tan tenuemente que en aquel momento no estaba del todo segura de que lo hiciera, pero ahora lo sé.

Lo miré, preguntándome si tendría razón sobre Alex; no lo creía, pero no sabía en quién podía confiar y en quién no, ni si confiar en uno de ellos implicaba no confiar en el otro.

Me separé de él y volví sobre mis pasos, dejándolo atrás, junto al coche, moviendo el polvo bajo mis pies mientras me sentía observada. Quería pensar que por él, pero temía que no fuera el único, y el brazalete se volvía pesado, su carga se hacía cada vez más difícil mientras me asaba de calor con la chaquetita para ocultarlo. Me sentí Frodo Bolsón con mi propio anillo de poder y solo podía preguntarme dónde estaba mi Sam, mi hermana Bi.

En la carpa no solo me esperaban Alex y Giacomo, también había aparecido el resto del equipo. Los observé recorriendo los últimos pasos que me quedaban hasta la ansiada sombra, haciéndome mil preguntas, cien conjeturas y sin saber qué era correcto y qué no.

—¿Dónde está el brazalete? —me preguntó de nuevo Alex antes de que llegara del todo a donde me esperaban, algunos con gestos preocupados y otros de enfado.

—El brazalete ha desaparecido —mentí, la joya era mi mejor baza y no pensaba decirle a nadie que la tenía—, y también mi hermana. ¿Sabéis algo de ella?

—¿Qué quiere decir que ha desaparecido? —inquirió el egipcio enfadado.

—¿Dónde está Bianca? —demandó Phillippe con gesto preocupado.

—¿No sabéis nada de ella? —le pregunté al último y negó con la cabeza—, ¿Ninguno?

Se miraron los unos a los otros, mientras yo los observaba a todos.

—¿Alex? —me centré en él—. Ella no conoce a nadie por aquí, solo a vosotros.

—Tu hermana no ha estado aquí, Diana —aseguró Alex cruzándose de brazos.

—¿Se ha llevado el brazalete? ¿Nos ha robado? —preguntó el egipcio.

—¡Ja! —solté incrédula sin darme cuenta de que aquella exclamación no era mía—. Bianca es una de las personas más ricas y poderosas del mundo —contesté a la defensiva, cabreada—. Tú lo sabes, Alex —miré al otro—, díselo —ordené mosqueada.

—¿Dónde estuvisteis ayer? —me ignoró por completo—. ¿Dónde has estado hasta ahora? ¿Y quién es ese imbécil con el que has venido?

—He tenido problemas, ha habido... —no sabía cómo decir muertes, la palabra se me atragantó y me sentí incapaz de decirla— muchas complicaciones —dije—. No sé dónde está Bi, o si está bien. Alguien ha denunciado su desaparición, imagino que vosotros...

—No —me interrumpió Alex—, nosotros no hemos ido la policía —aseguró.

—¿Quién entonces? —demandé.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste?

—Cuando desperté ayer no estaba en la habitación conmigo, pero había...

—¿Qué? —demandó Phillippe—. ¿Qué había?

—Dejaos de tonterías, ellas se llevaron el brazalete —me señaló el egipcio—. Ya oísteis a Lukman, es auténtico, intenta despistarnos para que no denunciemos su robo.

—¿Cuándo hablaste con él? —pregunté. Pensé que era probable que Alex no fuera el problema. Ni Bi ni yo le gustábamos a ese hombre, fue el primero en oponerse a que nosotras nos encargáramos del brazalete; pudo decirle a Abasi a dónde habíamos ido y él seguirnos hasta el hotel para volver a ver al historiador y averiguar qué habían encontrado. No contestó a mi simple pregunta, me miró por encima del hombro, frunciendo el ceño, cabreado—. El brazalete me importa una jodida mierda —aseguré—, lo único que quiero es encontrar a mi hermana. Alex —me giré hacia el rubio que miraba a la nada—, tengo que hablar contigo a solas.

—No te dejes liar, Alex —siguió el egipcio—, si tiene que decir algo que lo haga frente a todos. Les dimos el brazalete de Anubis y ahora viene con esas —negó mirándome.

—Alex —esperé a que me mirara—, o hablamos tú y yo o me largo; he venido a buscar a Bi, pero no está aquí. También necesito respuestas, pero si aquí se nos va a acusar a mí o a mi hermana de ladronas, las buscaré en otra parte.

—No vas a ir a ningún sitio sin explicarme qué está pasando —aseguró el italiano.

—Entonces hablemos —le pedí—, pero a solas —repetí.

Choque de trenes

Alex les pidió a todos que nos dejaran a solas; vi que a Giacomo no le hacía gracia, pero fue el egipcio el que se negó. Así que fuimos nosotros los que nos marchamos.

—No quiero pensar mal, Diana —dijo Alex bajando la escalera a la cripta. No me apetecía mucho meterme ahí abajo con él, podría darse cuenta de que tenía el brazalete en cualquier momento y todo se vendría abajo; no tenía ni idea de cómo reaccionaría, pero estaba segura de que nada bien—, pero esto es muy raro, tengo mil preguntas.

—Yo también —contesté bajando los últimos peldaños—. ¿Le dijiste a alguien en qué hotel nos alojábamos?

—No —contestó sin dudar—, solo yo sabía dónde estabais. ¿Qué pasó ayer?

—Al despertar Bi no estaba —contesté—; la policía vino a buscarla, han denunciado su desaparición, pero si no habéis sido vosotros, no sé quién. ¿No has sabido nada de ella?

—Ya te he dicho que no. ¿Qué dijo la policía?

—Yo no hablé con ellos —reconocí—, Tiago se encargó.

—¿El imbécil con el que has venido? —afirmé, no iba a ponerme a discutir con él por Tiago. Bi no estaba allí y no sabían nada de ella, solo quedaba el tal Abasi—. ¿Quién es?

—Es amigo de mi hermana; lo llamó para que nos protegiera, creo.

—¿Protegeros? —demandó—. ¿De qué?

—No lo sé, pero... Han matado a los guardaespaldas que Bi contrató —reconocí.

—¿Qué?

—Estaban muertos —afirmé compungida al pensar en ellos—, y los hombres de Abasi fueron a ver al historiador, me lo dijo él mismo; después nos siguieron desde allí.

—¿Crees que Abasi tiene el brazalete?

Me llevé las manos al rostro, podía comprender su obsesión, de veras, pero estaba harta. Necesitaba encontrar a Bi, estaba desesperada y me hacía perder el tiempo.

—¡Me importa una mierda el jodido brazalete! —exclamé—. ¿Me estás escuchando? ¿Has oído lo que te he dicho? —me desesperé—. Han matado a nuestra escolta y no tengo jodida idea de dónde está mi hermana, y ella es lo único que me importa. Supongo que se está escondiendo, pero no tengo ni idea de dónde, no me coge el móvil...

—No quiero preocuparte más, Diana —dijo en tono conciliador a pesar de cómo yo le había contestado y sus propios nervios—, pero ¿de verdad crees que se habría ido sin decirte a dónde? ¿Que te habría dejado sola?

—Lo sé —rompí a llorar como una cría, rota de preocupación y dolor. Odio llorar delante de la gente. Me tapé la cara con las manos—. No me acuerdo de lo que pasó, desperté llena de sangre y Bi ya no estaba, después vino la policía y los cadáveres...

—Vale —se acercó y me rodeó los hombros, acercándose a él.

Quise dejar que me consolara, era lo más parecido que tenía allí a un amigo, pero no era mi amigo y temí que notara el brazalete contra su costado.

—¿Dónde está mi hermana, Alex? —demandé con el corazón encogido, apartándome.

—No lo sé —contestó—. Pero si la gente de Abasi va detrás de ti, eso quiere decir que no tienen el brazalete. —Exhalé el aire con ganas. Harta de escucharle hablar del jodido brazalete y no preocuparse absolutamente nada por Bi, cuando él la había empujado a meterse en aquella situación—. Eh —llamó mi atención. Lo miré estirando un brazo de la chaqueta, el izquierdo, y me limpié la nariz con él. Una guarrada, lo sé, pero no tenía otra cosa a mano—, lo que quiero decir es que, si ellos no tienen el brazalete, tiene que tenerlo Bianca —dedujo erróneamente, al igual que Tiago.

Las conjeturas de ambos eran erróneas; no estaba siendo sincera, pero si no pensaba decírselo a Tiago, mucho menos a él, cuando parecía que era lo único que le importaba.

—¿Quién es Abasi? —demandé.

—Es mala gente —pateó el suelo—, muy mala gente —se frotó las manos—.

Se supone que es un marchante de arte, pero qué va, es un traficante de la peor especie. Con los años se ha hecho muy importante, tiene a mucha gente comprada en una decena de países, y los que no se venden, sabe cómo llegar hasta ellos. Si la policía fue al hotel a buscar a Bianca, no me extrañaría que él lo organizara.

—¿Tiene a la poli comprada?

—No sé hasta dónde llega su influencia en Siria, pero en Egipto así era.

—¿Trafica con arte?

—Así fue como empezó, pero abrió sus horizontes, y aunque los otros mercados le dan mucho dinero, las antigüedades son su mayor interés.

—¿De qué lo conoces tú? —quise saber.

—He tenido la mala suerte de cruzarme en su camino en dos ocasiones, sé de lo que es capaz; cuando quiere algo, lo consigue... —aseguró frotándose las manos—. Es capaz de vender, robar y matar a sus hijos por conseguir lo que se proponga. Es muy peligroso...

Se quedó callado cuando oímos voces que provenían del exterior; me imaginé que era Tiago, ya me había avisado que me mantuviera donde él pudiera verme o vendría a por mí.

—¿Dónde lo encuentro? —le cogí del brazo para que me prestara atención.

—¿Me has escuchado? —demandó—. No puedes ir a por él —negó—, ¿estás loca?

—Si él tiene a mi hermana, iré a buscarla.

—¿Por qué iba Abasi a tener a Bianca? —me contradijo.

—Solo tengo dos sospechosos y tú eres el otro. ¿Dónde lo encuentro?

—¿Yo soy el otro sospechoso? —me observó con los ojos muy abiertos—. ¿En serio?

—Eres el único que sabía lo que portábamos y dónde nos alojábamos —resumí.

—Pero sabes que no es cierto, no lo crees, estoy seguro de que eso no ha salido de ti.

—¿Dónde Alex? —le apremié escuchando que arriba las cosas parecían calentarse.

—El que debería preocuparte es el de arriba, es un provocador y un chulo, no dejes que su gilipollez te pase factura a ti —me aconsejó—. ¿De dónde ha salido?

—Es amigo de Bi, ya te lo he dicho.

—¿Sabía él lo del brazalete? —me mordí el labio sorbiendo por la nariz—. Desaparece tu hermana y aparece él, intentando inculparme a mí. ¿Cuánto hace que lo conoces?

¿Cuánto conocía a Tiago? No lo conocía, punto. Así que razón no le faltaba, pero no se la di, había decidido confiar en Tiago y, por el momento, todo lo que había hecho había sido para ayudarme, a diferencia de él, a quien solo le preocupaba el jodido brazalete.

—Eso no importa, solo dime dónde encuentro a Abasi —contesté.

—Si le dice a Abasi algo parecido a lo que me ha dicho a mí, hará que os maten a los dos —ambos alzamos la cabeza al escuchar un fuerte estruendo arriba—. Espera aquí —me cogió de la muñeca y tiró de mí hacia atrás, alejándome de la escalera—, voy a echar a ese tío —sentenció subiendo la escalera.

¿Crees que me quedé allí? Ni un segundo; subí tras él, y tuvo que escuchar mis pasos detrás de los suyos porque ni siquiera traté de disimular.

En el exterior Alex ya no estaba al alcance de mi vista; crucé la lona verde que ocultaba la entrada y allí estaba Tiago, con el tupé revuelto. Alex iba directo a por él, a sus pies la mesa estaba tumbada y todo lo que había sobre ella, tirado por el suelo. Phillippe sangraba.

—No te acerques más o acabarás como tu amigo —escuché que advertía a Alex.

La verdad es que me impresionó que Tiago amenazara a Alex, había que tener coraje.

—¿No te había dicho que esperaras en el coche? —contestó Alex—. ¿Qué ha pasado?

—Solo quería ver dónde estaba Di —contestó Tiago buscándome con la mirada. Me repasó de arriba abajo y volvió a mirar a Alex—, y el franchute no me dejaba pasar.

—No has debido salir del coche —contestó Alex directo hacia él.

—Alex —corrí tras él—, esto es culpa mía, para —lo alcancé—, para —lo cogí del brazo, pero se soltó de mi agarre directo a por Tiago, que se estaba cuadrando, dispuesto a pelear—, me ha pedido que estuviera a la vista y de esa manera esperaría en el coche.

Alex era imparable para mí, así que sin dudarlo lo adelanté y empujé a Tiago, interponiéndome entre ambos.

—¿Qué vas a hacer? —contestó Tiago, provocándolo.

Lo que yo te diga, Tiago podía ser muchas cosas, que entonces no sabía, pero cojones tenía y eso ya me lo había dejado claro. Aunque Alex intimidaba con su cuerpo enorme, Tiago tenía una presencia de tipo duro que amilanaría a muchos, pero no a Alex, que estaba segura de que, siendo boxeador, tendría un par de truquitos e iba a enseñárselos.

—¿Qué estáis haciendo?

—Di, no —me cogió Tiago de la cintura, me alzó del suelo y me dejó detrás de él.

Cuando me di la vuelta, Alex ya llegaba; pensé que le soltaría un puñetazo, un gancho para empezar, parecía tenerle ganas y Tiago había golpeado a su compañero y puede que amigo, no lo sé. Pero no, llegó hasta él y pegó su frente contra la de Tiago de una forma muy amenazante y violenta. Tiago mantuvo el tipo, como dos animales corneándose; sus cuerpos estaban tensos, listos para atacar, moviéndose uno contra el otro. Yo flipé.

—¿De qué vas tío? —demandó Alex.

—No —contestó—. ¿De qué vas tú? ¿Qué vas a hacer? —escuché a Tiago.

—Como no te des la vuelta y salgas de mi excavación ahora mismo —respondió Alex y le dio un empujón que hizo retroceder a Tiago—, no podrás salir por ti mismo.

—¿Qué estáis haciendo? —intervine poniéndome entre ambos. Me coloqué frente a Alex, poniendo la mano sobre su enorme y desarrollado pectoral. A ver quién es el listo que me llama tonta—. Ya está bien —empujé a Alex para que retrocediera, aunque no creo que se moviera ni medio centímetro. Me giré hacia Tiago—. ¿Qué ha pasado? —le pregunté.

—Te dije que te quedaras a la vista —contestó Tiago hablándome con rabia.

—¿Y por eso has tenido que pegarle a Phillippe? —pregunté enfadada sujetando a Alex, que no hacía más que removerse, aunque si hubiera querido ir a por él podría haberlo hecho y no lo hizo.

—Le dije que se apartara y no lo ha hecho.

—Será gilipollas —intervino Alex.

—¿Qué me has llamado? —pidió Tiago ladeando la cabeza.

—¡Tiago! —llamé su atención para que se fijara en mí—. ¿Y qué pasa? ¿Qué eres una especie de dios cuyas órdenes tenemos que cumplir el resto de los mortales?

—No, lo que pasa es que Bi me llamó para que viniera a protegeros, porque no se fiaba de él —señaló a Alex.

—¿Que Bianca no se fiaba de mí? —intervino Alex interrumpiéndolo.

Tiago le dedicó a Alex una mirada envenenada que me sorprendió por el odio que vi en ella, realmente quería machacarlo, pude ver mucha rabia en sus ojos azul oscuro.

—La he perdido a ella —me miró a mí— y no pienso perderte a ti también, o cuando la encuentre, me cortará los huevos. Si alguien interfiere en mi camino, respondo, es así de simple. Él se ha metido en mi camino —señaló a Phillippe, que se cubría la cara con un paño blanco manchado de roja sangre. Giacomo estaba a su lado— y he respondido.

—Son amigos, Tiago —le recordé.

—No —respondió él—, ese —señaló a Alex— sabía dónde dormíais y lo que teníais.

—Y tú apareces de la nada y, en cuanto lo haces, desaparece el brazalete.

—¡Me importa una mierda el brazalete de los cojones! —se defendió Tiago.

—Entonces dime dónde está y acabemos de una vez.

—¡Qué ganas tengo de machacarte! —soltó Tiago y lo dijo con verdaderas ganas.

—Inténtalo —dio un paso adelante Alex.

—¡Basta! —grité, poniéndome entre los dos—. ¡Jodidos chulos de mierda! —me cabree—. ¿Por qué no fingimos que somos todos civilizados —intenté

relajarme— y nos comportamos como adultos? —demandé, intentando avergonzarles por sus actitudes.

—Ha empezado él —señaló Alex a Tiago.

—Muy adulto, veo que lo has pillado, Alex —rodé los ojos.

—Ni adulto ni pollas. Ha golpeado a uno de mis hombres, ha roto mi mesa favorita y ha entrado hasta aquí cuando solo le he dado permiso para quedarse en el coche.

—¡Ja! —soltó Tiago y ese sonido volvió a llamar mi atención—. No necesito tu permiso para nada —soltó antes de que pudiera recriminarle nada—. Le he dicho que me dejara pasar o le partía la cara —le contestó a Alex—; no se ha apartado, fin de la historia.

—Ya veo que lo de ser maduros no va con ninguno de los dos —contesté—, es mejor pelearse como dos niños para ver quién echa la meada más larga que ayudarme a encontrar a Di —me di la vuelta dispuesta a ir yo misma a buscar al tal Abasi.

—¿A dónde crees que vas? —me cogió Alex de la muñeca.

—Suéltala ahora mismo —le advirtió Tiago.

—¿O qué?

—¿En serio? —me solté—. Estoy harta. Alex, dime dónde encuentro a Abasi e iré a buscar a Bi mientras vosotros —miré a Tiago— seguis haciendo el imbécil.

—Ni sueñes que vas a ir a ninguna parte sin mí —sentenció Tiago.

—Haré lo que deba hacer, ni más ni menos.

Tiago iba a contestar, pero no lo hizo. Todos nos sorprendimos al escuchar un coche acercarse; impresionados, miramos el cerco de seguridad cuando se escuchó una sirena. Tiago me cogió de la mano y me atrajo hacia él en un gesto protector. Alcé la mirada buscando la suya; afirmó levemente con la cabeza, diciendo que todo iría bien en silencio.

—¿Qué hace aquí la policía? —preguntó Giacomo lo que todos nos preguntábamos.

—Vendrán a por él —contestó Alex con un gesto de la cabeza señalando a Tiago.

—No —contesté yo junto a Tiago—, seguramente quieran hablar conmigo.

—¿Por qué? —preguntó Giacomo mientras los demás me miraban con desconfianza.

—Alguien ha denunciado la desaparición de Bi; vinieron ayer al hotel, querían hablar conmigo, pero yo no estaba en condiciones de hablar con ellos y luego...

—¿Luego qué? —me apremió Alex.

—Encontramos los cadáveres de los hombres de seguridad y nos marchamos.

—¿Qué cadáveres? —exclamó Giacomo.

—¿Qué saben ellos del brazalete? —preguntó Alex indiferente a lo que acababa de decir; solo le importaba el jodido brazalete, y su insistencia empezaba a agobiarme.

—¿Qué van a saber ellos del brazalete? —solté a la defensiva.

—¿Puedes olvidarte de eso por un segundo? —le pidió Phillippe poniéndose de pie, interviniendo por primera vez y callándonos a todos—. Ellos tienen que tener información sobre Bianca, ¿a qué esperamos para abrir la verja?

Alcé el rostro buscando la mirada de Tiago, preocupada de que portaran malas noticias, pero después lo pensé mejor y caí en la cuenta de que Bi podía estar con ellos. Si ella sabía lo que había sucedido la otra noche, quién había hecho aquello, lo lógico era que acudiera a la policía, de esa forma ellos sabrían dónde estaba la excavación.

—Phillippe tiene razón, hay que abrirles —aseguré separándome de Tiago.

—No estoy seguro de que sea una buena idea —dijo Alex mientras Tiago se ponía junto a mí—. Es muy probable que Abasi los tenga comprados, podría haberlos mandado él.

—Pero el brazalete no está aquí, ¿no? —discutió Giacomo—. ¿Qué importa eso ahora?

No hubo mucho que discutir; el egipcio, que estaba junto a la valla, ya les había abierto.

—No te separes de mí —me pidió Tiago por lo bajini, mientras dos coches entraban.

De los coches bajaron cuatro policías. Alex se dirigió a ellos como una flecha. Cogí la mano de Tiago inconscientemente y lo seguí. Tiago no quería que me separara y a mí me aportaba seguridad sentirlo, a pesar de lo poco que me había gustado su comportamiento. Empezando por el enfrentamiento con Alex, que le hubiera pegado al pobre Phillippe, que era el único que había mostrado preocupación por mi hermana, y que se mostrara tan camorrista, aunque tenía su punto en ese papel. No obstante, de eso me doy cuenta ahora, en ese momento estaba por cosas más importantes, no divagando.

Los policías nos observaron acercarnos y uno de ellos volvió al vehículo para hablar por radio. Pensé que hablaba de mí, porque tuve la impresión de que me miraba fijamente, como si no quisiera perderme de vista, y no me equivoqué, de eso me daría cuenta pronto.

22

Excelsior

—¿Por qué has hecho eso? —pregunté histérica mirando hacia atrás, esperando ver las luces azules en cualquier momento venir tras nosotros.

Estábamos en el desierto, acabábamos de salir de la excavación y huíamos.

—Ha sido tu decisión —contestó él.

Me giré para mirarlo, íbamos a tope, no sé a qué velocidad pero una muy alta, y Tiago, en lugar de mirar al frente, me miraba a mí.

—¿Qué? —demandé sorprendida por su respuesta.

—Podrías haber ido con ellos, pero no querías hacerlo, así que te he abierto camino.

Los polis habían ido a la excavación buscándome a mí; según las traducciones de Giacomo, era sospechosa del posible asesinato de Bi. Ahora no sé si lo de posible lo añadió el pobre restaurador, siendo amable y considerado conmigo una última vez.

—¡Querían detenerme! —exclamé—. ¿Si me detienen quién buscará a Bi?

—Entonces querías escapar, ¿no? —volvió a mirarme.

Sí, claro que quería escapar. La cosa había ido muy rápida y enseguida me di cuenta de que habían ido hasta allí a por mí; cuando uno de ellos se acercó, me agarré al brazo de Tiago y retrocedí, protegiéndome, asustada. Él no dudó un momento; dio un paso al frente, plantando cara al policía y pidiendo explicaciones. Entonces Giacomo empezó a traducirle al policía lo que Tiago decía y, a la vez, lo que este nos decía a nosotros.

—¡Pero le has pegado a un jodido poli! —grité llevándome las manos a la cabeza y ocultándola—. ¡Joder, Tiago! Por cosas así te meten en una jodida cárcel —negué agobiada.

Después de decir de qué se me acusaba, sacó las esposas. Tiago me miró y negué con la cabeza, retrocediendo. Volvió a mirar al frente y tumbó al poli de un solo golpe.

—Relájate —me pidió y volví a alzar la cabeza para mirarlo.

—¿Cómo? ¿Cómo quieres que me relaje? —demandé queriendo lanzarme a su cuello—. ¡Joder!

«*Al coche*», me susurró y corrimos a él, que estaba a nuestro lado.

—Coges aire y después lo expulsas despacio, concentrándote en el latir de tu corazón —lo miraba incrédula, impresionada por su serenidad, por su templanza y sangre fría—, este se irá calmando, debes centrarte en eso y poco a poco te calmaras.

—¿Estás de puta broma?

—No —contestó indiferente mirando por el retrovisor.

Me giré en mi asiento buscando a la poli detrás de nosotros; cruzábamos el desierto, en cuanto nos vieran, no nos perderían de vista y entonces, ¿qué pasaría?

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo?

—No estoy tranquilo —dio un golpe de volante, dando media vuelta para después meterse en un desfiladero lo bastante ancho para el Jeep, que nos ocultaría, a diferencia del campo abierto—, pero tampoco me voy a poner histérico.

—¡Nos han disparado! —exclamé fuera de mí—. ¡Joder! Podrían habernos matado.

Con uno de los polis fuera de servicio quedaron tres, dos de los cuales, empezaron a dispararnos así, por las buenas. Bueno, por las buenas... Tú ya me entiendes... Vale, Tiago había golpeado a uno, pero no éramos una amenaza, no íbamos armados, no éramos delincuentes. Puedo entender que hicieran unos disparos de advertencia, al aire quizás, pero no, nos dispararon a nosotros y le dieron al Jeep mientras nos subíamos. Puso el seguro al coche y arrancó el motor a la vez que me advertía que me pusiera el cinturón. El cercado estaba cerrado, pero no se detuvo, aceleró y chocamos contra la valla metálica, que salió por los aires con un fuerte estruendo que me asustó y me pareció ensordecedor.

—Estamos bien —me recordó—, los dos estamos bien.

—No —le contradije—, estamos vivos, pero yo estoy muy lejos de estar bien. Estoy a punto de sufrir un ataque al corazón mientras tú —no es que pareciera que estuviera dando un paseo por el desierto, nos perseguían y él

actuaba en consecuencia, pero nadie diría que acababan de dispararle— estás tan tranquilo —lo acusé—. ¿Cómo lo haces?

—Ya te lo he dicho —contestó con calma—: concéntrate en respirar y en sentir tu corazón, olvídate de lo demás, nos preocuparemos de ello cuando estés preparada.

—¡A la mierda, joder! —volví a buscar a los polis detrás, pero no había nadie siguiéndonos.

Cruzamos el desfiladero, que nos dejó de nuevo en el amplio e interminable desierto, al menos interminable al ojo humano. Tiago siguió conduciendo, tomándose lo con más calma a medida que avanzábamos por las llanuras sin policías, sin nuevos obstáculos.

—¿Cómo nos han localizado? —le pregunté aún nerviosa, mirando hacia atrás.

—Hay que deshacerse de tu móvil —sentenció.

—¡No! —negué acercando el bolso a mi cuerpo, protegiéndolo de sus manos destructoras—. Bi podría llamarme —le recordé.

—No lo ha hecho hasta ahora y no creo que lo haga —negó con la cabeza.

—Pero el móvil de Bi sigue encendido —le recordé.

—Lo sé, pero no responde a tus llamadas; hay que deshacerse de él. Estoy seguro de que nos han localizado gracias a la señal GPS que emite, no podemos jugarla.

Lo miré, observándolo mientras una idea, en aquel momento pensé que la mejor del mundo, tomaba forma en mi cabeza; se me ocurrió cómo localizar a Bi.

—¡Eso es! —di un salto—. ¡Eres un genio! —aseguré—. El móvil —le dije excitada—. Para el coche —lo miré y él me miró con gesto interrogante—. Vamos, para el coche —le apremié.

Lo hizo, detuvo el coche en medio de la nada y me bajé de un salto. Corrí a la parte trasera y abrí el maletero. Nuestras cosas ya no estaban allí, pero sí la maleta de Bi.

Con manos temblorosas la abrí, y en cuanto lo hice vi lo que buscaba: el maletín de Bi.

—¿Qué haces? —demandó Tiago detrás de mí.

—Tenemos que buscar un sitio con conexión —saqué el maletín de la maleta—, podemos localizar el móvil de Bi —abrí el maletín y allí estaba: su *Mac*—. Me sé todas sus claves, podemos usar la aplicación de *encontrar mi iPhone*, nos dará su situación.

—Si aún tiene el móvil.

—Sigue encendido —le recordé, enfadada porque intentaba quitarme la esperanza.

—Pero no te lo coge, Di —me recordó—. No quiero que te hagas ilusiones —dijo más solemne de lo que la situación requería—, la esperanza es un arma de doble filo.

—¡Excelsior! —grité y él dio un paso atrás, sorprendido por mi imprevisibilidad, mirándome como si estuviera loca—. No vas a arrastrarme a la negatividad —le advertí.

Llegados a este punto deja que te haga una recomendación, puede que mi última recomendación cinematográfica. Si aún no lo has hecho, debes ver *El lado bueno de las cosas*; si ya la has visto, no dejes que la positividad a la que la película te lleva se desvanezca. Es una gran película, llena de positividad y de mensajes que me calaron, que estoy segura pueden ayudar, incluso a ti, cuando te sientas vencido por la vida, por las situaciones a las que esta te lleva. Obviamente, ver una película no cambiará la situación a la que te enfrentes, pero puede ayudar en tu forma de encarar esas situaciones con una actitud más positiva, y eso siempre ayuda. Tiene diálogos formidables, unos actores que bordan sus papeles y enternecen con sus interpretaciones; la química entre Cooper y Lawrence se sale de la pantalla, regalándonos a los espectadores una joya que visitar.

Y hasta aquí la última recomendación de *DiFrikiTertulia*, espero que la tengas presente.

Volviendo a lo que te estaba contando, Tiago se molestó conmigo por mis acusaciones.

—¡Por favor, Di! No intento arrastrarte a ninguna parte y menos a la negatividad, solo quiero que seas realista, que no te hagas falsas ilusiones. No quiero que, cuando estas se esfumen, te hagan daño. Desde que nos conocemos

lo único que he intentado es protegerte.

—Entiendo lo que dices, pero la esperanza de que Bi esté bien es lo único que consigue mantenerme en pie —admití, acongojándome—, dispuesta a luchar, a seguir. Encontrarla sana y salva es mi único objetivo y, sin eso, no me queda nada, me volvería loca —acepté.

Expresar esa idea en voz alta, hacerla real por pronunciarla, me hizo darme cuenta de que Bi podía no estar sana y salva, podría estar retenida o algo mucho peor, en lo que no quería pensar, pero que ya lo estaba haciendo.

Agaché la cabeza y dejé que mi cabello ocultara mi rostro, observando las cosas de Bi en la maleta abierta. A mi mente vinieron recuerdos, fragmentos de momentos juntas que me emocionaron, instantes irrelevantes y sin importancia que, de no encontrarla, no volverían a repetirse. La angustia me poseyó, la idea de que ella no estuviera bien me golpeó con contundencia y mis ojos se llenaron de lágrimas que fui incapaz de ocultar. Salieron veloces, una detrás de otra, rodando por mis mejillas en silencio.

No sé si él supo que estaba llorando, lo hacía en silencio, pero se puso junto a mí y me acarició la espalda, compadeciéndose de mí seguramente, pero no me importó. Me giré.

—No puedo más —me lamenté mirándolo a los ojos.

Lo abracé por la cintura, ocultándome. Necesitada de apoyo, consuelo, de un *todo saldrá bien*. Al instante sus brazos rodeaban mi cuerpo y allí, frente a su pecho, rodeada de él y de su particular aroma que ya era capaz de reconocer, me refugié, dejé que la angustia se liberara, que la ansiedad por todo lo ocurrido se desatara.

—Lo estás haciendo muy bien —dijo sobre mi pelo—, pronto habrá acabado —aseguró acariciándome la espalda, tratando de consolarme.

Alcé el rostro, iba a preguntarle si de verdad lo creía, pero el pesar que encontré en sus ojos detuvo mis palabras. Sin dejar de abrazarme limpió la humedad de mis mejillas, con el dedo índice y pulgar en cada lado. Dudó un momento, pude verlo, pasó mi pelo detrás de la oreja y me besó la frente. Volvió a abrazarme con ganas, como yo lo estaba haciendo. No fue un abrazo contenido, como me estaba tratando desde el día anterior.

Me serené; no fueron sus palabras, sino su fuerte abrazo, la seguridad que

encontré allí, contra su cuerpo, el calor que me transmitía. Cogí aire con ganas y lo solté despacio, me concentré en mi respiración, en el latir de su corazón, y dejé de llorar, me calmó.

—Vayamos a comer a un sitio donde tengan wifi —comentó pasado un rato; alcé la cabeza para mirarlo— y comprobamos lo del móvil, ¿quieres?

—No tengo hambre —reconocí—, supongo que tú sí...

—Ya, pero tienes que comer, ambos debemos hacerlo, ahora somos proscritos —me sonrió y, aunque no era momento para bromas, mis labios se curvaron con los suyos—, huir gasta muchas energías, así que hay que reponer fuerzas —me soltó.

—Parece que sabes mucho de huir —lo miré, preguntándome qué era él.

—Bueno —volvió a sonreír—, no sé mucho de nada y sé un poco de todo —contestó, sin darme una respuesta a mis dudas sobre él. Cerró el maletero—. Vamos —me animó.

Afirmé y me acarició la mejilla. Nos separamos y volvimos al interior del coche. Dejé el maletín fucsia de Bi, nada formal, sobre mis rodillas y, en cuanto me puse el cinturón, emprendimos la marcha.

—¿Me dejas que pida por ti? —me preguntó ya en el restaurante.

Afirmé con la cabeza sin mirarlo, indiferente, molesta en realidad. Nada más entrar al restaurante había pedido la clave wifi. Sí, yo, pidiendo algo, un espectáculo digno de verse, intentando hacerme entender con mímica. Tiago había aprovechado para quitarme el maletín y no pensaba devolvérmelo hasta después de comer. Pude pelear por él, pero lo último que necesitábamos era llamar la atención y, de todas maneras, él tenía razón; si funcionaba lo de encontrar el móvil de Bi y nos daba la ubicación de dónde estaba, no comería. Pero que tuviera razón no quiere decir que no estuviera molesta, me estaba frenando y yo sentí que no podía seguir perdiendo el tiempo, necesitaba encontrarla.

—No te enfades, Di —me pidió en cuanto nos quedamos solos.

—¿Siempre eres tan agresivo? —intenté pillarlo con la guardia baja.

—¡Ja! —soltó—. Eso sí que no me lo esperaba... ¿Crees que soy agresivo? —se llevó los puños a la boca, jugando con ellos, ocultando una sonrisa que pude oír en su pregunta.

—No, claro que no —lo miré a los ojos—, tu amabilidad con el equipo de Alex, Alex incluido, me ha deslumbrado, se nota que tienes don de gentes —afirmé frunciendo el ceño.

—Ya —contestó. En ese momento volvió el camarero con las bebidas y esperó a que se marchara para seguir hablando—. A ti se te nota que te escudas en ese falso..., no sé si llamarlo cinismo o ironía... Bueno, en esa pose falsa para que nada llegue a ti y te dañe.

—Qué bien me conoces —ironicé.

—Mejor de lo que crees —aseguró.

—¿Qué vas a saber tú de mí? —discutí.

—Sé que ahora mismo estás frustrada, y que piensas pagarla conmigo, aunque sabes que no me lo merezco y que eso después te torturará. Lo sabes, pero ahora no te importa, porque necesitas desahogarte y yo soy el blanco perfecto; no porque sea la única persona que está a tu lado, sino porque te has abierto a mí y no te gusta mostrarte vulnerable delante de nadie, así que te da igual arrepentirte, ahora necesitas hacerte la dura.

No se equivocaba; sí, estaba frustrada y sentía la necesidad de sacar parte de mi mala onda, y en efecto, él era el blanco de mi diana. A pesar de lo comprensivo que estaba siendo conmigo, a pesar de cómo me estaba ayudando, quería herirlo, verbalmente, por no dejarme hacer las cosas a mi manera y permitirme buscar a Bi en lugar de comer.

—¿También sabes un poco de psicología? —me burlé de lo que me había dicho.

—Ya te he dicho que sé un poco de todo —contestó—. No te preocupes, si necesitas desahogarte conmigo, a mí no me importa; digas lo que digas, me han dicho cosas peores.

—¿Como cuáles? —demandé interesada, cogiendo mi refresco azucarado.

—La sutileza no es tu fuerte —contestó.

—A diferencia de ti, que eres un libro abierto. Ni siquiera sé tu apellido —advertí.

—Es McClane —contestó y solté una carcajada incrédula—. Tiago Joseph McClane —dijo—. No sé qué te hace tanta gracia —sonrió mirándome.

—Ya sabía yo que ibas de tipo duro, ¿no serás familia de John McClane?

—Jungla de cristal —contestó—, ja ja —sonreí negando con la cabeza—. Juguemos a un juego —me ofreció—, solo hasta que traigan la comida —advirtió.

—¿Qué juego? —demandé preguntándome a qué venía aquello.

—A las preguntas —respondió—, seamos sinceros el uno con el otro.

—Las personas normales suelen llamar a ese juego conversar —puntualicé.

—¿De veras?

—¿Quién es el sarcástico ahora? —alcé una ceja mirándolo con chulería.

—Vale —contestó—, te dejo empezar a ti: ¿qué quieres saber de mí?

Todo, lo quería saber todo, empezando por qué era, pero decidí tirar por otro lado.

—¿Cómo conociste a Bi? ¿Cuánto hace?

—Conocí a Bi hará cosa de tres años —contestó—, justo antes de su divorcio. ¿Conoces a Matthew? —afirmé. Era uno de los mejores amigos de Bi, lo que en mi barrio llaman una loca del coño, muy gay, y divertido como él solo—. Tu hermana se metió en un lio y Matt me pidió que le echara una mano.

—¿Qué lio? —me interesé.

—No es así como se juega, Diana —me riñó con dulzura—. Me toca a mí preguntar.

—Adelante —cedí dándole un trago a mi refresco.

—¿Confías en el arqueólogo?

—Ya —sonreí—, muy sutil —se encogió de hombros—. Sí —respondí sin pensarlo mucho—, después de cómo trató el descubrimiento de la tumba de la princesa, en especial el brazalete, no las tenía todas conmigo, tampoco Bi, pero ahora creo que no oculta sus intenciones, lo único que le preocupa es el jodido brazalete y ser sincero siempre suma. ¿Te habrías atrevido a pegarle?

—¡Ja! —soltó altivo—. ¿Crees que no podría con él?

—No —me reí—, creo que te habría hecho un cromo y ahora yo estaría en un calabozo —cogí mi vaso—. Gracias por sacarme de allí —dije para después ocultarme tras el vaso.

—Ha sido un placer que eligieras venir conmigo.

Nos observamos en silencio. Ahora, echando la vista atrás, soy consciente de que no había necesitado atacarlo para sacarme aquel mal *yuyu* de encima, ya que con sutileza e ingenio me hizo salir de aquella espiral, pensar en otras cosas, sentirme mejor conmigo misma.

El móvil de Bi

Creo que lo que Tiago pidió para mí se llamaba Muskan. Era una carne de pollo con cebolla, muy especiada, que debo admitir fue la mejor comida que había probado desde que había puesto un pie en aquel maldito país.

Por la mañana, cuando hablábamos de la mítica saga galáctica, había dejado caer el especial que hice de ella en mi programa. Durante la comida, se interesó por el programa, y hablar de algo que no fuera Bi, el brazalete, sospechas y hechos, la policía, ni el hecho de que me persiguieran como a una asesina me sentó muy bien. Ahora me parece imposible, pero así fue, desconecté por un rato y la comida fue tranquila y agradable.

Pero la calma no puede durar para siempre y, en cuanto retiraron los platos vacíos, quise hacer lo que habíamos ido a hacer allí, rastrear el móvil de Bi.

Su rostro se ensombreció y con renuencia me tendió el maletín. Por si se arrepentía lo cogí al vuelo; habíamos pasado una hora amena, entretenida, una hora en la que Bi podría haber estado sufriendo, y en cuanto el maletín estuvo en mis manos pensé en ello.

Tiago pidió los cafés mientras yo sacaba el *Mac*. Pude sentirlo observándome sobre la pantalla; intenté ignorarlo mientras el ordenador se encendía, más despacio de lo que lo había hecho nunca. La espera fue larguísima, aunque a lo sumo fueron un par de minutos.

Con las claves de Bi entrar me llevó el tiempo de introducir las credenciales; cuando entraba en *I Cloud*, Tiago ya tomaba su café mientras un té para mí esperaba a un lado.

—¿Jordania? —pregunté mirando la pantalla sin comprender.

—¿Qué pasa en Jordania? —preguntó Tiago.

—El móvil de Bi —dije señalando la pantalla sin comprender—; según esto —alejé la imagen—, me ha parecido...

—Debe haber algún error, déjame ver —cogió la pantalla del portátil y me lo quitó.

—¡Eh! —me quejé.

—Joder, Di —dijo mirando la pantalla—, qué mal te orientas —se rio de mí echándome un vistazo sobre la pantalla. Miré sus ojos y quise enseñarle la lengua, una acción tonta, infantil y fuera de lugar que me guardé por los pelos—, menos mal que conduzco yo, porque al parecer no sabes leer un mapa, ¿dónde has visto Jordania?

—Me ha parecido...

—Tu prima está en el hotel, o al menos su móvil —apuntó.

—¿En el hotel? —demandé.

—Sí, en el de las burbujas —giró la pantalla para que lo viera.

—Eran esferas —lo corregí, picada porque se hubiera burlado de mí.

—¿No es lo mismo?

—Puede que no sepa leer un mapa, pero sé cuál es la diferencia entre esfera y burbuja.

—Ilústrame —me pidió, tomándose el pelo, apoyándose en la silla de forma desenfadada mientras se llevaba la tacita a los labios.

—Vete a la mierda —contesté y él sonrió—. ¡Vamos a buscarla! —pedí con energías renovadas.

Supongo que la comida en mi estómago ayudaba a estar de mejor humor, en eso me parezco a un hombre, con el estómago lleno todo me parece menos malo, alcanzable.

—Ve al baño mientras me encargo de la cuenta —me dijo y yo alcé una ceja—. ¿Hay que explicártelo todo? —alcé la otra ceja—. Tenemos que ir a buscar el otro coche, no podemos seguir con el Jeep, es reconocible, además tiene dos disparos en la carrocería. Habrá que ir a buscar el otro coche antes de ir al hotel y tardaremos al menos un par de horas en ir y volver, así que es mejor tener la vejiga vacía.

—Pues alquilemos otro —resolví—, no podemos perder dos horas. ¿Qué está más cerca? —pregunté segura de que era lo primero—. ¿El hotel o el coche?

—El hotel —contestó él.

—Alquilemos un coche por aquí —insistí—, de ese modo no perderemos

tanto tiempo.

—Te olvidas de que nos busca la policía —miró a nuestro alrededor—, no podemos usar tus tarjetas, y después de lo ocurrido, no creo que las mías sean muy seguras tampoco, al igual que nuestros permisos de conducir. ¿Tienes dinero?

—Tengo la tarjeta.

—Tarjeta que no podemos usar —me repitió cerrando la tapa de la pantalla—, a mí aún me queda algo, pero no podemos despilfarrarlo. ¿Tienes efectivo?

—No —reconocí.

—Ve al baño mientras pago, nos queda un largo camino por delante —resolvió.

Qué odioso es querer hacer las cosas de cierta manera y que las circunstancias te golpeen en la cara, llevándote por otro lado. Tiago tenía razón, así que no protesté más.

Siguiendo su plan, cogí el turismo y conduje detrás de él, siguiéndolo, tentada de dejarlo allí e ir a por Bi, pero estaba segura de que sería la mayor estupidez que podía cometer, y eso que en mi vida había hecho muchas de esas. Lo seguí hasta una zona alejada y poco transitada; vaciamos el Jeep, la maleta de Bi, el teléfono satélite y poco más, lo cargamos en el utilitario y abandonamos el Jeep junto a un hotel, como un señuelo. En el centro de una ciudad cuyo nombre no es que no recuerde, es que nunca supe.

Por fin estábamos en marcha, íbamos a por Bi y estaba segura de que la encontraría, aunque no tenía ni idea de por qué no había contactado conmigo, o contestado a mis numerosas llamadas, pero tenía claro que todo tendría una explicación, seguramente la más tonta.

—¿A dónde te crees que vas? —me cogió Tiago de la muñeca.

—A buscar a Bi, obviamente —contesté observando a mi alrededor.

—Allí hay dos cadáveres —me recordó—, está lleno de policías que ya te están buscando y yo he noqueado a uno de los suyos, no creo que sea una buena idea.

—¿Qué propones que hagamos entonces? —demandé poco dispuesta a hacer lo que dijera—. ¿Quedarnos aquí sin hacer nada? ¿Perdiendo el tiempo

mientras Bi está ahí dentro con ellos? ¡Puede que la acusen a ella de asesinato!
¡No puedo quedarme aquí!

—Lo que propongo es que volvamos más tarde, cuando la cosa esté más tranquila, ni siquiera sabes si Bi está ahí dentro.

—Sé que lo está —discutí mirando hacia allí, donde dos policías se subían en un coche.

—No, no lo sabes, quieres creer que es así porque necesitas saber dónde está, qué está bien, pero no lo sabes, ni siquiera es intuición, es pura cabezonería.

—Tú no lo entiendes —me quejé.

—Claro que lo entiendo —tiró de mi muñeca con delicadeza para que lo mirara—, mejor de lo que crees —aseguró—. Al final haremos lo que tú quieras —aseguró mirándome a los ojos—, pero no sabemos con certeza que esté ahí; de hecho, no tiene sentido que haya vuelto. No quiero que eso te desanime o que creas que intento que te vengas abajo —me acarició el interior de la muñeca con el dedo pulgar—. Lo que quiero es que seas precavida. Podemos venir de noche, en un par de horas —apuntó—. Si está, perfecto; si no, volveremos a buscar su móvil, lo rastreamos y lo seguiremos otra vez.

Miré al exterior, muy consciente de su mano tocándome de aquella forma tan tierna y afectuosa, tan íntima a la vez que respetuosa. Tiago siempre me tocaba de aquella forma, y creo que fue en aquel momento que empecé a ser verdaderamente consciente.

—¿Y qué propones que hagamos mientras tanto? Porque a mí me va a dar algo.

—Buscar información de Abasi.

—¡No sabemos nada de él! —le recordé—. Alex no me ha dicho dónde encontrarlo.

—No he dicho que vayamos a buscarlo —me recordó él a mí, relajándose con su tenue caricia—, he dicho que busquemos información, y sé dónde encontrarla.

Mirándolo a los ojos afirmé, tan levemente, tan poco convencida, que no creí que se diera cuenta de que estaba cediendo, pero lo hizo, me soltó y nos marchamos.

Marchamos del desierto y volvimos a la civilización. Fumamos una pipa con un té en un café con wifi; sorprendentemente me relajó un poco, aunque mi mayor bálsamo era él, poder contar con Tiago, que supiera en todo momento qué hacer, aunque me dejara a mí decidir, cosa de la que también era consciente y estaba silenciosamente agradecida.

No tengo ni idea de dónde se metió; no es que buscara a Abasi en Google, imagino que debía ser lo que llaman internet profunda, solo apta para aquellos que saben dónde encontrarla, en los que por supuesto, no estoy yo. Lo encontré y no fue nada alentador. Era mucho peor de lo que creía. Sí, como Alex había dicho, no solo traficaba con arte, desde luego, dedujimos que estaba metido en cosas mucho más oscuras, como armas y trata de blancas. Dejé de mirar y me centré en la pipa, tratando de evadirme, de volar lejos de allí, de la información que Tiago me daba, de la desaparición de Bi, de todo lo ocurrido desde que pusimos un pie en aquel maldito país. ¿Crees que lo conseguí? Pues, a decir verdad, logré evadirme, pero no alejarme. Me sorprendí a mí misma pensando en si cuando encontráramos a Bi y saliéramos de allí Tiago y yo volveríamos a vernos, si podríamos ser amigos, si tendríamos algo que nos uniera que no fueran las circunstancias.

Ya era de noche cuando salimos del café; habíamos comprobado la ubicación del móvil de Bi y seguía en el hotel de las esferas, así que fuimos allí. No aparcamos en el parking de clientes, sino que escondimos el coche tras un montículo y fuimos andando. En la negrura de la noche la dirección era muy obvia en medio de la nada del desierto, y aquella oscuridad era nuestra mejor aliada, ya que nadie reparó en nosotros. Nos colamos en el recinto sin ningún problema y fuimos a la parcela que compartí con Bi un par de días antes; la cinta policial impedía el paso, pero por supuesto eso no nos detuvo.

Aunque tenía la llave, la puerta estaba abierta, así que no la necesitamos.

—Déjame entrar primero —me pidió Tiago y le cedí el paso sin ni siquiera pensarlo.

Lo seguí, encendimos las luces a nuestro paso, ligero. Bi no estaba allí, era obvio, ahora lo es, pero en aquel momento no era consciente, esperaba encontrarla, la imaginaba metida en la cama, fingiendo dormir para darme un susto cuando me acercara, ¿te lo puedes creer? A mí también me cuesta creer lo perturbada que estaba, pero sí, lo estaba.

Con desánimo comprendí que Bi no estaba allí, que no había vuelto, todo seguía como lo dejamos, lleno de sangre por todas partes.

—Llámalala —me pidió Tiago.

Lo hice, la llamé y dio tono, pero no contestó. Con pasos lentos y largos, como en un sueño en el que te mueves por inercia sin ser consciente de lo que haces, me alejé de él. Entré en la esfera-sala de estar, apagué la luz y me senté en la oscuridad. Me sentía noqueada y superada por los acontecimientos, observando el vasto e infinito cielo plagado de estrellas; me angustié pensando que ya estaba, no había más pistas que seguir, no había rastros. Bi había desaparecido y todos nuestros intentos habían sido inútiles.

—Vuelve a llamar —me gritó Tiago.

Había saltado el contestador, pero ni siquiera había escuchado el mensaje. Hice rellamada sin dejar ningún mensaje, ¿para qué?

La luz se encendió, me giré y observé a Tiago entrar en la habitación.

—Apenas le queda batería —me tendió el móvil de Bi—, estaba debajo de la cama.

—Tenías razón —dije sin cogerlo—, no había motivo para que volviera.

—Deberíamos irnos —sugirió—, seguro que la policía ha pedido al hotel que les avise si vuelves y han podido ver las luces.

—De acuerdo —afirmé y volví la cabeza al exterior, pero ya no pude ver el cielo.

Desanimados volvimos al hotel, Tiago intentó darme conversación, pero fui incapaz de seguirla. Al llegar, me preguntó dónde cenar, le pedí que lo hiciéramos en la habitación. No tenía ganas de estar en público, de mantener el tipo, tampoco de comer.

Me di una ducha, larga, demasiada larga. En dos ocasiones, Tiago llamó a la puerta preguntándome si estaba bien, advirtiéndome que la cena se enfriaba, le pedí que fuera cenando él y cuando salí del cuarto de baño me metí en la cama sin mediar palabra.

Aquella noche me dormí llorando, en la oscuridad, no encontré palabras de consuelo por parte de Tiago, puede que se hubiera dormido o puede que no, pero preferí pensar que sí, que no se daba cuenta de lo débil que era.

¿Tú querrías que alguien te viera tan vulnerable? Estoy segura de que la respuesta variará según quién responda, que habrá quien afirme con rotundidad e imagino, incluso puedo comprender el por qué, pero ese no fue mi caso. ¿Significa eso que soy orgullosa? ¿Que en aquel momento mi orgullo valía más que mi bienestar?

Lo que daría ahora porque volvieran a consolarme una última vez...

La duda que me mantuvo en pie se esfuma

Al despertar, Tiago no estaba; supuse que había ido a por el desayuno, como el día anterior. Me levanté y en el baño me preparé para un nuevo día; al salir todavía no había vuelto. En aquel momento habría llamado a Bi, pero ya sabía que no iba a contestar. No sabía qué hacer e hice lo que hubiera hecho en cualquier momento: llenar el silencio, el vacío y el no saber qué hacer con algo que me entretuviera. Encendí el televisor.

Supongo que puedes imaginarte lo que debí encontrar en el noticiario matinal, no entendí ni media palabra, aunque tampoco es que estuviera mucho por él. Miraba sin ver, acariciando el brazalete de forma distraída bajo la ropa, preguntándome si debía decirle a Tiago que lo tenía. Quería decírselo, la necesidad de ser sincera había germinado en mí; a pesar de ello, seguía teniendo dudas y no sabía qué era lo mejor. No es que pensara que fuera a robármelo y a esfumarse, no lo creía capaz de eso, pero aun así...

Consultaba el reloj preguntándome cuánto llevaba fuera Tiago, intranquila, preocupada, cuando escuché el nombre de Bianca González salir del televisor y alcé la mirada. En la pantalla, el presentador hablaba sin cesar con la foto de Bi sobre su hombro izquierdo, hasta que un minuto después sustituyeron su foto por la mía. Aquel hombre hablaba y hablaba sin que entendiera una palabra, pero podía imaginarme lo que decían.

Me dejó en shock, aquello no podía ser real, no podía estar pasando; no es que lo ocurrido hasta ese momento fuera lo más normal del mundo, pero ver tu cara en un noticiario junto a la de Bi era otra cosa. No había entendido una sola palabra de lo que habían dicho, pero podía imaginarlo y me aterraba la conclusión a la que había llegado.

Todo parecía ir a cámara lenta; observé la habitación, temiendo desplomarme de un momento a otro, y entonces me fijé en el teléfono. Volví a mirar el televisor; nosotras no salíamos, hablaban de otros temas. Descolgué el teléfono y llamé, en trance.

—¡Papá! —contesté con el corazón encogido al volver a escuchar su voz.

Había hablado con él hacía pocos días, al día siguiente de llegar a Siria, pero aquel momento me parecía muy lejano y, al escuchar su voz, me di cuenta de cuánta falta me hacía, de cómo lo echaba de menos, de cuánto lo necesitaba.

—¡Di! —exclamó mi padre—. ¿Estás bien, nena? —se me cerró la garganta mientras las lágrimas seguían cayendo de mis ojos, imparables—. ¿Dónde estás? No, no me lo digas —aquello me sorprendió, incluso en mi estado de estupor—. Solo dime si estás bien.

—No, no estoy bien papá —intenté no romper a llorar, mantener la angustia que estrangulaba mi voz oculta—, ha pasado algo...

—Escúchame —pidió callándome—, no digas nada, no es seguro hablar por teléfono.

—¿Qué? —demandé sin comprender.

—Ayer vino la poli preguntando por ti.

—¿Cómo?

—No solo eso, hace un rato han estado aquí los federales, se acaban de ir.

—¿Federales? ¿Federales españoles? ¿Eso existe?

—No, federales americanos. Bianca tenía doble nacionalidad y van tras de ti... Escúchame Diana, no digas nada —me apremió hablándome rápido mientras yo solo podía intentar procesar lo que me contaba—. No sé cómo decirte esto, pero no podemos alargar la conversación por más que quiera... Podrían localizarte...

—Papá... —rompí a llorar.

—Escóndete hasta que todo se aclare, huye. ¿Me entiendes?

—No, no entiendo nada, papá —reconocí—. ¿Están buscando a Bi?

—¿Tienes alguien en quien confiar?

—Sí —pensé en Tiago—, creo que sí, me están ayudando.

—Bien, sé que tú no le has hecho nada a tu prima, así que solo mantente a salvo y escondida hasta que todo se aclare. Si pudiera, iría a por ti ahora mismo...

—¿La han encontrado, papá? —demandé—. ¿Han encontrado a Bi? ¿Está bien?

—Escúchame, sé que tú no le has hecho daño, todos los que os conocemos lo sabemos, pero ellos no, así que no digas nada, escóndete y no dejes que te encuentren. Debo colgar.

—No papá —le supliqué—, contéstame —le pedí—, ¿han encontrado a Bi?

—Di, por favor, tienes que dejar de preocuparte por tu prima y mirar solo por ti —contestó—. No puedes hacer nada por ella...

—¿Cómo que no puedo hacer nada por ella? —le interrumpí—. ¿Qué quiere decir eso?

—Te acusan de asesinato —me quedé en shock—. Lo siento Di, pero tengo que dejarte, nena. Cuídate mucho, escóndete y no dejes que te atrapen hasta que se aclare...

—Papá...

—Te quiero hija.

—Papá —lloré dejándome la garganta—, papá, papá por favor...

Ya había colgado; por inercia dejé el auricular en su sitio, colgando a mi vez.

Bianca estaba muerta; mi padre no había querido decírmelo, pero al final lo había hecho y me acusaban a mí. Me quedé allí quieta, pensando, y por mi mente pasó de todo, incluso la idea de que fuera cierto, aunque pueda parecerle mentira, en aquel momento pensé que cualquier cosa podía ser posible. Desperté amnésica y cubierta de sangre y Bi ya no estaba.

—Di —me tocó alguien, sacándome del trance. Sobresaltada me giré, era Tiago—, hay mucha policía en la calle, puede ser por nosotros, tenemos que irnos —me advirtió.

Lo miré a los ojos y no me moví, me sentía incapaz hasta de pestañear. Pude sentir el terror recorriendo mi cuerpo con un hormigueo, apoderándose de todo cuanto era y soy.

—Me acusan de asesinato —dije mirando sus ojos—, he llamado a mi padre; el FBI ha estado en casa, creen que yo he matado a Bi. Está muerta —sentenció rota de dolor.

—¿Por qué has llamado?

—En la tele han salido nuestros rostros —señalé la tele sintiendo la angustia más profunda y asfixiante de mi vida—. Está muerta, Tiago —me rompía en mil pedazos—, puede que yo la matara —le supliqué con la mirada que me lo explicara, ya que yo no entendía nada.

—Escúchame —me cogió a ambos lados de la cabeza y me obligó a levantarme de la cama—, no vuelvas a decir eso, ¿me oyes? —me apremió—. Tú no has matado a tu prima.

—No lo sé —negué y empezó a faltarme el aire—, yo... no me acuerdo —seguí como pude con la voz estrangulada—, no me acuerdo... de nada... Y ya viste cómo desperté.

—Espera, Di —acercó su rostro al mío—. Relájate —me pidió—, respira, respira conmigo —me soltó un lado de la cara y atrapó una de mis temblorosas manos. La colocó sobre su pecho—. Escúchalo, siéntelo —me pidió apretándola contra su corazón. Lo intenté—, despacio, respira o te marearás —me advirtió—. Relájate —volvió a pedirme antes de besarme la frente. Estaba hiperventilando, me estaba mareando, me faltaba el aire—. Siente mi corazón, escucha cómo late, relájate —me pidió pegando su frente con la mía. Afirmé levemente e intenté hacer lo que me pedía. Mi mirada viajaba de sus oscuros ojos azules preocupados a sus labios, que respiraban sobre mi boca. Intenté hacer lo mismo, respirar, y pude sentir el latir de su corazón embravecido—. Bien, así, despacio, muy bien cariño, despacio —consiguió relajarme—. Bien, deja que el aire entre. ¿Mejor?

—Sí —respondí sin moverme ni un centímetro.

Separó su frente de la mía y me soltó la mano, pero yo la mantuve donde estaba, acompasando mis latidos a los suyos, que dudo que fueran mucho más veloces. Sentía su corazón golpear rápido y con fuerza.

—Vale —apartó un mechón de mi rostro—, poco a poco, no puedes alterarte así.

—Puede que lo hiciera —reconocí—. ¿Por qué lo haría?

—Me da igual la sangre o lo que hayan encontrado, tú no le has hecho nada a Bi —aseguró—. Ni se te ocurra volver a pensar en eso, ¿me entiendes?

—Pero...

—Ni pero ni hostias, joder! —exclamó sorprendiéndome—. Eres honesta y bondadosa —relajó el tono y yo lo miré culpable; no lo era, no había sido sincera con él—. Lo que sientes por ella es la forma más elemental y primitiva del amor, puro, sincero y generoso. Tú nunca le harías daño, no vuelvas a dudar de ti misma —afirmé—. ¿Te sientes mejor?

—Sí —reconocí, la mano sobre su pecho se hizo un puño y lo atraje hacia a mí. Lo abracé por la cintura y me escondí en su pecho.

—Todo saldrá bien —aseguró sobre mi cabello, estrechándome con un brazo, haciéndome sentir pequeña y protegida contra su torso, en el que oía su corazón latir con el mismo vigor y empuje; con la otra mano me acarició el pelo—. Deberíamos irnos.

Alcé el rostro y me encontré con su mirada.

—La poli está aquí —recordé abatida, exhausta.

—Sí, demasiada poli; creo que nos han localizado, pero parece que aún no saben dónde estamos exactamente. Cuanto más esperemos más habrá y más estrecharan el cerco.

—Tiago —dije abrazada a él, temiendo hacer lo que debía, lo que quería, que era ser sincera con él de una vez por todas. Mirando sus ojos me reafirmé en que él merecía la verdad y eso despejó mis dudas—, no te he dicho toda la verdad —reconocí.

—¿Sobre qué? —preguntó sin alterarse y me colocó un mechón tras la oreja.

—Te estás jugando la vida por mí y no he sido sincera.

—Puedes serlo ahora —aseguró mirando mis ojos—, cuéntamelo —pidió con dulzura.

25

Confianza

Siento haberte dejado a medias, me venció el sueño y caí rendida.

He vuelto a soñar con Bi con esa túnica blanca impoluta, como la última vez. Me miraba desde la puerta; con la luz iluminándola desde atrás, parecía brillar como un ángel.

—Se acaba el tiempo —ha dicho.

—Te echo de menos —le he contestado—, tanto que me cuesta respirar.

—Pronto estaremos juntas.

—¿Cuándo? —le he preguntado ansiosa por saber, por estar con ella.

—No te queda mucho tiempo —me ha advertido—, tienes que darte prisa si quieres acabar lo que has empezado. Te quiero hermanita.

—Y yo a ti Bi —le he dicho con voz rota.

La puerta se ha cerrado; me he acercado a la rendija de luz y aquí estoy, dispuesta a acabar lo único que puedo hacer aquí: contarte mi historia.

Nos quedamos en la habitación con Tiago, estaba a punto de contarle lo que le había estado ocultando todo aquel tiempo. Debes saber que, a medida que fui conociendo mejor a Tiago, me fue sorprendiendo más y más lo increíblemente dulce que podía llegar a ser conmigo y lo duro que era con todos los demás. Temía que aquello cambiara, había pasado de ser un desconocido a ser mi ancla, mi puerto seguro, y no quería decepcionarlo, perderlo. Me daba miedo que cambiara, que cambiara conmigo, pero debía ser sincera con él, ambos lo necesitábamos y él se lo merecía.

Me separé de él, y no porque quisiera hacerlo, era lo último que habría hecho. Cuando le dijera la verdad era más que probable que no volviera a tocarme como lo hacía, que no me protegiera de la misma forma intensa y que no encontrara otro refugio como el que habían resultado ser sus brazos.

Me quedé frente a él y me quité la chaqueta; alzó las cejas, seguramente preguntándose qué estaba haciendo. Dejé la chaqueta sobre la cama y me giré enseñándole el brazo derecho sin dejar de mirarlo. Enseguida reparó en él.

—¿Es el brazalete de Anubis? —preguntó cogiéndome el brazo para observarlo.

—Sí —contesté, consciente de cómo siempre me tocaba con aquel respeto.

—¿Lo has tenido todo este tiempo? —preguntó sin un ápice de enfado, soltándome.

—Así es —afirmé, esperando su enfado.

—Y no me lo has dicho hasta ahora —dejó de mirar la joya para fijar sus ojos en mí.

—No te conocía, no confiaba en ti, por eso no te lo he dicho antes —me justifiqué.

—¿Confías en mí ahora? —demandó él.

—Sin duda —contesté—, eres la única persona en la que puedo confiar aquí.

—¿Lo has llevado puesto en todo momento? —afirmé—. ¿Estás loca? —se envaró—. ¿Te das cuenta de lo peligroso que ha sido eso? Hemos ido a todas partes con el tesoro que todos buscan, alguien podría haberse dado cuenta... ¡Joder, Di! ¿En qué pensabas?

—Pues, no sé —reconocí—, pensé que mi brazo era el lugar más seguro —dije a la defensiva—, no me separaría de él y de esa forma nadie me lo robaría ni lo perdería.

Desde la calle llegaron voces, había mucho jaleo. Tiago se acercó a la ventana.

—Hay que irse —resolvió volviendo a por mí. Me cogió de la mano—, ahora mismo.

—¿Qué pasa?

—Saben que estamos aquí —sentenció cogiendo mi chaqueta—, está lleno de polis, ya vienen —miró a su alrededor—. Habrá que dejarlo todo atrás —me advirtió dándome la chaqueta—. Vámonos —me apremió.

—Espera —le pedí tirando de su mano—, necesitaremos nuestras cosas.

Observé la habitación, allí estaban todas nuestras cosas, las de Bi; sentí una sacudida en el pecho al pensar que ella ya no estaba, que estaba muerta, pero la mano de Tiago tirando de mí hizo que no me entregara al dolor que sentía al pensar en ello.

—No, necesitamos salir de aquí antes de que suban, vamos.

—Espera —le pedí de nuevo; corrí al baño y cogí los cepillos de dientes y el dentífrico, volví y los metí en el bolso—, vale, vámonos.

Salimos de la habitación en dirección a la escalera, donde pudimos oír cómo subían, en tromba, sin ninguna discreción. Me agarré a Tiago, acojonada; rodeé su brazo con el mío ocultándome junto a él y lo miré, preguntándome qué hacer. Pensé que era el final.

—Habrá que ir por arriba —dijo en voz baja.

—Nunca hay que huir hacia arriba —discutí—, es de primero de peli de terror.

Sonrió, levemente, pero lo hizo.

—Arriba podemos tener alguna posibilidad, aquí ninguna —sentenció tirando de mí.

Le solté el brazo, pero no la mano, y subimos a la carrera hasta la azotea, que estaba dos plantas por encima. La puerta no estaba cerrada con llave y pudimos salir sin problemas. La adrenalina corría por mi cuerpo, en shock por los acontecimientos.

Tiago cerró la puerta y yo miré alrededor; volvía a hacer calor, el sol me deslumbró por un momento y, al ver lo que nos rodeaba, tuve claro que de aquella no íbamos a salir. Que en esa ocasión no había escapatoria.

—¿Ahora qué? Aquí no hay nada —dije nerviosa—, se acabó.

—No hemos llegado hasta aquí para nada —aseguró soltándome la mano.

Recorrió el perímetro del edificio corriendo mientras yo me acercaba con pasos lentos pero decididos al lado que daba a la calle. Me acusaban de asesinato y adornando mi brazo estaba el móvil del crimen. Pensé que estaba jodida, y aunque no lo creas, observando a Tiago ir de un lado para otro como un loco, solo pensaba cómo exculparlo. A mí me llevarían por delante, pero también a él, por cómplice, obstrucción a la justicia, alteración del orden, daños a la propiedad y a saber qué más.

Miré hacia abajo, había cuatro coches de policía cortando la calle, frente al hotel, y a pesar de la estrechez de la calle, un centenar de curiosos intentando averiguar qué pasaba.

—Ven, Di —volvió a cogerme la mano—, saltaremos.

—¿Saltar? —lo miré incrédula, dejando que tirara de mí.

Me dejé guiar pensando que estábamos en un cuarto o quinto piso, saltar era imposible, no quería matarme sin saber qué le había pasado a Bi. Me llevó hasta la parte de atrás del edificio y miré abajo.

—No puede ser más de un piso —señaló el edificio contiguo—; soy más ágil que tú, bajaré primero y te ayudaré —resolvió—. Podemos hacerlo —aseguró cogiéndome la cara para que lo mirara—, saldremos de esta, juntos —me miró a los ojos—. ¿Confías en mí? —afirmé, ciertamente no estaba tan alto. Me soltó y se subió a la barandilla, se dejó caer e hizo un aterrizaje perfecto. Miró hacia arriba, donde yo lo observaba—. Vamos Di —me apremió haciendo un gesto con la mano para animarme—, descuélgate y yo te sujetaré desde aquí abajo —aseguró alzando los brazos.

Miré atrás y volví a mirarlo a él, pensando que si me entregaba en aquel momento él podría escapar sin problemas. Había visto el brazaletes y no había mostrado más interés por él que por mí o mi seguridad, y aquello me hacía confiar. No parecía querer el brazaletes para él, y por eso suponía que lo trataría como era debido. Miré el brazaletes y me lo quité.

—Tienes que irte —sentencié envolviendo la joya en mi chaqueta.

—¿Qué? —demandó sin creermelo—. ¿De qué estás hablando?

—Cógelo —dejé caer la chaqueta con el tesoro dentro.

Cogió la chaqueta y miró de nuevo hacia arriba.

—¿Qué estás haciendo?

No te voy a mentir, tenía miedo, muchísimo, pero era la única salida que veía.

—Si me quedo, uno de los dos tendrá una posibilidad —contesté.

—No —respondió enfadado—, baja aquí ahora mismo —señaló el suelo.

—No dejes que caiga en manos de alguien que no lo trate como lo que es, una joya histórica, un tesoro que debe ser expuesto en un museo. Prométemelo, Tiago —le pedí.

—No, vamos Di, deja de decir tonterías —dejó la chaqueta en el suelo, demostrándome lo poco que le importaba el brazaletes, que para él yo era más

importante—, déjate caer y vayámonos juntos —me pidió—, podemos lograrlo, iremos a parar a la otra calle; mientras, ellos seguirán buscándonos aquí, por las habitaciones.

—Si me entrego dejarán de buscarnos, sabré lo que le ha pasado a Bi y tú podrás poner el brazalete a buen recaudo, en las manos apropiadas.

—¡Escúchame Diana! —me gritó enfadado—. Baja ahora mismo —me ordenó—. Compraremos ropa y pasaremos desapercibidos, la cosa se calmará y encontraremos a Bi.

—Está muerta, Tiago —le recordé—, mi padre...

—Tu padre ha dicho que te acusan de asesinato, pero no te ha dicho nada de ella, ni cómo murió, ni dónde la encontraron, ni qué pasó... Porque no lo sabe, Di. Baja conmigo —volvió a extender los brazos en mi dirección—, no hay tiempo. Confía en mí —miré hacia atrás, preguntándome cuándo aparecería la policía—. Vamos Di, ven conmigo —volví a mirarlo a él—, por favor, confía en mí.

Negué, no quería ser egoísta, quería ponerlo a salvo, pero también quería ir con él, buscar a Bi juntos en lugar de acabar en una cárcel siria. Entonces no sabía lo que pasaría, pero podía imaginármelo y, la verdad, no era muy diferente a lo que pensaba, aunque sí creí que estaría más acompañada. Me sentí incapaz de dejarlo ahí, aunque fuera por su bien, cuando me suplicaba que siguiera con él, que siguiéramos juntos, después de todo lo que me había demostrado.

—Intento darte una oportunidad —declaré.

—No lo hagas, no quiero que lo hagas, quiero que te mantengas a salvo conmigo, a mi lado.

Supongo que fui egotista, pero no me arrepiento de la decisión que tomé después de mirar hacia atrás, por donde de un momento a otro llegaría la policía. Volví a mirarlo a él, allí abajo, extendiendo los brazos para atraparme, pidiéndome que siguiéramos juntos, preparado para atraparme. Negué e hice lo mejor que pude hacer, que era ir con él.

Rodeé la barandilla pensando que me caería antes de tiempo, pero eso no ocurrió; pude cercarla sin problemas, aunque no tengo ni idea de cómo lo hice. Segura de que me cogería, me dejé caer. Al instante estaba entre sus brazos,

segura de nuevo.

—Casi me provocas un infarto —declaró aferrando mi cuerpo contra el suyo.

Me miró de una forma extraña, juro que creí que iba a besarme, besarme de verdad, dejarse de besitos protectores en la frente y besarme como sus ojos me decían que deseaba. No puedes imaginar cuánto deseé que lo hiciera, tanto que me pilló por sorpresa. En lugar de eso me estrechó con ganas y creo que lo hizo para no sucumbir.

—Eres impredecible —negó rodeándome con los brazos—, a veces pienso que vas a volverme loco —confesó—. ¿En qué estabas pensando? —me miró.

—En ti —contesté mirándolo con la misma intensidad que él.

—No vuelvas a hacerlo —contestó—, primero tú y luego los demás, sobre todo yo —quise preguntar por qué, pero me soltó y pude sentir cómo el momento se iba, escapando entre mis dedos, mientras yo quería alargarlo y extenderlo porque allí, entre sus brazos, nada malo iba a pasarme; allí el miedo podía disiparse, con suerte hasta desaparecer—. Tenemos que irnos —dijo recogiendo la chaqueta del suelo y ofreciéndomela.

La cogí, me puse el brazalete y me enfundé la prenda. Me cogió la mano y buscamos una salida. Aunque tenía pinta de terrado, no encontramos un acceso para salir más que una trampilla en el suelo cerrada con un candado que no íbamos a poder abrir.

—No hay salida —me soltó y se agachó para mirar el candado—, no puedo romper esto —alzó la cabeza buscando a su alrededor algo con que romperlo, imagino.

—Saltemos al edificio de al lado —dije mirando a la derecha—, hay un tendedero, tiene que haber un mejor acceso —deduje.

—Bien visto —me cogió la mano y cruzamos corriendo, con el sol aplastándonos.

—Está más alto de lo que parecía —comenté observando el balaustre que separaba un edificio de otro.

—Yo te ayudo —dijo uniendo sus manos para que pudiera apoyar el pie.

—¿Cómo subirás tú?

—Vamos, Di, no pierdas el tiempo y aligera.

Puse el pie entre sus manos y, al segundo, me impulsó hacia arriba; por poco paso de un edificio a otro con su fuerte empuje. Me quedé arriba, esperándolo. Retrocedió para coger carrerilla y se impulsó hacia arriba; le cogí del polo atrayéndolo hacia arriba.

Tal como llegó, bajó de un salto al otro lado y extendió las manos para volver a atraparme. Puse mis piernas en esa dirección y despacio me dejé caer por la cornisa. Sus manos me atraparon y me deslicé por ellas. Antes de tocar el suelo con mis pies, nuestras miradas se alinearon, observó mis labios puede que una décima de segundo en la que el tiempo pareció detenerse y deseé que me besara, que sus labios se posaran sobre los míos y perderme en un beso que me hiciera olvidar todo, que me llevara a un lugar donde sentirme a salvo, como el refugio en el que sus brazos se habían convertido.

Toqué el suelo y volví al momento presente, a la realidad. Estábamos huyendo y no había tiempo para miradas, besitos, ni ensoñaciones. Aparté la mirada y observé lo que nos rodeaba. En aquel terrado no había más que ropa tendida y una superficie que supusimos era el acceso para llegar hasta allí. Sin decir nada corrimos hacia allí; encontramos una puerta, pero estaba cerrada. ¿Crees que eso nos detuvo?

—¿Te deshiciste del móvil? —me preguntó golpeando la puerta a patadas.

—No —reconocí observándolo—, nos han pillado por eso, ¿verdad?

—Seguramente —cogió aire para dar otra patada—, aunque también es muy probable que ya sepan quién soy, pagué con mi tarjeta —volvió a patear la puerta y se abrió.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —observé el interior del edificio.

—Pasar desapercibidos para empezar —en lugar de entrar por la puerta como esperaba, se giró en dirección contraria, hasta el tendedero, cogió un pañuelo y volvió.

—¿Qué haces? —pregunté cuando me lo puso sobre la cabeza.

—Tu rostro sale en las noticias, llamas mucho la atención, así que debes camuflarte.

Alcé las cejas mientras me colocaba el pelo dentro y yo observaba su rostro tras aquella poblada barba de hípster que tan poco me agradaba, pero a la que

me había acostumbrado y sin la que no creía poder encontrarlo. Tiago era guapo; no es que tuviera el atractivo de Alex, que te abofeteaba y te dejaba medio lela en su presencia, pero no necesitaba todo aquel pelo en la cara, no había nada que ocultar, te lo digo yo que lo estaba mirando muy de cerca, que lo estudiaba sin cortarme un pelo.

Ajustó el pañuelo y lo cruzó en mi nuca, volviéndolo a traer a mi parte delantera y dejándolo sobre mis pechos. Metió los dedos en mi lado izquierdo, supongo que para esconder un mechón de pelo, y sin ni siquiera pensarlo, mi cara se frotó contra su mano.

Me miró a los ojos de aquella forma vehemente e intensa en que a veces lo hacía.

—Esos preciosos ojazos tuyos —dijo acariciándome la mejilla— no pueden pasar desapercibidos en ninguna parte —aseguró.

Pasar desapercibidos

Me han traído la comida; voy a ahorrarme los detalles, pero no he comido nada de lo que me han dejado, solo he cogido el agua embotellada, no necesito más.

Salimos del edificio sin cruzarnos con nadie en el interior; fuera no había rastro de policías, la gente se movía de un lado a otro con total normalidad, sin prestarnos atención.

—Cojamos el coche y larguémonos —sugerí en la puerta.

Tiago, de acuerdo conmigo, me cogió de la mano y fuimos a buscar el coche, que estaba aparcado en la calle que cruzaba entre aquella y la del hotel.

—Espera —me pidió cogiéndome de la cintura para que parara en el cruce.

—¿Qué pasa? —demandé.

—¡Joder! —se golpeó la cabeza contra la pared—. Hay dos polis en el coche, hicimos el alquiler a mi nombre; si antes no sabían quién era, ahora sí. La habitación, el coche...

—Siento mucho haberte complicado así la vida —aseguré agobiada.

—No digas tonterías y vámonos —me apremió, tirando de mi mano. Volvimos sobre nuestros pasos—, conseguiremos otro coche —aseguró.

—Pues no sé cómo —dejé caer mientras cruzábamos la calle y nos perdíamos en el tumulto de un pequeño mercado de especias y baratijas.

Caminamos por allí paseando, y no por el placer de pasear desde luego. De la mano, tratábamos de no llamar la atención; no habíamos recorrido ni cien metros cuando los vi.

—¿Qué vamos a hacer? —demandé paralizada.

—Hay que dar la vuelta —dijo Tiago tirando de mi mano para que miráramos un puesto del mercado.

Era un puesto de teteras y artículos con aspecto de haber pasado por momentos mejores.

—No —contesté mirando a los polis de reojo—, llamaríamos la atención.

—La gente va y viene, Di. Dejamos de mirar esto y nos largamos, vamos.

—No, detrás habrá más polis, los del hotel —le recordé—, hay que seguir adelante.

—Los polis del hotel seguirán buscándonos allí. Si nos reconocen, no habrá salida.

—Eres rápido —contesté—, podrás salir.

—Estás loca si crees que iré alguna parte sin ti.

Alcé el rostro para mirarlo, pero el vendedor empezó a hablarnos, supongo que intentando vendernos algo, saber qué queríamos y endiñarnoslo.

—Vámonos antes de que este nos la lie —le dije a Tiago.

Me miró y negó, nada conforme con mi decisión, pero emprendimos la marcha. A medida que nos acercábamos a los policías, mi corazón bombeaba con más vigor, el terror a ser descubiertos y cazados me hacía sentir paralizaba a medida que avanzábamos.

—No te pares —me indicó—, ni se te ocurra detenerte ahora delante de ellos —me advirtió—. Sigue caminando —dijo colocando su frente sobre mi cabeza, ocultándose.

Me sentí expuesta; por primera vez era él quien se escondía detrás de mí y me tocaba a mí dar la cara. Seguí caminando procurando no alterar la velocidad, mantenerme lineal, ni quedarme parada como el cuerpo me pedía, ni echarme a correr como mi cerebro me gritaba que hiciera, que saliera de allí de inmediato.

Al pasar frente a ellos miré al frente con la cabeza gacha, poniendo especial atención a mis pies, procurando que no tropezaran o se detuvieran. Los polis ni nos miraron.

En silencio, conseguimos salir del mercadillo, que desembocó en una calle mucho más ancha en la que respirar se hizo sencillo.

—Esto se ha puesto realmente feo —dijo mientras cruzábamos aquella calle—, cada vez se acercan más y, si nos coge la policía, no habrá salida.

—Salgamos de la calle —sugerí—, vayamos a un sitio tranquilo en el que pensar qué vamos a hacer.

—No hay nada en lo que pensar, Di —me contestó—, hay que ponerse a

salvo.

—¿Qué quieres que hagamos? —tiré de su mano y me detuve para que parara conmigo—. ¿Vas a volver a decirme que vayamos a la embajada?

—Es lo más seguro para ti —contestó poniéndose frente a mí.

—Bi ha muerto —le recordé con todo el dolor de mi corazón. No puedes llegar a imaginar lo difícil que fue verbalizarlo en voz alta, el dolor que sentí al pronunciar esas palabras, consciente de que todo se desmoronaba sin ella—, la han matado.

—Eso no lo sabes seguro —discutió conmigo, acariciándome el rostro.

—¿Por qué si no salen nuestras fotos en las noticias? —pregunté sin poder creerlo—. Han ido a mi casa, Tiago —le recordé—, han hablado con mi padre, me están buscando. No tengo a dónde ir —sentí que me faltaba el aire de nuevo.

—Di —se quejó, empujándome contra la fachada del edificio junto al que estábamos—, relájate —me pidió—, respira tranquila o empezarás a hiperventilar.

—No está, Tiago —rompí a llorar y casi salté a sus brazos, rodeando su cuello; escondí allí la cabeza mientras mi interior se rompía de forma lacerante y la única forma física en la que tanto dolor emergía era en forma de lágrimas pesadas que escapaban de mis ojos, veloces, como si no fueran a cesar nunca—. Bi no va a volver —reconocí compungida, angustiada, superada y rota, desolada—, estoy sola.

Puede que hubiera descubierto antes que Bi había muerto, pero creo que, en ese momento, me di realmente cuenta de lo que aquello significaba y me faltaban fuerzas para continuar, para seguir, no había un hacia delante sin Bi.

—No estarás sola mientras yo esté contigo —aseguró estrechándome entre sus brazos—, y no pienso separarme de ti, Diana —me besó la cabeza—. No sabemos si Bi está viva o no, y si no quieres ir a la embajada, quedémonos —cedió—, descubrámoslo juntos, averigüemos qué ha pasado, dónde está Bi.

—Ella no está, Tiago —me lamenté.

—No puedes perder la esperanza —cogió mi barbilla y alzó mi mentón—, no puedes venirte abajo —dijo mirándome a los ojos sin pestañear. Me soltó para limpiarme la cara con ternura, tan cerca que su aliento fresco acariciaba

mi rostro húmedo—. Si quieres que busquemos respuestas lo haremos, juntos —sentenció—, pero te necesito y necesito que seas fuerte, que estés conmigo, que te tranquilices, que dejes que fluya sin disgustarte de esta forma o al final acabarás teniendo un problema real, grave.

—¿Por qué haces esto? —pregunté observando su mirada llena de afecto y pena—. ¿Por qué me ayudas? Yo no soy Bianca, al final de todo no habrá un cheque a tu nombre.

Decir aquello en aquel momento fue una apuesta arriesgada, lo supe entonces, pero me salió sin pensar y era una pregunta cuya respuesta de pronto necesitaba.

Era amigo de Bi, había ido hasta Siria para protegerla, pero Bi no estaba allí, no volvería y, sin embargo, quería quedarse conmigo. En aquel preciso instante, entre sus brazos, me di cuenta de que, desde el principio, parecía preocuparse más por mí que por ella.

—No necesito un cheque, ni siquiera lo quiero —aseguró y lo creí—, lo único que me interesa es tu bienestar, saber que estás bien y te ayudaré en todo lo que necesites.

—Le pegaste a un poli por mí —recordé.

—Le pegaría a todo un destacamento por ti —contestó abrazándome—. Así que no sufras, que de los puños me encargo yo.

Aquel comentario me hizo sonreír, así es. Tiago era duro, muy duro, parecía capaz de todo, imparable, pero cuando se trataba de mí, me ponía entre algodones y me cuidaba. Siempre parecía saber qué decir, qué hacer y cómo calmarme. Sentía como si yo le importara de verdad, así es como me hacía sentir, que yo era su prioridad, cosa que no puedes imaginar cuánto me ayudó a no desfallecer y cómo se lo agradezco.

—Y te ha dado igual el brazaletes —añadí serenándome entre sus brazos.

—Ya te lo he dicho, Di —me recordó—, solo me importas tú.

—¿Por qué? —me separé de él lo preciso para poder mirarlo a la cara.

Miró en todas direcciones buscando la respuesta, de pronto se tensó, lo vi en su rostro y lo sentí en su cuerpo. Cogiéndome del hombro me giró.

—Hay que moverse —advirtió, iniciando la marcha—, los polis del mercado están detrás.

El estómago se me giró, me tensé con él, el corazón se me aceleró. Aquello era un sinvivir; pensé que, si mi vida iba a volverse así, no lo aguantaría mucho tiempo. Ojalá aún estuviera allí, con él, huyendo de todo y de todos en lugar de aquí encerrada, sola.

—¿Nos han reconocido? —empecé a agobiarme.

—No lo creo —contestó—. No corras —me frenó cuando traté de apretar el paso. Me besó la cabeza para poder mirar atrás disimuladamente—, no nos han reconocido; están paseando tranquilamente —aseguró volviendo a mirar al frente y alcé la cabeza para mirarlo—. Tienes razón —su mirada se encontró con la mía—, lo más sensato ahora mismo es salir de la calle, somos muy reconocibles. Esos ojazos tuyos no pasan desapercibidos —volvió a decirme—, y yo no tengo cómo ocultarme tampoco.

—Cruza aquí —le pedí, cambiando de dirección al ver un paso de peatones donde una señora de avanzada edad con un andador cruzaba la calle en nuestra dirección.

—Bien visto —señaló cuando estuvimos en la otra acera—. Ahí hay un café —señaló.

Afirmé y entramos en él; desde dentro observé cómo los policías pasaban de largo en la acera contraria, ajenos a nosotros, así que expulsé el aire y observé mi alrededor.

Solo había hombres allí dentro y todos me miraban, frunciendo el ceño además, mientras Tiago intentaba hacerse entender en la barra con poco éxito. Me acerqué a él e, incómoda, le cogí de la mano.

—Será mejor que nos vayamos —dije—, han pasado de largo, busquemos otro sitio.

—Sí, será lo mejor —estuvo de acuerdo conmigo.

Deambulamos un rato buscando un lugar en el que pasar desapercibidos, discutiendo sobre cuál sería el siguiente paso. Tiago quería salir de aquella ciudad, en eso estábamos de acuerdo, pero él quería robar un coche y yo me negaba a sumar más delitos a su lista.

Encontramos un sitio donde comer; yo ni siquiera miré la carta, dejé que Tiago eligiera por mí, se le daba mejor y tampoco es que tuviera mucha hambre. Si fuera por mí, pensé que podríamos ahorrarnos el dinero de mi

comida, dinero que iba a hacernos mucha falta si no podíamos usar las tarjetas ninguno de los dos.

—No quieres ir a la embajada, no quieres robar un coche y estamos aquí perdidos porque no sabemos leer un puto mapa de autobuses. ¿Qué quieres hacer? —demandó.

—Ir a por Abasi —sentencié removiendo el hielo de mi vaso de agua.

—¿Cómo has dicho? —se inclinó hacia mí, fingiendo no haberme escuchado bien.

—Pillarlos por sorpresa —contesté alzando el rostro del vaso para mirarlo—. Hasta ahora no hemos hecho otra cosa que huir, ¿por qué no plantamos cara?

—Porque son peligrosos —contestó—. ¿Eres consciente de lo que esa gente es capaz?

—Lo soy, pero si atacamos primero no se lo esperarán, tampoco a nosotros, así que pillémoslos con la guardia baja.

—¿Y entonces qué? ¿Pillamos unos palos antes y les golpeamos con ellos hasta que nos digan todo lo que queramos saber?

—Muy gracioso, no sabía que eras del club de la comedia —escupí molesta.

—Es que lo que dices no tiene sentido, lo mires por donde lo mires —se reclinó en la silla en una pose desenfadada que, a pesar de mi mosqueo, me pareció de lo más sexy.

—Y por eso puede funcionar, porque no se lo esperan y jugamos con el factor sorpresa.

En ese momento nos llevaron la comida; agaché la cabeza cuando el camarero dejó los platos para que no me viera la cara.

—Di —dijo mi nombre cansino. Alcé la mirada, se había incorporado y se peinaba la barba mirándome—, esa gente es peligrosa —me recordó—. No podemos presentarnos allí desarmados y buscar pelea, piénsalo, por favor —pidió cogiendo los cubiertos.

—Si Bi sigue viva, si está desaparecida, es que alguien la retiene, ella no permitiría lo que está pasando —aseguré—. Tiene que estar con ellos —especulé—, ¿con quién si no?

—Es posible, pero para atacar a alguien hay que tener algo con lo que hacerlo y nosotros solo tenemos mis puños y tus idas de olla. El tal Abasi es un traficante de armas que tiene a media policía comprada; antes de llegar a él, tendremos que pasar por cien lacayos a los que no podemos vencer con esas dos cosas.

—Démosle algo que quiera —sugerí probando mi comida.

—¿Cómo qué? No tenemos nada que Abasi quiera, a excepción del brazalete.

—¡Eso es! —lo señalé con el tenedor, dando un saltito en mi asiento.

Una idea empezó a formarse en mi cabeza, el principio de un plan que sería mayor.

—¿Quieres darle el brazalete? —preguntó, mirándome como si estuviera loca.

—No —negué—, el brazalete no —aseguré—. ¿Has visto *La búsqueda*?

—¿Qué?

—La película, con Nicolas Cage y Diane Kruger —contesté, pero me miraba como si le estuviera hablando en otro idioma—. En ella roban la declaración de independencia —le expliqué—, y tienen un señuelo, que es lo que les dan a los malos. No podemos darle el brazalete auténtico a Abasi, pero sí podemos darles un señuelo.

—¿Un señuelo? —me miró sin comprender.

—A cambio de Bianca —afirmé decidida.

—¡Ja! —soltó y aquel sonidito que hacía cada vez me parecía más sexy—. ¿Quieres entregarle el brazalete? —demandó reclinándose en la silla, mirándome sin creerlo.

—Por supuesto que no, he dicho un señuelo —contesté impaciente, no era tan difícil.

—¿Una copia? —afirmé confiada en mi plan—. ¿Y de dónde vamos a sacarla? No tenemos dinero —me recordó.

—Podemos cogerla prestada —sugerí haciendo una mueca.

—¿Robarla? —llamó las cosas por su nombre y yo afirmé con cara de culpabilidad—. ¿De dónde narices pretendes robar una copia del brazalete?

—Alex me contó que había réplica exacta en un museo.

—A ver si me entero —dejó los cubiertos sobre la mesa e hizo aspavientos con las manos para que me callara—. ¿Me estás diciendo que te niegas a robar un coche pero sin embargo quieres meterte en un museo y robar una de sus piezas?

Ladeé la cabeza; dicho así parecía estúpido, pero podía funcionar.

—Básicamente. Pero tampoco vamos a robar una obra real, es una réplica —argumenté.

—¡Ja! —volvió a soltar e inclinó mis cejas hacia él—. ¡Eres increíble! —exclamó—. Te lo juro —se rio de mí recuperando los cubiertos—, no dejas de sorprenderme.

—¿Eso es malo?

—No cambies nunca, Diana —me pidió y sentí que me ruborizaba.

Planes

Tener un objetivo, poder hacer planes, consiguió que dejara de preocuparme por Bi, que dejara de comerme la cabeza pensando si estaba viva o no. Aquello me daba la posibilidad de hacer algo más, nuestro primer movimiento, y me sentía motivada y excitada; aquello abrió mi apetito.

—¿Cómo propones que robemos el brazaletes falso?

—¿Qué te parece a lo Misión imposible? —sugerí comiendo—. Cuélgate desde arriba.

—Eres una friki de cuidado —negó mirándome—, y puedes colgarte tú desde el techo.

—Lo haré —aseguré, a pesar de mi miedo a las alturas—. Puedo hacerlo.

—¿Podemos tomarnos esto un poco en serio?

—¡Me lo estoy tomando muy en serio! —me quejé.

Se rascó la barba pensándolo, casi pude ver su cerebro ponerse al rojo vivo. Lo observé comiendo, pensando que no queríamos entrar en el jodido Pentágono, no podía ser tan difícil.

—Necesitaremos tiempo para estudiarlo.

—No tenemos tiempo —le recordé.

—Ya nos busca la policía —me recordó él a mí—, a los dos. Primero habrá que averiguar en qué museo está esa copia, estudiar las medidas de seguridad, al personal... No podemos presentarnos allí y cogerla, eso sin contar que tu cara sale en las noticias.

—¿Qué te parece un chantaje? —sugerí poco convencida—. Podemos ofrecerle dinero a alguien de dentro para que nos ayude.

—Lo veo mejor que lo de la cuerda, pero olvidas que no tenemos dinero —me recordó.

Eso era cierto. Removí la comida en la boca buscando alternativas y tuve una revelación que podría resolver aquella situación.

—Alex sí tiene dinero —dije y pude ver cómo su rostro cambiaba—. Bi está

financiando su excavación, puede darnos algo de esos fondos. Además, conoce la zona, seguramente el museo, y puede echarnos una mano.

—Eso son demasiados «puedes» —se quejó—, demasiadas variables para una ecuación y, además, la policía te busca, podría entregarte —me recordó—. Eso sin contar que pretendes meter a ese cabeza hueca en esto. ¿Cuánto crees que tardará en delatarnos? Lo que quieres hacer es un delito —dijo molesto—, no se la va a jugar.

—Alex no es ningún cabeza hueca, ha estudiado, es listo, ha encontrado el brazalete.

¿Cuánta gente había buscado el brazalete a lo largo de los siglos, de los dos milenios, que llevaba desaparecido? Alex lo había encontrado, tonto no era, al contrario. Tenía los medios, sabía dónde encontrar a Abasi, la copia del brazalete, era nuestra mejor opción.

—Sí, y es tan listo que tal como lo ha encontrado lo ha perdido —se echó a reír y yo fruncí el ceño—. ¿Qué te hace pensar que no te entregará a la policía en cuanto estés a su alcance? Te llevaste el brazalete y no volvió a verlo; no vi que cuando intentaron detenerte en el desierto moviera un dedo por ti.

No, estaba segura de que Alex no nos delataría y me daría cuanto le pidiera si se lo pedía de la forma adecuada, solo debía encontrar la forma y nos ayudaría.

—Está desesperado por recuperar el brazalete, juguemos con eso —sugerí.

—¿Cómo?

—No lo sé —lo pensé comiendo—, engañémosle para que nos ayude —propuse y me sentí fatal por ello, pero estaba dispuesta a hacer cuanto fuera necesario por saber que Bi estaba bien, por recuperarla; estaba dispuesta a pagar cualquier precio, incluso el brazalete real, poco me importaba mientras pudiéramos volver a casa juntas—, que crea que de esa forma puede recuperar el brazalete; si encontramos a Bi, yo misma se lo daré, es suyo.

—No lo es —discutió Tiago y negué con la cabeza—. ¡No me mires así! —se quejó—. Que él haya hecho el descubrimiento no significa que sea suyo.

—Es más suyo que mío. Alex sabrá qué hacer con él, a quién confiárselo, cómo asegurar su bienestar y que llegue a donde realmente debe estar, que es un museo.

—Como el que tú pretendes robar —apuntó.

—Espero que no, que nuestro museo no tenga mucha seguridad...

Acabamos de comer y Tiago se alejó para ir al baño. En su ausencia busqué el móvil de Bi en el bolso. Lo había cargado; sabía que no era buena idea usarlo, pero no iba a cambiar de opinión, teníamos un plan e iba a llevarlo a cabo. Sin pensarlo mucho, llamé a Alex.

—¿Bianca? —contestó—. ¿Eres tú?

—Soy Diana —contesté, carraspeé para limpiarme la voz.

—Te he visto en las noticias —dijo con un tono más sereno, seco.

—Sí, yo también, aunque no sé qué dicen de mí.

Alex conocía el idioma, podía ser un gran aliado, podría darnos muchas respuestas.

—Eres sospechosa de asesinato —contestó.

Afirmé impresionada; su respuesta fue como una bofetada emocional de la que procuré recuperarme con la mayor brevedad y averiguar si Bi estaba bien.

—¿De Bi? —sentí que se me paraba el corazón esperando su respuesta.

—Sí, eso dicen.

En silencio afirmé intentando ser racional, no dejarme llevar por mis sentimientos, pero era imposible. Lo intenté, que conste, pero el terror, la ansiedad y la angustia volvieron a mí, golpeándome con fuerza.

—¿Bi está muerta? —pregunté con la voz entrecortada, en voz baja.

—¿Cómo?

—¿Han encontrado a Bi? —se quedó callado y respirar volvió a hacerse pesado—. Me buscan por asesinato —repetí lo que me había dicho, me costaba hablar, pero necesitaba saberlo—. ¿Bi está muerta? —pregunté sin querer escuchar la respuesta.

—¿Estás bien? —me preguntó—. ¿Estás sola?

—¡Contesta a la jodida pregunta, Alex! —grité con el poco aire que me quedaba.

—Eso parece, ¿no? —contestó—. Bueno, es obvio, si te acusan es que está muerta.

Alguien me cogió por detrás, instintivamente me aparté y me giré.

—¿Qué pasa? —me preguntó Tiago. Ladeó la cabeza al ver que estaba al teléfono y me lo quitó de las manos—. ¿Con quién hablas? —miró la pantalla y finalizó la llamada. Se guardó el móvil en el bolsillo trasero del tejano y se acuclilló frente a mí—. Tienes que relajarte, Diana —me pidió.

—Bi... —me lamenté—. No puedo...

Me quitó el pañuelo y acunó mi rostro entre las manos.

—Deja de pensar —me ordenó—. Respira hondo, coge aire, llena tus pulmones. Controlar tu respiración te calmará, si no lo haces empezarás a hiperventilar y acabarás desmayándote —me advirtió; afirmé e hice lo que me pedía. Cogí aire con ganas y entró, pude sentirlo llenar mis pulmones—. Bien —me felicitó preocupado—, ahora expúlsalo —lo hice—, despacio —me pidió.

Respiramos juntos un largo rato y logré calmarme mucho más rápido que por la mañana.

—¿Qué cojones me pasa? —pregunté.

—Es obvio que tienes ansiedad, como esta mañana —contestó levantándose del suelo. Cogió su silla y se sentó junto a mí—. Tu cuerpo intenta protegerte de algo que ahora no puedes asimilar, así que déjalo marchar y quédate aquí conmigo.

—Alex dice que en las noticias...

—No —me cortó—, olvídate de Alex. ¿Cuál fue la primera película que viste?

—¿Qué?

—La mía fue *Batman vuelve* —incliné una ceja mirándolo—, la del pingüino —aclaró—, ¿la has visto? —afirmé preguntándome a qué venía aquello—. Mis padres nos llevaron a mi hermano y a mí al cine por primera vez. Casi nos tenemos que ir sin verla —sonrió mirándome—, a mi hermano le dio pavor el pingüino.

—¿Y a quién no? —apelé por su hermano.

—A mí —me puso el pelo detrás de la oreja—, yo era valiente como un corderito.

—Mi primera vez en el cine fue Hook —le conté yo.

—¡Qué buena elección! —aseguró—. Niños perdidos, un pirata malo, Robin Williams y el mejor Spielberg. ¿Bi fue contigo? —sus ojos se preocupaban con esa pregunta.

—No, aún no vivía con nosotros —procuré no agobiarme al pensar en ella.

—¿Estás mejor? —afirmé—. Te has puesto muy pálida —me acarició la mejilla con el dorso de la mano y yo sentí la caricia como un calmante que me ayudaba a serenarme.

—Gracias por ayudarme a pensar en otra cosa.

—Necesitas una estrategia —aseguró—, no permitas que la ansiedad llegue tan lejos.

—No puedo controlarlo.

—Hay herramientas. La próxima vez que empieces a agobiarte, si te cuesta respirar, concéntrate en tu respiración, cuenta desde 100 hacia atrás, de tres en tres.

—¿De dónde has sacado eso? —demandé.

—Ya te dije que sabía un poco de todo —sonreí por cortesía—. ¿Quieres contarme qué te ha dicho el arqueólogo para que te pusieras de esta forma?

—Me buscan porque soy sospechosa de asesinato, del de Bi, claro.

—Respira —me advirtió.

—Estoy bien —reconocí, aunque tenía unas ganas de llorar tan grandes como mi angustia y malestar—. No sé qué me ha pasado —admití mirando a otra parte, buscando el motivo, procurando no empezar a llorar o no podría parar—, no me ha dicho nada que no me dijera mi padre, pero —se me inundaron los ojos—, cuando pienso en que Bi está...

—Ya —me cortó, cogiéndome de la nuca para que volviera a mirarlo—. Si no te ha dicho más que tu padre, no te ha dicho nada. Si la hubieran encontrado, te lo habría dicho.

—¿Si no la han encontrado por qué me acusan de haberla matado? ¿Cómo saben que está muerta?

—No lo sé —contestó—, pero no me encaja. Según tu amigo, Abasi tiene comprada a la policía de por aquí, puede que intenten que salga de su

escondite...

—No está escondida —le corté—, nunca permitiría que pasara lo que está pasando.

—Puede que no lo sepa —se encogió de hombros.

—O que la tenga Abasi retenida —sugerí.

—Que sepa que tú tienes el brazalete y al no saber dónde buscarte, esté usando todo su poder e influencia para llegar hasta ti y hacerse con el brazalete.

—Demasiadas incógnitas para una ecuación —reconocí.

—¿Quieres seguir con el plan?

—Por supuesto.

—¿Te fías del arqueólogo?

—No me fio de nadie —sentencié—, pero tampoco tenemos otra opción. Alex es nuestra mejor baza: tiene dinero, conoce el idioma, tiene contactos y al menos sabemos que está en el bando de los buenos.

—Eso creemos, pero...

—Lo está —aseguré, aunque pronto dudaría, y no solo de Alex, también de él.

28

Ayuda

Tiago pensó que allí éramos un blanco fácil, acababa de usar el móvil de Bi y estaba seguro de que eso alertaría a la policía. No vimos movimiento, aun así, nos marchamos y deambulamos sin destino mientras discutíamos cómo afrontar la situación.

Convencer a Tiago de que podíamos confiar en Alex fue imposible, pero al menos conseguí que accediera a que nos reuniéramos con él. No fue quedar en una cafetería sin más, por supuesto, Tiago confeccionó toda una estrategia.

Buscó una calle de un único sentido, estrecha, que nos diera la oportunidad de salir corriendo si debíamos hacerlo sin que un coche pudiera seguirnos. Encontrada la calle buscamos un lugar, para después encontrar un puesto alto, desde donde asegurarse de que Alex no llegaba acompañado de la policía después de delatarnos.

Desde la azotea de un edificio, al principio de la calle donde habíamos decidido reunirnos con Alex, lo llamé, desde el móvil de Tiago. Le dije que necesitaba su ayuda y dinero, que pensábamos ir a por Abasi. No dudó ni por un momento, accedió a reunirse conmigo y le di la dirección.

Tardó cuarenta minutos. Llegó con un 4x4 marrón que había visto en la excavación, sin ninguna escolta, no había rastro de policía. Entró en el local y salió veinte minutos después que no sé cómo soportó Tiago aguantándome, me puse muy pesada. Al salir llamó al número de Tiago y él le dijo dónde encontrarnos.

Esperamos en la azotea, en una esquina, junto a la cornisa. Tiago se apoyaba en ella de brazos cruzados, con la cabeza girada hacia el exterior, observando la calle. Mientras yo me movía frente a él, un paso por delante, esperando que llegara Alex.

—¿Para qué me hacéis ir allí, esperar media hora y quedamos aquí? —dijo al vernos.

Vestía bermudas color beige y una camisa ancha de manga corta del mismo color, sobre cuyos botones se apoyaban sus gafas de sol. Nunca dejó de

sorprenderme lo guapo que era, lo bueno que estaba el jodido cabrón. Y estaba cabreado, justo como más me ponía. Esto lo digo ahora, recordándolo, en ese momento puedes imaginar que no estaba para esos pensamientos lascivos que me surgieron cuando lo conocí, solo unos días antes.

—Me busca la poli —contesté desde lejos, deteniendo mis pasos—, nadie me conoce, es de esperar que te pida ayuda a ti. Hemos supuesto que la policía o la gente de Abasi podía seguirte —eludí que Tiago creía que me delataría a la primera de cambio.

—¿Por qué querría Abasi llegar a ti? —preguntó acercándose—. ¿Me has mentido? —exclamó volviendo sus pasos más rápidos, cabreado—. ¿Tienes el brazalete?

—Relájate —le advirtió Tiago sin moverse pero imprimiendo en su voz el tono adecuado para que aquella simple palabra sonara como una amenaza muy real.

—¿Estoy hablando contigo? —se dirigió Alex a él, mirándolo detrás de mí.

—No tenemos el brazalete —le mentí a Alex antes de que él y Tiago volvieran a discutir y puede que, llegados a este punto, con el ambiente tan caldeado, con el pronto que tenía Tiago y el mal genio de Alex, llegaran a las manos. Pensé que juntarlos no había sido mi mejor idea, cosa en la que ahora me reafirmo—, pero supongo que ellos creen que sí, porque nos han estado siguiendo. Vamos a darles un brazalete a cambio de Bi.

—¿Un brazalete? —me interrumpió cabreado—. Has dicho que no lo tenías —discutió.

—Y no lo tengo —me reafirmé en mi mentira—, pero tú dijiste que en un museo había una copia y quiero cogerla prestada. Pretendo intercambiarla por Bi.

—¿Por tu hermana? —demandó frunciendo el ceño—. ¿Bianca está con él?

—¿Ha dicho la policía que hayan encontrado su cuerpo? —pregunté, fingiendo templanza, como si su respuesta no me diera pavor.

—No han dicho nada, se supone que es «secreto de sumario» —respondió él haciendo las comillas en el aire.

Y ese gesto fue el que me dio valor para hacerle la siguiente pregunta:

—¿Crees que yo podría hacerle daño a Bi? —demandé y cogí aire

esperando su respuesta. Negó con la cabeza y lo solté, satisfecha de que alguien más creyera en mi inocencia—. Tú dijiste que Abasi tenía a la policía comprada; si Bi tuviera el brazalete y estuviera escondida, a estas alturas, con lo que está pasando, ya se habría puesto en contacto conmigo, habría salido para exculparme, la conozco. Pero no ha dado señales de vida, así que solo se me ocurre que alguien la retenga y tiene que ser Abasi.

—¿Crees que Abasi tiene a tu hermana?

—¿Tienes idea de lo que vale Bi? Puede pedir un rescate de miles de millones.

—Supongamos que Abasi ha secuestrado a Bianca —especuló conmigo poco convencido—. ¿Dónde está el brazalete entonces?

—Es probable que lo haya escondido —inventé para llevarlo a mi terreno—, ella debe saber dónde está, aunque yo ni lo sé ni me importa —dije con la boca abierta, con ganas—, solo quiero recuperar a Bi y marcharnos para siempre —sentencié—. ¿Has traído el dinero? —pregunté, cabreada porque lo único que le importaba era el jodido brazalete.

—¿Para qué lo quieres?

—No es de tu incumbencia —contestó Tiago por mí, que hasta el momento se había mantenido al margen. Ladeé la cabeza mirando a Alex, dándole la razón a Tiago, cabreada con el primero—. Dáselo —se incorporó Tiago detrás de mí—, dale el dinero a Diana, dinos dónde está esa copia y lárgate, esto no va contigo.

—¿Y contigo sí? —lo retó Alex con la mirada—. Porque hasta donde yo sé, todo iba bien hasta que tú apareciste.

—¿Insinúas algo? —se acercó Tiago a él y yo le cogí del brazo cuando pasó a mi lado.

—Por favor —miré a Tiago—. ¡Eh! —removí su brazo llamando su atención. Esperé que dejara de desintegrar a Alex con la mirada—. No os pongáis a discutir —le pedí cuando al fin fijó su mirada en mí—, por favor —le pedí—, dejad de pelearos.

—Lo haré por ti —contestó—, pero esa mierda no es de fiar, acuérdate.

—¿A quién has llamado mierda, tío duro? —saltó Alex.

Tiago alzó las cejas al escucharlo sin dejar de mirarme a mí, y yo negué con

la cabeza.

—¡Déjalo ya, Alex! —miré al otro sin soltar a Tiago—. ¿Vas a ayudarnos o no?

—Te ayudaré a ti —dijo Alex mirándome, ignorando a Tiago—, toma —sacó un sobre bastante grueso de uno de los bolsillos de su pantalón. Me lo tendió, solté a Tiago y me acerqué a él para cogerlo—, y deberías largarte mientras puedas —me aconsejó mientras cogía el sobre, hablando más bajo—, acabarán cogiéndote si no vas con cuidado.

—Gracias —abrí el sobre sin tener la menor idea de si había mucho o poco dinero, no conocía el valor de esa moneda, pero era más de lo que teníamos, que era nada, absolutamente nada. Hasta me había planteado empeñar el regalo de Bi, la réplica del brazalete hecha reloj—. Odio tener que pedirte nada más, pero... ¿Puedes alquilarnos un coche a tu nombre? —le pedí guardando el sobre en mi bolso.

—¿Y que os pillen con él y me culpen de colaboración?

—Por favor —le pedí.

—Llévate el mío —ofreció sacando las llaves—, si te pillan con él diré que me lo robaste —me advirtió; afirmé agradecida y cogí las llaves, pero no las solté—, pero lárgate —me pidió—, olvídate de esa idea de intentar engañar a Abasi, porque lo conozco, no va a funcionar y acabará matándoos a los dos —aseguró soltando las llaves.

—No puedo hacer eso —contesté mirando las llaves—, tengo que encontrar a Bi primero —aseguré—. ¿En qué museo está ese brazalete? —demandé

—Vuestro plan no va a funcionar, no conoces a Abasi —aseguró—. ¿Crees que puedes engañarle con una vulgar imitación? —dijo riéndose de mí—. ¡Es de locos!

—No dejaré que se acerque al brazalete sin antes ver a Bi, luego ya veremos.

—Sí —afirmó—, seguro que os dejan iros de rositas —ironizó—. ¡No digas tonterías!

—¿Dónde está la imitación? —volvió a intervenir Tiago.

—¿Sabes lo que les hacen aquí a los ladrones? —me preguntó Alex ignorando a Tiago.

—No creo que el castigo sea mayor que por el delito que ya se me acusa: asesinato.

—El precio es la horca, Diana —dijo—; si te pillan, te encerrarán y te ahorcarán.

—No me importa asumir el riesgo si Bi está en peligro y me necesita.

—¿Y si está muerta?

Tragué saliva, no quería pensar en eso; como si Tiago comprendiera mi silencio, se puso junto a mí y me rodeó los hombros.

—¿Y si no lo está y la abandonamos aquí? —contestó Tiago por mí a Alex.

Alex miró a Tiago y lo evaluó un segundo para después mirarme a mí.

—Sé que eres inocente —aseguró—, por eso he venido. Que eres tan terca que harás lo que te propones, aunque sea un plan kamikaze. Os ayudaré —sentenció—, tengo contactos en el museo —suspiró—. Y supongo que puedo echaros una mano para llegar a Abasi aunque, una vez allí, estáis solos. Queréis engañar a un timador y no pienso arriesgar mi cuello. No tenéis ni idea de a quién pretendéis engañar, de lo que es capaz.

—¿Cuál es el precio? —preguntó Tiago desconfiado.

—Bianca desapareció a la vez que el brazalete, solo espero que ambos aparezcan.

—Gracias, Alex —puse mi mano sobre su fornido hombro—, muchas gracias.

El robo

Al final la sangre no llegó al río y entre los tres elaboramos un plan, sencillo, pero creíamos que efectivo. Éramos muy conscientes de la cantidad de cosas que podían salir mal, Tiago no dejó de repetir las, mientras a Alex se le veía cada vez más emocionado con nuestra «gamberrada» y yo en medio, concentrada, atenta a lo que uno y otro decían, tratando de imponer paz, de que no se pelearan cada vez que no estaban de acuerdo. Cuando me di cuenta, estábamos de camino al museo y todo estaba en marcha.

—En las películas —comentó Tiago conduciendo—, cuando hay un atraco, suele haber un conductor esperando fuera con el motor en marcha, aún puedes ser tú.

—Para eso está Alex —le recordé—, saldrá bien —aseguré tratando de tranquilizarlo.

Parecía muy tenso, más de lo que le había visto desde que nos conocíamos, a diferencia de mí, que después de la cena que habíamos compartido los tres me sentía en una nube. Me sentía algo anestesiada, un poco invencible; inmune, creo que es la palabra que estoy buscando. La ansiedad seguía ahí, pero era como si estuviera bajo capas de *todo saldrá bien* y solo pensaba que, si teníamos éxito aquella noche, al día siguiente estaríamos más cerca de Bi, si es que ella estaba con Abasi, pero esa última parte intentaba enterrarla bajo aquellas capas, junto a mi ansiedad.

—Un plan copiado de una película —se quejó—, la vida no es una peli, Di.

—Ya lo has dicho y no es de una única película, es de varias; ser una cinéfila friki tenía que servirme para algo.

—Te veo muy relajada.

Me encogí de hombros, ciertamente lo estaba.

—Me siento extrañamente tranquila —reconocí mirándolo—, estoy bien.

—Demasiado bien —observé cómo apretaba el volante— te veo yo.

Llegar al museo nos llevó minutos, estábamos muy cerca. Tiago aparcó la furgoneta alquilada en la parte de atrás del museo, donde había una puerta

trasera. A última hora, Alex se pasó para hacer una consulta con el director del museo, a quien conocía, momento que aprovechó para dejarla entornada para nosotros. Quedaba por ver si no se habían dado cuenta y seguía accesible; en caso contrario, teníamos un plan B.

En silencio esperamos la señal de Alex. Tiago, impaciente, consultó su reloj de pulsera.

—Algo va mal —comentó ansioso—, deberíamos largarnos ahora que podemos.

—Vamos bien —consulté mi propio reloj—, Alex sabe lo que se hace.

—¿Estás segura de eso? ¿O intenta que nos pillen con las manos en la masa y recuperar el brazalete que es lo único que le importa?

—Él no sabe que lo tengo —le recordé y la luz de la calle se fue, dejándonos a oscuras dentro del vehículo. Alex había cortado la luz de un par de manzanas, creíamos, ese era el plan—. Ahí lo tienes —sonreí emocionada, colocándome las gafas de visión nocturna que Alex nos había prestado—, es la señal, estamos listos. ¡Vamos a ello!

Me pareció increíble lo bien que se veía; no era como en las películas, ni de lejos, pero observé a mi alrededor y se veía mejor de lo que esperaba. Miré a Tiago un momento y le sonreí viéndolo en la oscuridad con aquel fondo verde. Me preparé para salir.

—Di —me cogió de la muñeca cuando ya tenía la manilla de la puerta en la mano—, la gorra —me recordó enseñándomela en la penumbra. Pensé que me la pasaría, pero no, él mismo me la colocó mientras observaba el brillo de sus ojos, intentando adivinar no sé el qué—; no te precipites ahí dentro —me pidió escondiéndome el pelo—, ten cuidado.

—Estaremos juntos —le recordé—, será pan comido.

—Si no tienen un generador —me recordó.

—Alex se ha encargado de esa parte.

—También podemos perdernos.

—¡Claro, tiene el mismo tamaño que el Louvre! Fijo que nos perdemos y para cuando nos encuentren habremos muerto de inanición —volteé los ojos—. Vámonos ya —le pedí—, ya has oído a Alex, es un jodido circuito cerrado, no hay pérdida.

Me bajé del vehículo de un salto, capaz de comerme el mundo entero sin ser consciente de cuánto podía empachar si no ibas con cuidado. La adrenalina corría por mi sistema y me sentía valiente, por primera vez sentía que estaba haciendo algo realmente importante, algo que por fin me acercaría a Bi y necesitaba hacerlo de inmediato.

Tiago bajó detrás de mí mientras yo rodeaba la furgoneta, observando a mi alrededor aquella semioscuridad gracias a las lentes; él fue hacia la puerta, llegué junto a él a tiempo de ver la suavidad con la que la empujaba y la puerta se abrió para nosotros.

—Funciona —exclamé emocionada.

—Esta solo es la primera barrera, no te precipites, queda el tío de seguridad.

—Pues no perdamos el tiempo —le pedí sacando la linterna del bolsillo de mi mono.

Sí, vestíamos monos de trabajo azul oscuro y gorras caladas con las que ocultar nuestras caras. Alex había dejado varias manzanas sin luz; alguien iría pronto a resolverlo y, si encontrábamos algún obstáculo, necesitábamos un motivo para estar por allí, así que éramos operarios, unos mudos porque no hablábamos su idioma, pero operarios.

—Intenta no utilizarla —dijo antes de entrar, bajando mi linterna con la mano—, no tenemos la menor idea de si el hecho de que se hayan quedado sin luces significa que las cámaras no funcionan. Alex ha dicho que había una persona de seguridad, es de esperar que extrañado por el corte de luz haga una ronda y no nos conviene llamar la atención.

—Lo sé —me quejé—, lo he pillado la primera vez que me lo has dicho.

—¡Ja! —soltó y aquel sonido me hizo buscar su mirada, pero no fui capaz de encontrarla, ya se había colocado las gafas—. ¿Estás segura? Porque lo primero que has hecho es sacar la linterna, luz que llamará su atención al instante.

—¿La he encendido? —me enfadé—. ¿Podemos entrar de una jodida vez?

—Mantente pegada a mi espalda —me advirtió antes de abrir la puerta del todo— y, sobre todo, procura no hacer ruido —me recordó.

Me llevé el dedo índice a los labios, indicándole que me mantendría

calladita.

Por fin entramos; las sensaciones se multiplicaron al traspasar aquella puerta y entrar en un almacén polvoriento y húmedo; no era el mejor sitio para guardar antigüedades. La adrenalina, los nervios, el miedo, las ganas de llegar hasta el final se mezclaron de forma agitada como un cóctel que sentía me iba a hacer salir volando de un momento a otro.

Observé nuestro alrededor mientras Tiago atrancaba la puerta, de forma que pareciera cerrada a simple vista pero nos asegurara una huida rápida, como estaba previsto.

Cogió mi mano y avanzamos pegados a unas enormes cajas de madera. Recuerdo la frescura de su mano, hacía frío, las noches allí eran heladas, más teniendo en cuenta el calor que hacía durante el día. Aquella noche no noté ni pizca de frío, mi mano ardía contra la suya; puede que la mía temblara, pero por agitación, no por frío.

—¿Ves bien? —susurró Tiago antes de abrir la puerta.

—Veo —contesté; en las películas se veía mejor, pero era suficiente para ver los obstáculos o si algo se movía frente a nosotros.

Pude verlo afirmar y abrió la puerta. Entramos en un despacho, aunque no uno convencional. Supuse que tenía más funciones, puede que de conservación o de limpieza de las piezas que exponían, pero el olor a humedad me hizo pensar que me equivocaba.

La sala de exposición quedó frente a nosotros, una de varias. Tiago volvió a asegurar la salida. Alex nos había dibujado un mapa que ambos habíamos intentado memorizar. El museo tenía cinco salas de exposición diferentes, era un circuito cerrado, acababas donde habías empezado. Nosotros habíamos entrado en la segunda y teníamos que llegar a la quinta, justo en la que estaba la garita del personal de seguridad. Había dos opciones: la corta, cruzar la primera sala e ir al vestíbulo desde donde accederíamos a la última sala y debíamos pasar frente a la puerta del personal de seguridad donde estaban las cámaras que no debían funcionar, o la más segura, recorrer tres salas, por las que sería más fácil pasar desapercibidos si el seguridad decidía hacer una ronda, cosa que Tiago aseguró que haría mientras Alex y yo intentábamos convencerlo de que eso no podía saberlo.

Sinceramente, ¿tú quién crees que ganó?

Cruzamos las jodidas salas, arrinconados, sigilosos como gatos, en fila. Tiago delante de mí, ocultos en la oscuridad, viendo más de lo que el ojo humano puede gracias a las gafas que Alex nos había prestado.

Todo parecía ir bien hasta que, al cruzar la cuarta, nos encontramos con unas enormes puertas cerradas que nos impedían el acceso a la quinta, donde estaba el brazalete.

—¡Joder! —susurró Tiago tocando la puerta—. Habrá que dar la vuelta.

Se dio la vuelta y trató de volver sobre sus pasos; tiré de su mano para que se quedara.

—¡No! —exclamé en voz baja—. No podemos dar toda la vuelta, mira si está abierta.

—¿Estás loca? —se acercó para que le escuchara en aquella discusión susurrada e íntima—. ¿Has visto el tamaño de la puerta, lo antigua que es? Hará ruido —sentenció.

—No lo sabes —alcé el rostro para mirarlo.

—Daremos la vuelta —aseguró separándose de mí, sin soltar mi mano, de la que tiró.

A veces soy un poco cabezota, incluso imprudente, y no estaba dispuesta a dar toda la vuelta. Era plenamente consciente de que Tiago seguramente tenía razón, pero también de que, cuanto más tiempo pasáramos allí, más posibilidades había de que nos pillaran, o lo peor, que tuviéramos que irnos con las manos vacías.

Necesitaba aquel brazalete, era la llave que me acercaría a Bi, así que supongo que ese pensamiento alentador nubló mi raciocinio e hice lo que Tiago no se esperaba. Me solté de su mano, cogí la manilla y tiré de ella hacia abajo. Eso ya hizo ruido en aquella completa calma, pero nada comparado con el que hicieron las bisagras cuando la empujé para después tirar de ella y abrirla unos centímetros.

—¿Qué coño haces? —empujó la puerta y esta se cerró haciendo el doble de ruido —. ¡Mierda, joder, Di! ¿Qué cojones te pasa?

—¿Por qué la has cerrado? —discutí.

—Porque estaba cerrada y, después del ruido que has hecho, saldrá el de

seguridad. Va a hacer una ronda, Di —aseguró—. Si la dejamos abierta, sabrá que hay alguien y llamará a la policía. ¡Joder! —exclamó—. Hay que esconderse.

—¡Tú eres el que ha hecho el ruido! —discutí—. Podría no haberla oído abrirse.

—¡Ja! —exclamó—. Para no oír el ruido que has hecho tendría que ser sordo.

—¡No! —discutí apartándome de su mano cuando intentó coger la mía—. Sordo tendrá que ser para no escuchar el portazo que has dado tú.

—Me has obligado a hacerlo —soltó haciéndome enfadar más—, no podías estarte quietecita, hacerme caso, tenías que hacer alarde de tu imprevisibilidad.

—Es que tú no eres el jodido jefe —le eché en cara—, este es mi plan, lo único que has hecho es intentar fastidiarlo. Cuando dijiste que yo mandaba... —le recordé.

—Sí, tú mandas mientras eso no implique que nos pillen cometiendo un delito.

—¿Como pegarle a un poli?

—Si no le hubiera pegado a ese poli seguramente te estarías pudriendo en una cárcel.

—Yo no te lo pedí —le eché en cara enrabiada.

—No recuerdo que te quejaras cuando salimos de allí mientras nos disparaban.

—Nos dispararon porque tú dejaste cao a uno de ellos, no por mí.

—Entonces debería haber dejado que te cogieran... —dejó la frase en el aire, ambos escuchamos voces—. ¡Estamos jodidos! —sentenció cogiéndome de la mano. Nos alejamos de la puerta; asustada, cogí la muñeca de la mano con la que me sujetaba. Tiago buscó a su alrededor y tiró de mí hacia una vitrina—. Hay que esconderse —sentenció.

—¿Ahí debajo? —demandé mirando la vitrina con finas patas de madera de un metro.

—¿Se te ocurre algo mejor? —preguntó mientras miraba detrás de nosotros

la puerta.

Negué, la puerta se iba a abrir de un momento a otro, así que solté su mano y me acuclillé debajo de ella. Tiago lo hizo después de mí. Cuando la puerta hizo ruido, Tiago me cogió de la cintura, haciéndome caer de culo entre sus piernas. No sé muy bien cómo acabé allí. Con un brazo me tapaba la cara, cogiéndome de la cabeza para que la agachara contra mis rodillas, a la vez que él agachaba la suya contra la mía. Con el otro brazo rodeaba mis piernas, encogiéndome a la mínima expresión y rodeándome por completo, pegados junto a la pared, bajo aquella mesa cuadrada de dos por dos con superficie de cristal

La puerta se abrió, pude oírla, aunque no verla.

—Me cago en la puta —escuché susurrar a Tiago sobre mí. Estábamos tan pegados que por un momento pensé que no lo había dicho, que había oído sus pensamientos.

Escuché voces, giré la cabeza, intentando ver algo con el brazo de Tiago por el medio. Comprendí por qué había dicho eso al darme cuenta de que no había una linterna y un par de pies, sino dos linternas y dos hombres que discutían sin que entendiera una palabra.

Una de las luces se alejó por donde había aparecido mientras la otra recorría aquella sala. Se habían dividido, tomaron direcciones diferentes acorralándonos, no había salida.

Tiago me apretó aún más contra su cuerpo, pegados a la pared para pasar inadvertidos cuando el foco de la linterna se acercó a nosotros. Sentí que se me cortaba la respiración.

Pude ver los pies del hombre frente a la vitrina bajo la que nos escondíamos; se quedó allí parado puede que un momento, pero se me hizo eterno y pensé que, si no vomitaba el corazón por los nervios, lo haría por la forma en que Tiago intentaba hacer de mí la mínima expresión, apretándome contra él.

El hombre se alejó lentamente y solté el aire que había retenido en mis pulmones, escuchando cómo sus pasos se distanciaban. Tiago me soltó la cabeza y rodeó mi oreja con la mano, aflojando también la presa contra mis piernas sin llegar a soltarme.

—Si hacen otra ronda serán más meticulosos —susurró haciéndome

estremecer al sentir su aliento sobre la oreja, su barba acariciando aquella parte tan sensible—, no pasaremos inadvertidos dos veces —me advirtió. Afirmé levemente, humedeciéndome los labios, de acuerdo con él—. ¿Quieres seguir? —giré la cabeza para mirarlo.

La visera de mi gorra chocó contra la suya por debajo, así de cerca estaban nuestras caras. Podía sentir su respiración acelerada por los nervios en mi boca, respiré de ella.

Afirmé de nuevo, incapaz de pronunciar palabra por miedo a que nos pillaran.

Esperamos a que el hombre saliera de la sala y entonces Tiago me soltó. En silencio se deslizó por el suelo. Me giré en su dirección arrodillándome y lo vi salir de nuestro escondite; gateé detrás de él y me ayudó a levantarme. Se inclinó sobre mí.

—La puerta está abierta —me advirtió rodeando mi oreja con la mano, susurrando sobre ella y estremeciéndome con cada palabra—, debemos ser rápidos. Iremos a por el brazalete y seguiremos en esa dirección; la zona de restauración está más cerca y, si somos muy rápidos, iremos detrás del que ha ido en esa dirección y llegaremos antes de que ellos se encuentren —se separó para mirarme y afirmé. Volvió a inclinarse—. Tenemos que ser muy silenciosos; si lo hacemos bien, aún podemos salir de esta sin ser descubiertos.

Le cogí la mano y afirmé, diciéndole en silencio que estaba de acuerdo con él.

Volvimos a emprender la marcha más nerviosos ambos; podía sentir su tensión en la forma en que apretaba mi mano, que ahora sí, estaba tan fría como la suya. Avanzamos rápido, sin llegar a correr, intentando que nuestras pisadas fueran silenciosas.

Cruzamos la puerta y ya estábamos en nuestra sala, al fin. Alex nos había dicho que el brazalete estaba junto al antepenúltimo expositor de la derecha, así que fuimos hacia él.

Observamos las vitrinas, pero no estaba; había piezas egipcias, pero no el brazalete, que se suponía debía estar fuera de los expositores, en una vitrina de cristal, separado del resto.

Pude escuchar cómo Tiago exhalaba el aire por la nariz, cabreado. Me soltó y lo miré esperando que él supiera qué hacer, puesto que yo estaba en blanco. Se señaló a sí mismo y señaló la hilera de aparadores; me señaló a mí y señaló el otro lado de la sala. Muerta de miedo, afirmé, aunque no quería, ni me lo pensé o no lo haría; me alejé de él cruzando la sala.

El silencio sin los mínimos sonidos que hacía Tiago respirando y moviéndose se volvió tan intenso como ensordecedor, además de aterradoramente incómodo. No necesité llegar hasta el otro lado de la sala, enseguida vi lo que buscábamos.

—¡Tiago! —lo llamé en un susurro. Al momento lo tenía al lado—. ¿Qué hacemos?

El brazalete estaba expuesto dentro de una urna de cristal que descansaba sobre una columna; por el aspecto que tenía también era falsa, con símbolos egipcios grabados.

—Lo que habíamos dicho —susurró—: nos lo llevamos entero.

Cogió la urna de cristal y la levantó. Saltó la jodida alarma, pero no se hizo la luz.

—¡Joder! —exclamé asustada. Le quité la urna de las manos.

Era de cristal grueso, así que la tiré con todas mis fuerzas, pensando que no se rompería fácilmente, pero lo hizo, y con un ruido que a pesar de la alarma delató nuestra posición.

—¿Qué haces? ¿Estás loca? —se agachó y cogió el brazalete entre los cristales

—Será más fácil movernos con el brazalete que con la aparatosa caja. ¿Ahora qué?

—Bien visto —afirmó tendiéndome el brazalete; lo cogí y él me cogió de la otra mano.

—¿Hacia dónde? —pregunté nerviosa, lista para salir de allí—. ¿Seguimos con el plan?

—Podemos cruzarnoslos por los dos caminos, pero sí, propongo que vayamos por el corto.

—Mejor —afirmé nerviosa y salimos a la carrera.

Corrimos, ser sigilosos era innecesario, nos habían pillado, pero teníamos lo que habíamos ido a buscar, así que debíamos salir inmediatamente del museo; Alex nos esperaba.

Mi idea se reafirmó cuando detrás de nosotros nos gritó uno de los hombres. Puede que simplemente preguntara «quién va», que nos detuviéramos, o le gritara al otro segurata «rodeémoslos y acabemos con estos hijos de puta...». A saber, eso es algo que tampoco descubriré nunca... aunque tampoco es que me importe demasiado... Nos disparó.

Creí que el sonido me dejaría sorda, fue ensordecedor, mucho más que en el desierto cuando nos dispararon antes de huir, después de que Tiago noqueara al poli. Pude sentir el impacto del sonido del disparo más allá de los oídos, como si me atravesara el cuerpo en una sacudida que lo movió.

Tiago tiraba de mi mano, como si intentara superar algún récord o ser más rápido que las balas, mientras yo solo era capaz de intentar no caerme a causa de su arrastre, por culpa de mis piernas mucho más cortas, y bueno, un poco de forma física también me faltaba, pero es increíble de lo que es capaz el cuerpo cuando se ve en peligro; estoy segura de que no he corrido más rápido en mi vida que en aquel museo, a oscuras.

El segundo disparo se oyó más lejano, aunque fue también atronador. Ya estábamos en la primera sala. Teníamos un segurata disparándonos, no sé desde cuando los seguratas tienen jodidas pistolas, pero este la tenía y no había dudado en usarla el muy cabrón. El otro estaba en paradero desconocido y en cualquier momento podía cortarnos el paso.

Detrás de nosotros hubo un tercer disparo, justo cuando entrábamos en la sala desde la que accederíamos al despacho y saldríamos de allí, siempre y cuando no se hubieran dado cuenta de que estaba abierta en la ronda y la hubieran cerrado, dejándonos encerrados.

El cuarto disparo llegó en la primera sala y lo acompañó el ruido de cristales al romperse.

Llegamos a la puerta del despacho, solo estaba entornada y se abría hacia dentro, así que Tiago prácticamente la embistió con su cuerpo, sin frenar, sin perder una milésima de segundo. Llegamos a la segunda y ahí sí tuvo que detenerse y abrirla, segundo que aproveché para mirar atrás; no podía ver el foco de la linterna, y eso era bueno.

Como en el *Mario Car*, pude ver el cartel de meta cuando Tiago volvió a tirar de mí hasta la última puerta, cruzando aquel almacén. Por fin atravesamos la puerta a la calle y el frescor de la noche nos dio la bienvenida.

La furgoneta estaba un metro delante de la puerta, con las dos puertas traseras abiertas. Tiago me soltó la mano, me pescó de la cintura y, cuando quise darme cuenta, estábamos dentro del vehículo, mientras él daba gritos a Alex para que nos marcháramos.

Las puertas aún estaban abiertas cuando la furgoneta salió quemando rueda, momento en el que perdí el equilibrio y pensé que me caería fuera del vehículo, a la calle, pero Tiago me sujetaba y no lo permitió. Me aseguró en el suelo y, como pudo, cerró las puertas.

Esa noche dormí como ninguna otra noche desde la desaparición de Bi.

Jugando a mi juego

Me han traído la comida, la mejor desde que estoy aquí; la he engullido, pero no por hambre, sino por prisa. Bi ha dicho que no me queda mucho tiempo y no quiero malgastarlo cuando queda tan poco por contar... Aunque, ¿qué sabrán mis sueños de lo que está por llegar? A no ser que no fuera un sueño, sino el espíritu de Bi que, como estoy cada vez más cerca de morir, viene a buscarme... ¿Crees que estoy perdiendo la cabeza? Yo tengo dudas, la verdad, ya no sé qué pensar, así que será mejor que me centre en lo que ocurrió y, aunque queda muy poco, pasaron muchas cosas esos dos días; de hecho, todo cambió.

Al día siguiente, al despertar, estaba sola en la habitación. Sobre la mesita descansaba el brazaletes robado, la falsificación. Lo cogí y lo observé, rememorando la noche anterior, lo que habíamos hecho, incrédula todavía de nuestra hazaña, de mi valor. Aquello me hizo pensar que podría hacer cuanto me propusiera, y mi único propósito, mi única meta, era llegar hasta Bi y estaba dispuesta a hacer cuanto fuera necesario, no pensaba desistir.

Con energías renovadas, descansada y sintiéndome capaz de todo, me di una ducha. Al salir Tiago todavía no había vuelto; puse la tele buscándonos a Bi o a mí en los noticiarios, el robo, a Tiago... Me cepillé el pelo y, después de un repaso por todas las cadenas, volví al baño para secármelo. Al salir, Tiago había vuelto con el desayuno.

—Buenos días —le saludé acercándome. Al hacerlo me di cuenta de lo serio que estaba e imaginé que algo iba mal—. ¿Qué te pasa? —cogí uno de los cafés— ¿Va todo bien?

—Anoche nos fue de un pelo —me miró.

—Salió bien —le recordé quitándole importancia, él apartó la mirada.

—No es verdad. No pasamos desapercibidos —discutió—. Podrían habernos pillado, como si no tuviéramos bastante... ¡Nos dispararon! Podrían habernos dado —se quejó.

—¡Eh! —me quejé yo, colocando una mano en su mejilla, obligándolo a mirarme. Su mirada de aquel azul tan oscuro como intenso se posó en la mía.

Había rabia en sus ojos y aquello me sorprendió, mucho además—. Estamos bien —le recordé afirmando con la cabeza para darle más veracidad a mi afirmación.

—No, no estamos bien —contestó cogiendo mi mejilla del mismo modo en que yo cogía la suya—. Tú no estás bien, Di —dijo mirándome de una forma que me acariciaba.

Quise decirle que estaba bien, realmente me sentía más entera, pero el escalofrío que sentí con el recorrido de sus dedos por mi rostro me enmudeció. Sus ojos me hicieron prisionera, mientras el dedo pulgar acariciaba mi rostro y sus compañeros se aventuraban por mi cuello casi hasta la nuca. Me humedecí los labios y sus ojos se clavaron allí.

—Lo estoy —aseguré en un extraño trance que me atraía hacia él.

—Eres preciosa —dijo repasando mi rostro con la mirada, la rabia se había esfumado y lo dijo de una forma tan sincera y vehemente que lo creí.

Tiago siempre me hizo sentir protegida, sabía tratarme y ahora creo que me moldeaba entre sus manos. Tenía una forma de tocarme casi reverencial, de una delicadeza extrema, respetuosa y afable. En aquel instante me hizo sentir la mujer más bonita y deseada del mundo, te lo juro. Nadie me había hecho sentir más hermosa que él en ese momento.

—Tú tampoco estás mal —fue lo único que conseguí decir, tratando torpemente de devolverle el piropo, estaba mucho mejor que eso—. No entiendo por qué te escondes tras esta barba —dije tocando su espesa barba oscura con los dedos, peinándola.

—¡Ja! —soltó aquella exclamación que me erizaba el vello y ese sonidito me excitó—. Nunca dejarás de sorprenderme —negó sonriendo, observando mi boca por un momento.

Sus ojos volvieron al encuentro de los míos y aquel dedo pulgar suyo acarició mis labios para rodear mi mentón. Mis talones dejaron de tocar suelo, de pronto era mi mano la que cogía su nuca, apremiándolo a inclinarse mientras mi cuerpo ganaba centímetros de la distancia que separaba nuestras bocas.

—Ojalá pudiera hacer que acabara de una vez —dijo antes de morderse el labio.

Fueron mis ojos los que se posaron sobre sus húmedos labios. No puedes imaginar cómo deseé besarlos, morderle aquel sexy y fino labio tal como lo había hecho él.

Me quitó el vaso de café y lo hizo desaparecer; había urgencia en su mirada y no es por ser creída, ya ves tú, a estas alturas de mi vida, pero supe que deseaba tanto besarme como yo lo deseaba a él. La atracción que en ese momento ejercía sobre mí era de una intensidad desconocida y abrasadora, de esa que mata y te llena de vida a la vez, de la que despierta cada terminación nerviosa del cuerpo y todas clamaban por él.

Rodeó mi rostro con ambas manos, era el momento, había llegado, iba a besarme y me humedecí de nuevo los labios, secos por las emociones que me provocaba, por todo cuando despertaba en mí, por el deseo de que fuera la humedad de su boca quien lo hiciera. Como de pronto todo giraba alrededor nuestro, nos pasaba por encima, como si nada importara, solo aquel momento, aquel instante que nos pertenecía a ambos.

Su móvil empezó a sonar y ambos pestañeamos, saliendo de una especie de hechizo. No estoy segura de qué encontró Tiago en mis ojos, puede que anhelo, deseo o dudas, pero a los suyos volvió la rabia de antes de aquel breve pero significativo momento que hizo que no pudiera verlo del mismo modo en que lo había hecho hasta entonces.

Acabó de atraerme hacia él y me besó, sí, lo hizo, ¡en la jodida frente! ¿Te lo puedes creer? Yo a estas alturas aún no doy crédito. Me besó y sus labios se mantuvieron allí, respirando sobre mi frente, mientras yo flipaba con aquella *cobra* sin sentido.

Se separó de mí y cogió el teléfono.

—¿Qué quieres? —una voz de mujer le habló, pude escucharlo, estábamos muy juntos y ella parecía vociferar. Lo miré preguntándome quién era, de pronto molesta, cabreada, no tengo por qué fingir contigo. Me jodió muchísimo aquella interrupción, todavía más que fuera de una mujer, no hace falta que analicemos el porqué de eso, tú y yo lo sabemos y creo que es comprensible, ¿o no?—. ¡Deja de joderme de una puta vez! ¿Quieres?

Recuperé mi café y me alejé. Me hubiese gustado irme, ¿pero a dónde? Era prisionera en aquella habitación, no como lo soy ahora, pero fue como me sentí en aquel momento. ¡Qué equivocada estaba! Por supuesto, ahora me doy

cuenta. No era conveniente que saliera del hotel, ni de la habitación, ya que me buscaban, mi cara salía en los noticiarios y aquella nueva habitación no era lo que se conoce como un cinco estrellas; era modesta, habitación y baño, nada más. Me senté en la cama y repasé canales tratando de no poner la oreja.

—Escucha, Di —se giró hacia mí con un tono totalmente diferente cuando colgó.

—¿Te ha llamado Alex? —lo corté, no quería explicaciones, ni siquiera escuchar lo que tuviera que decir—. Dijo que llamaría por la mañana —consulté mi reloj.

—Todavía no —contestó.

—Deberías llamarlo tú —dije mirando el televisor, cambiando de canal—, o déjame el móvil para que yo lo llame, ya que rompiste el mío y me quitaste el de mi hermana.

—¿Estás enfadada? —preguntó sentándose junto a mí. Negué ignorando cómo mi vello se erizaba al sentirlo de nuevo cerca, su aroma, aquel tono que solo empleaba conmigo y me derretía, haciéndome creer que yo era diferente, que para él, era especial—. No mientas —me pidió con una sonrisa chocando su hombro con el mío. Supe que sonreía por el tono de su voz, ya que mis ojos no se despegaban de la pantalla, había encontrado un canal internacional y esperaba que hablaran de Bianca, al menos allí entendería qué decían—. Escucha —me pidió cogiéndome la cara, obligándome con ternura a mirarlo. Lo hice, lo miré y encontré el mismo anhelo, la misma necesidad que minutos antes, sentí las mismas cosquillas, de esas peligrosas—, me encantas —declaró dejándome flipando—, me gustas muchísimo, pero entre nosotros no puede haber nada ahora mismo; puede que cuando encontremos a Bianca, podamos conocernos, pero ahora mismo...

—¿Quién te ha dicho que quiera algo contigo? —alcé una ceja haciéndome la digna.

—¡Ja! —soltó y aquella exclamación hizo saltar mi corazón.

La forma en que esa onomatopeya cambiaba mis emociones es digna de análisis.

—No deberías ser tan creído —le aconsejé. ¡Qué tonta fui! Empezaba a estar frita por él. Como ahora, estaba perdida, sola, desesperada, y Tiago, un

desconocido, se había convertido en mi mundo y cada vez despertaba más cosas en mí, además de agradecimiento y seguridad, pero en aquel momento solo quería alejarme de él por cómo me hacía sentir en el buen y en el mal sentido—. Llama a Alex, ¿quieres? —aparté la cara.

Lo escuché exhalar el aire con ganas; aunque miraba el televisor estaba mucho más pendiente de él que de la pantalla. Se puso de pie y sacó el móvil del bolsillo de sus tejanos; hizo lo que le había pedido, como hacía siempre. Aunque a veces tuviera que convencerlo de las cosas, siempre acababa cediendo a mis peticiones, por muy locas que fueran, como era ir a por Abasi, cosa que hicimos esa misma tarde.

Recuerdo perfectamente cómo me sudaban las manos, cómo el temor a enfrentarme a Abasi retorció mi estómago, el miedo a que descubriera que intentábamos engañarlo, las consecuencias que esto traería si se daba cuenta. Estaba poniendo en riesgo la vida de Bi, la mía, la de Tiago... Y el brazalete cada vez pesaba más y más en mi brazo.

Íbamos en el coche que Alex nos había prestado; me sentía como una hoja movida por la corriente, inmóvil pero en movimiento de camino a mi destino y el miedo me paralizaba. El terror encogía mi corazón ante la idea de que Bi no estuviera con él, de que nunca lo hubiese estado. Aquel era el último cartucho de esperanza que me quedaba y aquella creencia era lo único que me mantenía en pie y cuerda.

—Veo en vuestros ojos el mismo miedo que encogería mi propio corazón —susurré mirándome las manos, tratando de enfrentar la situación con un discurso que siempre me ha dado valor, el de *Aragorn* frente a la puerta negra—. Pudiera llegar el día en el que el valor de los hombres decayera, en que olvidáramos a nuestros compañeros y se rompieran los lazos de nuestra comunidad, pero hoy no es ese día. En que una hora de lobos y escudos rotos rubricaran la consumación de la edad de los hombres, pero hoy no es ese día. En este día lucharemos. Por todo aquello que vuestro corazón ama, de esta buena tierra, os llamo a luchar—«¡Hombres del Oeste!» finalicé para mí.

—Por Frodo —dijo Tiago junto a mí haciéndome alzar la mirada.

Le sonreí, impresionada de que no solo no me tomara por loca, sino de que supiera reconocer el mítico discurso del final de *El retorno del rey*. De haber encontrado otro friki que pudiera llegar a mi nivel y me comprendiera; aquello

me reconfortó y una vez más agradecí tenerlo a mi lado.

—Por Bi —le contesté observando sus oscuros ojos azul cobalto.

—Está bien como discurso, pero no es el mejor.

—¿Cuál dirías que lo es? —pregunté interesada, solo se me ocurría uno mejor.

—Es toda una experiencia vivir con miedo, ¿verdad? Eso es lo que significa ser esclavo —lo miré preguntándome de dónde había sacado esa frase, aquel era mi juego preferido y me lo tomé como un reto, pero no lo recordaba; me miraba de reojo, sonriendo—. Todos esos momentos se perderán en el tiempo como lágrimas en la lluvia, es hora de morir.

—Blade Runner —sonreí victoriosa.

—Punto para la señorita —me felicitó—. Te toca —me retó.

—Fácil —respondí, en mi cabeza tenía el discurso perfecto de una de las pelis más *palomiteras* y americanas de la historia del cine, pero que me encanta—. Y que de nuevo vayáis a luchar por vuestra libertad. No para evitar tiranía, opresión o persecución, sino la aniquilación. Luchamos por nuestro derecho a vivir, a existir —evité decirle el título de la peli y seguí con el discurso del «presidente de los Estados Unidos» observando a Tiago con toda mi atención. Olvidándome de a dónde íbamos, a qué pensábamos enfrentarnos. Entonces no me di cuenta, pero desde la percepción que da la distancia y el tiempo, soy consciente de que lo que hizo fue distraerme para que me relajara. Tiago siempre fue muy atento conmigo, adelantándose a mis necesidades—, y si vencemos hoy —seguí con el discurso—, será el día en que el mundo declaró al unísono: no desapareceremos en silencio en la oscuridad, no nos desvaneceremos sin luchar, vamos a vivir, vamos a sobrevivir. Hoy celebramos... Y hasta ahí puedo leer, ¿de qué película es?

—¿Cómo puedes saberte trozos tan largos? —se rio de mí.

—Hoy celebramos nuestro día de...

—Independence Day —se rio—, menuda *fricaza* estás hecha.

—Al menos yo no llevo tatuajes de películas como otros —dejé caer, tranquila.

—¡Ja! —volvió a soltar y me puso como una moto. Ese sonido era más sexy cada vez que lo hacía y no paraba de hacerlo, así que echa cuentas—. Veo que

te fijas —sonrió.

—No soy ciega —sonreí mirándolo.

Negó con la cabeza y se fijó en la radio, subió el volumen; sonaba una canción buen-rollista que le hizo sonreír abiertamente, se giró y me miró.

—¿En qué peli sale esta canción? —me señaló la radio con la cabeza

«*Tenía que hablar con alguien y te escogí a ti. Qué buena onda, ¿tú también lo escuchaste?*»

—Marte —contesté moviéndome al ritmo de la música como lo hacía él.

Echando la vista atrás, me sigue sorprendiendo la capacidad o el talento de Tiago por evadirme de la realidad, por llevarme a ese rinconcito aparte donde solo estábamos nosotros. Por crear ese lugar y dejar que allí pudiera sentirme yo misma de nuevo, sin el estrés, la preocupación, la incertidumbre, el desasosiego y el miedo que todo lo que estaba pasando me hacía sentir. Eran momentos cortos, pero gracias a ellos podía sentirme normal; gracias a él no me he vuelto loca. Incluso ahora, recordando esos breves momentos compartidos, mi carga es más ligera, allí puedo volver a sonreír, volver a sentir un instante de bienestar que ahora mismo es tan necesario.

Seguimos jugando, conociéndonos, compartimos un par de carcajadas. Le hablé de *DiFrikiTertulia*, de lo que me gustaba, del amor que ponía en él y se interesó mucho. Cuando me di cuenta, habíamos llegado; supe que era el lugar porque nos esperaban.

Se había acabado el juego, era el momento de tocar la realidad y hacerle frente y, aunque el miedo volvió con ganas, mezclado con ansiedad, creía estar preparada para lo que se avecinaba. Cogí su mano, tratando de robarle valor, de que me lo transmitiera.

Tiago estrechó la mía, se la llevó a los labios y me besó la palma.

—Por Bi —le dije, tratando de no perder de vista el objetivo o le pediría marcharme.

—Por ti —contestó él—, todo por ti. No olvides que estoy a tu lado y no te dejaré.

El bueno, el guapo y el malo

En la película era «*El bueno, el feo y el malo*», pero en mi aventura no. El bueno sin duda era Tiago, el único en quien podía confiar y me lo había demostrado de todas las formas posibles. Iba a conocer a Abasi, que por supuesto, después de lo que Alex me había contado y de lo que Tiago investigó era el malo, y al que no esperaba era al guapo. Cuando llegamos a nuestro destino, lo encontramos esperando. ¿Quién podía ser el guapo sino él?

—¿Qué haces aquí, Alex? —le pregunté en cuanto me bajé del vehículo.

—Estaba preocupado por ti —me acarició la mejilla—. No me fio de ese tipo —dijo en voz baja, observando a Tiago detrás de mí que se acercaba. Dejó caer la mano, apoyándola sobre mi hombro—, ni tampoco de los de ahí dentro. Me sentía incapaz de dejarte sola entre tantos tiburones —aseguró estrechando mi hombro.

—Sé cuidarme —aseguré—, aunque te agradezco que estés aquí.

—¿Qué pasa espagueti? —dijo Tiago poniéndose a mi lado—. Creía que no querías tener nada que ver con esto, que te habías hecho caquita —me giré para mirar a Tiago y advertirle con la mirada que no se pasara—. ¿Por fin te han bajado los huevos? —se burló.

—Tiago —le advertí yo, no me gustaba que se pusiera en ese plan, pero admito que esa chulería tenía su punto y me ponía un poco tonta—, sé bueno, ¿quieres? —le pedí.

—Lo que tú digas, señorita.

—Lo tienes muy bien adiestrado —dijo Alex, devolviéndole la burla indirectamente.

—¿Quieres que te adiestre la cara? —entró Tiago al trapo.

—¿En serio? —les pregunté—. ¿De verdad vais a seguir con esta pelea absurda de machitos cuando mi hermana está en peligro? ¿Cuándo vamos a

reunirnos con un jodido traficante que puede mandar ejecutarlos con un pestañeo? ¿Creéis que es el momento?

—Ha empezado él —lo acusó Alex.

—Creo que iré yo a reunirme con Abasi, cuando acabéis el recreo podéis venir.

—Di tiene razón —opinó Tiago; lo miré alzando una ceja, consciente de que me estaba regalando el oído para ganar puntos frente a Alex—, aparcemos nuestras diferencias.

—Y acabemos de una jodida vez por todas —añadí como si creyera en lo que decía.

—¿Cuál es el plan? —quiso saber Alex.

—Recuperar a Bi a cambio del brazalete —me encogí de hombros.

—Si es que Bi está con ellos —discutió y me sentó fatal.

—No hay otra explicación para su desaparición —sacudí el hombro para que dejara de tocarme. Alex dejó caer la mano—. No le demos más vueltas —les pedí.

—Entremos —dijo Tiago rodeándome de la cintura y tirando de mí.

—Déjame hablar a mí, tipo duro —dijo Alex adelantarnos—, yo he concertado la cita.

—Este tío es imbécil —me dijo Tiago por lo bajo, sin soltarme.

—No le falta razón de que vas de tío duro por la vida —contesté alzando la cabeza.

—¡Ja! —soltó y mi interior se revolvió con un cosquilleo—. ¿Te molesta?

—Yo no he dicho eso —contesté llegando a Alex, que estaba anunciando nuestra llegada.

Escuché a Tiago exhalar por la nariz, alcé el rostro y vi que sonreía; aunque los nervios habían vuelto a mí con ganas, su sonrisa se proyectó sobre mis labios y sonreí con él.

Alex se giró y nos miró; negué mordiéndome el labio y volví a la realidad de nuevo.

—Os veo muy relajados —nos criticó—, teniendo en cuenta a dónde vamos.

—Cállate —le ordenó Tiago, atrayéndome a su costado.

—Creo que se le ha caído el bozal a tu perro —dijo Alex, observando cómo me cogía.

—Basta, Alex —contesté antes de que lo hiciera Tiago—. Yo tengo el brazalete, es mi hermana y mi plan, y si vas a estar molestando y provocando, puedes largarte ahora mismo.

No me convenía que se marchara. Tiago chapurreaba palabras, sabía hacerse entender, pero un intérprete era necesario, podía evitar muchos problemas y malentendidos.

—He venido por ti, me la estoy jugando por no dejarte sola —me reprochó.

—No está sola —discutió Tiago.

—No te he pedido que vinieras —le recordé molesta—, aunque te agradezco que estés aquí —aligeré el tono y el discurso—. Si vas a ayudar quédate, pero deja de provocar.

El hombre con el que Alex había hablado volvió con otro; este habló con Alex sin que entendiera ni media palabra. Alcé la cabeza, preguntándome si Tiago pillaba algo.

Me miró a los ojos y estrechó la mano con la que me tenía cogida de la cintura.

—No te separes de mí —me susurró—, pase lo que pase, no te muevas de mi lado.

Afirmé mirando a Alex y a su interlocutor y esperamos. Nos invitó a entrar en las instalaciones. Tiago me soltó la cintura y me cogió de la mano, los seguimos sin hablar.

Nos habíamos trasladado a una ciudad más grande, y aquellas eran las instalaciones más modernas que había visto desde el hotel de las esferas, pero estaban a años luz de ser propiamente modernas. Junto al ascensor había un tercer hombre, también de rasgos árabes. Dijo algo y miré a Alex, esperando que lo tradujera.

—Van a cachearnos —dijo Alex poniendo los brazos en cruz—. No os resistáis.

Miré a Tiago y observé cómo apretaba la mandíbula, bajó la mirada y

afirmó. Cuando el hombre se acercó, me soltó la mano e imitó a Alex. Lo cacheó en segundos y el tipo me miró a mí. Di un paso atrás, asustada, asqueada ante la idea de que me tocaran; preocupada, no llevaba un brazalete bajo la rebeca que habíamos comprado, llevaba dos e iba a notarlos. El hombre dio un paso acercándose a mí, pero Tiago lo frenó colocando una mano en su pecho impidiéndole dar el segundo con el que alcanzarme.

—¿Quieres que nos maten? —demandó Alex.

—No la tocará —contestó Tiago a Alex, mirando al hombre.

Bajó el brazo y se giró hacia mí. Me subió la ropa a la altura del ombligo y me hizo darme la vuelta para que vieran que no ocultaba un arma en mis ceñidos pantalones. Dejando caer la ropa volvió a colocarme de frente y me subió las mangas de la chaqueta hasta los codos. Se agachó, mostrándoles mis tobillos desnudos y se puso de pie.

Le dijo algo al hombre que los había cacheado, me cogió la mano y me atrajo hacia él.

Aquel hombre miró al otro e intercambiaron una frase. Por fin, subieron al ascensor. Alex subió con ellos y, por último, Tiago los siguió, acompañándome al interior, donde sonaba un hilo musical —«*ya no se ven ascensores como este*», pensé— mientras trataba de mantener mi mente ocupada. Estaba histérica y necesitaba mantener la calma, mantenerme fría.

Esperaba que subiéramos, pero no fue así, bajamos bajo tierra y me puse aún más nerviosa. Apreté la mano de Tiago sin mirarlo, fijando la vista al frente y sentí cómo él me devolvía el apretón, respondiendo sin palabras que estaba allí conmigo.

A mi mente vino *Jungla de cristal: La venganza*, la escena del ascensor; enlacé esa escena con la del ascensor de *El soldado de invierno*, un mecanismo de defensa de mi mente para calmar mi inquietud y miedo ante el inminente encuentro con Abasi, además de la verdad. Si Bi no estaba allí, aquello sería el final, no tendría dónde buscarla.

El ascensor se detuvo dos plantas más abajo del vestíbulo. Las puertas se abrieron y en el exterior esperaba un hombre con una espalda tan ancha como la del propio *Capitán América*, pero ni en un millón de años tan guapo. Tiago y yo salimos primero, estábamos frente a la puerta. Esperamos junto al ascensor a que bajara el resto.

Observé mi alrededor impresionada, el techo era altísimo, era probable que bajáramos tres plantas en lugar de dos. Esperaba encontrarme un parking, no sé por qué, pero nada más lejos de la realidad. Nos encontramos con un espacio abierto y amplio, muy limpio, con gruesas y fuertes columnas, todo en aquel tono tan marrón y primitivo con el que ya estaba familiarizada. Era una sala llena de cultura y arte, como la de un museo.

Había muchas esculturas, y algunas muy grandes. En aquel rápido vistazo, adiviné tres esfinges de un tamaño considerable y un obelisco con unas claras inscripciones egipcias de tres metros. Un enorme busto persa y muchas rocas talladas de culturas que creí adivinar, pero otras que desconocía por completo su procedencia.

Cuando salieron los otros caminaron hacia delante. Alex iba detrás de ellos y yo por un momento me sentí paralizada. Tiago se había movido, yo no. No estoy segura de qué me aterraba más, si enfrentarme a alguien como Abasi, que mataba y compraba a gente como quien compra una lechuga o mata un mosquito, o la idea de que Bi no estuviera allí. Iba a gastar mi último cartucho de esperanza y eso me agobió muchísimo. Tiago apretó mi mano, giró la cabeza y afirmó mirándome a los ojos. Tiró de mí y me moví con él.

Pude oír cómo el hombre que esperaba junto al ascensor iba detrás de nosotros, cerrando la comitiva. Nos rodeaban, eran asesinos y pronto nos superarían en número.

Me sudaban las manos y estuve tentada de soltar la de Tiago, pero no podía hacerlo. Era mi bote salvavidas, sin él no estoy segura de que hubiera tenido el valor para hacer aquello, aunque supongo que lo hubiese encontrado, daría mi vida por Bi.

Mientras caminábamos mi mente funcionaba rápido, los pensamientos y las incógnitas se amontonaban sin respuesta o hilo aparente, preguntándome cómo sería Abasi, si impondría tanto físicamente como su nombre y lo que se contaba de él. También me preguntaba cómo un hombre que amaba tanto la historia no se avergonzaba de la suya propia. Y pensaba en Bi, en cómo se encontraría. Mientras daba un paso tras otro, me la imaginaba corriendo a abrazarme, sepultándome contra ella, con lo alta que era.

—¿Por qué nos traen al sótano? —le pregunté a Tiago en un susurro.

—No tiene buena pinta —contestó Alex por él junto a nosotros.

Levanté la cabeza para mirarlo y afirmé mirándome. Suspiré, miré al frente y recité en mi cabeza el discurso de *El retorno del rey*, recordándome que estaba allí por Bi.

Paramos frente a una puerta doble de madera envejecida, robusta, inquebrantable, con unos tiradores muy antiguos. Los tipos que iban delante de nosotros se pusieron en cada puerta y, en un acto que me pareció ceremonioso, abrieron ambas puertas hacia nosotros.

El vello se me erizó con el graznar de aquellas puertas, el pulso se me disparó aún más, haciendo correr mi sangre por el torrente sanguíneo mientras el miedo atenazaba mi estómago, provocándome un temblor que estaba segura de que Tiago podía notar en su mano.

Los tres nos quedamos frente a otra sala, también amplia y espaciosa, pero mucho más pequeña. Los hombres volvieron a ponerse frente a nosotros indicándonos el camino.

—Espero que sepas lo que estás haciendo —dijo Alex en voz baja antes de seguirlos.

Alcé la cabeza para mirar a Tiago. Si Abasi descubría nuestro engaño, nos mataría; no solo estaba poniendo en riesgo mi vida y la de Bi, sino también las de Tiago y Alex. La culpa se mezcló con el miedo y la adrenalina, y te juro que pensaba que se me saldría el corazón.

—No te separes de mí —repitió Tiago ignorando a Alex y tiró de mí para que siguiera.

Al final de aquel recorrido, rodeados de estatuas mucho más pequeñas, aunque también más cuantiosas, pude verlo y sentí un temblor que me recorrió entera. Abasi.

Estaba de pie, tras un escritorio de madera oscura, maciza. Detrás de él, a cada lado, vestidos con colores tierra y verdes, había otros dos hombres, corpulentos, con los brazos a sus espaldas, esperando su orden para acabar con nuestra existencia en el acto.

Nos acercamos al hombre del saco, al saqueador que no dudaba en manipular, robar y matar para conseguir cuanto quería. Aunque quise apartar la mirada, agacharla, no lo hice. Mantuve la cabeza alta, mirándolo, analizándolo, mientras él hacía lo mismo con nosotros. Empezó por Alex, que

estaba a mi derecha; después evaluó a Tiago, cogiéndome la mano al otro lado, para acabar centrándose solo en mí mientras nos acercábamos a él.

No era un hombre especialmente corpulento o alto, ni tampoco tan mayor como lo había imaginado. Debía rondar la cuarentena larga, llevaba una barba larga y espesa, como Tiago, aunque no tan cuidada como la suya. Tenía unas entradas muy muy profundas, y tras ellas un pelo semilargo, frondoso y rizado, negro como las alas de un cuervo, como sus ojos, tan oscuros que no se podía adivinar dónde acababa la pupila y empezaba el iris. No tendría un físico que intimidara, pero sí la propia presencia.

Los hombres que nos marcaban el camino se detuvieron y se colocaron a cada lado de nosotros. Paramos a una buena distancia del escritorio tras el que estaba.

Él y Alex empezaron a hablar, no pillé nada excepto Anubis y nuestros nombres. Abasi afirmaba, ponía caras y nos miraba a Tiago y a mí de vez en cuando, más a mí que a él.

Cada vez me sentía más nerviosa, más ansiosa; no tengo ni idea de cuánto tiempo hablaron, solo sé que, a mi parecer, estaba siendo eterno y necesitaba ver a Bi.

—Pregúntale dónde está mi hermana —interrumpí a Alex mirando a Abasi.

Alex me miró, abriendo los ojos como si la hubiera cagado. Volvió a mirar al jodido Abasi y lo hizo, lo sé porque escuché el nombre de Bi de sus labios mientras el otro ladeaba una sonrisa que se fue pronunciando con cada palabra del arqueólogo.

—¿De qué mierda se ríe? —pregunté enfadada.

—Di —tiró de mi mano Tiago, advirtiéndome que me callara supongo.

Abasi me señaló con el dedo y le dijo algo a Alex de mí. Alex sonrió débilmente y afirmó a lo que hubiera dicho, contestándole, mientras yo me iba enfureciendo.

No voy a mentirte, estaba acojonada, me sentía amenazada. El jodido traficante tenía presencia suficiente para llenar aquella sala. Como si no fuera bastante todo eso, estaban los otros cinco, rodeándonos, cubriendo todos los ángulos. Pero la rabia que hervía en mi interior, mientras esperaba una respuesta de dónde estaba mi hermana mientras ninguno de ellos iba a buscarla

fue creciendo, y aunque el temor seguía ahí, se vio eclipsado por mi enfado.

—Si sigue mirándome como lo está haciendo —dijo Abasi con un perfecto inglés, dejándome desconcertada y medio loca—, haré que le arranquen los ojos —me amenazó—, y sus amigos —señaló a Alex y a Tiago y mi corazón bombeó con más vigor— tendrán que comérselos si quieren impedir que también le arranquen el espinazo.

Su amenaza no me dejó indiferente, tampoco la seguridad con la que hablaba; lo decía en serio, los dos lo sabíamos, puede que los cuatro. No sé cómo no me hice caquita encima, pero no me amilané ni medio centímetro, ni siquiera aparté mis ojos de él. Abasi era como un jodido animal que huele el miedo y no quería que viera el mío.

—Si hace eso, nunca tendrá el brazalete de Anubis —solté, fingiendo confianza, y me lo creí hasta yo—. ¿Dónde está mi hermana? —le pregunté a bocajarro, harta de todo.

—¿Su hermana? —demandó mirándome con un brutal desprecio en los ojos.

—Bianca González —respondió Alex por mí—. Teníamos la impresión de que usted podía saber algo de su paradero.

—Ya sabía yo que usted me sonaba —me señaló y después se frotó las manos—. La he visto en la televisión. La buscan por el asesinato de la multimillonaria americana.

—Pero no está muerta —discutí, esperando que lo afirmara.

—¿No lo está? —preguntó jugando conmigo y mi estabilidad mental y emocional.

—Usted la tiene —lo acusé—. Sus hombres nos siguieron hasta el despacho del historiador, sabía lo que el equipo de Alex encontró en el desierto, que nosotras lo teníamos. Mató al equipo de seguridad que nos protegía y la raptaron.

—¡Qué gran imaginación tiene la juventud de hoy! —dio una palmada de entusiasmo.

Asustada por el sonido de una triste palmada, por la tensión del momento, fui incapaz de reprimir un salto por el susto. Cogí aire con ganas, intentando recuperar mi aplomo.

—¿Dónde está? —pregunté tratando de fingir que no había dado un respingo.

—¿En el depósito de cadáveres?

—Tengo el brazalete de Anubis —declaré y sus ojos se abrieron desorbitados e incrédulos; soltó una exclamación en su idioma que no esperé que Alex tradujera, me daba lo mismo lo que saliera de su boca mientras nos dijera dónde estaba Bi—. Alexander me lo dio para que verificar su autenticidad y así se hizo, pero después de desaparecer mi hermana, era mi mejor baza para recuperarla; le dije que no sabía dónde estaba, pero lo tengo yo —traté de cubrir las espaldas de Alex—. Ha venido engañado, solo yo sé dónde está.

—Y me lo va a decir —aseguró.

—Cuando usted me diga dónde está mi hermana Bianca —contesté con rabia.

Les dijo algo a los matones que estaban a su alrededor; primero me señaló a mí y después a Alex y a Tiago con el mismo desprecio. No entendí lo que dijo, pero mi mente lo tradujo con un «*cogedla y deshaceos de ellos*».

Supongo que no me equivoqué. Todo sucedió deprisa. Tiago me soltó, se colocó frente a mí, protegiéndome. Alex alzó los puños negando con la cabeza, no quería enfrentarse a los hombres de Abasi, enfrentarse a él. Tiago y yo estábamos de paso, Alex no, y me di cuenta del sacrificio que había hecho al acompañarme, del peligro que correría aunque saliéramos de allí con vida, cosa que dudé. Los hombres de Abasi tenían armas y nosotros solo los puños de Alex y la palabrería y chulería de Tiago. Yo no aportaba nada.

El primero en golpear fue Tiago, a la cara del tipo que estaba a nuestro lado. Alex y el del otro lado se enzarzaron también, mientras los que estaban detrás de Abasi ya rodeaban el escritorio para venir a por nosotros.

Yo me sentía paralizada, esperando que alguno de ellos sacara sus pistolas. Grité cuando el último, el que estaba detrás de nosotros, me cogió por la cintura. Mi grito alertó a Tiago, que ignoró al tipo con el que peleaba y se dio la vuelta.

Con un grito le golpeó el costado y el tipo me soltó al momento. Tiago me cogió de la muñeca y me apartó del otro, atrayéndome de nuevo hacia él. Volvió a soltarme y lo golpeó. Cuando el otro intentó defenderse, se adelantó a su movimiento haciéndole dar una vuelta en el aire para aterrizar en el suelo

de espaldas.

Me empujaron y caí al suelo, el que estaba peleando con Tiago volvía a por él.

—¡Cuidado, Ti! —le grité, desesperada al ver la pistola en su mano.

Tiago cuadró los hombros, pude verlo desde el suelo; se giró ya preparado para golpear y lo hizo, en su brazo, con lo que el arma se cayó al suelo y revotó por él. Gateé hasta ella y la cogí.

Sintiendo el peso del arma en mi mano, alcé la cabeza y miré el panorama en conjunto. Alex tenía a un tipo a los pies, peleaba con otro, que tenía la cara ensangrentada y se movía de forma cansada mientras él parecía muy entero. Abasi seguía detrás del escritorio, volvía a frotarse las manos, observando con gozo lo que estaba pasando. Tiago peleaba con uno de los hombres, a la vez que intentaba defenderse de otro.

Me pregunté qué hacer, pensé en disparar al aire, aquello calmaría los ánimos, pero tiraron de uno de mis tobillos, me giré y puede que apretara el gatillo, pero juro que no lo hice queriendo; el arma se disparó con un ruido que me pareció ensordecedor.

La camisa beige del culturista empezó a teñirse de rojo y, aunque mi impulso fue tirar la pistola, una imagen de Bi llorando, con la cara golpeada, hizo que no la soltara.

Acababa de matar a un hombre y no me lo podía creer. Temblorosa me puse de pie y me di la vuelta, a tiempo de ver cómo Tiago golpeaba en la cara a uno de los hombres y caía al suelo noqueado por su derechazo.

—¡Basta! —grité y apunté a Abasi con el arma—. ¿Dónde está mi hermana?

Pude ver cómo Alex y Tiago se miraban un segundo para después mirarme a mí.

—¡Lā! —gritó Abasi, que estoy segura que quería decir no, y dijo algo más que no entendí.

Observé cómo el único hombre de Abasi que quedaba en pie desenfundaba su arma.

—Tírala —ordené apuntando a Abasi, pero no me hizo caso—. Dígale que la tiré o le dispararé como he disparado a ese —señalé detrás de mí. Abasi habló y el hombre la tiró al suelo—. Se lo voy a preguntar por última vez —le

advertí—. ¿Dónde está mi hermana?

—No lo sé.

—Sus hombres fueron a ver a Lukman, el historiador, a preguntar qué le habíamos llevado. A la mañana siguiente había dos cadáveres y mi hermana no estaba.

—Sí —reconoció por fin—, mis hombres las siguieron hasta el hotel, pero volvieron a ver al historiador para averiguar qué habían encontrado. Cuando me informaron de lo que era, estuve seguro de que Bonucci no sería tan insensato de dejar tan valiosa joya histórica en las insignificantes manos de dos simples mujeres, y vigilamos la excavación.

—¿Insignificantes? —demandé dando un paso hacia él—. ¿Simples mujeres? —grité encañonándolo, dispuesta a dispararlo—. O me dice dónde esconde a mi hermana o se acabó.

—No lo sé —dijo demasiado rápido, empezaba a temerme—, tendrá que dispararme.

—Lo haré —aseguré acariciando el gatillo, temiendo que la presión fuera demasiado fuerte y se disparara—. Si me devuelve a mi hermana, le daré el brazalete y nos marcharemos del país, nunca volverá a saber de nosotras, ni nosotras de usted o el jodido brazalete. Tiene tres segundos —le di un ultimátum.

—No lo sé —alzó las manos y pude ver el miedo en cada facción de su vomitativa expresión, al menos conseguí bajarle los humos a ese hijo de puta—, ella no está conmigo.

—Dame el arma, Di —escuché que me decían, luego entendí que fue Tiago.

—¿Le ha hecho algo? —subí y baje el arma, apuntándolo de nuevo.

—Le repito —dijo apoyándose en el escritorio—, que yo no me llevé a su hermana.

—No le creo —bajé el arma y quité el dedo del gatillo. Me quité el brazalete falso y se lo lancé—. Ahí tiene el brazalete, ahora devuélvame a mi hermana y olvidémoslo todo.

Observé cómo Abasi miraba la joya, después miró al único hombre que le quedaba en pie y con la mirada señaló sus pies. Comprendí lo que le estaba diciendo, que recuperara el arma y se deshiciera de nosotros, ya tenía lo que

quería o eso creía él.

Aquello me demostró dos cosas. La primera, que Bi no estaba con él, por mucho que me negara a creerlo. Y la segunda, que o atacábamos nosotros o lo harían ellos.

Con rabia, sin dudarle, le disparé; se agachó cuando la bala pasó junto a su cabeza. El otro se agachó para coger su arma y, antes de pudiera erguirse, Tiago le pateó, haciéndole caer de culo. Le quitó el arma y apuntó a Abasi, igual que lo estaba haciendo yo.

—Va a dispararle —le advirtió Tiago— y no volverá a fallar, ni dudará.

—¡Yo no sé dónde está esa zorra! —gritó Abasi, matando mis esperanzas.

Bi no estaba, había muerto, alguien la había matado, los noticiarios no mentían. Abasi no estaba pagando a la policía para sacarme de mi escondite y recuperar el brazalete y ese hijo de puta acababa de llamar zorra a Bi, había ordenado matarnos, me había amenazado, había ido a por nosotros y no se merecía mi misericordia.

¿Recuerdas cuando te dije que pensaba que yo no sería capaz de matar, pero que llegado el momento tu instinto de supervivencia prevalece? No sé en qué estaba pensando, cómo pude tener la sangre fría, pero cuando vi que metía la mano bajo el escritorio, supe lo que saldría de allí y no iba a permitirlo, por encima de mi cadáver, me dije.

Cuando vi que alzaba el brazo no dudé, le disparé al cuerpo y, con un par de sacudidas, cuando las balas le alcanzaron, cayó sobre la silla ergonómica. Había matado a Abasi.

—¿Qué has hecho? —escuché el espanto en la voz de Alex.

—Di —me habló Tiago y me cogió la mano con la que sostenía la pistola en alto.

Giré la cabeza y miré sus ojos, dejé caer la pistola al suelo y rodeé su cuello, abrazándome a él. En la quietud de su cuerpo, fui consciente de cómo el mío temblaba.

—Sácame de aquí, Tiago —le pedí en shock, mientras él me estrechaba de la cintura.

—Sí —escuché decir a Alex—, tenemos que salir de aquí —estuvo de acuerdo—. Los tiros pueden atraer a más gente de Abasi, y acabas de

cargártelo —me reprochó.

—Vamos —dijo Tiago, soltándome.

Me cogió el rostro y lo limpió, por lo visto estaba lleno de lágrimas, las noté al contacto de sus dedos. Me besó la frente y soltó mi cara para cogerme de la mano. Salimos del despacho sin mirar atrás. Alex nos adelantó, ansioso por salir de allí. Le seguimos hasta el ascensor y nadie dijo nada mientras subíamos, solo sonaba el hilo musical.

Fuera, el hombre de recepción nos increpó. Alex le contestó en árabe. Creí que nos cortarían el paso, pero no lo hizo, me subí al coche y esperé a Tiago que discutía con Alex; después nos marchamos.

Verdad y dudas

Me quedé sola en la habitación, estaba agotada física y mentalmente, anímicamente inútil, me sentía un guiñapo, un ser hueco. Encendí el televisor en un intento de llenar el vacío con algo, aunque fuera ruido. Seguía el canal CNN; hablaban, no sabría decirte de qué, yo estaba perdida en un limbo mental, ni siquiera era capaz de conectar mis propios pensamientos, solo pasaban por mi mente sin que ni siquiera intentara seguirlos.

La presentadora dijo el nombre de Bianca; pestañeé dos veces y presté atención, saliendo del trance. Levantándome de la cama subí el volumen, alterada y angustiada.

—Desde Siria nos llega información, nuestro corresponsal está siguiendo el caso de Bianca González y va a informarnos de las últimas novedades. Peter Green, adelante.

—La información sigue llegando con cuenta gotas —informó el reportero y enseguida reconocí el lugar donde se encontraba—, pero fuentes muy fiables nos informan de que esta mañana se confirmaba que el cuerpo encontrado en el maletero de un coche alquilado a nombre de una de las empresas de la *celebrity* era de Bianca —contuve la respiración y me dejé caer al suelo, noqueada por la verdad, a pesar de saberla—. La limusina se encontraba aquí, en el mismo hotel donde se hallaron los cuerpos sin vida del equipo de seguridad de la empresaria española. De momento sigue habiendo una única sospechosa de estas terribles muertes: Diana Moreno —apareció una foto mía del perfil de Instagram de Bi, una en la que no salía especialmente favorecida—, prima de Bianca, cuyo nombre con el de esta conforman una de las fundaciones de la empresaria: *DiBi*. El paradero de la sospechosa sigue siendo desconocido, también el móvil, ya que mantenían una relación muy estrecha. Desde ayer, un equipo del FBI ayuda a la policía en su búsqueda, a fin de poder esclarecer lo antes posible lo sucedido. De momento no sabemos cuándo se trasladarán los restos mortales, ni a dónde. Desde Siria, Peter Green, seguiremos informando —le devolvió la conexión a la presentadora.

Apagué el televisor y me quedé allí, tratando de concentrarme en mi

respiración, contando hacia atrás, como Tiago me había aconsejado hacer cuando me sintiera saturada. Mi cerebro me hacía volver de los números que me esforzaba en contar a la información que acababa de escuchar, la confirmación de que no había marcha atrás. Bi estaba muerta.

—Diana —me sorprendieron.

Negué con la cabeza saliendo del trance, la alcé y me encontré con Bonucci.

—¿Alex? —me levanté del suelo, preguntándome cómo me había encontrado, cómo había entrado en la habitación y con qué intención—. ¿Qué haces aquí? —pregunté.

—Tienes un problema —advirtió, acercándose a mí—, estás confiando en la persona equivocada —intentó cogerme de las manos, pero aparté las mías para que no me tocara.

—¿De qué estás hablando? —pregunté desconfiada.

—He chantajeado a uno de los hombres de Abasi y sé que tienes el brazalete —afirmó.

Lo miré espantada, muchas preguntas se agolparon en mi cabeza, pero ya poco interés tenía después de lo que acababa de ver en el noticiario, nada importaba.

—¿Eso te ha dicho ese tío?

—No solo eso, también me ha dicho que tu amigo el yanqui —puntualizó, refiriéndose a Tiago— está negociando con Abasi su venta.

—Abasi está muerto —aseguré y me recorrió un escalofrío al recordarlo caer.

—No, todavía no, y es muy probable que se recupere, y tu amigo le dará el brazalete.

—¿Qué? —pregunté sin poder creerlo—. ¡No! —exclamé asqueada por su acusación.

—¿Cómo lo sé si no? —negué buscando una explicación, alguna debía haber.

Estaba segura de que Tiago no me haría eso, de que no me traicionaría. Confiaba en él, no había hecho otra cosa que cuidar de mí. Pensé que Alex podría haber deducido que yo tenía el brazalete y lo que estaba haciendo era

tantearme para que despejara sus dudas.

—Yo no tengo el brazalete —aseguré.

—No sigas mintiéndome —me pidió—, sé que lo tienes y ni siquiera estoy enfadado contigo —declaró—. Entiendo que hayas preferido ocultármelo, que hayas sospechado de mí. Solo yo sabía dónde dormíais y comprendo que no te fiaras de mí —aseguró—. No puedes permitir que caiga en sus manos, ven conmigo —me tendió la mano.

—No —di un paso atrás, noqueada por sus acusaciones.

—A él no le importas, Diana —aseguró.

—No es cierto —negué, incapaz de creerlo—, no ha hecho otra cosa que preocuparse y cuidar de mí.

—Ya, aparece el mismo día que tu hermana desaparece, lleno de buenas intenciones, sin ni siquiera conocerte, sin separarse de ti para nada. ¿De verdad no te parece raro?

—Es amigo de Bi, sabe cuánto significo para ella.

—Y también sabía desde el principio que tú tenías el brazalete —aseguró—. El único motivo por el que te ha cuidado y se ha preocupado por ti es su propio beneficio. Teniéndote cerca no solo tiene al alcance de su mano el brazalete, también un chivo expiatorio.

—No —negué apartándome sin querer creer una palabra—. Vete —le pedí—, lárgate.

—Ven conmigo —me tendió la mano de nuevo—, te sacaré del país, tengo contactos.

—No —negué sin estar segura de qué hacer.

—Si te cogen, te ejecutarán y el mundo entero lo verá. Todos creerán que tú mataste a tu hermana, aunque supongo que debería decir prima...

—Me da igual lo que piense la gente, quien nos conoció sabrá que no es cierto.

—¿Quieres morir aquí como ella? —me preguntó—. Porque es lo que vas a conseguir —aseveró el tono, molesto—. Si sigues huyendo te matarán; si te atrapan, te ejecutarán. Tu única opción es salir del país —sentenció—. Tengo contactos, te sacaré, buscaremos cómo exculparte y podrás volver a tu vida,

pero tienes que venir conmigo.

Por fin había comprendido que Bi estaba muerta, allí no hacía nada, tenía que salir de Siria. A dónde, no tenía ni idea, pero sin Bi nada me retenía en aquel país. Alex tenía razón, sabía que, si me acababan cogiendo, me ejecutarían, que es lo que finalmente va a pasar. Pero no me arrepiento de mis actos, tampoco de mis decisiones. Puede que ir con Alex hubiese sido la mejor opción, pero no podía hacerlo sin saber si tenía razón respecto a Tiago, necesitaba saber que no era verdad y me sentí incapaz de dejarlo atrás, de abandonarlo con todo lo que había hecho por mí, por cuánto significaba para mí entonces.

—Desde que Bi desapareció lo único que te ha importado ha sido el brazalete.

—Diana...

—No —lo corté—, lo entiendo. Sé lo que esa joya representa, lo que significa para ti, y de verdad solo espero queagas lo que es debido.

—¿Qué quieres decir?

Me quité la chaqueta, a esas alturas me importaba una mierda el brazalete y su jodida historia, que estuviera en un museo o en la vitrina de un coleccionista privado siempre y cuando no lo tuviera Abasi, si es que sobrevivía, cosa en la que no quería ni pensar. Había matado a un hombre, con suerte a dos, y no me arrepentía. ¿A cuántos salvaría si Abasi moría? No sé qué pasó con él, pero prefiero pensar que murió y, aunque no pueda traer de vuelta a Bi, al menos vengué su muerte y eso, ahora, al menos es un consuelo.

—Si Tiago sigue conmigo por él, no lo quiero —me quité el brazalete y se lo tendí.

—No me iré sin ti, Diana —aseguró y supe que lo había descolocado.

—No pienso moverme de aquí hasta hablar con Tiago. Esto —alcé el brazalete— es todo lo que te importa. ¡Cógelo! —lo apremié, tendiéndoselo—. Cógelo y vete.

—Puedo protegerte, puedo cuidarte mejor que él. Si lo que quieres es descubrir que le pasó a tu hermana, te ayudaré a encontrar las respuestas, después te sacaré del país.

Me acerqué a él, cogí su mano y puse sobre ella la joya.

—Gracias por la oferta, Alex, te lo agradezco de veras, pero la respuesta es no.

—Diana, escúchame —me cogió de la muñeca cuando iba a darme la vuelta.

—¡Déjame, joder! —exclamé zafándome de su agarre—. ¡Vete! Tienes el brazalete, ponlo a salvo, deja que el mundo conozca su historia, que conozcan a la princesa Ziba. Tienes todo lo que siempre soñaste —le recordé—, olvídate de mí.

—Por favor...

—¡No! —no le dejé hablar—. Agradezco que me hayas ayudado, todo lo que has hecho por mí y tu oferta, pero no me iré contigo, así que vete de una jodida vez.

Me di la vuelta y lo dejé allí, me metí en el baño y cerré con el cerrojo. Me quité la ropa y me metí en la ducha; dejé que el agua corriera sobre mí, pensando, pero cada vez que pensaba en que Bianca estaba muerta el pulso se me aceleraba, la garganta se me cerraba y tenía que esforzarme en las técnicas de Tiago para superar aquellas crisis.

No sabía qué pensar de él, no podía creer que Alex tuviera razón; habíamos conectado, nadie había sabido llevarme tan bien como lo había hecho él, nadie había llegado a mí de la forma en la que Tiago lo hacía y necesitaba saber la verdad.

Al salir del baño Tiago estaba sentado en la cama; al verme salir se puso de pie. Me repasó con la mirada, pero no con lascivia, aunque solo llevara una toalla y él me deseara, cosa que hasta la visita de Alex creía. Parecía preocupado, y creí que esperaba algo de mí

—Alex ha estado aquí —le dije y su cara de sorpresa fue mayúscula.

—¿Qué quería? —preguntó al instante, muy interesado.

—Le he dado el brazalete —declaré y esperé su reacción, que no llegó.

—¿Por qué ha venido? ¿Qué quería? —repitió.

Si el brazalete le importaba, desde luego lo disimuló muy bien.

—Advertirme —contesté seria—, advertirme sobre ti —ladeó la cabeza frunciendo el ceño—, que me fuera con él. Dice que Abasi se va a recuperar y me ha asegurado que puede sacarme del país, que buscaríamos la forma de

exculparme y sería libre.

—Han cambiado las reglas —me cogió del brazo.

—¿Qué?

—Estoy harto, Diana —aseguró—. No puedo más —se quejó—, no puedo seguir.

Había verdadera fatiga, agobio en su rostro, no me había dado cuenta hasta que dijo eso, y me sentí como si después de tanto moverme en su frecuencia me saliera de ella, no lo entendía y no quería perder la única conexión que tenía, que sin duda era Tiago.

—¿Seguir con qué? —demandé sin comprenderlo.

—Con esto —contestó y lo dijo con tanta frustración que pude sentirla como propia.

—¿Vas a dejarme? —me temí lo peor, que Alex tuviera razón.

—No, voy a sacarte de aquí.

—¿Vas a volver a decirme de ir a la embajada? —di un paso atrás, soltándome de él.

—Olvídate de esa mierda —dio los pasos suficientes para plantarse frente a mí, tanto que nuestros cuerpos casi se rozaban—. ¿Confías en mí, Di?

¿Lo hacía? Alex me había dado razones para desconfiar, pero no podía hacerlo, necesitaba más que la palabra de Alex o la de uno de los hombres de Abasi para pensar que, después de todo por lo que habíamos pasado juntos y vivido, fuera a traicionarme.

—Sí —contesté en un susurro mirándolo a los ojos.

Rodeó mis hombros desnudos con las manos, se deslizaron por mis clavículas en un recorrido sutil y estremecedor que me dejó sin palabras mientras sus ojos me hablaban con la mirada, advirtiéndome de algo, aunque no supe de qué. Su caricia se apresuró hasta rodear mi cuello y arrulló mis mejillas con los dedos pulgares, guiándome hasta él. Mis talones se alzaron, Tiago se inclinó, se precipitó sobre mi boca y sin previo aviso me besó.

Su boca chocó contra la mía con fuerza y ganas y mis labios, deseosos y ansiosos, respondieron con vitalidad al encontrarse con los suyos.

Me miró, observando un ojo y otro; cogiéndolo del polo blanco lo atraje

hacia mí de nuevo y le devolví el beso, cerrando los ojos, sintiéndole. Su lengua salió al encuentro de la mía, que la acarició con todo el anhelo que sin darme cuenta albergaba de él.

No había preocupación, solo sensaciones, y Tiago me despertaba, me hacía sentir como nadie lo había hecho hasta entonces. Quise que ese beso fuera eterno, que nuestros alientos no volvieran a separarse, que nuestras bocas se hicieran el amor para dar paso a nuestros cuerpos. Que nuestras emociones se desnudaran mutuamente y se reconocieran, ser un todo con él. Deseé que fuera él, que fuera el definitivo, poco me importaba si eso significaba un día, una década o un siglo. Me había demostrado más en cuatro días que los tíos con los que había salido en meses. Encajábamos y aquel beso despejó mis dudas, me demostró que Tiago era cuanto quería en un hombre, que era el mío y comprendí que lo amaba. Así, sin más, lo supe, porque lo sentía en lo más profundo de mi ser.

—Tiago —escapó de mi boca, estrechándome contra él.

Abrí los ojos y me encontré con su mirada, me besó con dos besos suaves y cerrados.

—Vístete —me pidió besándome otra vez, mientras yo cogía su polo, manteniéndolo junto a mí—. Vendrán a por nosotros, no hay tiempo —me apremió—, vístete.

—¿Quién vendrá a por nosotros? —pregunté poco dispuesta a separarme de él.

—Te lo explicaré todo —aseguró besándome los labios con ganas, una, dos, tres veces, sin darme tiempo a profundizar, con ganas y mucha prisa a la vez—, todo —aseguró mirándome a los ojos—, pero tenemos que irnos ahora mismo.

La huida más dulce

Tiago me besó una última vez antes de dejarme; mientras me vestía él me esperaba en el vestíbulo. Lo bueno de pasar los últimos días huyendo es que vas perdiendo todo en el camino y al final no te queda mucho que atesorar. Me puse la única ropa que me quedaba, me recogí el pelo todavía húmedo en una coleta alta y observé la habitación antes de dejarla, sabía que no volvería allí. Todo había cambiado, Bi no estaba, no me quedaba esperanza, pero había descubierto en Tiago un gran apoyo, el único, pero también el mejor que podía tener, así que aunque estaba jodida, sabía que él no dejaría que me hundiera.

En el vestíbulo lo encontré; discutía con un hombre, al acercarme vi un emblema en su chaqueta fina de color azul marino e imaginé quién era, bueno, más bien de dónde venía. Era un de los agentes que había enviado el FBI y venían a por mí.

—Estás fuera —escuché que le decía—, vete, no compliques más la situación.

—Se acabó —aseguró Tiago—, nunca debimos acceder.

El hombre que tenía un aire al *T-1000* de *Terminator 2*, aunque ni daba tanto miedo ni parecía tan indestructible sí tenía ese aspecto de militar inquebrantable, reparó en mí, detrás de Tiago. Él se giró y me miró, me sonrió débilmente, supongo que quiso decirme que tenía la situación bajo control, aunque a mí no me lo pareció. Aparté la mirada observando a aquel hombre desenfundar su arma y corrí para ponerme frente a Tiago.

Cuando Tiago me vio correr, se giró para saber qué pasaba. Todo sucedió muy deprisa.

—Lo siento, colega —dijo Tiago, sacando una pistola de la parte trasera del pantalón—, te va a doler —le advirtió.

Ocurrió en un instante, como en un duelo del salvaje oeste. El sonido del disparo detuvo mis pasos sin saber quién lo había producido, a quién iba dirigido, y las pocas personas que había en el vestíbulo empezaron a gritar, a correr de un lado a otro. Mientras yo, muerta de miedo, retomaba la marcha

hasta llegar a Tiago.

Lo agarré del brazo y le hice girarse. Desesperada, observé su polo blanco, estaba sucio, pero sin sangre. Fue entonces cuando miré al hombre frente a nosotros. Su ropa se teñía de rojo mientras él, con una mueca de dolor, trastabilló hacia atrás, cayendo al suelo.

—¡Tiago! —le reprendí—. ¿Estás loco?—me aparté impresionada, soltándolo.

—Él estará bien —dijo cogiéndome de la mano—, créeme. Hay que salir de aquí.

Me llevó hacia la salida y yo me dejé arrastrar, en shock... ¡Había disparado a un jodido federal! Al pasar junto al hombre intentó detener a Tiago cogiéndolo de la pierna.

—Tiago... —lo llamó en un quejido—. Tienes que detenerte, te estás pasando...

—Estoy haciendo lo que debí hacer desde el principio —respondió soltándome.

Se agachó frente al hombre y le quitó la pistola, que se guardó en la espalda, sujetándola con el pantalón tejano. Volvió a coger mi mano y tiró de mí.

Con una mano me sujetaba y con la otra mantenía el arma arriba, dispuesto a disparar a quien se interpusiera en nuestro camino. Y aunque quería salir de allí, no quería hacerlo de aquella forma, no quería que se llevaran a Tiago por delante, que era lo que conseguiría, que alguien le disparara y lo matara.

No dije nada, no hice nada, solo me dejé guiar por él hasta la salida del hotel. No me sentía capaz ni de pensar, estaba en shock, del que salí al ver lo que nos esperaba en la calle. Se me cortó la respiración. Estaba segura de que aquel era el final. Conté tres hombres con las mismas chaquetas, uno de ellos de espaldas; en su chaqueta pude leer las enormes letras de FBI, hablaba por el móvil.

Tiago disparó a uno, al cuerpo, y yo grité. Me soltó la mano e inmediatamente cogía mi cintura colocándose detrás de él. Hacía de escudo humano, protegiéndome, y no pude ver nada. Cogió la otra pistola y yo le cogí del polo, apoyando mi frente contra su espalda, incapaz de hacer nada, además de temblar, sin saber cómo detener aquello, cómo salir de allí sin que ninguno

de los dos resultara herido. Si le pasaba algo a Tiago prefería morir allí, con él, sabiendo que Bi ya no estaba, que salir con vida de aquella situación.

Los disparos no se hicieron esperar; abracé el cuerpo de Tiago, colocando mis manos una sobre otra encima de donde estaba su corazón, intentando protegerlo, ya ves tú qué tontería. Supuse que su corazón debía golpear con fuerza, pero no podía sentirlo, mientras el mío parecía estar sobre mi garganta, galopando y dificultándome la respiración.

El silencio llegó, Tiago se dio la vuelta y me besó en la boca borrando las lágrimas de mis ojos con los pulgares. El acero de las pistolas estaba frío contra mi piel y un escalofrío me sacudió. Se separó de mí, guardó un arma en su espalda y con la mano libre cogió mi mano. Tiró de ella y, antes de salir corriendo con él, observé la estampa en un microsegundo. El hombre que estaba de espaldas no se movía, estaba en el suelo, abatido, los otros dos también, aunque vivos; sus ropas estaban manchadas de sangre y por un momento pensé que vomitaría, pero no hubo tiempo, Tiago tiraba de mi mano y corrí con él.

Recorrimos la calle corriendo. Tiago investía a quien se interponía en su camino sin cortarse un pelo, había exclamaciones a nuestro paso, maldiciones también, supongo, seguía sin comprender el idioma. En la esquina, giró a la derecha sin detenerse. Seguimos corriendo y cuando llegábamos a la otra esquina, vi el taxi. Tiago fue directo hacia él, lo había pedido en recepción mientras yo me vestía, pero no sé qué hacía tan lejos del hotel.

Abrió la puerta, cediéndome el paso al interior. Sin dudarlo me subí.

—Yala —le dijo al taxista mientras se subía junto a mí. Eso sí lo entendía, como sabes he visto mucho cine, quería decir «*vamos*»—. Yala, yala —lo apremió cerrando la puerta.

El hombre arrancó. Tiago se abalanzó sobre mí y por un momento me dio miedo. Estaba acostumbrada a que sus movimientos fueran muy calculados y, aunque cercanos, siempre con cierta distancia, pero ya no se contenía y no me lo esperaba.

—¿Estás bien? —preguntó buscando la respuesta en mis ojos, en mi rostro.

Creo que se dio cuenta de que me había asustado, por lo que se apartó un poco, devolviéndome mi espacio personal, pero no lo quería. Le cogí de la pechera del polo y lo acerqué a mí.

—Estoy asustada —reconocí—. ¡Has disparado a los jodidos federales! —exclamé angustiada—. Ventrán a por ti y caerán como la tormenta, dispuestos a arrasar con todo con tal de acabar contigo —me sonrió acariciándome la mejilla y en sus ojos vi amor—. No sonrías —le pedí sin seguridad, creyendo lo que sus ojos me transmitían, disfrutando de cómo su mirada me hacía sentir—. Hablo en serio, estás jodido, acabas de sentenciarte.

—Estamos bien —aseguró—, relájate, ¿vale?

Lo miré preguntándome cómo pretendía que lo hiciera, iba a pasar lo que le decía.

—Podríamos haber huido, ya lo hemos hecho antes. ¿Por qué te has enfrentado a ellos?

—Porque no eran federales y querían separarnos, porque me he cansado de su juego.

—¿Cómo que no eran federales? Debían ser enviados del señor, entonces —ironicé.

Soltó una carcajada que muy a mi pesar me relajó y me hizo sonreír. Habló con el taxista, intentando decirle a dónde íbamos. Íbamos a una casa de alquiler de coches.

—Tengo que contarte muchas cosas —volvió conmigo, acomodándose en el asiento del coche—, tantas que todo va a cambiar —aseguró—, pero antes tenemos que ponernos a salvo, escondernos donde no puedan encontrarnos, entonces te lo contaré todo.

—¿Contarme qué? —demandé sin comprender—. ¿De qué cojones hablas?

Volvió a sonreírme y me besó los labios.

—Todos los acontecimientos de la última semana tienen un fin, cambiarte, y no quiero que eso ocurra. Diana —me cogió el rostro con ambas manos y volvió a besarme—, para mí eres perfecta tal y como eres ahora mismo. Directa, espontánea, malhablada, dulce y fiera a la vez, terca y sarcástica, creativa e ingeniosa, más fuerte de lo que crees —sonrió dejando caer una mano que yo entrelacé con la mía—. No quiero que cambie la forma en que me miras, la manera en que me tocas —alzó mi mano para después besarla.

—No entiendo nada de lo que estás diciendo —reconocí—, lo sabes, ¿verdad?

—Busquemos un sitio tranquilo en el que hablar, donde nadie pueda interrumpirnos y haré que todo cobre sentido, y cuando digo todo, quiero decir todo.

—¿La muerte de Bi también? —agaché la cabeza.

Al pensar en ello se me cerró la garganta y mis ojos se inundaron de lágrimas provocadas por la enorme tristeza que me embargó, que me oprimía el pecho al pensar que ya no había esperanza, que no quedaba nada. Lo único que podía hacer era levantar la cabeza, plantar cara, averiguar quién lo había hecho y pagarle con la misma moneda.

—No llores por ella —me besó la frente y me estrechó—. No llores, Di —me pidió.

No pude contener lo que sentía, quise ser tan fuerte como él creía que era, pero no lo era. Lloré en sus brazos, en aquel refugio en el que tan bien llegué a sentirme, donde estaba segura y a salvo; allí me desahogué mientras Tiago intentaba consolarme.

Llegamos a la casa de alquiler de coches y, para mi sorpresa, Tiago usó su tarjeta, a pesar de que habíamos acordado que aquello no era seguro. Por primera vez me ofreció conducir y, aunque la idea me atrajo, recordé cómo conducían por allí y decliné la oferta. En el GPS buscó la ubicación de un hotel que había consultado en su móvil y partimos en aquella dirección.

No hablamos por el camino, y eso que fue bastante largo, cada uno perdido en sus pensamientos; yo pensaba en Bi, como si no fuera a tener tiempo de hacerlo... Ahora me gustaría haberle preguntado a Tiago en qué pensaba él, pero no lo hice, y ya nunca lo sabré...

Cruzamos ciudades, pueblos, asentamientos, todas zonas áridas y, de pronto, empezamos a subir, dejando atrás el desierto. Vimos vegetación, pobre, pero allí estaba e íbamos a su encuentro, mientras el sol ya bajaba por el cielo, dando fin a aquel día.

Subimos pendientes que no eran exactamente verdes, pero sí mucho más de lo que había visto en lo que me parecía una vida, aunque solo fueran unos días, y aquel lugar despoblado me pareció realmente bonito. De pronto, allí en medio, adiviné la arquitectura y enseguida pude ver unas tiendas con toldos a rayas negras y blancas y construcciones de aquel color arena tan común. Supe

que habíamos llegado a nuestro refugio.

—¿Es allí donde vamos? —le pregunté a Tiago señalando las tiendas.

—Sí —me miró—, el comedor tiene unas vistas que dejan sin aliento —aseguró—. Llegamos justo para la puesta de sol, estoy seguro de que será un atardecer digno de admirar.

Lo fue, desde luego. De la aventura que Bi me propuso aquel fatídico día, me quedo con muy pocas cosas. Descubrir la tumba de la princesa Ziba, comprender que ella existió, que fue real, como también lo era el amor de su guardián. Las vistas del hotel de las esferas, los atardeceres en el desierto yermo y virgen, las noches estrelladas. Los ratos con Bi, los momentos de risa junto a ella, mi hermana. El primer beso de Tiago, los sentimientos que me invaden cuando pienso en él, aquella cena a la luz de las velas, junto a un ventanal que mostraba una preciosa reserva natural de formaciones geológicas, el cielo cambiando de color bajo nosotros con el atardecer, rompiendo contra el desierto cambiante muy debajo de nuestros pies y aquella noche juntos, que atesoraré y recordaré mientras me quede un soplo de aliento. Aunque si pudiera, lo devolvería todo si con ello Bi volviera, renunciaría a todo por volver a verla con vida, sonriéndome.

Ya era de noche cuando llegamos a la habitación y todavía no me había dado todas aquellas explicaciones que quería darme, que según él lo explicarían todo, cosa que me sentía incapaz de creer; no es que pensara que me mentía, sino que se equivocaba.

Al entrar en la habitación nos encontramos un par de velas encendidas, no había electricidad y el baño era compartido. Aquello no era una maravilla, pero las vistas de la habitación lo compensaban todo. Me quité las deportivas y me senté cruzando las piernas en la cama junto a la ventana. Tiago se sentó detrás de mí y me besó el hombro.

—Odio verte llorar —apoyó la barbilla allí, mirando el cielo estrellado conmigo.

—Y yo odio sentirme así de rota, pero es como me siento y tengo que expresarlo.

—No me importa que lo expreses, Di —aseguró antes de volver a besar mi hombro, estrechando mi cintura en un abrazo—. Con lo que no puedo es con tu dolor, ver cómo te rompes me hace añicos —me giré para mirarlo, había pesar

en sus ojos y eso me puso más triste—. No quiero ser yo quien te haga daño —agachó la mirada—, y no sé por dónde empezar —se lamentó—. No tengo jodida idea de cómo hacerlo.

Oí el dolor en sus palabras, vi el pesar en sus ojos y sentí que me rompía un poco más por dentro; desesperada por consolarlo y porque él me consolara a mí, lo besé.

Sus labios me dieron vida, me insuflaron un torrente de sensaciones cálidas que no pensaba dejar pasar. Tiago rodeó mi cintura con ambas manos, dándome la vuelta para que quedara frente a él y me devolvió el beso con urgencia, cargado de un amor que calmó mi malestar, que hizo que todo desapareciera y solo quedáramos nosotros de nuevo.

Me dejé llevar y él se dejó llevar conmigo. El recuerdo de sus manos memorizando mi rostro me colma del amor que me hizo sentir. La forma casi tímida de desnudarnos, con calma, conociéndonos, me recuerda que en aquel encuentro hubo mucho más que sexo. Sus labios descendiendo por mi cuerpo, erizándome el vello, con su barba que pensé que me molestaría, pero era parte de él y me encantó sentirla, acompañando el tortuoso recorrido de sus besos, en el que de tanto en cuando se unía su lengua en un festín de la sensualidad y la excitación que me enloqueció de una forma emocional y cálida.

Mis manos recorrieron su apuesto cuerpo, acariciaron cada porción de él, y recuerdo muy nítidamente cada roce, cada empuje, el olor de su piel... La exclamación tortuosa y ardiente que escapó de sus labios al hundirse en mí y la forma en que yo lo sentí.

—No puedes llegar ni a imaginar cuánto te deseo —susurró sobre mi oreja y escuché en su voz cuánto se estaba conteniendo—, cuánto he anhelado este momento —se sinceró.

El jadeo de su respiración es una sinfonía imposible de olvidar, la forma en que repetía mi nombre, dejando huellas en mi piel, en mi ser, mientras en un frenesí sin igual le pedía más y Tiago me dio cuanto precisé, de la forma exacta y perfecta en que lo necesitaba.

Me faltan palabras para describir lo que esa noche significó para mí. La desconocida forma en que me entregué y en la que sentí que Tiago era mío. Siempre he sido muy enamoradiza, me enamoro con la misma facilidad con la que me desenamoro, pero con él no hubiese sido así, porque nunca quise ser

de nadie, como me sentí de él. Fue algo que no había sentido en mi vida y que estoy segura de que, si mañana me soltaran y me dejaran libre, no volvería a sentir con otro hombre que no fuera Tiago. Ti para mí. Mi Ti.

Supongo que a Bi le hubiese gustado, que le habría chiflado que Ti se uniera a nuestro club de apelativos y, por una vez, habría aprobado mi elección, se hubiese sentido orgullosa de ella, de mí. Es una pena que no llegara a vernos, que no pudiera ver de lo que ese hombre era capaz. De la persona en la que me convertía junto a él, me sentía la mejor versión de mí misma y a ella le habría encantado verme feliz.

Mi último instante de libertad

Bueno, pues ya está. Hemos llegado a mi último día de libertad, a cómo acabé aquí...

La luz de la habitación me despertó. Suspiré con ganas, me sentía extrañamente entera y busqué en la cama la parte que me completaba. No había mucho donde buscar, la habitación tenía dos camas individuales y había dormido abrazada a Ti, pero Tiago, no estaba.

Me incorporé en la cama y observé el ventanal que iba desde el techo al suelo de la habitación. El sol estaba bastante alto, supuse que debía ser media mañana. Consulté mi reloj de pulsera; en la esfera me encontré con Anubis y me sentí mal por sentirme tan bien en un mundo en el que Bi ya no estaba.

Negué con la cabeza y me levanté. En el armario encontré un albornoz blanco mullido y unas zapatillas. Me enfundé en ambas cosas y me fui al baño. No me crucé con nadie; me di una ducha bastante rápida, intentando no pensar en nada ni nadie, solo quería fluir.

Me cepillé los dientes y el pelo y volví a la habitación. Tiago había regresado y, como de costumbre, me había traído el desayuno; pensé que me estaba malacostumbrando.

—Pensaba que te habías fugado —dijo mientras cerraba la puerta detrás de mí.

—¿Después de lo de anoche? —sonreí y me lamí los labios acercándome a él. Estaba de espaldas, mirando el exterior—. Ni sueñes que te desharás tan rápido de mí —advertí.

Llegué hasta él y le cogí del brazo para que se diera la vuelta y me mirara. Mi sorpresa fue mayúscula. Se había afeitado, no del todo en plan militar, pero estaba guapo a rabiar.

Negó sonriéndome, satisfecho, y yo alucinaba con el hombre de las mil facetas. Cada una me gustaba más que la anterior y estaba irremediable y locamente enamorada de él.

—No eres la única capaz de sorprender al otro —dijo mirándome, rozando

la devoción.

—Ya te dije que todo ese pelo en la cara no te hacia ningún favor —cogí sus mejillas con ambas manos. Froté mis palmas a contrapelo y me puse de puntillas para besarlo—. ¿Por qué te has vestido? —me quejé, dándole un húmedo y largo beso de buenos días.

—Supuse que querías hablar —contestó cuando nuestras bocas se separaron.

Rodeó mi cintura con los brazos y dejó caer una mano en mi trasero.

—Si solo querías hablar no deberías haberte puesto guapo para mí —alcé mis cejas.

—¡Ja! —soltó y no hace falta que te diga lo que esa exclamación provocaba en mí.

Alcé los talones para encontrarme con sus besos y su mano se apretó contra mi trasero.

—Antes tendríamos que hablar, Di —me pidió, pero lo hizo con la boca chica, como si quisiera que no lo escuchara, que fue lo que hice, desoírle—. Diana —gimió sobre mi boca con tanto gozo que me enloqueció—, por favor...

Pasé los brazos alrededor de su cuello y me estreché contra él, sintiendo su erección, y volví a besarlo, con mi lengua por bandera y mis ansias por él en primera línea de ataque.

Me desabrochó el albornoz y lo abrió; observándome, estrechó mi cintura con sus manos grandes, haciéndome sentir pequeña y femenina. Recorrió mi cuerpo, acariciándome con las manos y la mirada en un recorrido más ardiente que el jodido infierno. Pasó el albornoz por mis hombros, dejé caer los brazos y me despojó de la prenda, dejándola caer al suelo. Se abalanzó sobre mí, directo a mi boca; solté una exclamación de sorpresa y ambos caímos en la pequeña cama, que cedió con nuestro peso a plomo y se rompió. Grité, dándome un susto de muerte al pensar que el mundo se venía abajo y a mí me pillaba desnuda. Pero no pasamos del suelo.

Los dos nos echamos a reír.

—Pensaba que nos caíamos de la montaña —reconocí tapándome la cara avergonzada.

Tiago soltó una carcajada y yo, embobada, lo observé, sonriendo como una idiota.

—¡Cómo me gusta verte sonreír! —dijo con ganas antes de volver a besarme.

Lo desnudé con prisas y él me ayudó, con tantas ganas de hundirse en mí como yo de sentirlo. Nuestro encuentro fue mucho más desesperado que el primero, pero igual de intenso, y no fue el último.

Al volver a la habitación después de una ducha compartida, muy caliente, nos tumbamos en la cama, la que mantenía las cuatro patas en su sitio. Habíamos acordado que nos ducharíamos e iríamos a comer y después hablaríamos. Yo no tenía ganas de hablar, hablar me llevaría a pensar y no quería pensar, o Bi ocuparía toda mi mente y me vendría abajo. Quería sentir, y Tiago y lo que despertaba en mí eran cuanto necesitaba.

—Cuando me miras como lo estás haciendo ahora me matas —reconocí.

—No puedes imaginar el efecto que tienes en mí —dijo acariciándome el rostro con ternura—. Las cosas que me haces sentir —bajó su mano por mi hombro, acariciándome el brazo con el dedo índice, mirándome de nuevo con aquella devoción—. Herirte es lo último que quiero hacer en la vida, prefiero sufrir cien años a que tú lo hagas un día.

Me humedecí los labios escuchándolo, impresionada por lo que decía. Echando la vista atrás, me sorprende mi capacidad de creer cada palabra que decía, aunque no puedo olvidar la verdad que siempre brillaba en sus ojos cuando me hablaba de aquella forma, cómo desde que habíamos huido del FBI había dejado de reprimirse y me mostraba cuanto era sin reservas, me tocaba sin contenerse y se había abierto a mí sin miedo.

Llamaron a la puerta y los dos nos sobresaltamos en nuestra burbuja personal.

—¿Crees que es por la ducha? ¿Que alguien se ha quejado? —pregunté.

—Puede ser —dijo incorporándose en la cama; yo lo imité y me puse el albornoz.

Tiago abrió la puerta un resquicio, desnudo, cubierto solo por una toalla anudada a la cintura y escuché atentamente, muerta de vergüenza, si nos habían pillado. Pude ver al recepcionista que nos atendió el día anterior al llegar; con

un inglés mucho peor que el mío le pidió que saliera de la habitación. Tiago me dijo que esperara y lo hizo.

Fui a la mesa donde estaba la comida, estaba famélica, aquello no era el final del mundo. ¿Bochornoso? Mucho, pero bueno, a esas alturas no pensaba alterarme porque alguien nos hubiera escuchado montándonoslo en una zona común y se hubiera quejado.

Me senté en la cama, masticando un croissant que no estaba para chuparse los dedos, pero que le sentó de lujo a mi estómago. Me lo estaba acabando cuando Tiago volvió.

—Están aquí —cerró la puerta.

Aquello me cortó la respiración, me aceleró el pulso y empezó a dolerme el estómago.

—¿Quién está aquí? —pregunté temiéndome lo peor. Me puse de pie—. ¿El FBI? —exclamé y él negó; pasando junto a mí, recogía nuestra ropa del suelo—. ¿La policía? —supuse. Sinceramente, no estaba segura de cuál de los dos me aterraba más.

Tiago había atacado a los primeros, al menos había matado a uno y, como mínimo, herido a tres, así que querrían desquitarse. La policía de por allí simplemente me enjuiciaría y no entendería una palabra, si es que me hacían un juicio, cosa que dudaba.

—Olvídate de eso —me pidió—, vístete —me tendió mi ropa, pero yo aún estaba asimilando lo que estaba pasando—, ¡rápido! —me apremió e iba a hacerle caso, pero no pude. Un estruendo me detuvo. Tiago había cogido la mesa que había frente a él con el desayuno y la hizo saltar por los aires—. ¡Joder! —gritó desesperado.

—¡Eh! —dejé la ropa sobre la cama rota y corrí junto a él. Le cogí la cara—. Escaparemos —aseguré para que se relajara; lo había visto enfadado, pero nunca de aquella forma—, lo hemos hecho otras veces, volveremos a hacerlo —le prometí—. Huiremos y... —me llevé la mano a la frente buscando una solución a aquella situación, pero no la había—. Algo haremos —negué.

—No entiendo cómo nos han encontrado —dijo desesperado, más de lo que nunca le había visto. Se fijó en mi muñeca—. ¿Esto es de tu prima? —señaló

el reloj, afirmé y me lo quitó.

—¿Qué haces? —exclamé fuera de mí al ver que lo tiraba al suelo y lo pisaba—. ¿Estás loco? —me dejé caer y lo cogí del suelo, no volvería a funcionar—. ¿Por qué? —lo miré.

—Vístete antes de que lleguen —me pidió cogiéndome del codo; me alzó del suelo y el dolor de su mirada me quebró—, no quiero que te vean así —aseguró antes de besarme.

Se quitó la toalla y empezó a vestirse; lo imité y fui a por mi ropa, la única que tenía.

—¿Qué te ha dicho el recepcionista? —pregunté recuperando la ropa de la cama.

—Eso no importa —contestó.

—¿Qué no importa? —exclamé observándolo subirse los pantalones—. ¿Quién viene?

—No es lo que tú piensas —vino a por mí—, ellos no son lo que crees, Di —cogió mi cara—. Escucha, escúchame con atención —me pidió y me asuste incluso más, cuando no creía que eso fuese posible. No era Tiago lo que me asustaba, sino su actitud frente a lo que se avecinaba, su desesperación—. No creas en nada de lo que te digan, no confíes en nada ni nadie, nada de esto es real, todo es mentira, una puta farsa —dijo atropellado.

—¿Qué?

No lo entendí, la verdad, he pensado mucho en ello mientras te contaba la cadena de sucesos que me han traído hasta donde me encuentro y te aseguro que todo fue muy real. La policía, las persecuciones, la tumba, el robo, la sangre, las noticias, la muerte de Bi...

—Es todo cosa de tu prima —di un paso atrás, abofeteada por aquella acusación que ni comprendí, ni entiendo. No sé exactamente de qué culpaba a Bi, cuando ella había sido la mayor víctima de todo—. Di, por favor —me cogió de los hombros atrayéndome de nuevo hacia él—, confía en mí —no fue una petición, sus ojos me imploraban que hiciera lo que me pedía y confiaba en él, por supuesto que lo hacía, pero no tenía sentido nada de lo que me decía—. No creas en nada de lo que veas o te digan —me cogió la cara—, en nada.

Llamaron a la puerta y me sobresalté, perdida en su mirada, intentando procesar lo que intentaba decirme de aquella forma tan atropellada como ambigua.

—¿Dónde está la jodida pistola? —me escuché decir.

¿Yo pidiendo una pistola? No era yo la que hablaba, era mi jodida desesperación buscando una salida que no encontraría.

—Eso ya no vale —me tendió la blusa y empezó a abrocharme el pantalón mientras me la ponía—. No nos van a dejar ir por las buenas —me advirtió—, ahora será diferente.

Golpearon la puerta con fuerza y creía que vomitaría el corazón, me dolía el pecho.

—¿Quién viene? —volví a preguntar. Nunca obtuve respuesta y la puerta se abrió.

Un hombre de aspecto militar entró. Lo miré impresionada, acojonada, y deduje que era del FBI; era pelirrojo, de unos cincuenta con cara de cabreado y temí por Tiago más que por mí. Tiago me cogió del brazo y me hizo retroceder con él, apartándome de su alcance.

—Sepárate de ella —ordenó el hombre mirando a Tiago, severo—, ahora mismo.

—No —contestó Tiago plantándose frente a mí. Su voz era tan dura como estaba segura de que debía serlo su expresión—. Si queréis pelea, usaré los puños —le advirtió—, pero se ha acabado, se acabó en el preciso instante en que intentasteis echarme.

—Te lo buscaste tú solo, chico —no sé de qué hablaban, de dónde habían intentado echarlo—. Has perdido el rumbo, la razón. Si tengo que reducirte lo haré —le advirtió.

—Puedes intentarlo cuando quieras —pude sentir tras él cómo su cuerpo se tensaba.

—No quiero hacerlo —aseguró.

Escuché pasos y me asomé detrás de Tiago; habían entrado otros dos hombres a la habitación que flanqueaban al que hablaba. Me llevé las manos a la cabeza, buscando la salida, siempre había una, pero era incapaz de verla. La puerta estaba custodiada, la ventana no se podía abrir, lo había intentado

aquella mañana. No había salida, era el final.

—Es la única forma que tenéis de separarme de Diana —negó Tiago.

—Reducirlo —ordenó el hombre a los dos que lo flanqueaban.

Tiago no esperó a que llegaran a él, fue a su encuentro con los puños en alto.

—¡Ti! —grité—. ¡No! —fui detrás de él.

—Quédate atrás —me ordenó y sus palabras me detuvieron.

No quería que se peleara, pero tampoco distraerlo y que lo pegaran; y sobre todas las cosas no quería que le dispararan. Angustiada observé la escena; el primero en golpear fue Tiago, al bajito y en las costillas; no quería mirar, pero no podía hacer otra cosa, esperando que sacaran las pistolas. Se lanzó a por el otro con el puño en alto, esquivó su derechazo y Tiago no perdió un segundo, le atizó con la izquierda en la cara mientras el otro, con la mano en el costado, trataba de erguirse e ir a por él.

Por la puerta entraron otros dos y supe que era el fin. Iban a darle una paliza y, aunque no tenía la más mínima posibilidad y me aterraba que me hicieran daño, cosa que harían, me armé de un valor que no creía tener. Cogí la silla que estaba junto a mí, la alcé y fui a por el bajito, que me pareció el blanco más fácil, más a mi nivel. Ni siquiera pude llegar a él, ya que el que estaba al mando cogió una de las patas y me la arrancó de las manos.

Me sentí desnuda, frustrada, asustada y débil mientras la adrenalina me animaba a no abandonar, a no dejar a Tiago colgado. Le di un puñetazo en la cara, débil, algo no hice bien, aunque no sé el qué. Alguien me cogió, me zafé y lo encaré; era el bajito, le cogí de un hombro y fingí que iba propinarle un puñetazo, pero los puños no eran lo mío y le di un rodillazo y por fin hice algo bien, ya que volvió a doblarse, tocándose sus partes.

Aquella pequeña victoria me dio valor, me sentía a tope, acojonada pero lista para enfrentar a un batallón. Miré al jodido pelirrojo, me había quedado en la esquina de la habitación y él estaba frente a la puerta; delante de él Tiago y los otros tres se propinaban golpes y forcejeaban. Volví a mirar la puerta.

—No lo intente —me advirtió el jefe.

Quise hacerlo, pero me sentí incapaz de dejar a Tiago solo y sin saber cómo iba su pelea.

Lo miré, no pensaba huir, pero pensé que podía ser de ayuda para él; si me

movía, alguien vendría a por mí y podría sacarle a alguien de encima a Tiago, cuya ceja derecha sangraba, manchando su torso desnudo, lleno de marcas por los golpes que estaba recibiendo.

—¡Di! —escuché gritar a Tiago y volví a mirarlo a la cara—. ¡No creas nada! —lo golpearon cortándole el habla y, sin pensarlo, corrí hacia él.

Mi intención era ayudarlo, protegerlo, ni siquiera me planteé cómo, tenía que llegar a él y ayudarlo. Me acerqué, pero no lo suficiente, y el pelirrojo me cortó el paso.

—Hazlo —ordenó, en ese momento no supe a quién se lo decía o qué quería que hiciera—. Señorita —me habló a mí—, a usted la vamos a entregar a la policía siria.

—¡No! —grité, y cuando intentó cogerme del brazo, le di una bofetada con la mano abierta—. Él no ha hecho nada —discutí nerviosa. Lo más inteligente no fue abofetearlo y luego dar explicaciones, pero no quería que me tocara y la torta me salió sola—, fue defensa propia, intentaba protegerme —lo defendí—, porque sabe que soy inocente.

Sentí un pinchazo en el cuello y, cuando fui a girarme para ver qué había sido, el jodido bajito sacaba una aguja de mi cuello. Me había inyectado algo. Me toqué el cuello, desorientada. Fuera lo que fuera el efecto fue inmediato, todo empezó a desdibujarse

—¿Qué cojones estáis haciendo? —escuché gritar a Tiago.

Lo busqué con la mirada, pestañeando con ganas, tratando de aclarar mi vista. La adrenalina y los nervios se esfumaban en una bruma extraña a la vez que mis piernas empezaron a quedarse sin fuerza. Sentí mi cuerpo más pesado de lo que lo haya sentido nunca e incapaz de moverme, me desplomé, pero no caí al suelo, alguien me cogió.

Como pude alcé el rostro, esperaba encontrarme con los ojos de Tiago, de aquel azul tan intenso como un zafiro, pero no conseguía enfocarlo; el pelo era de otro color, lo recuerdo como un sueño... Todo está confuso en mi cabeza... Pero lo que sí sé es que unas manos rodearon mis brazos, sentí que cargaba con mi peso y de pronto flotaba.

—Ti —lo llamé con las fuerzas que me quedaban—. Tiago, no pelees —le pedí—, huye, déjame —supliqué—, huye —repetí—. Te quiero... —fue lo

último que pude decir.

Me sumí en una oscuridad aplastante y, al despertar, estaba de nuevo en el desierto, y el resto... Ya te lo he contado...

No sé qué fue de Tiago, ni quién mató a mi hermana. Te diré lo que sé: que yo no lo hice, que he tenido tiempo de contarte mi historia y ojalá puedas descubrir quién lo hizo; ojalá, seas quien seas, confíes en mi palabra, al menos alguien sabrá la verdad. Que todo lo que Tiago hizo fue protegerme, cuidarme y quererme, que es inocente.

Creo que ha llegado el momento, los pasos se acercan, son varias personas. Supongo que voy a reunirme con Bi; deséame suerte y, si ves a Tiago, por favor, dile que lo quiero, que en el tiempo que pasamos juntos, con él descubrí lo que era el amor, aquel del que le hablaba a Bi cuando mi ex me dejó. Dale las gracias por ayudarme y dile que no tiene nada de lo que arrepentirse, que me voy en paz, sabiendo que voy a encontrarme con mi hermana y que, aunque breve, demasiado, será el amor de mi vida.

A ti solo me queda darte las gracias por haber llegado hasta aquí; ojalá hayas entendido lo que pasó, porque ya ves que yo he sido incapaz. Si no lo has hecho, no te preocupes, me conformo con que al menos sepas que yo no lo hice, que yo no maté a Bi.

Nos vemos en otra vida. Te quiero.

Di

75 días después

La puerta de la celda se abre por primera vez, la luz me ciega y aparecen dos hombres. Entran en mi prisión y vienen a por mí. Cojo mi libreta, esa donde he volcado la locura de los últimos días y la estrecho contra mi pecho, como si fuera mi salvavidas.

Me pongo de pie y retrocedo, pero rápidos vienen a por mí; intento luchar, pero es inútil. Uno de ellos se coloca detrás de mí y, haciendo una pinza, me inmoviliza los brazos. El otro me quita la libreta y solo entonces me sueltan y se marchan.

—¡No! —grito dejándome la garganta en mi suplica, pero después de tanto tiempo sin usarla sale rota, débil—. No, por favor —corro tras ellos y golpeo al que tiene mi libreta con los puños—, devuélvemela por favor, dámela —le pido desesperada, golpeando su espalda con todas mis fuerzas, aunque sea sin ninguna fuerza—, la necesito —empiezo a llorar.

El otro se gira y me empuja del hombro. Me desestabilizo y caigo al suelo; me estoy levantando cuando la puerta se cierra, sumiéndome de nuevo en la oscuridad. Sin fuerza, me dejo caer al suelo y lloro, siento que se me va la vida en cada lágrima.

Vuelven un rato después, un rato eterno en el que me he calmado. Puedo oír sus pasos antes de que la celda se abra. Entran a por mí. Me han quitado mi libreta, lo único que me quedaba, y no estoy dispuesta a ponérselo tan fácil esta vez. No dudo en luchar, aunque me falten las fuerzas, aunque sé que está hecho, que no hay marcha atrás; por momentos mi instinto de supervivencia prevalece, quiero vivir y lucho, golpeo y pataleo por mi vida.

No sirve de nada, me cogen uno a cada lado y me inmovilizan los brazos. Desesperada, muevo todo mi cuerpo tratando de zafarme de su fuerte agarre, pero es inútil. Un tercer hombre se pone en la puerta, en su mano lleva una capucha. El momento ha llegado, lo sé. Y tengo miedo, un miedo tan intenso que me noquea mentalmente, me deja en blanco.

Coge mi cabeza con ambas manos y me mira a los ojos; sus ojos son oscuros y me dedica una sonrisa ladeada. Aunque no se parece a Abasi, me recuerda a

él, y solo eso me provoca ganas de vomitar. Me suelta y me pone un antifaz con esfuerzo, ya que no dejo de mover la cabeza, pero lo consigue y todo se queda negro. Me pone la capucha y empiezo a sentir que me ahogo.

Los dos hombres que me sujetan de los brazos me alzan del suelo; sigo pataleando con ganas y me sacan de la habitación, lo sé por la densidad del aire que acaricia mis brazos y piernas desnudas bajo la bata de lino que me dieron al llegar. Pensaba que después de haber descargado todo lo sucedido sobre mi libreta estaría más lista para este momento, pero no lo estoy, no quiero morir y el miedo me dificulta la respiración

—Relájate, Di —oigo la voz de Bi—. Es el final, solo relájate.

—¿Bi? —demando con la voz quebrada de no usarla, buscándola en la oscuridad.

Sé que ella no está aquí, que mi mente ha recreado su voz para que me relaje, que es imposible, pero escuchar su voz tiene el efecto que mi cerebro se propone y siento cómo, a pesar de lo rápido y fuerte que bombea mi corazón, mi respiración se relaja. No respiro con normalidad, sigo hiperventilando, pero la sensación de ahogo se calma.

Me quitan la andrajosa bata, supongo que la cortan porque no me sueltan los brazos. Estoy expectante, inquieta, más nerviosa de lo que nunca haya estado, tanto que ni siquiera tengo pudor por quedarme en ropa interior frente a desconocidos a los que no puedo ver. Me obligan a sentarme sobre una superficie mullida y fría, me esposan a los brazos de lo que imagino es un sillón y oigo cómo los pasos se alejan, una puerta que se cierra y después un completo silencio.

—¿Hola? —demando con un hilo de voz. Sigue el silencio, pesado, muy pesado, no me relaja en absoluto, al contrario. Sé que no estoy sola, me siento observada y me inquieta que la persona que me acompaña sea tan silenciosa, que actúe de forma sibilina, y me imagino las peores cosas. Entonces escucho ruidos detrás de mí—. ¿Me entiendes?

Nadie contesta. Oigo agua justo detrás de mi cabeza, creo que ha quedado claro que soy una peliculera, y me veo a mí misma siendo torturada, ahogada, como en tantas películas de acción. Pero no sucede; en lugar de eso y para mi total sorpresa, me quitan la capucha, pero no el antifaz. Sigo ciega y con las manos esposadas no puedo deshacerme de él. El agua cae sobre mi cabello,

sobre mi cabeza; está templada, es casi agradable sentirla y unas manos que estoy segura son de mujer empiezan a enjabonar mi pelo, a masajearme el cuero cabelludo, y es lo más agradable que me ha pasado desde que llegué aquí.

Sé que me están preparando para ir al matadero, lo sé y no se me ocurre qué decir, tampoco es que importe, esta persona no me entiende. Cierro los ojos y procuro relajarme, intento imaginar que solo estoy en la peluquería, que todo es normal, y aunque me relajó más de lo que creía posible, sé que no es cierto, no puedo engañarme.

El jabón huele a flores y el agradable aroma explota en mis fosas nasales, es lo mejor que he olido en lo que me parece una vida, excepto el aroma de Tiago. ¿Por qué no pudo aparecer antes en mi vida? Al pensar en él siento que mi corazón se expande de amor y mi estómago se contrae de miedo. Me pregunto qué habrá sido de él, si sufrirá mi mismo destino. No puedo pensarlo, no quiero o me vendré abajo, aunque me parezca que ya no hay nada más debajo a lo que caer. La idea de que él también muera me mata un poco más. Me enamoré de él, lo quiero, su forma de protegerme, de cuidarme, su caballerosidad y entrega, la sintonía que compartimos, todo lo que vivimos... Aquella forma de hacer el amor que me llenó de una manera como no me había hecho sentir ningún otro amante antes, su forma de amarme me enamoró. Solo fue un día, pero hay amores que solo duran minutos y al menos este será eterno, me lo llevaré conmigo allá a donde vaya después de esta vida.

El agua vuelve a caer sobre mi cabello; quien sea que me quita el exceso de jabón lo aclara y me pone un acondicionador. Desenreda mi pelo enmarañado con una calma propia de alguien que te quiere, con mucho mimo, sin prisa, y pienso en él, en cómo acarició mi cuerpo, en sus ojos de aquel oscuro azul tan profundo besándome con la mirada mientras sus manos recorrían mi cuerpo en una deliciosa caricia que me llevaré para siempre.

Vuelve a aclararme el pelo, lo seca con una toalla y lo envuelve. Sé que es una mujer, se mueve a mi alrededor. Una esponja mojada me acaricia la mano, el agua caliente cae sobre ella y empieza a enjabonarme sin mediar palabra, primero un brazo y después el otro. Podría patalear, debería hacerlo, mis piernas están libres, pero me está lavando con tanto afecto que me da igual, incluso lo necesito, necesito sentirme limpia de nuevo, más humana.

Debería sentirme incómoda, pero no lo estoy, prefiero imaginar que es él quien lo hace, quien me mimaba. Siento el metal frío de las tijeras en mi canalillo mientras corta el sujetador con un sonido que suena muy fuerte en mi cabeza y se deshace de la tela rota. Hace lo mismo con mis braguitas y mi cuerpo se alza levemente, para que pueda quitarme la prenda. Me enjabona entera y yo me dejo hacer. Sigo imaginando que es Tiago, que es un juego al que, por desgracia, nunca jugaremos. Me seca con el mismo mímico y pone una tela bajo mi nariz; huele a suavizante, a lavanda, y alza una de mis piernas colocándome una y después otra dentro de las braguitas. Cuando alzo el trasero para que acabe de colocarlas, pone una toalla sobre el asiento mojado y me las pone. También me pone un sujetador de banda, todo sin pronunciar una palabra, sin hacer más ruido del necesario, como si estuviéramos en una especie de rito de purificación.

El sonido de un secador me altera, hasta darme cuenta de qué se trata y sí, me seca el pelo también, incluso me lo peina a un lado. Cuando acaba, la oigo alejarse. Unos suaves golpes y una puerta al abrirse. Oigo dos pasos diferentes, completo silencio durante unos segundos y más pasos; la puerta se cierra y creo que los dos se acercan lentamente hacia mí. Sé que la persona que ha entrado es un hombre, noto su presencia masculina y sé que me está mirando, pero extrañamente, tampoco me incomoda.

Me visten entre los dos, sé perfectamente por el tacto de sus manos cuándo me toca ella y cuándo lo hace él y yo callada, sin mediar palabra, me dejo hacer, como hipnotizada por un sueño. Por un momento me quitan una esposa para vestirme, después la otra y me ponen en pie; la tela cae sobre mi cuerpo como el agua de un río caería por una cascada, tocando los dedos desnudos de mis pies. El hombre, detrás de mí, me sujeta las manos; no ejerce una especial presión, mis brazos caen muertos, pero sé que, si me muevo, no me dejará. Ella coloca un cinto sobre mi cintura, le da unas vueltas y lo anuda. Me hacen volver a sentarme y él esposa de nuevo mis manos en los brazos del sillón.

Me besan la frente y sé que ha sido ella; pienso en Bi y lloro, las lágrimas empapan el antifaz mientras oigo sus pasos alejarse. La puerta vuelve a abrirse, sale por ella y se marcha, dejándome a solas con el hombre. No digo nada y él tampoco.

Esperamos no sé a qué y, mientras lo hacemos, pienso en Bi, en mi familia, en Tiago, en mis viejos amigos y en los nuevos... Y extraño mi libreta, el tacto

de sus hojas bajo mi mano mientras la escribía. Cojo aire con fuerza y lo expulso lentamente, siendo consciente de que esta será una de mis últimas bocanadas de cuantas haya dado en la vida, que son incontables; se me acaba el tiempo y no tengo más que añadir que lo escrito.

Un rato después la puerta vuelve abrirse y entran al menos dos o tres personas. Me tenso en el sillón y, mientras se acercan, la mano del hombre que me ha vestido se pone en mi hombro, supongo que intentando transmitirme una paz que no consigue calmarme; por un momento siento que es él, que es Tiago, y aunque en mi fuero interno sé que no lo es, ese pensamiento me alienta. Inclino la cabeza sobre su mano y la restriego contra ella, puedo sentir su aroma, el mismo aroma que me cubrió aquella noche, hace incontables días, puede que dos o veinte, no tengo ni idea de cuánto tiempo he estado presa.

—¿Tiago? —pregunto, a pesar de que sé que es una locura.

No hay respuesta, la mano se aparta dejándome una sensación de vacío e incertidumbre. Me sueltan las manos y un hombre a cada lado de mí me cogen de los brazos, me alzan, alejándome del sillón, y estoy segura de que ninguno de los dos es el que me ha recordado a Tiago. No toco el suelo y me sacan de esta sala que no he podido ver, pero donde he tenido momentos de paz, donde han sabido reconfortarme, donde he creído reencontrarme con Bi y con Tiago en esos dos desconocidos. Supongo que me reencontraré con ellos en la otra vida, si existe, aunque no quiero ni pensarlo.

Después de un laberinto de pasillos me sacan al exterior; sigo sin poder ver nada, pero el aire acaricia mi piel. El suelo bajo los pies de los hombres suena a graba, como si levantaran el polvo con sus pasos, y mi corazón se acelera con sus últimos latidos. Ha llegado el final y, aunque no quiero morir, aunque debería luchar, me siento en paz, así que lo acepto, como también el miedo que llena todo mi ser, no me queda otra.

Una melodía suena atronadora mientras caminan, llevándome en volandas. Viene de todas partes y me lleva más tiempo del necesario identificarla. En cuanto oigo la batería de Roger Taylor caigo en la cuenta. Mi piel se eriza de la cabeza a los pies cuando la inolvidable e irrepetible voz de Freddie Mercury estalla con esa fuerza suya que tenía.

Espacios vacíos, ¿para qué vivimos? Canta Freddie.

Tiemblo desde dentro hacia fuera escuchando la letra. No entiendo nada, es

tan extraño que no estoy segura de estar imaginándolo, como la voz de Bi, el olor y tacto de Tiago. ¿Qué está pasando? ¿Me estoy volviendo loca?

Todas mis terminaciones nerviosas están en tensión mientras mi mente se queda en un blanco absoluto y solo puedo escuchar el tema de Queen. Reproduzco la letra en mi cabeza, la canto, pero por muy alta que esté, escucho el crujir de la madera bajo los pies de mis captores. Y eso me hace suponer que no está sonando ninguna canción, que mi mente intenta darme un respiro ante la inminente y chocante verdad de que se acaba el tiempo, de que este es mi final.

El espectáculo debe continuar (The Show Must Go On).

En mi mente puedo vernos a los tres subiendo los escalones del patíbulo, el mismo que me enseñaron el día que llegué aquí. Por fin me dejan en el suelo, pero no me sueltan. Los dedos de mis pies descalzos se encogen cuando siento el tacto de la madera bajo ellos.

Dentro de mí, mi corazón se está rompiendo.

El tercer hombre pone la soga alrededor de mi cuello, puedo sentir su aspereza cuando la estrecha contra mi garganta. ¡Joder, que sea rápido!

Cierro los ojos, preparándome para lo que va a venir mientras mi miedo a la muerte, al dolor, me atenaza. Los hombres por fin me sueltan, los oigo alejarse sobre la plataforma de madera. Soy libre de quitarme el antifaz que cubre mis ojos, pero no me muevo, solo espero el momento que no llega y siento que voy a vomitar el corazón.

Otra angustia, otro romance fallido. Una y otra vez, ¿alguien sabe para qué vivimos?

Unas manos rodean mis hombros, acarician la piel del principio del brazo y alguien respira detrás de mí. Todo mi vello se eriza y se mantiene en guardia. Lo reconozco al instante; aunque nunca haya visto su cara, sé que es el mismo al que he confundido con Tiago, el que me ha puesto la soga al cuello, y siento sus manos heladas a diferencia de mi cuerpo.

—No tengas miedo —me pide la voz de Tiago. Siento que me estoy volviendo loca.

Sus manos se separan de mis hombros, pero no viajan muy lejos; me quitan el antifaz. Después de tanto tiempo en penumbra me cuesta acostumbrarme a la

luz, pero puedo ver la valla del recinto en el que me encuentro y, sobre ella, el desierto. Por un breve instante observo el sol en su cenit, chocando a lo lejos contra el suelo árido, tiñendo el cielo en vivos tonos naranjas y azules, despidiéndose del día.

Afuera está amaneciendo. Pero dentro de la oscuridad estoy deseando ser libre. El espectáculo debe continuar.

El hombre detrás de mí se pega a mi cuerpo. ¡Joder! Ni siquiera me molesta, de hecho, me reconforta; siento el calor de Tiago, lo siento a él y es un bálsamo. Me coge de la cintura y lo hace de la misma forma que él solía hacerlo, con respeto y a la vez como si necesitara tocarme, pero como si algo lo frenera. Siento que quiere consolarme, protegerme, puede que sea porque yo necesito que me proteja y me consuele. Me coge una mano y entrelaza sus dedos con los míos. ¡Es que lo siento a él!

El espectáculo debe continuar (sí, sí). Oh, dentro de mí, mi corazón se está rompiendo.

Me besa el hombro, y no siento la barba de Tiago. Voy a girarme para encontrarme con el hombre, para asegurarme de que no es él, de que no es Tiago, aunque estoy segura que lo es e imagino que al final mi cabeza ha hecho boom. No hay marcha atrás, me he vuelto loca. Pero la trampilla se abre, el suelo bajo mis pies desaparece y caigo al vacío.

Por un instante siento que vuelo, y Tiago lo hace conmigo.

Game over

C'est la vie

En mis pesadillas me ahorcan, pero la cuerda no detiene mi caída. Me hundo en el vacío y finalmente una superficie mullida detiene mi descenso. A mi alrededor hay conocidos, amigos, familia y todos, del primero al último, aplauden mirándome.

¿Quién no recuerda el final de Titanic? Incluso me parece que reina aquel tono dorado y de majestuosidad y allí está él, tendiéndome la mano, mi DiCaprio personal. Afeitado, para lo que es él, aunque con esa barbita de un par de días que me vuelve loca y dedicándome una sonrisa cerrada, mirándome a los ojos como solía hacerlo.

Conmocionada observo su mano, mirándolo a los ojos la acepto y me ayuda a levantarme mientras creo que no puede ser real. Su sonrisa es triste, yo no entiendo nada, pero sé que no quiero ver pesar en su mirada. Lo abrazo, busco consolarlo y que él me consuele, como hace siempre. Ignorando a cuantos nos rodean y observan, busco su calor y protección, todo aquello que me ayudó a no sucumbir a la locura.

—Ha acabado, Di —dice sobre mi cabeza, besándome. La alzo, buscando su mirada—. Se acabó —asegura cogiendo mi cara y la acuna entre sus manos—. Feliz cumpleaños.

Me pongo de puntillas y lo beso; me devuelve el beso, me rodea la cintura, me estrecha con un brazo y lo intensifica, con esa desesperación del último día que pasamos juntos, cuando empezó a dejarse llevar y me mostró otra de sus facetas. Entonces despierto.

Al despertar, aún puedo sentir el sabor de sus labios en los míos, cada una de mis terminaciones nerviosas lloran su ausencia mientras trato de ser fuerte y levantarme.

La mañana que llegaste a mí lo hice, me levanté y bajé a ver quién había llamado al timbre, y me encontré con un mensajero. Traía un paquete para mí; aunque sabía que no debía, lo cogí y observé al mensajero alejarse, como si aún estuviera en uno de mis sueños.

Pasado un rato de que se marchara, volví a entrar en casa, dejé el paquete en la mesa de la cocina y me preparé un café con leche mientras untaba una tostada con queso Philadelphia. Observé el paquete desayunando, de pie, junto a la encimera, como si este fuera un Howler al que no quería ni acercarme por si cobraba vida y empezaba a darme voces, como lo hacía el que recibía Ron de su madre en *La cámara de los secretos*.

Por supuesto, no sucedió nada, el paquete se quedó donde estaba, esperándome y, aunque me gritaba (metafóricamente) que lo abriera, lo ignoré y seguí con mi día.

El paquete esperó sin moverse, en la mesa de la cocina, hasta que, anoche, tres días después, llegué tocada a casa. Había bebido más de la cuenta y era el peor momento, pero decidí que debía enfrentar mis demonios. No podía seguir ignorando esa patata caliente que, me gustara o no, acabaría estallándome, y mejor en forma de paquete que a la cara.

—No te muevas de ahí —le pedí de camino a la despensa—, ahora vengo a por ti.

Cogí un paquete de palomitas y una botella de vino tinto. Mientras las primeras daban vueltas en el microondas, la segunda lo hacía entre mis manos mientras trataba de descorcharla, y fui consciente de que no estaba tocada sino borracha, y abrir el paquete era una idea nefasta, pero estaba decidida.

Con la copa llena hasta arriba y las palomitas en mi bol favorito *Pop corn*, me senté frente a la mesa. Dejé una cosa a cada lado del paquete.

—Vamos allá —me di ánimos y empecé mirando el remitente—. ¡Qué sorpresa! —ironicé al ver quién me lo enviaba.

Necesité unas tijeras para quitar el envoltorio de la mensajería, yo, borracha y con unas tijeras; la película pudo acabar fatal, pero lo conseguí sin amputar un solo dedo.

«*Otro aplauso para mí*», pensé apartando las tijeras de mi vista.

Le di un buen trago al vino, cogí aire y rasgué el sobre marrón sin problemas. Ocultaba una caja de cartón forrada con un papel muy mono lleno de globos de todos los colores en la que ponía «Felicidades». Caí en que mi santo había sido tres días atrás.

Al abrir la caja encontré una carta, y bajo ella estabas tú, mi libreta, tú que

me acompañaste los tres días más largos y angustiosos de mi vida. Sí, tres días, solo fueron tres días; aunque siempre me pareció que habían pasado semanas, fueron tres días, nada más. Dejé la carta a un lado y te cogí. No olías como en aquella prisión, hueles a ella y pude verla manoseándote, leyéndote, y supongo que llorando sobre ti. Todo el dolor que me provocó tiene que haber tenido algún efecto, o eso quiero creer después de lo que me ha hecho; siento que ya no sé quién es y eso me parte el corazón.

Me pasé la noche leyendo mis propias palabras, reviviendo todo lo acontecido y me di cuenta de algunas cosas de mí misma, como que soy la mayor friki de la historia y la mayor estúpida entre las estúpidas. Ningunas de esas dos cosas me sorprendió, sino lo mucho que los extrañaba. A pesar de todo el daño que me han hecho ambos, me encantaría estar con cualquiera de los dos, ser capaz de perdonarlos, pero no puedo.

Lloré, incluso reí, me desahugué, me mortifiqué y acabé de leer mi propia historia.

Leí la última anotación, mi despedida; es irónico que fuera yo quien la leyera y lo diferente que era todo 75 días después.

Cogí un boli y escribí lo que pasó después de que me quitaran la libreta, con la canción de Queen incluida. Me parece increíble lo bien que lo recuerdo todo, a pesar del tiempo que ha pasado. Ese momento, de camino a la horca, lo tengo tan fresco como todo lo demás. Me transporté a él mientras lo recitaba y lo hice en presente porque volví a vivirlo, estaba allí de nuevo. Pude sentir el miedo que sentí en aquel momento colarse en mis huesos de nuevo y me pregunté si alguna vez eso sería solo un recuerdo que no me provocara la ansiedad que, a fecha de hoy, meses después, todavía me provoca.

Puse el punto y final con un Fin del juego, pero entonces me di cuenta de que unas páginas más adelante, del puño y letra de Bi, había algo más escrito.

Quise empezar a leerlo, pero habían pasado horas desde que empezara; ya era de día y no quise que la falta de sueño y el alcohol me empujaran a hacer algo que, por más que deseara hacer, al despertar fuera a arrepentirme. Estaba segura de que, fuera lo que fuera que Bi hubiera escrito, traería consecuencias que no me dejarían indiferente, porque nada de lo que Bi ha echo en la vida me ha dejado impasible.

Me costó dormir, pero acabé consiguiéndolo y soñé con el desierto, con

aquellas increíbles puestas de sol que viví, con las noches estrelladas, con Bi sentada junto a mí. Y al final, como siempre, acabé en el mismo sitio, en la horca y Tiago regresó conmigo.

A la mañana siguiente leí la carta de Bi. Consiguió hacerme llorar, por supuesto, y aunque quise leer su parte en la libreta, supe que no era el momento, estaba resacosa, sensible, triste y no quise que mis emociones decidieran mis actos.

Alguien dijo una vez: No prometas cuando estés feliz. No contestes cuando estés enfadado. No decidas cuando estés triste.

Eso fue ayer, pero aquí estoy de nuevo y es momento de leer lo que Bi ha escrito sobre ti. He intentado alargar el momento, puedo no leerlo, pero ese no sería mi jodido estilo.

Creo que eso es todo lo que tenía que decir.

Di

BI

(1 up)

La respuesta

Supongo que es mi turno de darle a tu historia las partes que faltan...

Y no sé por dónde empezar... Parece mentira, ¿verdad? Tu hermana, la que siempre sabe qué hacer, cómo cerrar un trato y buscar solución a todos los problemas, se ha quedado sin palabras, sin argumentos, así me has dejado...

He supuesto que querrías recuperar tu libreta. Tienes que saber que la he leído, tres veces. La primera el día de tu cumpleaños, antes de la fiesta, cuando te la quitaron. Las otras dos ya con calma, en la soledad de mi vacío hogar, sin ti y sin Megan...

Meg se ha ido hace más de un mes ya; te llamé, necesitaba contártelo, que me ayudaras, pero no me cogiste el teléfono y, que conste, señorita, que no te lo estoy reprochando, ni pretendo hacerte chantaje emocional, pero necesitaba decírtelo. Puedes imaginarte cómo estoy sin vosotras, todo se ha venido abajo y la vida se me está haciendo muy cuesta arriba... Intento centrarme en el trabajo, pero estoy desconcentrada.

Antes de nada, decirte que no soy tan dramática como me describes, exagerada te lo compro, ¿pero una *Drama Queen*? Me has hecho reír, y llorar, a mares. Puede que ahora, después de lo que te he hecho pasar, no te parezca justo que la haya leído y seguramente tengas razón... Pero, en circunstancias normales, todo lo que escribiste me lo habrías dicho, y el que no haya secretos entre nosotras creo que me daba derecho a leerla.

Ya sabes que llevo semanas llamándote, que he ido a verte a España dos veces, pero no quieres escucharme y ya no sé cómo hacerlo. No sé si te tomarás el tiempo necesario para leer lo que tengo que contarte, si te importa siquiera o me odias lo suficiente para coger esta libreta y tirarla a la basura, como nuestra relación, nuestra amistad y amor.

Intenté darte mis razones, pero no quieres escucharme y este es mi último cartucho. Ya no se me ocurre cómo llegar a ti y no quiero perderte, no quiero pasar otro día lejos de ti, sin escuchar tu voz, sin saber cómo te va, sin poder contarte mis cosas. Relee cómo te sentiste sin mí, réstale la incertidumbre de no saber y multiplícalo por cien por la culpabilidad, ese es el resultado de mi

malestar. Ahora coge el móvil y, por favor, llámame, ¿quieres?

No lo harás, lo sé. Entiendo que estés enfadada, sé que te he hecho una putada de las gordas, de las enormes pero, conociéndote, pensé que te lo tomarías mejor. Lamento todo el dolor que te he causado y siento las secuelas que puedan quedarte, como dijiste.

He tomado muchas decisiones a lo largo de mi vida; en algunas he estado acertada y en otras también, porque aunque me haya equivocado, todas las experiencias, sin excepción, me han ayudado a ser quien soy, me han moldeado como persona, y aunque tengo que seguir creciendo y cambiando, me siento muy orgullosa de la mujer que soy y quiero que tú seas capaz de decir lo mismo de ti misma y, en parte, por eso lo hice.

Bueno, entremos en materia. La última decisión importante que tuve que tomar fue qué hacer contigo. Sí, he dicho qué hacer contigo, y sé que eso te va a cabrear. Eres mi familia Di, entiéndelo, eres mi hermana, mi mejor amiga, mi confidente, mi consejera y la persona más especial del mundo para mí, mi favorita. No hay nada que no haría por ti, no hay nada a lo que no esté dispuesta a renunciar por tu felicidad o bienestar. Y como hermana mayor, es mi obligación darte una colleja cuando te la mereces y, después de verte por mi cumpleaños, eran tantas que tu cabeza iba a acabar bajo tierra.

Pensaba darte una sorpresa, pero las cosas de la vida, la sorpresa me la llevé yo. Me dolió ver la realidad de tu vida. Tienes dos trabajos que no te gustan y uno del que no puedes vivir, pero que te encanta. No puedes imaginar las ganas de verte en acción que tenía, de escuchar tu programa por fin, ese del que tanto habíamos hablado, ese que le daba luz a tu mirada cuando hablábamos por *FaceTime*, y lo que me encontré me dolió, físicamente.

Recuerdo muchas cosas de aquellos días, y pocas son buenas, pero no te escribo para seguir reprochándonos cosas, sino para decirte que lo siento, que vuelvas, que te necesito y pedirte que me perdones. Para eso, debo darte las partes del puzle que te faltan.

Mi niña de mirada brillante y alegría al verme se desdibujó. Has cambiado, te has vuelto conformista, te resignabas a dejarte arrastrar por la corriente sin ni siquiera hacer el intento de luchar por un objetivo, no tenías ninguno. Me dolió horrores ver cómo tu vida se había vuelto gris de nuevo. Ver cómo dejabas que cuatro palurdos te vejaran e insultaran sin ni siquiera alterarte,

estabas acostumbrada, ¡es de locos! Ver cómo dejabas que esa encargada te amargara por un trabajo de mierda que ni siquiera te gusta...

Sí, sé que a veces hay que tragar, que no se vive del aire. ¡Pero joder, Di! Yo estoy aquí, soy tu hermana, puedo y quiero ayudarte, pero no me escuchabas y necesitaba recordarte la importancia de la vida, necesitabas un chute de lo que significa estar vivo.

Bueno, he dicho que te iba a explicar el porqué y básicamente es este, pero me queda mucho por contarte. Después de mi cumpleaños volví a casa, no me sentía bien, estaba muy preocupada por ti; no diré que más que nunca, porque las dos sabemos que no es verdad, sabemos lo que cargamos a nuestras espaldas. Al llegar a casa le expliqué a Meg la situación, lo que había pasado entre nosotras, cómo habíamos discutido. Megan dijo que era demasiado controladora, que era tu vida y debía dejarte a ti decidir cómo vivirla, que si habíamos discutido tanto era porque te ahogaba. Supongo que tenía razón. Seré una hija de puta, como me llamaste, pero soy una hija de puta con suerte por tener a alguien como Meg a mi lado. Aunque ahora no esté, sé que volverá, haré lo imposible, moveré cielo y tierra si hace falta para que las dos volváis conmigo y me perdonéis.

Una noche estábamos en el antiguo ático, quedaba una semana para que viajáramos a España a pasar las navidades en casa. La verdad es que estaba deseando que Megan estuviera por allí y viera lo que yo había visto, que me diera la razón y me apoyara; que, con su sabiduría, me dijera cómo ayudarte. Yo revisaba una oferta que íbamos a presentar y Meg preparaba la cena viendo las noticias. Cómo son las cosas de la vida hermanita, fue como una señal, ni siquiera estaba escuchando lo que Meg veía, pero escuché que el presentador hablaba de *The game of his life* y se me encendió la bombilla.

Para mí fue como si el universo me diera la respuesta a la pregunta que le formulaba hacía semanas. «¿Qué hago con Di? ¿Cómo la ayudo?». ¿Por qué? Porque yo ya había jugado, Di. Sé que no tenías ni idea, nunca te lo conté porque pensé que algún día yo podría hacer por ti lo que Matthew en su día hizo por mí y esperaba que el resultado fuera el mismo. Por eso Tiago te dijo que me conoció por Matt, porque él me hizo un juego.

Para mí el «juego» fue toda una experiencia. Me hizo abrir los ojos, recapacitar y poner en orden mi vida, solo me trajo cosas positivas. Después

de él decidí plantarle cara a mi matrimonio y nos separamos. Aposté por esa tecnología que tanto me gustaba, en la que todos mis asesores, del primero al último, me desaconsejaban invertir y que luego hizo crecer tanto a mi empresa. Me dio el valor que me faltaba para hacer las cosas que quería hacer, reestructurar todo mi imperio heredado y hacerlo realmente mío. Volver a salir al mundo para ayudar, sobre el terreno, crear nuestra fundación, gracias a la que conocí a Meg. Me pregunté cómo había olvidado eso, era justo lo que tú necesitabas y desoí por qué hablaban de *The game of his life* en el noticiario.

Me parece justo que sepas el por qué, creo que eso puede ayudarte a entender a Tiago. La tensión de nuestra relación viene desde que empezó tu juego, mucho antes de que cogiéramos aquel avión hacia Jordania, porque nunca estuvimos en Siria. Jamás te llevaría a un lugar en el que pudieran hacerte daño, y aunque ahora no me creas, es así.

La empresa se enfrentaba a una demanda millonaria y muy mediática. Un jugador había muerto durante uno de sus juegos a causa de un infarto fulminante. Tiago, como anfitrión del juego, se enfrentaba a una posible pena de homicidio involuntario.

Al día siguiente me reuní con el padre de Tiago, que es el accionista mayoritario, fundador y director de la empresa. Sus acciones habían bajado al subsuelo, se regalaban, todos los contratos que tenían firmados habían sido cancelados y su hijo se enfrentaba a una pena de cárcel de al menos diez años. El hombre estaba deshecho, y no era para menos.

Hablé con su abogado y pedí que me hicieran subir al estrado, dispuesta a explicar mi experiencia, a contar las pruebas a las que me sometieron antes de iniciar mi juego, que era un requisito indispensable para llevarlo a cabo, para asegurar el bienestar del jugador.

Me imagino que debes preguntarte qué pruebas son esas, y te estarás diciendo que tú no las hiciste, pero sí, las hiciste. El test psicológico lo hicimos en navidades Megan, tú y yo. Te dije que era un test para mi psicólogo, que le daría los tres para ver si nuestras charlas servían para algo y al menos sabía cuál era el mío. Te mentí, era para ellos y lo estudiaron en profundidad; es más, todos los pormenores del juego se basaron en ese larguísimo test que tardamos dos días en responder. ¿Te acuerdes cuando me dijiste el montón de pruebas que te hicieron este año en el trabajo durante la

revisión anual? Culpa mía también, ese era el test físico, y sí, se lo hice a toda la empresa para no levantar sospechas. Así fue como obtuvimos tus resultados y cómo Tiago creó la leyenda para ti.

Ziba no existió, ni el brazalete de Anubis, él lo creó y escribió para ti. Puede que estés tan cabreada con nosotros que ahora no signifique nada para ti, pero lo primero que dijo al ver tu foto fue que eras muy bonita... ¡Sí, te lo juro Di, dijo bonita! ¡Tiago! Cuando leí la leyenda me pareció muy romántica. Sabes que yo no soy de andar en las nubes como tú, pero tengo buen instinto y me gritó que le gustabas, antes de verte en persona o escuchar tu voz. Mis sospechas fueron in crescendo, pero ya llegaremos a eso.

Aunque hablamos de tu juego, y te hicimos las pruebas, no empezamos hasta después de la sentencia de Tiago. Tenía claro que quedaría libre, que no merecía ningún castigo, que cuidaba a sus jugadores, así lo declaré en el juicio. Por supuesto quedó absuelto. La empresa no corrió la misma suerte que él. Compré todas las acciones que estaban en venta y me quedé con buena parte de *The game of his life* por poquísimo dinero, lo que es bastante absurdo, porque lo que hacen es cuanto menos impresionante.

Me quedaba lo más difícil, convencer a Tiago para que ejecutara *El juego de la horca*.

El juego

Me reuní con Tiago; él había sido mi anfitrión y quería que fuera el tuyo. Sabía que te transmitiría la misma seguridad que a mí, que te cuidaría y se preocuparía por ti. Se negó, estaba de baja, pero su padre habló con él. Yo no estaba, claro, pero puedo imaginarme la conversación. Así que el pobre chaval accedió, para volver a negarse en rotundo cuando le dije qué juego quería para ti. Fue una reunión informal, improvisada, entre su padre, él y yo.

—¿A ti qué te pasa? —me preguntó cabreado—. ¿No entiendes lo que ha pasado?

—Lo que ha pasado fue un accidente y te han absuelto —le contesté sin amilanarme lo más mínimo, segura de lo que quería y esperaba de él—, no fue culpa tuya —le recordé.

—Que me hayan absuelto no le devolverá la vida a ese hombre.

—No fue culpa tuya —insistí, podía ver el sentimiento de culpa en sus ojos; ya lo había visto durante el juicio y no quería que se sintiera así. Todo lo que dije en el juicio fue real, prueba de ello era que estaba dispuesta a ponerte a ti, mi persona favorita, en sus manos—. Debes avanzar Tiago, mirar hacia adelante —le aconsejé.

—Lo estoy haciendo —contestó—, dispuesto a complaceros a los dos, aunque sea lo último que quiero hacer, pero no con *La horca*, ese juego no volverá a realizarse.

—Te dejo el expediente —le tendí la carpeta con los resultados de tus test y un informe de mi puño y letra—, quiero ese juego —sentencié—, y si no lo haces tú, lo tendrá que hacer otro —me marqué un farol.

No cogió la carpeta, se quedó mirándome con los ojos entrecerrados, con odio. La dejé sobre su mesa, me despedí de su padre y me marché.

Aquella noche me llamó, me ofreció un nuevo juego, un diseño totalmente nuevo para ti. Tiago no solo ejerce de anfitrión, también es arquitecto. Bueno, primero deja que te explique un poco la jerga: en primer lugar, están los *arquitectos*, son el equipo creativo que se encarga de diseñar los juegos sobre

el papel, con Tiago a la cabeza del departamento. El *anfitrión*, es el que se encarga del *jugador*, que en esta ocasión has sido tú; aunque hay un anfitrión principal, suele haber un segundo, por si este no encaja con el jugador. Alex era el segundo, pero tú decidiste confiar en Tiago desde el principio y supongo que Tiago lo quiso así, por el rol que le dio a Alex. El anfitrión te marca el camino a seguir, te guía y te orienta para que no te salgas del juego. Cada juego, aunque sea de una categoría, es específico para cada jugador y tiene unas pautas establecidas. Por supuesto, existe el libre albedrío, pero con los test y demás cuestiones prevén tus movimientos y en algunos puntos se crean lo que ellos llaman *vertientes*, momentos significativos dentro del juego en los que el jugador debe tomar decisiones, que llevará al juego a un lado u a otro. Los *componentes* son todo el grupo de actores que interactúan durante el juego de forma directa o indirecta y que también se encargan de preparar los escenarios, como serían Giacomo, Phillippe o Abasi, sin ir más lejos, los policías y prácticamente todos con los que interactuaste. Como puedes imaginar no se aprenden un guión, tienen un punto al que llegar, una personalidad diseñada, bastante acorde con la real, y un pasado. A partir de ahí, improvisan sobre la marcha según necesite el jugador para llevarlo a sus posibles destinos. Por último, está la *mano*, que es quien contrata el juego y puede participar. Esa, claro está, fui yo. Y los *ganchos*, como tu padre o Meg, que están al tanto del juego.

Sé lo enfadada que estabas con tu padre por mentirte, por participar, también que lo has perdonado, pero por si te quedan dudas, quiero decirte que no le dije toda la verdad, y que él nunca supo hasta qué punto ibas a sufrir, algo que yo sí sabía.

Aunque ahora me cueste decirlo, por lo enfadada que estoy con él, Tiago es un excelente anfitrión; es una persona empática, un buen guía, por eso insistí tanto en que él fuera tu anfitrión. Sin embargo, cuando empezó el juego, te quedaste tan prendada por Alex que pensé que lo elegirías a él, incluso hice una apuesta con Phillippe al respecto y perdí; supongo que subestimé a Tiago, olvidé cómo de capaz es de hacerte sentir a salvo.

Aunque tenía claro que necesitabas *La horca*, un chute de realidad, leí el juego de Tiago. Era tan azucarado que me pareció imposible creer que estuviera diseñado por la misma persona. Apenas había peligro, la premisa era pobre y tuve claro que no cumpliría mis expectativas. Se lo enseñé a Meg

y supongo que fui tramposa al respecto; le dejé leer aquel, pero no el real y, cuando se enteró de lo que te había hecho pasar, se enfadó tanto conmigo... No podía creerse que, según sus palabras, «la hubiera engañado para torturarte», y prometió que, mientras tú no fueras capaz de perdonarme, ella tampoco lo sería, que no me conocía y que, bueno, no era la persona que ella creía y no quería compartir su vida con alguien capaz de hacerle tanto daño y provocarle tanto sufrimiento a un ser querido...

Volviendo a lo que te explicaba, que ahora supongo es lo único que te interesa, le dije a Tiago que quería *La horca*, y cómo se cabreó... Ya lo conoces... Sé que ahora crees que no es así, que no lo conoces, pero sí, lo conoces, mucho más de lo que yo lo conocí en mi juego. Me di cuenta enseguida de que no te trataría como me había tratado a mí en mi juego. Al principio pensé que era por lo sucedido a su último jugador, por su sentimiento de culpa, pero después fui viendo cosas que me hicieron darme cuenta de que no era solo eso, pero ya llegaremos a eso... Primero, deja que te cuente cómo convencí a Tiago.

Me llevó semanas; cuando se lo propone, puede ser tan cabezota como tú. Él no daba su brazo a torcer y yo tampoco. Fueron unas negociaciones duras y pudieron ser imposibles si no llega a ser por su padre.

—He comprado todas las acciones a la venta —le dije a su padre en una reunión—, pondré un representante en la mesa que no dará problemas dentro de la junta. El control de la empresa seguirá siendo suyo, mi representante respaldará sus propuestas y contará con el apoyo de mi multinacional, tanto económico, como mediático y publicitario.

—Es una buena oferta, Tiago —le dijo su padre—. Ella es una chica joven, sana, lo superará sin problemas. No es la primera vez que ejecutas *La horca*, puedes hacerlo.

—Juntos volveremos a situar la empresa donde merece —dije con el padre convencido.

Su padre esperaba la respuesta de Tiago, así que yo también lo miré a él, que me miraba cabreadísimo. Si hubiera sido por él, de aquella reunión solo hubieran salido mis cenizas.

—¿Tú eres consciente —golpeó con el dedo índice sobre la mesa, inclinándose hacia mí— de que una persona murió haciendo lo que nos estás

pidiendo para tu prima?

—Es mi hermana —contesté. Ya desde aquel momento, odié cada vez que decía que éramos primas, siempre tuve la impresión de que lo hacía menospreciando nuestro vínculo, como si quisiera relegarme al lugar que merezco—, y lo que ocurrió fue un accidente. Has visto sus pruebas, vuestros médicos la han evaluado y, como dice tu padre, está sana.

—La respuesta sigue siendo no —contestó reclinándose sobre la silla.

—¡Tiago! —le reprendió su padre.

—Creo que mi oferta es más que generosa —dije poniéndome de pie—, que no estoy pidiendo nada extraordinario. Espero su respuesta definitiva.

Me marché y te aseguro que pensé que el padre me daría *La horca* y el cielo si se lo pedía, pero que él no sería el anfitrión, que no lo sacaría de allí. Confiaba en él, no estaba segura de que pudiera confiar de la misma forma en otro y ponerte en sus manos.

Supongo que el padre debió hacerle chantaje emocional, recordándole que, sin mi apoyo, todo se iría a pique, que necesitaban aquel contrato y mi soporte para no perderlo todo, mientras yo a mi vez exigía que fuese *El juego de la horca* y no cualquier otro. No le quedó más remedio que ceder, y fue entonces cuando me envió la leyenda de la princesa Ziba y la primera parte del juego. Ya ves, así fue como empezó todo.

Empezamos con los preparativos; la primera fase fue allanar el camino, hablarte de Alex, pasarte la leyenda, encender tu curiosidad y convencerte para ir a un lugar al que no querías ir ni loca. Ya sabes que nunca estuvimos en Siria sino en Jordania, te dijimos eso porque justo antes de que acabaras en la cárcel, en la que solo debías pasar un día, te verías en medio de un fuego cruzado por una guerrilla. Pero claro, todo se descontroló cuando Tiago te sacó del juego, todo se vino abajo y no nos quedó otra que dejarlo ahí.

El principio fue rodado, el juego se desarrolló como estaba previsto. Es increíble de lo que son capaces; yo estaba al corriente de todo, por supuesto, sabía que todo era falso y, aun así, por momentos me creía que realmente estaba en una excavación, que todo era real. Hacen un trabajo increíble, aunque tampoco son experiencias lo que se dice económicas...

Un par de datos curiosos: el hotel en el que estuvimos estaba al lado de

Petra; recuerdo lo mucho que disfrutaste visitándola hace unos años. El lugar de la excavación pertenece a unos estudios cinematográficos y ha salido en películas. En realidad, no está tan al interior del desierto, solo dábamos inmensos rodeos para que pareciera más lejano.

La noche en la que desaparecí te drogué, puedes sumarlo a mi cuenta de *debe*. Por eso a la mañana siguiente no recordabas nada, pero debes saber que lo pasamos genial. Esa misma noche, aunque me costó, me marché a casa. No creas que te dejé allí, abandonada, en manos de desconocidos. En casi todos los sitios en los que estuvisteis había cámaras. Tienen una plataforma enorme donde se graba todo lo que ocurre en sitios como la excavación, el hotel, el coche, restaurantes... También se emite en directo, y luego están los informes del anfitrión. Cuando me fui, cada día Tiago informaba de tu estado.

Recuerdo la primera vez que Tiago me dijo que no lo soportarías, que era demasiado, que el juego te estaba venciendo, que podía contigo. Fue la segunda noche, después del primer encontronazo con la policía en la excavación.

Aquel momento fue una *vertiente*; pudiste entregarte, irte con Alex o seguir con Tiago. Ni dudaste, yo que pensaba que después de ver lo peor de Tiago tendrías dudas, seguiste con él, sin ni siquiera plantearte que hubiera una alternativa que no fuera esa.

La primera vez que os topasteis con los hombres de Abasi también lo fue, pudiste esperar que Tiago contactara contigo o ir a buscar a Alex, tenías las coordenadas en el GPS del Jeep, pero no, te saliste de lo previsto y casi atropellas a uno de los componentes.

Tiago ya me advirtió que tenías un carácter bastante volátil e imprevisible, que no serías una jugadora fácil, como si yo no te conociera... Y lo demostraste con el robo, no imaginas lo que tuvieron que correr, el dineral que costó organizarlo, la poca gracia que le hizo a Tiago improvisar de aquella forma...

Cuando Tiago me llamó para contármelo yo estaba conectada, escuchándoos, y ya había dado luz verde. Vi que era un rayo de esperanza, que lo necesitabas y, aunque le recriminaba lo benévolo que era contigo, me dolía ver cómo estabas sufriendo. Fue muy doloroso ver las crisis que sufriste, una la vi en directo y sentí que a mí también me faltaba el aire, pero allí estaba Tiago, para

guiarte, para ayudarte y, en ese momento, agradecí que él fuera tu anfitrión, la forma en que habíais conectado, aunque tenía reservas con él.

Desde el principio pensé que te llevaba entre algodones y te sobreprotegía por lo que le pasó a su último jugador, pero a medida que el juego se desarrollaba vi que había más.

Siempre buscaba tocarte, de las formas más sutiles y cotidianas, pero ahí estaba, como el sentimiento en sus ojos al mirarte. Se saltaba el guión para animarte, siempre diciéndote que yo podía estar viva, cuando después de ver las noticias él debía traducirte que estaba muerta y que tú eras la única sospechosa. Nunca lo hizo, siempre te dio esperanzas. Su forma de consolarte, el malestar que reflejaba en cada *vertiente*... Se notaba que se angustiaba ante la posibilidad de que no lo eligieras a él. Él, que no quería hacer el juego, cada vez que llegó un punto en el que podías elegir seguir con él o en otra línea, debió desear lo segundo, pero no, quería seguir a tu lado. Y siempre lo hiciste, siempre lo elegiste, incluso cuando yo creí que no lo harías te mantuviste a su lado, confiaste en él.

Recuerdo cuando le diste el brazalete y le pediste que huyera, quedándote tú para que él tuviera una posibilidad... Me llegó al corazón lo generosa que fuiste, y también me tocó su desesperación por mantenerte a su lado cuando, como te he dicho, no quería jugar.

Sé lo cabreada que estás con él, y no creas que no estoy contigo, yo también estoy muy enfadada, porque lo que hizo no es legítimo. Intimar con los jugadores está totalmente prohibido y él lo sabe mejor que nadie, esa es una regla de su puño y letra.

Pero eso no fue lo único que me cabreó: con lo bien que nos llevamos en mi juego, esta vez no hemos hecho otra cosa que discutir, y puede que yo haya sido una *mano* muy dura, pero él ha sido un *anfitrión* muy tocapelotas, siempre cuestionándome y haciendo lo que él creía que era mejor para ti, sin tener en cuenta el porqué del juego.

Frenar

Estaba acabando con unos contratos antes de irme a la cama cuando Meg me avisó de que tenía una llamada de Tiago. Me sorprendió, se suponía que debía estar contigo, pero después de lo que vi aquella tarde, cuando os ibais a dormir, no me sorprendió tanto como debería. Extendí la mano y Megan me dio el teléfono.

—Buenos noches Tiago —le saludé mirando la pantalla del ordenador.

—Tiene que dejarlo —sentenció como saludo.

Alcé las comisuras de los labios, tenía la aplicación abierta y os busqué en el hotel.

—No esperaba tu llamada —reconocí—. ¿No deberías estar con Di? —demandé desinteresada—. Os fuisteis pronto a dormir, no tardará en despertarse.

Tú dormías, ajena a todo, parecías tranquila, pero a él lo encontré en un pasillo, alejado de la habitación. Vestía un polo blanco que se veía a través de una chupa de cuero negro abierta, tejanos lavados a la piedra y zapatillas deportivas. Se movía de un lado a otro del pasillo, y en cada paso se imprimía esa seguridad que desprendía y un punto de chulería que no tenía nada que ver con el carácter caballeroso con el que lo conocí.

—Paso de tu juego —sentenció con un desprecio del que quería que yo fuera consciente sin necesidad de mirarlo.

—El juego de Di no es lo único que está en juego —le recordé poniendo el *FaceTime*. Quería que viera en mis ojos que no iba de farol—. ¿Cuánto hace que trabajas en *The game*? —no contestó—. Es la empresa de tu padre, has ayudado a levantarla, no conoces otra cosa —la cámara se conectó y me encontré con su mirada oscura, destilaba la misma rabia que su voz—. ¿Quieres echarlo todo a perder? La empresa depende de esta prueba y tú eres el *anfitrión*.

—Sabes perfectamente cómo funciona el juego, no necesitas ninguna prueba.

—Esto ya lo hemos discutido, Tiago —le recordé de forma aburrida,

colocando el móvil en el soporte—. Sí —estuve de acuerdo—, lo he vivido, lo pasé fatal, tú lo sabes —volví a recordarle—, pero me ayudó mucho y quiero lo mismo para ella. Fuiste mi *anfitrión* y por eso he querido que tú lo ejecutes, confío en ti, en tu criterio.

—Si realmente confías en mí, créeme cuando te digo que Di está a punto de romperse —intentó sin éxito apelar a mi compasión—, no va a aguantarlo. Ha tenido tres crisis nerviosas, ¿lo has visto? —afirmé—. ¿Y te da igual? —demandó enfureciéndose.

Tu sufrimiento es el mío Di. Cada lágrima que derramaste, yo la derramé por ti. Cada vez que tu corazón tiemble, el mío lo hará al mismo son. Necesitabas aquello, estaba convencida y, por mucho que me doliera que lo estuvieras pasando mal, por mucho que sufriera contigo, nada me haría cambiar de opinión.

—Has sabido calmarla —le recordé—, la entiendes mejor de lo que esperaba.

—Porque la entiendo, te digo que debes parar el juego —insistió—. ¡Se rompe, joder!

—Debe romperse —me encogí de hombros, fingiendo indiferencia, mostrándome fuerte e imperturbable delante de él. Entrelacé las manos sobre la mesa, observándolo en el móvil que estaba en el soporte, mostrándome su cara de rabia—, creo que es una parte fundamental del juego —hice una pausa esperando que contestara. Él sabía que era verdad, que romperse era un proceso obligatorio del juego. No contestó, miró a otra parte apretando la boca, enfadado o frustrado, puede que un poco de ambas, la verdad es que no estoy segura—. ¿Te has vuelto un blando o solo te estás encaprichando de mi hermana?

—¡Eso no tiene nada que ver! —exclamó indignado.

No estuve segura de su respuesta, pensé que la culpa era mía por no formular bien la pregunta, aunque mi intuición, esa que me decía que le gustabas, me daba la respuesta.

—¿El que te hayas vuelto un blando no tiene nada que ver? —demandé con una sonrisa incrédula.

—No me he vuelto un blando —aseguró con la rabia brillando en su mirada.

Alcé mi ceja mirándolo y mis sospechas se avivaron con ganas. Él no lo negó, solo negó que se hubiera vuelto un blando, y estaba segura de que él podía gustarte, que habíais conectado, otro motivo por el que exigir que Tiago y no otro fuera tu anfitrión.

—¿Entonces te has encaprichado de Di? —demandé—. Porque, que yo recuerde, a mí me lo hiciste pasar mucho peor y en ningún momento bajaste de marcha o intensidad, y mi juego era de un nivel más bajo —puntualicé.

—Tú eres más fuerte que ella —contestó, pero no negó que estuviera encaprichado de ti.

—¡No es cierto! —exclamé indignada, casi gritando.

De todo lo que había dicho o podía decir, aquello fue lo que más me molestó. Odié profundamente que te menospreciara o infravalorara. La idea de que le gustaras me había agradado, pero al oír aquello dejó de gustarme.

Te conozco Di, mejor que nadie, y por la forma en que lo mirabas, por tu forma de expresarte, por cómo lo abrazabas, más allá de que solo lo tuvieras a él, estaba segura de que te sentías atraída por Tiago, ¡jaleluya! No es que quisiera que pasara lo que pasó, por supuesto que no, tú estabas sugestionada, sobrepasada por el juego y las circunstancias del mismo. Pero me alegraba de que al fin te fijaras en alguien que no era un gilipollas.

Admito que también me preocupó; al final de todo, aquello que era tan real para ti en ese momento acabaría siendo lo que era: un juego, una gran mentira. No quería que te enamoraras de él y que tu corazón se rompiera de forma real al darte cuenta de que él solo había fingido porque era parte de su trabajo. Pero cada vez tenía más claro que el sentimiento, que la atracción era mutua. Y tenía la esperanza de que, al acabar el juego, pudierais hablar de forma sincera. Tiago no había negado que le gustaras y tenía claro que él también a ti, y pensé que, después del juego, podríais tener algo, que aquellos podrían ser los cimientos de una relación que, basada en una mentira, se volvería real.

Obviamente me equivoqué.

Mirándolo, pensé que el problema con tus chicos no era debido a que fueran gilipollas, quizás se volvían así cuando estaban contigo y, contra eso, ¿cómo se lucha?

—Vamos —ni se inmutó por mi estallido, algo que hubiera hecho temblar a

muchos—, eres mucho más madura que Di, has pasado por muchísimo más, tienes una profesión de mucha responsabilidad en la que tantísima gente depende de ti, y eso imprime carácter.

—Di tiene mucho carácter —lo interrumpí.

—Eso nunca lo pondré en duda —juro que casi sonrió, pude verlo en sus ojos, en la forma en que su mandíbula se destensó levemente—, pero no tiene tu madurez, ni tu fuerza.

—Te equivocas —sentencié—, ella es tan o más dura que yo, te darás cuenta cuando el juego finalice —negó mirándome y lo hacía como quien mira por encima del hombro, mirada a la que sinceramente no estaba acostumbrada y me molestó—, lo conseguirá.

—Si yo soy el anfitrión, el juego termina aquí.

—¿Es una amenaza?

—Tómalo como te dé la real gana, es lo que hay.

Ambos nos quedamos callados; entendía su preocupación por ti. En la plataforma podía veros en directo, además de consultar vídeos de interés. La aplicación de *The Game* es como un gran hermano y en todo momento estuve informada de tu evolución. Estabas sufriendo; aunque Tiago te animaba a creer que seguía viva, la incertidumbre te estaba comiendo. Ahora, en retrospectiva, le agradezco que te diera esperanzas, no puedo imaginar cómo te hizo sentir pensar que había muerto... Soy incapaz de imaginarme una vida en la que tú no estés, pero entonces, solo podía pensar que aquello no valdría de nada si no llegaba hasta el final, y estaba segura de tu fortaleza para hacerlo.

—Me conmueve que te preocupes —aseguré, y aunque mi tono fue condescendiente, lo dije desde el corazón—, pero la he puesto en esta situación por algo.

—Me dan igual tus motivos Bianca, soy el *anfitrión* y el juego ha acabado.

—No acabará hasta que se cumpla todo el programa, con o sin ti.

—¿Con o sin mí? —sonrió incrédulo—. Ahora mismo soy su bote salvavidas, el único que la mantiene a flote —me reprochó.

—Entonces no me obligues a sacarte de la partida porque, aunque no quiera, si me empujas lo haré —sentencié—. Te echaré y Alex ocupará tu lugar.

Casi pude ver su mente trabajar a toda máquina, procesando mis palabras. Me creía, y hacía bien, no soy de muchos faroles, tú lo sabes. Pensaba llegar hasta el final, aquello tenía una razón de ser, y lo sabía porque lo había vivido en mis carnes y necesitaba que tú llegaras a la misma conclusión a la que llegué yo al finalizar.

Hay cosas que, por mucho que te digan, que aunque tú sepas que quien te las dice tiene razón, necesitas vivirlas para que realmente causen el efecto indicado en uno mismo.

—Tenemos un vínculo, y eso es una parte fundamental del juego. El jugador necesita un ancla, y yo soy el ancla de Di. Poner a otro en mi lugar a estas alturas, cuando el vínculo está sellado, hará que no solo el juego se desmorone, también ella.

Comprendí sus palabras, de verdad que lo hice. Confiabas en él, te había ganado y otro no conseguiría aquello, pero me negaba a no llegar hasta el final.

—Tú me estás empujando —le recordé.

Chasqueó la lengua y ladeó la cabeza dejando de mirarme. Lo observé apretando la mandíbula, buscando la forma de convencerme, supongo.

—Has sido jugadora —volvió a mirarme sin cambiar nada en su pose—, sabes la intensidad de las emociones, y para ella es muy real.

—¿De qué estamos hablando Tiago? —demandé impaciente, pensando que me estaba haciendo perder el tiempo—. La intensidad de las emociones, lo real que es el juego, es la premisa del mismo; si sabes que es un juego no hay riesgo y, sin él, no hay juego —entrecerró los ojos mirándome, y pude intuir que algo había cambiado—. Escúchame —le pedí—, conozco a Di, es fuerte y puede con ello —aseguré.

—¿Quieres que muera? —me preguntó, atacándome. Lo desafié con la mirada a que se callara, pero no le causé ningún efecto—. Porque esto ya ha pasado antes, con el mismo juego.

—Sí —reconocí—, y te absolvieron.

—Pero el jugador no se levantará de la tumba porque a mí me absolviera un jurado.

—Fue un accidente, lleváis veinte años ofreciendo vuestros servicios —le

recordé—. Vuelve a la habitación Tiago, cuida de Di y todo irá bien. —Se quedó callado, así que pensé en darle “ánimos”—. Estáis en el meridiano del juego y ella lo está llevando bastante bien, lo conseguirá si tú la apoyas y la ayudas, como lo has hecho hasta ahora.

—¡Que te jodan, Bianca! —fue su respuesta y después colgó.

Negando, observé la pantalla del ordenador, pensando que esa respuesta era muy Di, muy tuya. Observé cómo entraba en la habitación; tú estabas en el baño, pero no tardaste en salir y enseguida te diste cuenta de que le pasaba algo.

Conclusión

Por un momento pensé que lo mandaría todo a la mierda, que te lo diría, que quizás había tensado demasiado la cuerda. Con el corazón en un puño os observé pero, en lugar de decirte que nada era real, empezasteis a tocaros, a miraros en silencio de una forma muy significativa. Te conozco, con una mirada sé cómo te encuentras, y vi amor en tus ojos.

¡No podía creerlo! Sí, sabía que te gustaba, pero aquello iba mucho más allá. Observándote me pregunté cuándo había pasado y cómo cortarlo, preguntándome por qué Tiago lo permitía. Una cosa era que tú le gustaras, él sabía que aquello no era real y se suponía que debía frenarlo. Hice lo único que podía hacer, que era llamarle y cortarlo; le dije lo que pasaría si volvía a tocarte o siquiera mirarte de forma indebida, pero su respuesta fue «*que dejara de joderlo de una puta vez*», textualmente. No puedes imaginarte cómo me puso, cómo me cabreó.

Furiosa, llamé al padre de Tiago y le expliqué lo que estaba pasando, que había tenido que llamarlo porque estaba a punto de besarte. No daba crédito, acordamos que Alex se interpondría y te llevaría por otra *vertiente*, dejaríamos a Tiago fuera y os separaríamos.

No esperé a que él llamara a Alex, lo hice yo; le exigí que sacara a Tiago de la ecuación de una vez por todas y así poder desarrollar el juego como estaba previsto, sin tenerte entre algodones, haciéndote creer que yo estaba muerta en lugar de alentarte y darte esperanzas como estaba haciendo Tiago. Estaba yendo demasiado lejos.

Cabreada, me fui a la cama; a la mañana siguiente para mí, por el cambio horario, no os encontré por ninguna parte. Llamé para saber qué había pasado y me dijeron que tenían problemas con la recepción; no me sonó muy bien, pero tenía vídeos anteriores. Me puse a revisar qué había pasado mientras yo dormía.

Quedaba mucho juego por delante: estaba prevista una reunión con Abasi, aunque no tan pronto, pero estabas haciendo tu propio juego y debíamos adaptarnos a él. Revisé la reunión, vuestra vuelta al hotel. Tiago discutía con

su padre por teléfono, me ponía verde, aunque sabía que podía tener acceso a esos vídeos antes de que el equipo los montara.

Tú estabas en la habitación; te pusieron el vídeo de las noticias y me rompió el corazón verte. Llegó Alex e intentó hacerte dudar de Tiago. No funcionó y debí preverlo, ya estabas loca por él, le entregaste el brazalete y lo dejaste sin argumentos. Será muy guapo, pero es más bien justito, hay que darle las cosas hechas, no sabe improvisar... Admito que lo intentó, pero te pusiste imposible y no fue capaz de alejarte de aquella habitación de hotel.

Megan entró en el despacho y paré el vídeo.

—¿Has visto la hora que es? —me tendió un café.

—Sí —contesté. Alcé la cabeza para besarla—, estoy revisando cómo le ha ido a Di.

—¿Y qué tal le va? —se asomó a la pantalla.

—Mal —respondí resignada—, se está enamorando del anfitrión —di un sorbo al café.

—Bueno, es que ese Tiago es muy mono —contestó ella.

—¿En serio? —me hizo reír—. ¿Me cambio de acera por ti y ahora Tiago es mono?

—Lo es, y creo que hace buena pareja con tu hermana —dijo mirando la pantalla—. Ponlo —me animó—, a ver qué pasa.

—Mejor no —negué.

—Ya lo pongo yo —le dio al espaciador y el vídeo se puso en marcha.

Estabas en el baño y lo pasamos para adelante. Tiago volvió a la habitación y, cuando saliste del baño, os encontrasteis. Le dijiste que Alex había estado allí y lo que te había dicho, que le habías dado el brazalete.

—Es emocionante —comentó Megan—, aunque vulnera el derecho a la intimidad y privacidad de las personas. ¿Esto es legal? —se preguntó.

—Sí —contesté con la boca pequeña—, más o menos... El jugador tiene que firmar unos papeles, pero bueno, yo soy yo, así que me he saltado algún paso.

Lo siento, es cierto, Meg tenía razón, vulneré tu derecho a la intimidad, aunque quiero que sepas que en el baño no había cámaras y tú siempre te cambiabas allí. Sé que no será un consuelo Di, pero solo puedo pedirte

perdón...

—¡Qué pirata estás hecha! —me besó—. ¿Ha dicho que va a sacarla? —se preguntó.

—¡Puto Tiago de los cojones! —exclamé furiosa y sabes que solo hablo así cuando me cabreo.

Anonadadas, observamos; horrorizada vi lo que pasaría, y también cuánto lo deseabas.

—¡Vaya! —exclamó impresionada por el beso que os disteis—. ¿Puede hacer eso?

—No, no puede —aseguré dejando la taza sobre la mesa para recuperar mi móvil.

—Bueno, puede que él también sienta algo por ella —opinó Megan—, mira cómo la toca, otro ya le hubiera quitado la toalla, y la forma en que la mira...

—Eso no importa Meg —llamé al padre de Tiago colérica—, Di está coaccionada por la situación y él sabe lo que está pasando, se está aprovechando de mi hermana.

—¡No seas tan dramática! —se rio de mí—. Mírala —señaló la pantalla—, lo está disfrutando —alcé la mirada cabreada—. Mejor me voy a trabajar —opinó al ver lo enfadada que estaba. Me besó en los labios—. No seas muy dura, es malo para el karma.

Me dejó sola y Tiago lo hizo, te sacó del juego.

Hablar con su padre me costó veinte minutos en los que hablé con varios enlaces a mil por hora, sin que nadie me diera una respuesta real de qué había pasado, aunque estaba bastante claro. Perder el control de esa forma me tocó. Me angustié muchísimo, no imaginas cuánto, no sabía cómo o dónde estabas, no podía verte y seguir tus pasos.

Fue el padre de Tiago quien me confirmó que os habían perdido, que habíais salido del juego y que no tenía forma de localizaros. Quise matar a Tiago, iba a decírtelo y debía ser yo quien lo hiciera, darte las explicaciones, aunque viendo cómo te lo tomaste...

Te encontramos gracias al reloj; le instalé un localizador y un pulsómetro para estar segura de que estabas bien. ¡Madre mía, cómo tenías las pulsaciones cuando lo miré! Leyendo la libreta comprendí por qué, guarrilla.

Vale, sé que no es momento para bromas.

Volvisteis en el acto; querían reformular el juego, pero era tarde para eso, Tiago te lo había dicho. Tuve una discusión con Tiago en la que le di el *bofetón* de su vida y le prohibí acercarse a las instalaciones donde se realizaría el último tramo del juego, en el desierto de Nevada: la propia horca. Les pedí que fueran severos contigo, que te hicieran creer que era real y se pasaron de la raya. Cuando vi que te golpeaban, armé un cristo y despedieron al que lo hizo. Ordené que no volvieran a interactuar contigo y te llevé la libreta.

Cuando te quitaron la libreta y empecé a leerla no esperaba que nada de lo que hubieras escrito me sorprendiera, pero sí. Sé lo que piensas, crees que el que yo haya estado siempre ahí, a tu lado, ayudándote, te ha hecho débil, que te he sobreprotegido, pero no es así, Di. Eres fuerte, mucho más de lo que crees. Ver cómo malgastas tu vida de esa manera, cómo te niegas a todo lo que puede hacerte bien, es como ver morir una parte de ti misma y quiero, mejor dicho, necesito verte siempre llena de vida. Y si yo puedo ayudarte, quiero hacerlo, darte cuanto necesites para tener la vida que quieras, dejarte ayudar no te hace débil o inútil, Di, no te hace un parásito, por Dios.

Antes de acabar de leerla, llamé a Tiago; creí que no me lo cogería, pero lo hizo.

—¿Está bien? —contestó—. ¿Di está bien? —preguntó alarmado.

—Voy a empezar a prepararla para la fiesta, creo que deberías venir.

—¡Ja! —exclamó incrédulo y la expresión me hizo sonreír sabiendo el efecto que causaba en ti; aunque no entiendo por qué, la verdad—. ¿Y eso por qué?

—Porque le dimos una libreta donde ha escrito lo sucedido la última semana y media; he visto cuanto significas para ella, le gustará verte, saber que estás bien —contesté—. Si Di significa algo para ti, deberías dar la cara.

—¿Qué cojones sabrás tú de cuánto significa para mí?

—Sé cuánto significas tú para ella —respondí—, y si no la quieres, mejor ni vengas.

Colgué el teléfono y no supe qué esperar. Por un lado, creía que no vendría, pero por otro recordaba la forma en que te miraba, la paliza que tuvieron que

darle para poder separarlo de ti y, por todo lo que había leído, todo lo que te hacía sentir, me hizo creer que sí, que vendría.

Y lo hizo, y lo abofeteaste después de a mí... Y supongo que solo yo tengo la culpa de todo esto; no lo supongo, lo sé, pero ya sabes cuánto me cuesta admitir mis errores.

Lo último que quiero hacer es defender a Tiago por lo que hizo, pero he leído lo que sientes por él y creo que al menos deberías dejarle hablar. Quería que esta experiencia, aunque mala, te enriqueciera, te ayudara a entender el valor de la vida, de TU vida, como me pasó a mí, que me abrió los ojos. No quiero que el efecto sea el contrario y te cambie.

Te quiero Di, más que a mi propia vida, y espero que, después de todo lo que te he contado, comprendas por qué lo hice. He leído todo lo que has escrito, ya te lo he dicho, y creo que la finalidad del juego empezaba a dar sus frutos, así que, por favor, vuelve a leerlo, recuerda que te quiero, que estoy aquí, que te estoy esperando, que lamento con todo mi corazón haberte hecho daño, que lo único que quería era que valoraras lo que tienes, las puertas que se abren frente a ti y tú ignoras porque soy yo quien las abre.

Quería recordarte lo importante que es estar viva y, si lees de nuevo tu historia, lo comprobarás. Vuelve conmigo hermanita, haré penitencia, lo que quieras, pero perdóname y cógeme el teléfono porque no puedo vivir sin ti. Estoy sola y te necesito más que nunca.

Te quiero:

Bi

TI
(2 up)

Volver a casa

Subí en el ascensor, estaba nervioso y lo odié, no debía estarlo. No me apetecía encontrarme con ella. Mientras el ascensor subía, pensaba que verla removería los sentimientos en los que buceo desde hace meses y no quería una tempestad en el mar del arrepentimiento y del «¿qué hubiera pasado si...?» en el que suele estar perdida mi mente. Sabía que me ofrecería un trabajo; negarme a la cantidad de dinero que me ofreció la última vez debió costarme, pero lo hice sin pestañear y estaba seguro de que volvería a hacerlo las veces que hagan falta por mucho que crezca la cifra. No quiero volver a verla.

Al llegar a la planta, una chica de piernas rechonchas embutidas en unos pantalones una talla más pequeña a la suya me acompañó al despacho. Después de que me anunciara, me cedió el paso. Entré con pasos seguros, decidido a acabar cuanto antes y largarme.

—Llegas tarde —dijo mientras me acercaba a su mesa por el amplio despacho.

—A mi padre le ha costado más de lo que creía convencerme de que viniera. Me dedicó una sonrisa sin llegar a separar sus labios.

—¿Cómo estás? —preguntó cuando me senté frente a ella—. ¿Ya tienes trabajo? —negué y ella siguió hablando sin darme opción a contestar—. Mi oferta sigue en pie.

—Me lo imaginaba, pero la respuesta sigue siendo no —contesté seco.

Volvió a sonreír, esta vez de forma más sincera. Se apartó un mechón de la cara y se apoyó en el respaldo de su silla mirándome a los ojos, negando con la cabeza.

—Realmente me apena que no pueda hacerte cambiar de opinión, pero sé cuándo una causa está perdida.

—¿Tienes los papeles de mi padre? —pregunté deseando largarme—. Tengo prisa.

Resopló y se puso de pie, abrió un archivador y sacó un sobre marrón grande.

—Aquí los tengo —alzó el sobre a la vez que cerraba el cajón—. Me sorprendió que tu padre me ofreciera sus acciones, la empresa —apuntó—, cuando en todo momento hablamos de una fusión —volvió a sentarse sin soltar u ofrecerme el sobre.

—No debería sorprenderte, prácticamente ya eras la accionista mayoritaria. Iba a perder el control de lo que ha creado a lo largo de su vida en la cara. Es lo más inteligente.

—No creo que lo hiciera por eso —el teléfono sonó y se interrumpió—. Dame un segundo —me pidió y resoplé, acomodándome en la confortable silla y abriendo mi chaqueta, mientras ella contestaba—. Diles que empiecen sin mí, tardaré unos minutos —dijo al teléfono antes de colgar—. ¿Qué te estaba diciendo? Ah sí. Yo creo que la vendió porque tú te desvinculaste y, si no puede legársela a nadie, ¿para qué la querría?

—Es tu opinión —respondí molesto por su suposición, porque también pensaba lo mismo. Mi hermano tiene una profesión y solo le quedaba yo—. ¿Puedes darme los papeles, Bianca? —me incliné hacia delante tendiéndole la mano, pero no me ofreció el sobre.

—He tenido que contratar a alguien nuevo para ponerlo al mando del departamento creativo —dijo ignorándome y ya empezaba a tocarme los cojones—. Es bueno, me gustan sus ideas. Ahora mismo va a presentar tres nuevos juegos. ¿Por qué no vienes conmigo y me dices qué te parecen?

—Tengo prisa —contesté seco, a pesar de que me removiera la curiosidad saber qué le haría a la empresa de mi padre, a la que he dedicado mi vida—. ¿Me das los papeles?

—Vamos, Tiago —me sonrió—, este es tu campo, no el mío. Tómatelo como una consulta —me pidió—, toma nota de lo que veas importante y hazme cuatro líneas, te pagaré por tu tiempo y la consulta.

—No es un tema de dinero —contesté volviendo a apoyarme en la silla.

Quería hacerlo, saber a quién había puesto en mi sitio, ver sus ideas. Sé mejor que nadie lo difícil que es crear una mentira tan grande, un juego que parezca real, todo lo que implica y conlleva, cada detalle es muy importante. Ellos tenían mi experiencia previa, pero hay un millar de cosas en las que estaba seguro de que no habían pensado, y pensé que podía ser divertido ver

cómo la cagaban. Estaba seguro de que habría contratado a alguien con mucho nombre, conozco a Bianca, habría buscado lo mejor y bajarle los humos a la gente arrogante no está mal, sería un buen entretenimiento y una forma de darle en la cara a ella.

—Hazlo por mí entonces, por nuestra amistad.

—¡Ja! —solté incrédulo. Nosotros no somos amigos, Bianca —le recordé.

—Entonces, por la empresa a la que tu padre y tú le habéis dedicado la vida.

Es tenaz, una de las cosas que más valoro de ella. Además, conoce a las personas y sabe qué tecla debe tocar para salirse con la suya, seguramente por eso le ha ido tan bien y, aunque me hacía el duro, tenía el sí en cuanto me hizo la propuesta.

—Está bien —fingí ceder—, pero si voy a dar mi opinión, espero que tu diseñador me escuche.

—Lo hará —afirmó de una forma tan soberbia que me hizo sospechar que había gato encerrado—, te aseguro que no le quedará otra que escucharte —se puso de pie.

Dejó el sobre encima de la mesa, como si careciera de importancia.

—¿Me das los papeles? —le pedí.

—Estoy segura de que tendremos mucho de lo que discutir después de la presentación.

—Por si acaso —le tendí la mano para que me los diera de una vez por todas.

Me tendió el sobre y lo cogí al vuelo. Ladeó la cabeza con otra sonrisa y salimos de su despacho. De camino a la sala de reuniones, donde ya había empezado la presentación, me moría por preguntarle por ti, pero sabía que eso no me haría ningún bien y callé.

—Espera aquí un segundo —me dijo cuando llegamos a unas puertas acristaladas. Llamó con los nudillos y abrió una de las puertas dando un paso en su interior—. Lamento llegar tarde y la interrupción —se disculpó con una sonrisa—, vengo con un consultor que le echará un ojo a los nuevos juegos —me anunció, invitándome a entrar.

Di un par de pasos y estaba dentro de la extensa sala de reuniones, donde

una enorme mesa con capacidad para veinte personas dominaba la estancia. La rodeaban unas diez o doce. Al fondo había un proyector moderno y, frente a él, con un palo extensible, vestida con un traje chaqueta estabas tú, mirándome con la boca abierta.

¡Qué bonita eres, joder! Más de lo que recordaba, y eso que no hago otra cosa que pensar en ti. El pulso se me disparó y las manos empezaron a temblarme, locas por volver a tocarte. Quise correr a tu lado, rodear tu rostro como tantas veces hice durante el juego y hacerte olvidar a base de besos y mimos lo furiosa y decepcionada que estabas conmigo. Pero me mirabas con tanto odio que me paralizaste.

—¿Qué hace él aquí? —le preguntaste a tu prima sin dejar de mirarme.

—Es nuestro consultor —cerró la puerta tras de mí, dificultándome la huida y caminó en dirección a la mesa.

Seguí sus pasos sin apartar mis ojos de ti, como si fueras a desaparecer si pestañeaba, preguntándome cómo sobrevivir sin ti, atrapado en tu mirada, en la que a medida que me acercaba pude ver que ya no tenía aquel brillo que pude ver cuando escapamos del juego.

—¿Por qué haces esto? —preguntaste mirándome; pude escuchar cuánto dolor había en esa pregunta. No sé si se lo preguntaste a ella o a mí, pero ninguno de los dos contestó.

Si me lo preguntaste a mí, te diré que seguí adelante porque soy capaz de cualquier cosa, de todo, solo por estar cerca de ti. Por más que me duela cuando ya no estás, por más que me hiera estar cerca de ti y no poder tocarte, no encontrar en tu mirada un reflejo del amor que esos ojazos tuyos llegaron a mostrarme. Por más que me duelan los labios de ganas de besarte... Por más que todo ello duela, si tengo la más mínima posibilidad de estar cerca de ti, de que me escuches, no desfalleceré y haré cuanto pueda y más porque sepas que lo eres todo para mí. Porque es así.

Rodeamos la mesa; tu prima se sentó en una de las dos sillas libres, cediéndome la que estaba más cerca de ti, pero desde allí no podía olerte o tocarte y mi alma lloró tu pérdida y distancia.

Te revolviste el pelo, incómoda; te conozco, y también cada uno de tus gestos, y aunque no te conociera como lo hago, estabas tensa, podía oírlo hasta en tu voz, lo sentía en tu respiración y supongo que te arruiné tu primera

presentación. Lo siento, de verdad...

Al finalizar, tu prima pidió a todos que se marcharan y nos quedamos los tres solos.

—¿Qué hace él aquí? —demandaste sin ni siquiera mirarme, no lo hacías desde que me senté. Ni una ojeadita en toda la presentación, como si tu prima y yo no estuviéramos.

—Asesorarnos. La última década lideró este departamento y, antes de eso, ya diseñaba juegos, cuando todavía estaba en la universidad; es normal que quiera su opinión.

—No lo haces por eso y no sé a qué jodido juego quieres jugar ahora, Bi, pero no voy a entrar, no otra vez.

—Escúchalo, sabe lo que hace, este es su terreno. Os dejaré para que podáis hablar.

Bianca me sorprendió mucho, la verdad, no me esperaba para nada que organizara todo aquello para que pudiera hablar contigo. Es obvio que ella quería que me escucharas, y sabía que tenía que forzar la situación, que debía forzarte a ti para que lo hicieras. Lo que no comprendo es por qué lo hizo, después de todo, como tampoco nunca llegué a entender por qué me permitió acompañarte a la horca, ayudarla a prepararte cuando estaba tan enfadada conmigo por sacarte del juego, por permitir lo que hubo entre nosotros.

—Ni se te ocurra dejarme sola con él —le advertiste y dudó, es raro verla dudar.

—Su consulta le va a costar una pasta a la empresa, así que aprovéchala y escúchalo.

Se dio la vuelta y, antes de alejarse, me miró a los ojos, y aquella mirada me dijo mucho. Puede que me dijera lo que quería oír, pero prefiero pensar que hacía aquello por nosotros, porque después de todo, por alguna razón, creía en un nosotros mientras tú no lo haces, y presentí que me estaba diciendo «*no la cagues, arréglalo*». Y pensaba hacerlo.

—Di lo que tengas que decir sobre mis ideas —te cruzaste de brazos, a la defensiva, sin mirarme— y lárgate de una jodida vez.

Me quedó claro de que no querías hablar, pero era inevitable y los dos lo sabíamos.

—La base de los tres es buena —contesté y al fin me miraste, aunque dudo que me creyeras, pude verlo en tu expresión. Imagino que pensabas que te estaba haciendo la pelota, pero todo lo que te dije era cierto—; en los dos primeros casos el concepto puede funcionar; el último es tan sencillo que ocasionará un sinfín de problemas en la ejecución.

—¿Algo más? —preguntaste cortante.

—¿Podemos hablar, Di? —te pedí, negaste y te alejaste—. Hablar de verdad.

—No —contestaste empezando a recoger la mesa—, no tengo nada que hablar contigo.

—Por favor, Di —te pedí. Me acerqué e intenté cogerte, pero te apartaste de una forma tan apremiante y desesperada que en aquel momento me prometí no volver a intentarlo.

—Ni se te ocurra volver a tocarme —me miraste—, nunca más —agrandaste los ojos.

—No concibo una vida en la que no pueda tocarte —admití y las palabras salieron directas de mi alma, tan sinceras que sentí un momento de miedo, pero no iba a dejar que eso me frenara—. Necesito que me escuches, Di —te supliqué.

—Ni pienso escucharte, ni volverás a tocarme —aseguraste de una forma tan fiera como fría, con una contundencia que me golpeó por dentro—. Has tenido meses para hacerte a la idea. Afróntalo y supéralo, te lo dejé muy claro el día de mi cumpleaños.

—Estabas tan enfadada...

—Sigo estándolo —contestaste—, dudo que se me pase y, aunque así sea, no cambiaré lo que pienso de ti, no cambiaré que te aprovecharas de mí y de la situación.

—Di... Me conoces...

—No —me cortaste—, ni te conozco, ni me interesa hacerlo —aseguraste—. Nada de lo que salga de tu boca me hará cambiar de opinión, así que no vuelvas por aquí. Ahora trabajo aquí y tú estás fuera; este trabajo me gusta y no quiero que me lo arruines —te lamiste los labios y bajaste la mirada a tus cosas; por un instante pensé que aquello era un gesto de debilidad, que el

caparazón desde el que hablabas se resquebrajaba, pero solo te preparabas para darme la estocada final—. Me rompiste el corazón con tu jodido juego, no quieras también joderme mi nueva ilusión, que es este trabajo.

—Fue el juego de Bianca, no el mío, yo ni siquiera quería hacerlo —contesté.

—Pues para no querer hacerlo te metiste de lleno —negaste mirándome y apartaste la mirada a tus cosas, amontonando las carpetas para irte, deseando perderme de vista, y no tener que escucharme—. Ni siquiera entiendo que haces aquí...

—Ha sido tu prima quien me ha llamado, tu prima la que te ha dado una nueva ilusión, la misma que organizó el jodido juego, la que prácticamente me obligó a llevarlo a cabo...

—No metas mierda entre nosotras, ni lo intentes —me advertiste mirándome con rabia.

—Yo no quería...

—¡Me la pela, joder! —gritaste golpeando la mesa con las carpetas, sin dejar que me explicara, sin dejarme hablar.

—¡Pues a mí no me la pela! —te grité yo a ti para que me escucharas de una puta vez. Te sorprendió que te gritara o qué te hablara así, pero es que me llevaste al límite, te lo juro— No me la puede pelar cuando esto no es lo que querías —señalé al suelo refiriéndome al trabajo—, cuando al final tu prima se queda con todo y nosotros con nada.

—Tu padre le ha vendido a Bi sus acciones, ella te ofreció seguir en el puesto por un dineral y no quisiste, no sé a qué viene esto ahora.

—¿En serio? ¿Eso piensas que me preocupa? —no contestaste— Me da igual el trabajo, la empresa, mi padre y tu prima. Tú —te cogí de los brazos—, tú eres lo único que me importa —te acerqué a mí, intentando hacerte despertar.

Me lancé a tus labios, dispuesto a hacerte olvidar, del mismo modo que tú me haces olvidar el mundo cuando me besas, pero no me dejaste. Creo que, si no fuera porque te tenía cogida, me habrías dado otra bofetada, puede que la mereciera, sí, supongo que es posible, pero si te tuviera delante, creo que volvería a intentarlo y seguiría haciéndolo hasta que me dejaras, hasta que

comprendieras que estamos hechos para estar juntos.

—¡Suéltame ahora mismo! —gritaste.

—Dijiste que me querías —te recordé tratando de calmarme, sin hacer lo que me pedías.

—No sabía lo que decía —contestaste. Tu respuesta fue tranquila, fría y joder, puedo sentir esas palabras retumbar en mi mente, golpeándome por dentro y me duelen tanto, como lo hicieron cuando las pronunciaste, y eso no fue lo peor. Ojalá te hubieras callado, pero no lo hiciste—, solo te tenía a ti, estaba destrozada, me hicisteis creer que Bi estaba muerta —volviste a alterarte a medida que pronunciabas cada palabra—. Me sentía sola, triste, vulnerable y tú —tus ojos se llenaron de lágrimas. Tu mirada me mostró una pena y una aflicción tan profunda, una desesperación tan honda. que me sentí morir, que me rompí contigo, y preferí aquella Di fría de un instante antes, aquella inaccesible, que esa versión rota—. Tú —repetiste para que no me quedaran dudas—, te aprovechaste de todo ello —te solté, con el corazón en pedazos, dejé caer las manos, demolido por tus acusaciones, por el dolor de tus palabras y mirada—. No sabía ni lo que decía, en ese momento vivía en una mentira y en ella lo eras todo —reconociste al fin—, pero aquí, ahora, en el mundo real, solo eres un desconocido por el que me siento violada y traicionada —soltaste cuando creía que era imposible que me hirieras más de lo que lo habías hecho—, alguien que no merece ni que le mire a la cara.

—Lo siento —dije con la voz estrangulada.

Alcé la mano para limpiar las lágrimas que corrían por tu rostro, diste un paso atrás y bajé el brazo, incapaz de obligarte a nada después de escucharte y ver tanto dolor.

—No lo hagas, solo lárgate de una jodida vez —te limpiaste la cara.

Me mordí el labio, frustrado, incapaz de transmitirte lo que tanto necesitaba que supieras, incapaz de dejarlo ahí, sabiendo que entonces sería el final.

—Todo lo que quise fue hacértelo lo más fácil posible y todo lo que hice —dije roto, consciente de que no había marcha atrás, que no había palabras con las que hacerte comprender cuanto significas para mí, cómo de dentro de mí te has metido—, fue lo que me dictaba el corazón, mi ser, todo lo que soy y seré, tiraba de mí hacia ti —agaché la cabeza, no quería que vieras que estaba a punto de llorar, porque los tipos duros no lloran y tú, decías que era un tipo

duro y no quería que tu idea de que era un desconocido se reforzara—. Lamento profundamente haberte hecho daño y no ser capaz de arreglarlo, no poder demostrarte cuanto significas para mí, cuando lo eres todo.

Se abrió el silencio y solo cuando conseguí calmarme, alcé la mirada.

—No quiero volver a verte —aseguraste con el rostro húmedo. Lo dijiste de verdad.

Dejaste todo lo que habías estado recogiendo y te fuiste sin más. Solo pude observarte.

Soñé contigo antes de conocerte

Ha pasado más de una semana desde entonces, pero el tiempo pasa despacio lejos de ti... Supongo que te preguntarás cómo ha acabado tu cuaderno en mis manos; fue tu prima, justo antes de vernos, aunque no tenía la menor idea de que aquel día te vería. Ni de que entre los papeles para mi padre estaba esto, tu cuaderno.

Te echo de menos.

Eso es lo primero que necesito decirte, porque no me diste la oportunidad de decírtelo a la cara, no me dejaste, y te extraño tanto que duele. Cambiaste mi mundo, mi forma de verlo, y desde que te marchaste de mi lado no sé qué coño estoy haciendo con mi vida. Desde que nos separaron no hago otra cosa que dar bandazos, de buscar mi sitio, pero sin ti no creo que lo encuentre, porque tú, y solo tú, eres mi lugar en el mundo, Di.

Mi padre encontró este cuaderno entre sus papeles y no me costó saber lo que era. Lo primero en lo que pensé es que ya tenía una excusa para volverte a ver.

—¿Es de ella entonces? —preguntó mi hermano, que estaba en casa de mi padre.

—Sí.

—¿Vas a devolvérselo?

Miré a mi hermano y lo pensé; quería hacerlo, pero después de la reunión, de la seguridad y la sinceridad con la que dijiste que no querías volver a verme, ¿para qué?

—No creo —contesté acariciando la tapa azul—, no en persona.

—Deberías hacerlo —me aconsejó—, arreglar las cosas con esa chica y hacer que vuelva mi hermano. Estoy cansado de esta versión apagada y triste de ti mismo.

—Ella no quiere verme —contesté abriéndolo tímidamente.

Solo lo hice para observar tu letra, sabiendo que lo habías escrito tú; no lo leí, no pensaba hacerlo y no lo he hecho. Aunque admito que sí lo he mirado, he repasado tu caligrafía, buscando la forma de hacer que me escuches, buscando cómo llegar a ti.

—Deberías olvidarte de ella —intervino mi padre. Mi hermano y yo lo miramos—. Lo que hiciste no estuvo bien, Tiago. Olvídate de esa chica, o al final te caerá una demanda.

Mi hermano empezó a discutir con mi padre, en desacuerdo, y yo me marché. Mi padre tenía razón, aunque los motivos de mi hermano también eran válidos y ciertos. Discutían lo que yo discutía conmigo mismo y no quise escucharlos hablar de mí como si no estuviera allí, lo mejor era marcharme y que siguieran haciéndolo sin testigo. Yo necesitaba pensar.

Me ha llevado tiempo decidir qué hacer y creo que aún no lo tengo claro. Quiero devolvértelo, pero estás tan diferente, has cambiado tanto que no sé qué pensar. Me has hecho dudar de tus sentimientos por mí. Al alcance de mi mano tengo las respuestas, pero leer este cuaderno implicaba volver a traicionarte.

Me he pasado días cogiéndolo y dejándolo, ojeándolo sin llegar a leerlo, ni siquiera cuando veía mi nombre escrito. Convenciéndome de que aquí está la respuesta a lo que sientes por mí, para después recordarme que solo encontraré lo que sentías y que eso quedó atrás, que no tengo derecho a hacerlo, que no merezco leerlo.

Hoy he visto la letra de tu prima, la conozco muy bien del informe que nos pasó de ti contándonos vivencias juntas, explicándonos cómo eras para el juego; ese informe que releí tantas veces antes de conocerte. Si a ti te debo respeto, a ella no le debo nada.

He leído su parte, y sé que es sincera, cuánto le importas, pero no puedo compadecerme de ella cuando se lo advertí tantas veces, cuando no quiso escucharme. Al leerlo he necesitado saber qué habías escrito de mí; ella está segura de que estás enamorada de mí, vio en tus ojos el mismo amor que yo, y de nuevo ahí estaban las respuestas, pero no podía leerlas, así que me conformaré con la palabra de Bianca.

¿Qué habrás escrito para que Bianca me defienda? Aunque lo haga con la boca pequeña, lo hace y es sincera, tal y como describe lo tensa que se volvió

nuestra relación. También he comprendido que no la perdonaste de la noche a la mañana y me alegra saberlo, porque creo que es una manipuladora, que se cree con derecho a organizar tu vida como si fuera una extensión de la suya y lo siento mucho, pero me toca los cojones.

Cuando te vi en la sala de reuniones, con aquel traje que tan poco te pegaba y bajo su mando, supuse que te habías mudado a California. Lo que ella siempre quiso, tenerte cerca, y me molestó que se saliera con la suya. Eso fue lo que quise decirte con que Bianca se quedaba con todo y nosotros con nada. Ella te ha hecho daño, a mí me ha destrozado la vida, porque no puedo vivir sin ti, pero ella, Bianca, se sale con la suya. Y tengo envidia.

Tú viviste el juego, Bianca te ha dado su versión y solo espero y te pido que leas la mía como leíste la de ella. Que escuches mi voz, que seas capaz de ponerte en mi lugar, como yo me puse en el tuyo durante todo el juego. Que abras tu mente más allá de las mentiras y sepas diferenciar qué fue real y lo que no lo fue.

No dejo de pensar en ti, torturándome ante la idea de cómo serían las cosas si hubiera hecho esto o aquello de distinta forma. Los recuerdos no dejan de asaltarme; algunos me llenan, como el tacto de tus labios sobre los míos, la curva de tu sonrisa, la forma de mirarme de esos preciosos ojazos tuyos, de los que me enamoré en cuanto vi tu foto, mucho antes de conocerte. Pero no todos los recuerdos son tan dulces como lo fue tenerte entre mis brazos. Con dolor, recuerdo tus acusaciones, la aflicción en tu mirada al darte cuenta de que te había engañado, cuando me culpaste de aprovecharme de ti. Cuando me acusaste de haberte enamorado para romperte el corazón, fue el mío el que se rompió.

No esperaba encontrar a alguien como tú, tan afín a mí, alguien con quien encajar sin fisuras y mucho menos perderte. Nunca pensé que pudiera enamorarme de una jugadora, aunque desde el principio tú fuiste diferente a todos mis jugadores. Puede que debiera haberlo previsto, pero no lo vi venir, a pesar de que soñé contigo mucho antes de conocerte.

En mis sueños, portabas una túnica blanca como la que te pusimos para la fiesta, llevabas el pelo recogido y tus ojos llamaban la atención de todo el que te miraba. Yo debía ser tu protector, tu guardián silencioso, y nuestro amor era imposible. No lo fue, tú decidías huir conmigo, te enfrentabas a tu prima y la

abandonabas por mí. Desperté de ese sueño a media noche y seguí soñando despierto, desarrollando ese sueño y, de él, salió la historia de Ziba. Fuiste mi musa, mi inspiración, mi princesa inalcanzable.

No puedes imaginar lo que sentí cuando te vi en persona por primera vez. Te había estudiado, es una parte fundamental del juego, conocer al jugador y adaptar el juego a él. Leí tus test de personalidad incontables veces, todo lo que Bi escribió sobre ti, sobre vosotras. Me sorprendía a mí mismo observando tus fotos, imaginándome que te haría sonreír, pensando cómo ser el anfitrión que merecías. Desde que te subiste en el avión con tu prima, te observé y estudié, cada gesto, cada mirada, cada pestañeo.

Mis ganas de conocerte al fin debieron alertarme de lo que sentía por ti, pero no sé, supongo que no quería verlo, enamorarme de una jugadora era algo inconcebible. Al encontrarnos supe que no podía hacerte aquello, que no podía hacerte daño, solo quería consolarte, decirte que tu prima estaba bien, borrar el miedo de tus ojos. Ni siquiera pude frenar mis ganas de tocarte, te tenía enfrente y quería que te quedaras conmigo.

Cuando Bianca nos pidió *La horca* me negué en redondo, y tenía muy buenos motivos para hacerlo, razones ajenas a ti, ya sabes lo que pasó, ella te lo contó. Cuando yo entré en el juego, la partida ya había empezado; había observado cómo mirabas a Alex, cómo coqueteabas con él durante la cena, así que me vi en clara desventaja. Se suponía que aquello era bueno, no quería hacer aquel trabajo, no quería que tu prima siguiera ninguneándome, obligándome a hacer algo que no quería. Si lo elegías a él, yo pasaba a ser otro peón en el tablero, no me vería tan involucrado, que se suponía que era lo que debía querer, pero en cuanto te vi, solo pude pensar que ni Alex, ni nadie, iba a cuidarte como lo haría yo.

Te limpié las lágrimas de la cara y me prometí que te haría la experiencia lo más fácil posible, que te ayudaría y cuidaría de ti como nunca he sentido la necesidad de cuidar a nadie, a pesar de que soy un anfitrión que siempre trata con tacto y empatía a los jugadores. Desde el minuto cero, fuiste mucho más que otro jugador para mí, Diana.

Empecé a darme cuenta de lo que sentía por ti, cuando nos encontramos con Alex en la excavación. Estaba celoso por el claro interés que habías mostrado por él un par de días antes, y temía, en el fondo me aterraba, que en aquella

vertiente se acabara mi tiempo contigo, que lo eligieras a él, y esa desesperación me empujó a actuar como lo hice.

Mis sentimientos por ti crecieron, hora tras hora fueron ocupando más y más espacio, tanto que fui incapaz de seguir guardándomelos para mí. No podía permitir que sufieras, no de aquella forma en que lo hiciste después de hablar con tu padre, pudiendo al menos darte una esperanza. Lo hice, me salté el guión, opté por darte una meta mejor que averiguar qué pasó o la venganza. Te convencí de que tu prima podía seguir con vida y conseguí calmarte.

Cada vez que te abrazaba me sentía más perdido en ti, y cuando me entregaste el brazalete, dispuesta a entregarte para que yo tuviera una oportunidad, supe que te quería, que esa generosidad no se encuentra todos los días, que eras con quien anhelaba compartir mi vida, que no había marcha atrás, pero antes el juego debía acabar.

Pensé en salir del juego y del dominio de la empresa mucho antes de lo que lo hice. Tú me diste la idea cuando huíamos de la policía y en el mercado había dos polis marcando los límites del juego; te pedí que volviéramos sobre nuestros pasos, pero no quisiste. Eres imprevisible, aunque te guste negarlo, lo eres y decidiste pasar frente a ellos y salimos del juego, así, sin más. Fue ahí donde empecé a fantasear con aquella posibilidad, con la idea de descubrir el pastel y hacernos libres. No tenía por qué seguir las reglas, podía plantarme y decir hasta aquí, y era tan simple como decirte la verdad, pero sabía que no me dejarían, tendríamos que salir del juego primero y no sería fácil.

Cada vez que tenías una crisis, me sentía morir pensando que yo podía detenerlo, pero me sentía incapaz. No me dejarían hacerlo y solo conseguiría que me separaran de tu lado. Y entonces yo no podría calmarte, no podría reconfortarte y no sabría cómo estabas.

Mi necesidad de tocarte, de besarte, de demostrarte mis sentimientos, de enseñarte que había más que aquella desolación en la que por momentos te hundías crecía a cada minuto, a cada paso que dábamos. Todo cuanto sentiste, lo sentí contigo, Di. Conectamos como no creo que pueda volver a sentir con otra persona. Nuestra sintonía, la forma en que nuestros movimientos se ajustaban, cómo nuestros cuerpos se unían buscando al otro, por lo menos en mi caso y estoy seguro de que también en el tuyo, de forma inconsciente.

Al darme cuenta de que tu prima pretendía sacarme del juego para poner a

Alex supe que no lo soportaría, que no lo toleraría, que no seguiría discutiendo con ella. Aquello era el final, había ido demasiado lejos, no merecías aquello y no pensaba permitirlo un segundo más.

Te saqué del juego.

Última anotación

Dijiste que me querías, fue lo último que dijiste antes de que nos separaran y yo te creí. El tiempo que pasamos juntos, lejos del maldito juego, fue el más maravilloso que he vivido a pesar de mis preocupaciones. Tenerte entre mis brazos era un bálsamo para mis miedos, para la ansiedad que me producía el temor a perderte. Sabía lo que sentía por ti y, por tu forma de besarme, de hacerme el amor, me hiciste sentir que era recíproco.

Intenté decirte la verdad, Di. No lo olvides, por favor. Intenté hacerlo, pero cuando me besas me desarmas, me haces perder el mundo de vista. Te juro que busqué el momento, creí necesitar tiempo, consciente de lo difícil que sería para ti asimilarlo. Quería hacerlo con calma, dosificando la verdad para hacerte el menor daño posible, porque no herirte era imposible y lo sabía. Supongo que, en el fondo, solo lo estaba posponiendo porque temía tu reacción, me aterraba perderte y el momento pasó, me quedé sin tiempo.

Fui un cobarde, ahora me doy cuenta, no imaginas cuánto me avergüenzo y arrepiento.

Me dejaron ir contigo en el avión, pero cuando aterrizamos en California tu prima nos separó y tuvimos unas palabras. Me acusó de muchas cosas, no muy diferentes a las que tú me dijiste en la fiesta de cumpleaños, no peores que lo que me dijiste la última vez que nos vimos. Estaba cabreadísima y yo también. Los dos queríamos llevarte con nosotros, pero ella ganó. Bianca siempre gana.

Necesito que sepas que no fingí en ningún momento; si me preocupé y cuidé de ti no fue porque ese fuera mi rol en el maldito juego, o jodido juego, como tú dirías, lo que te gusta el verbo joder, mi bella *Padawan*... Si lo hice, fue porque creo que me enamoré de ti antes de conocerte.

Es más fácil escribirte que hablar contigo cuando te muestras tan fría e inaccesible, después de todo lo que hemos vivido... Puede que pienses que nada fue real y muchas cosas no lo fueron, pero sí mis sentimientos por ti, mis deseos de cuidar de ti, de protegerte, de besarte, de sacarte de allí y estar contigo en el mundo real.

Lo que siento por ti, lo que siento cuando estoy contigo, la forma en que me haces sentir, es lo más real que he sentido en mucho tiempo. Perdóname por favor, si has podido perdonarla a ella, busca en tu corazón y encuentra la forma de disculparme, yo haré lo que sea necesario para que lo olvides, aunque me lleve años o toda la vida.

No puedo añadir más, te he abierto mi corazón, te he mostrado mis sentimientos, aun sabiendo que lo más probable es que no causen el menor efecto en ti, eso si es que lees todo esto.

Me he roto la cabeza buscando cómo llegar a ti, cómo reparar lo que está roto y, después de ver tanto dolor en tu mirada, no tengo ni idea de cómo hacerlo.

¿Crees en las señales, Di? ¿En el destino? Eso fue lo que nos unió; si la parienta de tu prima no hubiera estado viendo las noticias, ella nunca se habría puesto en contacto con mi padre, no me habría obligado a hacer tu juego y nunca nos habiéramos conocido.

Estaba buscando cómo llegar a ti y he visto que reponían *Hook* en el cine. De entre todas las películas, tenía que ser *Hook*, la primera película que viste en el cine, de la que me hablaste mientras intentaba que superaras el miedo y te quedaras conmigo.

Supongo que piensas que lo que tuvimos no fue real, aunque te aseguro que para mí lo fue. Así que te propongo que partamos de cero. Te pido una oportunidad para conocerme, para que veas que soy el mismo al que mirabas con aquel amor, el mismo que siente devoción por ti.

Mi nombre es Tiago McClane, sí, McClane, de verdad... Estoy enamorado de ti y quiero conocerte en el mundo real, empezar de cero, y por eso te propongo una cita. Te dejo una entrada de cine; si la aceptas, nos veremos allí y empezaremos donde tú quieras. Si decides no acudir a la cita, no seguiré esperándote, pero eso no podrá cambiar lo que siento por ti.

Di, si queda algo de lo que vivimos en aquella montaña dentro de ti, coge la entrada y reúnete conmigo en la última fila.

Te quiero, te espero y te añoro:

Tiago

Primera cita

Me preparé para nuestra cita, incluso me afeité para ti. Estaba inquieto, nervioso, preguntándome si acudirías o no. Temiendo que fuera el final, que no hubiera una segunda oportunidad, consciente de que, si aquello no salía bien, tendría que superarlo y no tenía ni idea de cómo hacerlo.

Dejar correr lo nuestro era resignarme a una vida sin sentido, una existencia de vacío si no tienes junto a ti a alguien que te acompañe. No estaba solo, tengo familia, dos en realidad, en la que nací y la que he elegido a lo largo de los años, esos amigos que se han convertido en algo más, pero ellos no me hacen sentir tan vivo como tú, ellos no me hacen sentir que soy algo más cuando estoy con ellos, como siento cuando estás en mis brazos.

Me asaltó el recuerdo de nuestros cuerpos unidos, yo apartaba el pelo de tu cara para poder mirarte a los ojos mientras entraba dentro de ti de forma tan honda como deseaba que nadie lo hubiera hecho, como esperaba que nadie lo intentara. Nuestros cuerpos chocaban a la vez que sentía que, en aquel acto, nuestras almas se encontraban y unían, entrelazándose, haciéndome sentir más grande y completo de lo que me había sentido antes. Y en tus ojos aquel amor que me hacía creer en un futuro juntos, en el que no volver a sentir miedo o soledad.

Procuré apartar aquellos recuerdos, volver al momento presente, consciente de lo diferentes que eran las cosas, de lo diferentes que serían, pasara lo que pasara aquella noche. Elegí qué ponerme para nuestra primera cita, consciente de que no debía hacerme ilusiones, por si no aparecías, lo cual era más que probable que sucediera, pero convencido de que debías hacerlo. Me puse unas deportivas, tejanos y una camisa blanca. Cogí la chaqueta de cuero, la cartera, las llaves y el móvil.

Salí con tiempo, aparqué en el centro comercial donde están los multicines en los que te había citado. Di un paseo, intentando calmar mi ansiedad, mi zozobra.

Cuando llegó la hora te esperé, te esperé mucho tiempo; compré palomitas de las más grandes, una bebida azucarada para cada uno y chucherías. Cargado

con todo, seguí esperando, pero no apareciste. Con el ánimo por los suelos, entré en la sala de cine.

La sala estaba prácticamente vacía, un reflejo de cómo me sentí, y la película bastante avanzada. Los niños ya habían sido secuestrados y Peter Pan ya había vuelto al país de Nunca Jamás. Me senté en la última fila e intenté no pensar, disfrutar de la película, imaginando a una Di niña viéndola por primera vez, emocionándome con la inocencia que debías tener, sintiéndome culpable porque no solo el tiempo había matado esa inocencia, yo también había contribuido a ello, y pensé que no te merecía.

Fue cuando los *niños perdidos* empezaban a reconocer a Peter con esa preciosa canción, que busqué más tarde llamada *You are the Pan*, cuando te vi subir la escalera. Mi corazón embraveció, golpeó con tanta furia, que creí que se me saldría del pecho.

—Di... —dije cuando te sentaste a mi lado—. Estás aquí —dije incrédulo, mirándote.

—No digas nada —contestaste—, quiero ver la película.

—Te he comprado una bebida —te la tendí—, y palomitas tamaño gigante.

Por fin me miraste, y en la oscuridad de la sala pude ver tus ojos brillar y, aún hoy, me pregunto cómo vencí el deseo de tocarte, de acariciar tu rostro como hice tantas veces, de besarte allí mismo con todo el amor que despiertas en mi interior. Miraste al frente, a la pantalla. Dejé la bebida en el reposabrazos, entre los dos, y te imité, tendiéndote las palomitas. No cogiste una o un puñado, no, me quitaste el bol y sonreí sin mirarte.

No hablamos durante la película; mirarte de reojo fue inevitable, estabas allí y yo necesitaba estrechar mi mano con la tuya, acariciar tu rostro, apartarte el pelo detrás de la oreja, como sabes que tanto me gusta, y besarte. Pero no lo hice, no me moví.

La película finalizó y las luces se encendieron.

—¿Has leído lo que he escrito?

—Sí —contestaste mirando al frente, observando los títulos.

—¿Me crees? —te pregunté—. Todo lo que te he dicho es cierto —imploré porque me creyeras, sin dejarte contestar—. Mis sentimientos por ti son reales, independientemente de que lo que pasara a nuestro alrededor no lo

fuera. Todo lo que pasó después de salir del juego fue real, Di —te cogí el mentón, temiendo que me rechazaras, casi esperándolo.

No lo hiciste y nuestras miradas volvieron a conectar; no había odio en tus ojos, pero tampoco amor, y temí lo peor, que ya no sintieras lo mismo por mí, que fuera del juego ya no significara nada para ti mientras tú, dentro o fuera de él, lo eres todo para mí.

—También lo es el daño que me hicisteis al engañarme. Al hacerme creer que Bi estaba muerta, al hacerme dudar de que podría haber sido yo, aunque solo fuera un momento, al pensar que iba a morir, que había matado a un hombre...

—Dame tiempo —te pedí, apartándote el pelo de la cara y dejando mi mano sobre tu mejilla fría—, si me dejas te lo compensaré, Di —te prometí.

—No sé si podrás hacerlo —contestaste.

—Claro que puedo hacerlo —sonreí mirándote y, aunque no querías, tus labios se curvaron un poco y supe que, aunque estabas enfadada, dolida y decepcionada, aún quedaba esperanza para nosotros—. Marca tú los tiempos, las condiciones, los términos y deja que lo haga, dame la oportunidad de ser quien soy, de demostrarte cuánto me importas, déjame llegar a ti —te pedí, buscando en tus ojos respuestas.

—Has escrito cosas muy bonitas —cogiste mi mano—, no te tenía por un romántico.

—Y no lo soy —atrapé la mano con la que me cogías la mía y te besé la palma—, pero no podía dejarte ir sin que supieras lo que siento por ti, cuánto me importas, cómo te necesito. Tenías que saber por qué hice las cosas que hice, la forma en que alteras todo mi ser, mi cuerpo, mi corazón, mi cerebro y mi espíritu. Lo que siento por ti y estando contigo debería aterrarme, pero solo quiero vivirlo, sentirme tan vivo como lo soy a tu lado.

—No sé, Tiago —me soltaste la mano y con ella atrapaste la que tenía sobre tu rostro, apartándola para después dejarla caer—. No creo que pueda olvidar lo que pasó, lo que me hiciste creer, cómo me sentí respecto a ti al descubrir que nada era verdad.

—Lo entiendo y no te pido que lo hagas —te contesté—, lo que te pido es que empecemos de cero.

—Claro, eso no tiene nada que ver con olvidarlo —sacaste esa faceta tan sarcástica de la que prácticamente me había olvidado.

—Solo déjame llegar a ti, y yo buscaré la forma de que lo olvides, me dedicaré a ello en cuerpo y alma si me das una oportunidad.

—No sé, Tiago —miraste a todas partes, como si pensaras escapar de mí.

No me lo pensé dos veces, era el momento; comprendí tus dudas, pero algo debías sentir por mí si estabas allí. Cogí tu cara entre las manos y me acerqué en picado, dispuesto a besarte, para frenar cuando mis labios rozaban los tuyos.

—Te quiero —dije sobre tu boca, observando tu preciosa mirada—, no puedo dejar de pensar en ti, de sentir tu ausencia —con la mano derecha dejé de tocarte para atrapar la tuya y ponerla sobre mi corazón—. Aquí es donde duele cuando no estoy contigo.

Lo sentí retumbar contra tu mano, negaste con la cabeza muy sutilmente y me besaste.

La vertiente

Anteayer fue tu cumpleaños, y ya ha pasado un año desde que el juego terminara. Todo es muy diferente a entonces. Al llegar a casa te di mi regalo, me encanta lo expresiva que puedes llegar a ser, esa forma espontánea y desmedida de mostrar cuando estás alegre calienta mi corazón, me haces sentir la persona más afortunada del mundo por tenerte a mi lado.

Hicimos el amor, dos veces, una muy salvaje, sobre la mesa del comedor.

—Hagámoslo a lo *Passengers* —propusiste sin que comprendiera de qué hablabas.

De un manotazo apartaste mi regalo tirándolo al suelo, te subiste sobre la mesa y viniste a por mí, como un animal salvaje y libre. Eres tan jodidamente sexy, me pones tanto... Es increíble el efecto que causas en mí; fue verte así y querer hacerte mía, con tus enormes ojos azules rasgándose de excitación me besaste y, cuando me di cuenta, ya estabas sobre mí. Hay algo en tu forma de besarme, en la entrega que imprimes en cada beso que me vuelve loco, a lo que ni quiero, ni creo que llegue a acostumbrarme.

—Ayúdame con esto —me pediste subiéndote el vestido. Sin dudarlo, te ayudé a desnudarte, y no sufras, lo haré siempre, aunque no me lo pidas—. Tienes que subirme encima de la mesa y hacérmelo sobre ella —dijiste cuando dejaba el vestido caer al suelo.

Entonces caí en lo que habías querido decir con eso de hacerlo a lo *Passengers* e hice lo que me pedías. Cogiéndote de la espalda y atrapando tu culo con la otra mano, te senté en la mesa y me incliné sobre ti, besándote, saboreando tu cuerpo con la urgencia que sentía por naufragar en ti, empezando por esa delantera tuya que me pone como nada.

Aquella noche, cuando ya me estaba quedando dormido, me hablaste.

—Ti —me llamaste susurrando, apretando el brazo con el que te rodeaba.

—¿Qué? —contesté sin abrir los ojos, oliéndote el pelo.

—¿Llegaste a leer mi libreta? —preguntaste sorprendiéndome.

—Escribí que no lo hice y así fue, y no te creas que me resultó fácil

—reconocí.

—¿Aún quieres hacerlo? —preguntaste, dándote la vuelta para poder mirarme.

Podía intuir el brillo de tus ojos, pero no verlos, tampoco tu expresión. Acaricié tu rostro, preguntándome a dónde querías llegar, qué te había hecho pensar en eso.

—¿A qué viene esto? —demandé buscando en tu rostro signos de tristeza o malestar.

—Me gustaría que la leyeras —contestaste—, ahora ya no importa mucho lo que dijera entonces, pero tú hiciste la última anotación y quedaban pocas páginas, podrías acabarla.

—¿Por qué quieres que la lea ahora? —demande más despierto, preguntándome qué era lo que realmente querías.

—Por lo que me haces sentir —me acariciaste la cara—, por cómo me haces sentir. En esa libreta podrás leer cómo mis sentimientos por ti crecieron, cómo me ganaste minuto a minuto y de qué forma te quise.

—¿Ya no me quieres? —sonreí porque estaba y estoy seguro de que sí y cuánto.

—¡No digas tonterías! —me reñiste, dándome una juguetona bofetada—. Recoge lo que dije, multiplícalo por mil y sabrás cuánto te quiero, lo feliz que soy contigo.

—¿Eres feliz, Di?

—Como no lo he sido nunca —aseguraste antes de besarme y hacerme el amor.

Cuando me levanté ya te habías ido. Tu prima acababa de cederte el control absoluto de *The game of his life*; aunque ya lo estabas ejerciendo, era tu primer día como jefa y supongo que tenías ganas de actuar en consecuencia.

Distraído me di una ducha y, cuando fui a la cocina, me encontré con esta libreta, tu cuaderno. No fui a trabajar, me quedé en casa leyéndolo. Y no imaginas cómo me tocó los cojones cada vez que me comparabas con Alex, algunas cosas que dijiste de él, cada vez que mencionabas lo mucho que te ponía y lo bueno que estaba... ¡Ya te vale, Di! Pero me compensaste expresando lo que sentías por mí, declarando que sería el amor de tu vida y

eso es lo que quiero ser.

Me ha enternecido que fueras consciente de cómo cuidé de ti, la forma en que expresas cómo te hice sentir y pienso en lo que me dijiste la noche de tu cumpleaños, y me siento tan completo como querido y no puedo quererte más. No solo eres el amor de mi vida, eres mi vida, Di.

Mi primer pensamiento del día y el último cuando me voy a dormir, disfrutando del calor de tu cuerpo contra el mío, de tu aroma, de ese caos tan tuyo que me vuelve loco.

Me pediste que la acabara y estoy dispuesto a hacerlo, pero hemos hecho tantas cosas, hemos vivido tantos momentos que me gustaría incluir que no queda espacio suficiente.

He empezado por nuestra primera cita; después de eso, seguimos viéndonos, como si quisiéramos recuperar el tiempo perdido. Pasabas más tiempo aquí que en casa de tu prima; te pedí que dejaras de buscar apartamento y te mudaras conmigo, y aunque te pusiste peleona con eso de que la convivencia mata el amor, te convencí, y cómo disfruté convenciéndote, casi más que viviendo en el caos que sueles dejar a tu paso... ¡Es broma! Bueno, en realidad no lo es, pero nada es perfecto, excepto lo que siento compartiendo mi vida contigo y cómo me siento cuando tú estás a mi lado.

Ahora vivimos y trabajamos juntos, y adoro crear nuevos juegos contigo, adaptar las experiencias a los jugadores. Siempre amé mi trabajo, soy una persona creativa y me encanta que tú también lo seas, me enriquece trabajar codo con codo contigo. Ya sabes que adoro viajar, pero no extraño ser anfitrión, estar tan involucrado; antes solo tenía mi trabajo, pero ahora te tengo a ti y quiero dormir contigo todas las noches de mi vida.

Hace un par de meses me devolviste la dirección del departamento para poder ir compaginándolo con el podcast que inauguraste con el estreno de *Capitana Marvel*. Qué feliz me hace que no hayas renunciado a ese sueño, que tu pasión por el cine te haya llevado a hacer el programa que siempre quisiste tener. Lo haces genial Di, el programa es muy bueno, has sabido elegir buenos colaboradores y me enorgullece escuchar cómo lo diriges, cómo das tu opinión y dejas que los demás la den, cómo diriges los debates. Si no te lo había dicho, quiero que sepas lo orgulloso que estoy de ti.

Se acaba el espacio, así que lo resumiré en que los últimos meses han sido

los mejores de mi vida. Adoro la sintonía que tenemos, cómo somos incapaces de aburrirnos el uno con el otro. La forma en que me haces sonreír cuando tengo un mal día, cómo sabes llevarme a tu terreno, cómo comprendo cada una de tus miradas, de tus respiraciones.

Después de leer todo el cuaderno, de releer la parte de tu prima y la mía, me arrepiento de haber sido tan duro con Bi. Aún más teniendo en cuenta que fueron ella y Megan quienes te convencieron para que acudieras al cine aquella noche.

Eres única, Di. Te quiero y soy feliz cuando estoy contigo. Sé que la felicidad no puede depender de una persona, que cada uno debe buscar la suya, pero no podría ser feliz sin ti a mi lado y quiero que lo nuestro sea para siempre.

Voy a dejarte las dos últimas páginas para que me des una respuesta. Aunque antes, tendré que hacerte la pregunta...

Di, ¿quieres casarte conmigo?

Epílogo

Nada más entrar en casa me saluda un agradable olor a comida que, lo juro, me abre las carnes. Dejo en el perchero del recibidor la chaqueta y el bolso, cogiendo antes el móvil y me dirijo a la cocina, donde me encuentro a mi flamante novio haciendo la cena.

—Hola guapo —lo saludo acercándome.

Se sorprende y se gira para mirarme con esa pícaro sonrisa de niño bueno que me vuelve irremediabilmente idiota.

—No te he oído llegar —reconoce. Le cojo de la nuca y lo beso—. ¿Te pones cómoda y cenamos? —pregunta dándome esos suaves piquitos que sabe que odio.

Le sonrío y voy a cambiarme; mientras lo hago, leo algunos comentarios en redes del programa de hoy, pero la verdad es que tengo la cabeza en otra parte.

Me reúno con Tiago en el comedor, donde me espera con la mesa puesta y una copa de vino tinto. ¡Cómo quiero a este hombre!

—¿Qué tal el día? —me pregunta cuando me siento junto a él.

—Como siempre —contesto un poco apática—, más de lo mismo.

—He estado escuchando el programa. Te volviste loca con “Vengadores Endgame”, esperaba que fueras más efusiva, pero parecías distraída. ¿Va todo bien?

No, la verdad es que las cosas no van bien, o sí, no lo sé. No estoy segura de lo que quiero y lo que me da miedo es que no queramos lo mismo, que todo lo que hemos construido juntos se vaya a la mierda. Lo quiero, más de lo que antes haya querido a otro hombre y no me imagino una vida sin él.

—Quería prepararte un juego y le estaba dando vueltas —confieso.

—¡Ja! —exclama y cómo me sigue poniendo ese sonido—. ¿En serio? —demanda con una sonrisa tan grande que ilumina su rostro—. Estamos conectados —declara para mi sorpresa, me coge de la cintura y me sienta sobre él para besarme de nuevo, con empuje, con ganas, como sabe que me gusta—, yo también he preparado un juego para ti.

—Bueno, yo solo lo estoy pensando... ¿De qué es tu juego? —me intereso.

—Una búsqueda del tesoro.

Me encantan las búsquedas del tesoro, como a él. Somos dos frikis de cuidado y no nos avergonzamos. No podría irnos mejor. Como bien ha dicho, estamos conectados, funcionamos en la misma frecuencia. Sin duda, conocerlo es lo mejor que me ha pasado en la vida, compartirla con él es lo mejor que podría haberme sucedido nunca.

A pesar de que reclamo mi búsqueda, me indica que la haremos después de cenar. Aprecio su esfuerzo en la cocina y cedo. Cenamos comentando el programa de esta noche y después hablamos de su día; tenemos un nuevo jugador y me explica cómo le está yendo.

Aunque Bi me cedió la empresa, la dirigimos entre los dos. Ambos somos diseñadores y ahora él dirige esa sección. Tiago ya no ejerce de anfitrión, eso se acabó, yo fui su última jugadora. Ya no está tan implicado en los juegos como antes; según sus propias palabras antes solo tenía eso, pero ahora me tiene a mí y yo estoy encantada.

—Vale —le digo dejando la servilleta sobre la mesa—, dame la primera pista —le pido ansiosa.

—¿Podemos comer el postre primero? —sonríe por mis ganas de jugar.

—¡Yo no quiero postre! Si el juego me gusta, tú serás todo el postre que quiera.

Suelta una carcajada, de esas que siguen haciéndome vibrar, de las que dan calor a mi ser. Por cosas como estas sé que es amor, del bueno, del que no caduca.

—Recoge la mesa que yo he cocinado —me ordena dulcemente. Me acaricia la cara apartándome el pelo y me besa—, tráeme el postre y tendrás tu primera pista.

—¿Qué quieres de postre? —pregunto con voz cansina, aunque su trato me parezca justo. Me aparto de él después de un último beso y me levanto para ir a la cocina.

—Sabes lo que me gusta —contesta ladeando su sonrisa y sé que trama algo.

Voy a la nevera y, al abrirla, encuentro la primera pista: un colgante, el

regalo que Bi me hizo las navidades pasadas. Cierro la nevera y corro a la habitación, pasando por el comedor donde Tiago me observa desde el sofá con una pose relajada y desenfadada.

En la habitación abro el joyero, pero no hay nada raro. Lo cierro y pienso en Bi, y eso me lleva a mi despacho. En la foto enmarcada que tengo de las dos, encuentro la segunda pista, una imagen del Maestro Yoda. Es una putada porque Tiago es un friki de Star Wars y tenemos muchas cosas de la mítica saga en casa, casi diría que es de lo que más.

Salgo refunfuñando del despacho y él se ríe de mí, me pincha y en el fondo me gusta que lo haga. Salto de una pista a otra; sinceramente, excepto dos, todas son muy fáciles.

Al final del recorrido me encuentro con mi libreta y vuelvo junto a él.

—La acabé —me dice—, como me pediste.

Le sonrío y le beso una última vez antes de ponerme con ello. Cuando me siento en el sofá pone música suave, se sirve otra copa de vino y me deja a solas.

Leo todo el tramo final y, con lágrimas en los ojos, lo busco. Lo encuentro en nuestra habitación, arrodillado, solo él sabe cuánto ha esperado a que leyera sus últimas anotaciones. Me enseña una cajita.

—¿Qué me dices, Di? —abre la cajita enseñándome el anillo—. ¿Te casas conmigo?

—¡Por supuesto que sí! —exclamo sin dudarlo por un segundo.

Me lanzo a sus brazos y los dos caemos al suelo; lo beso llena de amor y después me coloca el anillo en el dedo indicado. Estoy deseando llamar a Bi para decírselo.

—No creo que puedas superar mi juego —declara limpiándome las lágrimas de la cara.

—No he bebido vino cenando porque estoy embarazada —declaro sin pensarlo.

Me mira con los ojos muy abiertos; yo, aterrada, espero su reacción, no sé cómo se lo tomará, ni siquiera sé cómo tomármelo yo misma. No hemos hablado de tener hijos, tampoco de casarnos y estamos prometidos, pero estar casado, al final, no cambia tanto las cosas, pero un bebé, un bebé lo

cambia todo, absolutamente todo.

—¿Vamos a ser padres?! —exclama.

Todavía no sé si feliz o espantado, solo veo sorpresa en su rostro, en su expresión.

—No lo sé —me encojo de hombros—. ¿Queremos serlo?

—¿Estás de coña Di? —niego con la cabeza—. ¿Estás embarazada o no?

—Sí —afirmo—, lo estoy, pero, no sé, es todo tan repentino, tan poco estudiado...

—¿Desde cuándo tú estudias las cosas fuera del programa o el trabajo? —no sé qué contestar. Un niño te cambia la vida—. Di —susurra mi nombre y me acaricia la cara apartando el pelo—, ¿no quieres que seamos padres? ¿Quieres interrumpirlo?

Tal como sus palabras llenan el silencio de la habitación me doy cuenta de que no, de que quiero tener hijos con él, de que quiero ser madre y, sobre todas las cosas, quiero que él sea al padre de mis hijos, formar una familia juntos.

—¿Quieres tú interrumpirlo?

—¡Claro que no! —vuelve a exclamar como si fuera idiota—. Lo único que me haría más feliz que saber que estás embarazada sería saber que quieres lo mismo que yo, que seguimos en la misma frecuencia de locura y que te sientes segura conmigo. Te veo dudar y eso me crea inseguridad, Di... —se queja.

—Te amo —declaro estrechando su rostro entre mis manos y beso sus labios—, con todo mi corazón —me sincero—. Seremos unos padres horribles —sonrío.

—Lo haremos juntos, nunca le faltará amor, así que tan malos no podremos ser.

—Lo que puede salir de nosotros —me llevo las manos a la cabeza.

—Casémonos este fin de semana —le miro interrogativa—. Coge un par de billetes de avión para tus padres y vamos a Las Vegas. Tus padres, el mío, mi hermano, Bi y su parienta, no necesitamos nada más.

—¿Estás loco?

—Sí, por ti, desde el día en que te conocí y no quiero esperar ni un segundo más para empezar a formar nuestra familia.

Y sí, lo hicimos, nos casamos el primer viernes de julio en Las Vegas, a lo loco, a la americana, a lo peliculero. Ocho meses más tarde nació Ci, de Ciri, que espero que no nos odie mucho por ponerle ese nombre; lo eligió Bi, y siempre le echaré las culpas a ella.

THE END

A ti lector, que has llegado hasta aquí...

En primer lugar, como siempre, darte la gracias por la oportunidad que nos has dado a mi historia y a mí, por apostar por nosotros.

Espero de corazón que la lectura te haya resultado entretenida y amena, que te haya sorprendido.

Con la esperanza de que dejes tu valoración en Amazon, sea la que sea, sin importar las estrellas que le otorgues, pero **por favor sin hacer spoiler**, te ofrezco la oportunidad de leer un capítulo, que no pude incluir porque no acababa de cuadrar con la forma narrativa.

Deja tu valoración en Amazon y envíame un pantallazo de la misma al siguiente correo electrónico:

ginaperal05@gmail.com

Y recibirás por mail este capítulo inédito, que

aunque no aparto nada nuevo, puede resultarte interesante, así lo espero.

Un abrazo,

Gina



Gina Peral nació un doce de diciembre en Vilanova i la Geltrú (Barcelona). Tímida, creativa e impaciente, es amante de la literatura romántica, el cine y los animales.

Se define como una soñadora experta.

Es autora de la trilogía **Los secretos de Boira** (2016), compuesta por **Agua y Aceite**, **Frío y Calor** y **Noche y Día**, una historia de misterio y suspense con trasfondo romántico, con un aire juvenil y paranormal que atrapó por su frescura e intriga. Cambió de género y sorprendió con **Una estrella en la oscuridad** (2017), una novela romántica, repleta de emociones y sentimientos a flor de piel y que ha enamorado a sus lectores. **La agenda roja** (2018) fue su quinta obra, un thriller romántico lleno de sorpresas y misterio, una trepidante e intrigante historia que atrapa a sus lectores. El mismo año probó suerte en el concurso Indie Amazon con **La perdición de Charly** (Serie 5), una historia muy especial para ella con la que destacó durante el certamen como una de las obras mejor valoradas y cuya continuación, **La maldición de Charlotte** (2019), sigue ganando lectores. **El juego de la horca** es su octavo libro, con el que vuelve a presentarse al premio organizado por Amazon con una mezcla de géneros y con el que espera cautivar al lector.

Actualmente sigue trabajando en nuevos proyectos con la ilusión de consolidarse, hasta llegar a ser la escritora que sueña. Además, comparte el podcast **El rincón de las amiguis** y colabora en el blog **Mi pequeño rincón**.

Podrás encontrarla en:

Facebook: [@ginaperal05](#)

www.ginaperal.com




GINAPERAL05

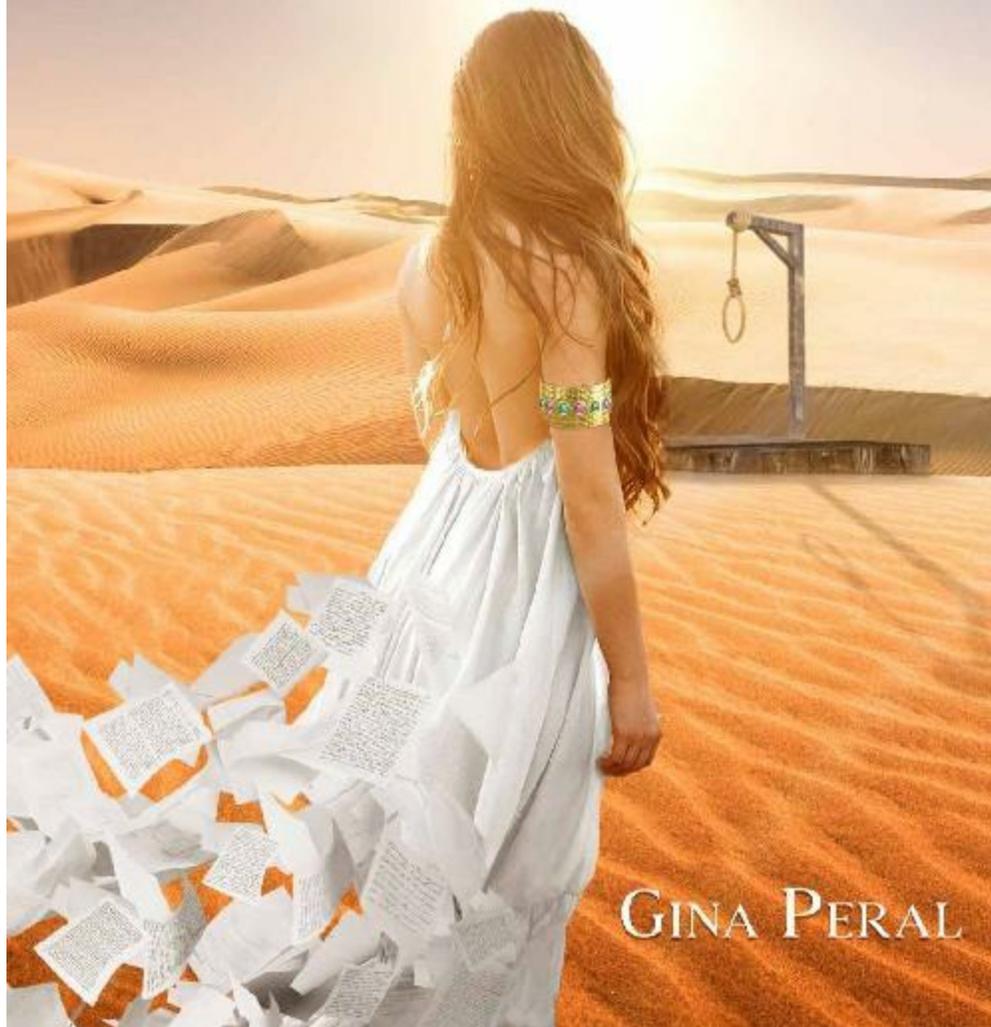

EL
RINCONDEL
ASAMIGUIS

Películas y series mencionadas por Di

- * Thor
- * Vengadores
- * Kill Bill (I-II)
- * Guardianes de la Galaxia
- * Robin Hood: Príncipe de los ladrones
- * La llegada
- * Hook
- * Big
- * Los cazafantasmas
- * 2012
- * Independence Day
- * Asalto al poder
- * Entrevista con el vampiro
- * Perdidos
- * Buffy Cazavampiros
- * Juego de tronos
- * La liga de la justicia
- * Batman vs Superman
- * Saga Batman (Nolan)
- * Cuarto milenio
- * Milenio 3
- * La Bella y la Bestia
- * Amityville: El despertar
- * Indiana Jones (saga)
- * Mentiras arriesgadas

- * Men in Black
- * Marte
- * El señor de los anillos:
Las dos torres
- * El señor de los anillos:
El retorno del Rey
- * It
- * Sleppy Hollow
- * El señor de los anillos:
La comunidad del anillo
- * Avatar
- * Gossip girl
- * Star Wars (saga)
- * El lado bueno de las cosas
- * Jungla de Cristal (saga)
- * La búsqueda
- * Misión imposible
- * Blade Runner
- * El bueno, el feo y el malo
- * Jungla de cristal: La venganza
- * Capitán América: El soldado de invierno
- * Terminator 2
- * Harry Potter y la cámara de los secretos
- * Passengers
- * Vengadores: EndGame

EL JUEGO DE LA HORCA



GINA PERAL